

LA TERCERA Y OBRAS
MUNDI FREUD 2

Sigmund Freud

traducida al cargo de Lionel Lindemann y Martin Marcus



ediciones
de bolsillo

ANAGRAMA

Vida y obra de Sigmund Freud

Ernest Jones

Vida y obra
de Sigmund Freud

EDICIÓN ABREVIADA A CARGO DE
LIONEL TRILLING Y STEVEN MARCUS

TOMO II



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

The Life and Work of Sigmund Freud

Edited and abridged by Lionel Trilling and Steve Marcus

© Basic Books Publishing Co., Inc.

Nueva York, 1961

Traducción:

Dr. Mario Carlisky y José Cano Tembleque

(Excepto en los fragmentos debidos a Lionel Trilling y Steve Marcus, se ha utilizado la traducción del Dr. Mario Carlisky de la edición íntegra de esta obra publicada por la Biblioteca de psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina, Editorial Nova, Buenos Aires.)

Cubierta:

Toni Miserachs

© ERNEST JONES, 1953, 1955, 1957

© EDITORIAL ANAGRAMA

Calle de la Cruz, 44

Barcelona - 17

Depósito Legal: B. 37473 - 1970 (II)

Gráficas Diamante - Zamora, 83 - Barcelona, 5

I

EL FIN DEL AISLAMIENTO

(1901-1906)

Durante algunos años —diez, según él— Freud tuvo que soportar y padecer intensamente un aislamiento intelectual que sólo se vio mitigado por el cálido contacto de su familia y por su vida de relación social. No tenía absolutamente a nadie con quien comentar sus novedosos hallazgos, salvo, hasta cierto punto, con su cuñada, Mina Bernays, y en la correspondencia y los ocasionales encuentros con su gran amigo Wilhelm Fliess. Fueron años que él luego denominó de «espléndido aislamiento».

Freud describió más tarde las ventajas de este período: la ausencia total de competencia y de «adversarios mal informados», el no tener que leer o reunir una amplia literatura, tal como tuvo que hacer en el período neurológico, dado que en ese nuevo campo que él estaba inaugurando no había nada escrito. En su descripción sin duda idealizaba ese período. «Cuando vuelvo la mirada hacia esos años de aislamiento, comparándolos con la confusión y el acosamiento del presente, me da la impresión de ha-

ber sido aquélla una era hermosa y heroica.» Los sufrimientos y las dificultades por los que entonces había pasado, como llegamos a saber más tarde por la correspondencia con Fliess, parecían haber sido olvidados ahora e incluso, con la perspectiva del tiempo, adquirirían un aspecto rosado. El resultado más importante de la dolorosa experiencia de esos diez años fue, quizás, el haber consolidado Freud una actitud mental que habría de constituir luego una de sus más peculiares características: su independencia con respecto a la opinión de los demás.

¿Cuándo llegaron a su fin esos diez años? Tal como la mayor parte de los acontecimientos en la vida de Freud, la emergencia del aislamiento constituyó un proceso gradual. Cada vez aparecían más reseñas de sus obras en las publicaciones de psiquiatría, cosa que hacia el final de la primera década del siglo habría de convertirse en un torrente de extensos comentarios, que en ocasiones alcanzaban centenares de páginas. Hubo, desde el comienzo, algunos signos de interés con respecto a sus métodos, principalmente en los países anglosajones, pero la mayor parte de los mismos, al parecer, no habían llegado a su conocimiento.

Los comienzos de lo que más tarde habría de convertirse en la famosa Sociedad Psicoanalítica de Viena, la matriz de tantas otras sociedades posteriores, no fueron enteramente fáciles de dilucidar. Entre los que asistían a las conferencias que daba Freud en la Universidad sobre la psicología de las neurosis hacia fines de siglo se hallaban dos personas, médicos los dos, cuyo interés no se extinguió ahí: Max Kahane y Rudolf Reitler. Este último fue la primera persona que ejerció el psicoanálisis después de

Freud. Kahane trabajaba en un sanatorio de psico-neuróticos, pero se limitó al uso de la electricidad y otros métodos usuales de tratamiento; abandonó la Sociedad en 1907. En 1901 mencionó el nombre de Freud a Wilhelm Stekel, señalándolo como un neurólogo que había ideado un método radical de tratamiento de las afecciones neuróticas. Stekel había escrito, por su parte, un artículo en 1895 sobre el coito en la infancia, pero no había oído hablar de Freud en esa época. Stekel, en esa época, padecía de molestos trastornos neuróticos, cuyo carácter no es necesario mencionar aquí, y recurrió a Freud en busca de ayuda. Ésta no se hizo esperar y fue de gran éxito. Stekel mismo refirió que el análisis se prolongó por sólo ocho sesiones, pero esto parece poco probable y yo pude recoger de Freud la impresión de que había durado mucho más. Comenzó a practicar el psicoanálisis en 1903. Era el único que hablaba de Freud utilizando su apellido, en lugar de llamarlo «Herr Profesor». El cuarto de estos primeros discípulos fue Alfred Adler, también un físico vienés.

En el otoño de 1902 Freud dirigió una tarjeta postal a Adler, Kahane, Reitler y Stekel, sugiriéndoles una reunión en su casa para ocuparse de sus libros trabajados (los de Freud). Stekel afirma haber sido él quien hizo primeramente tal sugestión a Freud, y esto se ve confirmado por la observación de este último de que «el estímulo provino de un colega que había experimentado en sí mismo los beneficios de la terapia analítica». De esta manera se puede conceder a Stekel el honor de haber creado, junto con Freud, la primera sociedad psicoanalítica. De todas maneras tomaron la costumbre, desde en-

tonces, de reunirse los miércoles por la noche para discutir sobre la materia, en la sala de espera de Freud, convenientemente provista, para ello, de una mesa cuadrangular. Se dio a estas reuniones el modesto nombre de «Sociedad Psicológica de los miércoles». Stekel acostumbraba a informar acerca de estas discusiones, semanalmente, en la edición dominical del *Neues Wienes Tagblatt*.

En el par de años que siguieron, fueron agregándose otras personas a este círculo, si bien a menudo por poco tiempo. Los únicos nombres que cabría recordar ahora son los de Max Graf, Hugo Heller —el futuro editor de Freud— y Alfred Meisl. Más tarde aparecieron ciertos nombres más conocidos: en 1903 fue Paul Federn, en 1905 Eduard Hitschmann, presentado por un amigo condiscípulo Federn, en 1906 Otto Rank, que se presentó a Freud con una carta de Adler y el manuscrito de su libro *Art and Artist*, e Isidor Sadger. En 1907 Guido Brecher, Maximilian Steiner y Fritz Wittels¹, este último presentado por Sadger, su tío. En 1908 Sandor Ferenczi, Oscar Rie y Rudolf Urbantschitsch. En 1909 J. K. Freidjung y Víctor Tausk. En 1910 Ludwig Jekels, Hann Sachs, Herbert Silbberer y Alfred von Winterstein.

Los primeros huéspedes de la Sociedad fueron: Max Eitingon, el 30 de enero de 1907, C. C. Jung y L. Binswanger el 6 de marzo de 1907, Karl Abraham, el 18 de diciembre de 1907; A. A. Brill y yo, el 6 de mayo de 1908; A. Muthmann, el 10 de febrero de 1909; M. Karpas, de Nueva York, el 4 de abril de 1909; L. Jekels, el 3 de noviembre de 1909, y L. Karpinska, el 15 de diciembre de 1909.

1. Wittels renunció a la Sociedad en 1910.

En la primavera de 1908 la pequeña Sociedad comenzó a formar una biblioteca. Ésta había llegado a tener proporciones impresionantes en la época en que llegaron los nazis para destruirla, en 1938. En la misma época (15 de abril de 1908), la entidad tomó un nombre más formal: la vieja Sociedad Psicológica de los miércoles se convirtió ahora en la «Sociedad Psicoanalítica de Viena», nombre con que todavía se la conoce.

En los primeros tiempos solía hacerse una velada social en vísperas de Navidad. Esto fue reemplazado más tarde por una reunión más suntuosa, en verano, primeramente en el Schutzengel, sobre el Hohe Warte, en los suburbios de Viena, y más tarde en el Konstantinhügel del Práter.

La Sociedad tenía una característica que quizás deba considerarse como la única. Ilustra tan bien la delicadeza de sentimientos y la consideración de Freud que no dejaré de transcribir íntegramente la circular en la que hacía la proposición que dirigió a los asociados. Estaba fechada en Roma, el 22 de setiembre de 1907.

Deseo informarle a usted que me propongo, al comenzar este nuevo año de trabajo, disolver la pequeña Sociedad que había tomado el hábito de reunirse todos los miércoles en mi casa, para hacerla revivir inmediatamente después. Una breve nota que usted envíe antes del 1.º de octubre a nuestro secretario, Otto Rank, bastará para renovar su carácter de miembro. Si hasta esa fecha no recibimos información de usted, supondremos que no desea reinscribirse. De más está subrayar lo mucho que me complacería su reinscripción.

Permítame que le exponga el motivo de esta resolución, que acaso le parezca superflua. Bastaría tener en cuenta los cambios naturales en toda relación humana

para suponer que para uno u otro de los componentes de nuestro grupo el ser miembro del mismo ya no represente lo mismo que significó años atrás, bien sea porque se haya extinguido su interés en el tema o su tiempo disponible, o bien su forma de vida, ya no le permiten asistir a las reuniones, o a causa de compromisos personales se vea en la inminencia de un alejamiento. Cabe suponer que en tal caso pudiera continuar siendo miembro de la Sociedad, ante el temor de que su renuncia pudiera interpretarse como un acto inamistoso. Para todos estos casos, la disolución de la Sociedad y su posterior reorganización tiene el propósito de devolver a cada uno su libertad de separarse de la Sociedad sin perjudicar con ello sus relaciones con las demás personas de la misma. Debemos tener en cuenta además que en el curso de los años hemos contraído obligaciones (financieras) tales como la designación de un secretario, cosa que estaba totalmente fuera de cuestión en los comienzos.

Si después de esta explicación usted acepta la conveniencia de reorganizar la Sociedad en esa forma, tal vez esté de acuerdo también en que ese procedimiento se repita luego a intervalos regulares, digamos, cada tres años.

Esta manera delicada de aceptar renunciadas se repitió, efectivamente, en 1910, pero después nunca más. Pero el procedimiento fue utilizado más adelante por otras Sociedades Psicoanalíticas, por ejemplo la Suiza y la Británica, cuando se quiso restringirlas a cierto número de miembros que fueran serios investigadores del Psicoanálisis.

Los años a que nos estamos refiriendo fueron muy productivos, tanto en lo interno como en lo externo Freud perfeccionaba y refinaba constantemen-

te su técnica, adquiriendo así un dominio siempre creciente del método psicoanalítico. Publicó, aparte de cinco valiosos artículos, principalmente de exposición, un libro en 1901 y no menos de cuatro en los años 1905-1906, uno de los cuales sólo puede considerarse superado en importancia por *La interpretación de los sueños*. Más adelante nos ocuparemos, en los capítulos que corresponda, del contenido y origen de estos trabajos, pero con objeto de no alejarnos del tema de los progresos realizados por Freud hemos de hacer aquí alguna referencia a los mismos.

El año 1905 constituye uno de los períodos culminantes en la producción de Freud, cosa que se repetía, según él mismo observó cierta vez, medio en broma, cada siete años. Aparecieron cuatro artículos y dos libros, uno de estos últimos de gran importancia.

Uno de los dos libros publicados en 1905 era *El chiste y su relación con el inconsciente*, que habitualmente es citado, aunque no muy correctamente, como el libro de Freud sobre el ingenio. Este libro, con su título un tanto sorprendente, se ocupa de los mecanismos psicológicos y la significación del ingenio y del humor tal como aparece ilustrado en el campo del chiste. Es el libro menos leído de Freud, quizás por ser el más difícil de captar apropiadamente, pero contiene algunos de sus más delicados pasajes.

Este libro fue escrito al mismo tiempo que el que vamos a citar en seguida, *Una teoría sexual*. Freud tenía los manuscritos de los dos libros en dos mesas contiguas, y escribía alternativamente en uno o en el otro según su estado de ánimo. Fue la única oportunidad, a lo que yo conozco, en que Freud com-

binó tan íntimamente la redacción de dos ensayos y ello demuestra hasta qué punto se aproximaban los dos temas en su mente.

El otro libro, que habría de causar una gran sensación y hacer que el nombre de Freud llegara a ser casi universalmente impopular, era *Una teoría sexual*, uno de los dos libros más importantes de Freud. Allí reunió Freud por primera vez tomándolo de lo que había aprendido en los análisis de sus pacientes y de otras fuentes, todo lo que sabía acerca del desarrollo del instinto sexual a partir de sus primeros comienzos en la infancia. El libro le valió por cierto más odio que cualquier otra de sus obras. *La interpretación de los sueños* había sido recibida como cosa fantástica y ridícula, pero los *Tres ensayos* eran cosa chocante y malvada. Freud era un hombre de mente maligna y obscena. Lo que más oprobio mereció, por supuesto, era su afirmación de que los niños nacen con necesidades sexuales, sometidas a un complicado desarrollo que las conduce a tomar su forma adulta habitual, y que sus primeros objetos sexuales son sus progenitores. Esta ofensa a la prístina inocencia de la niñez era imperdonable. Pero a despecho del furor y los insultos de aquel momento, que continuaron durante más o menos dos décadas, el tiempo trabajaba en favor del libro y la predicción de Freud de que sus conclusiones habrían de ser indiscutidas después de un tiempo no está lejos de verse totalmente cumplida. Quien hoy negara la existencia de una vida sexual en los niños correría el riesgo de ser considerado simplemente un ignorante.

Hacia esa misma época Freud colmó la medida de su torpeza en opinión de la profesión médica al decidirse, luego de *cuatro años* de vacilaciones, a

publicar la historia clínica que generalmente se conoce con el nombre de «Análisis de Dora». Esta fascinante aplicación del análisis onírico a la dilucidación de un confuso caso de histeria era, una vez más, un producto colateral de *La interpretación de los sueños*. Pero sus colegas no podían perdonarle la publicación de detalles tan íntimos de la paciente sin el permiso de ésta, y menos aún atribuir a una niña tendencias hacia repugnantes perversiones sexuales.

En 1906, en ocasión de cumplir Freud cincuenta años, el pequeño grupo de sus partidarios vieneses le obsequió un medallón, realizado por un famoso escultor, Karl María Schwerdtner. Llevaba, esculpido en el anverso, en bajorrelieve, un perfil de Freud y en el reverso reproducía un grabado griego que representaba a Edipo en actitud de contestar a la Esfinge. Alrededor de este dibujo llevaba una frase de Sófocles perteneciente al *Edipo Rey*:

ὄς τὰ κλείν' αἰνίγματ' ἤθει καὶ κράτιστος ἦν ἀνὴρ.*

Cuando me lo mostró, pocos años después, le pedí que me tradujera la frase, ya que mi griego se hallaba a la sazón bastante deslucido, pero él me pidió, modestamente, que se lo preguntara a otro.

Un curioso incidente se produjo en el momento de ofrecérsele el medallón. Cuando Freud leyó la inscripción se puso pálido y agitado, y *con voz estrangulada preguntó* a quién se le había ocurrido esa idea. Su actitud era la de quien se encuentra con un *revenant*, cosa que efectivamente era así. Una

* "Aquel que descifró los famosos enigmas y fue varón muy poderoso."

vez que Federn le dijo haber sido ~~él~~ quien había elegido la inscripción, Freud reveló el hecho de que, siendo joven estudiante en la Universidad de Viena, solía pasearse por el gran patio y las arcadas y contemplar los bustos de antiguos profesores ilustres de la institución. Se le ocurrió entonces la fantasía, no sólo de ver algún día allí su propio busto, cosa que no tendría nada de notable en un estudiante ambicioso, sino de que alrededor del busto habría una inscripción con *las mismas palabras* que ahora veía en el medallón.

No hace mucho yo pude realizar aquel juvenil deseo obsequiando a la Universidad de Viena, para ser colocado en el atrio de la misma, con un busto de Freud realizado en 1921 por el escultor Königsberger y que llevaba además frase de Sófocles. El busto fue descubierto en una ceremonia realizada el 4 de febrero de 1955. He aquí un ejemplo ciertamente raro de una fantasía de adolescente que llega a realizarse en todos sus detalles, claro está que ochenta años después.

En el consultorio de Freud el trabajo había aumentado hasta el punto de ocuparle todo el día. Tanto entonces como más tarde, eran pocos los pacientes vieneses. La mayor parte procedía de Europa Oriental, Rusia, Hungría, Polonia, Rumania, etc.

Los primeros años del siglo fueron relativamente tranquilos y felices. Representaron una transición entre las borrascas que los precedieron y las que vendrían a continuación. Nunca más llegaría a conocer Freud un período tan tranquilo y gozoso. Su vida transcurría invariablemente entre el trabajo profesional —incluyendo las publicaciones y los desahogos de la vida privada. Los fines de semana incluían la invariable partida de cartas de los sábados.

dos, su favorito *tarock*. Luego de dictar su clase semanal en la Universidad de siete a nueve, alquilaba un coche en el hospital y se dirigía a la casa de su amigo Königstein, donde se realizaba la partida. No veía mucho a sus hijos, excepto a la hora de comer y los sábados, de modo que todos ellos esperaban ansiosamente las largas vacaciones de verano para estar reunidos.

Freud era muy afecto a los panoramas montañosos y le gustaba escalar las alturas, aunque difícilmente podría llamársele un alpinista en el sentido estricto de la palabra. Sin embargo quien pudo escalar las estribaciones de Dachstein debió poseer condiciones excelentes para resistir el mareo y las demás contingencias del caso.

Su hijo Martin me ha referido un incidente en las primeras de estas vacaciones y que vale la pena recordar. Volviendo de un paseo, se encontraron con que tenían que atravesar el Thumsee para regresar al hotel, frente al cual se había agolpado una tumultuosa multitud que profería contra ellos consignas antisemitas. Enarbolando su bastón Freud arremetió decididamente contra ellos, con una expresión en su rostro que les hizo abrirle paso. Ésta no era indudablemente su primera experiencia de esa índole, Freud era capaz, en algunas oportunidades, de producir una impresión formidable con cierto tono de mirada severa y un tanto torva. La última vez que ello sucedió, y también con éxito, fue cuando se enfrentó con los nazis en su propia casa, en 1938.

No siéndole posible llevar en carruaje a toda la familia en sus paseos largos, solía buscar casi siempre algún compañero, pues le resultaba muy desagradable viajar solo. Su mujer, atada a otras ocupaciones, raras veces se encontraba en condiciones

de viajar, ni se ajustaba tampoco al ritmo inquieto de Freud y a su omnívora pasión turística. A veces le parecía injusto gozar él solo de estas excursiones y deseaba que ella pudiera acompañarlo en sus correrías.

Hacia fines del verano de 1901 tuvo lugar un acontecimiento de la más alta significación afectiva para Freud, lo que él llamó «el momento culminante de mi vida». Se trataba de su primera visita a Roma, largamente anhelada. Era algo sumamente importante para él, de modo que la consideración de este asunto ha de revelarnos algún secreto íntimo de su vida interior.

Sobre la constancia invariable de este anhelo no cabe la menor duda. Trátase de un tema al que volvía una y otra vez en su correspondencia con Fliess, especialmente cerca de fin de siglo, y del que se ocupó también abierta y extensamente en *La interpretación de los sueños*, dado que desempeñaba también un amplio papel en su vida onírica. Este anhelo se inició evidentemente en la adolescencia y, como él mismo decía, «Se transformó en el símbolo de una cantidad de deseos cálidamente acariciados».

Un indicio más de la fortaleza de su deseo de visitar Roma es la gran felicidad e incluso exaltación que sentía en cada una de sus visitas a Roma. La fascinación ejercida por esta ciudad no se atenuó en ningún momento, y una carta tras otra hablan de ella en el más esplendoroso lenguaje.

Al mismo tiempo tenemos pruebas, sin embargo, de que la realización de este gran deseo era resistida por él por algún misterioso tabú que le hacía dudar de que alguna vez aquél pudiera realizarse. Era algo demasiado bueno para ser verdad. A veces trataba de racionalizar su inhibición diciendo que el clima

estival de Roma hacía imposible la visita, pero no ignoraba en ningún momento que lo que le retenía en esto era algo más profundo. Sus años de extensos viajes por el Norte y el centro de Italia apenas le hacían acercarse a Roma un poco más allá del Trasimeno (en 1897). Hasta aquí y nada más, le decía la voz interior, tal como dos mil años atrás le había ocurrido en ese mismo lugar a Aníbal. Pero él, por lo menos, había llegado a tener ante su vista el Tíber.

Para Freud como para toda otra persona en el mundo, Roma significaba dos cosas. En realidad hay dos Romas (aparte de la Roma política natural). Está la antigua Roma, de cuya cultura e historia Freud estaba profundamente imbuido, la cultura de que proviene la civilización europea. Bastaría esto sólo para despertar un intenso interés en Freud, siempre preocupado por el tema de los orígenes y los comienzos. Luego está la Roma cristiana, que destruyó y reemplazó a la otra. Ésta no podía ser más que un enemigo de Freud, la fuente de todas las persecuciones que su pueblo había sufrido a través del tiempo. Pero un enemigo es siempre algo que se interpone entre uno mismo y un objeto amado y por lo tanto debe ser superado en lo posible. Aún después de satisfacer su anhelo, relataba Freud cómo la visión de esta segunda Roma, con todas las cosas que veía a su alrededor como parte de lo que él denominó, con su expeditivo lenguaje, «la mentira de la salvación», nublabla la alegría del encuentro.

No me propongo reinterpretar ninguno de los sueños de Freud, cosa que me parecería por lo menos aventurada, pero quiero citar uno de ellos que me parece oportuno recordar con respecto a esto. Es

el sueño conocido con el nombre de «Mi hijo, el miope». Al ocuparse de él, escribió Freud: «Incidentalmente, la situación en el sueño que se refiere a sacar a mis hijos de la ciudad de Roma para salvarlos estaba deformada por su relación con un hecho análogo que ocurrió durante mi infancia: yo sentía envidia a ciertos parientes que, muchos años atrás, habían tenido la oportunidad de llevarse a los hijos a otro país». Freud se refería aquí abiertamente a sus hermanastros, que se habían trasladado a Inglaterra cuando él tenía trece años. Nunca dejó de envidiarles el que pudieran educar a sus hijos en un país mucho más libre de antisemitismo que el suyo. Se ve claramente, por ello, que Roma se componía de dos mitades, la una amada, la otra temida y odiada.

Dos hechos incontrovertibles hay que tener en cuenta además. Uno es que él haya citado el estudio de Rank sobre el simbolismo de las ciudades y de la Madre Tierra, en el que se registra el siguiente párrafo: «Es conocido también el oráculo dado a los Tarquinos, en el que les fue profetizado que Roma sería conquistada por aquel de entre ellos que primero "besara" a su madre.» Este párrafo que Freud cita como una de las variantes de la leyenda de Edipo constituye evidentemente el reverso de la idea subyacente de que para dormir con la propia madre es totalmente necesario derrotar, en primer lugar, a un enemigo.

El otro hecho es la antigua y apasionada identificación de Freud con el semítico Aníbal. El intento de éste de apoderarse de Roma, la «madre de las ciudades», tropezó con cierta indefinida inhibición cuando ya estaba a punto de materializarse. Durante años enteros Freud, en sus sucesivas aproximacio-

nes a Roma, apenas pudo rebasar el Trasimeno, el lugar en que finalmente se detuvo Aníbal.

Freud no tuvo inconveniente en admitir su amor a la primera Roma y su desamor a la otra, pero en cambio se alzaba en él formidables resistencias en cuanto a relacionar estos afectos con las correspondientes imágenes primarias que había llegado a simbolizar. Sólo después de cuatro años de decidido e implacable autoanálisis Freud se impuso a esa resistencia y entró triunfalmente en Roma. Con su característica subestimación del propio esfuerzo, añadió a la segunda edición de *La interpretación de los sueños* una nota que decía: «He descubierto hace mucho tiempo que sólo hace falta un poco de coraje para realizar deseos que hasta ese momento se habían considerado inalcanzables».

Uno de los signos que evidenciaba el efecto que sobre su autoconfianza ejerció el hecho de entrar en Roma fue su decisión de tomar las medidas necesarias para sobreponerse a las autoridades clericales y antisemitas que durante tantos años se habían opuesto a su bien ganado derecho de ingresar al núcleo de profesores de la Universidad. Al anunciar a su amigo Fliess el éxito obtenido en este propósito, admitía que había sido «un asno» al no haberlo logrado tres años antes y agregaba: «Hay gente que es bastante inteligente para hacerlo sin necesidad de conocer previamente Roma».

Luego de estas consideraciones preliminares hemos de retornar previamente el relato. El lunes 8 de setiembre de 1901, Freud acompañado por su hermano Alexander, llegó a Roma. Seis visitas más hizo a la Ciudad Eterna. Inmediatamente escribió a su casa diciendo que en el término de una hora había tomado un baño y se sentía un perfecto romano. Le

resultaba incomprensible no haber llegado a Roma en tantos años. Y el hotel Milano tenía luz eléctrica y sólo cobraba cuatro liras por día.

Inició la mañana siguiente con una visita a las siete y media a San Pedro y el Museo del Vaticano, donde encontró un «raro goce» en Rafael. «Y pensar que durante años yo temía venir a Roma.» No tardó en arrojar una moneda a la fuente de Trevi, expresando el deseo de regresar pronto a Roma, deseo que efectivamente se realizó al año siguiente. También arriesgó su mano en la *Bocca della Verità* en Santa María de Cosmendi, gesto innecesario para un hombre tan íntegro como él...

Al día siguiente pasó dos horas y media en el Museo Nazionale, después de lo cual un paseo en fiacre, a dos liras por hora, de tres a siete, le permitió tener una impresión general de la ciudad. Todo aquello resultaba espléndido, por encima de todo posible intento de descripción. Nunca en su vida se había sentido tan bien. Al otro día echó su primera ojeada (a la que luego seguirían tantas otras), al «Moisés», de Miguel Ángel. Luego de contemplarlo un instante tuvo un relámpago de intuición, mientras reflexionaba sobre la personalidad de Miguel Ángel, que le permitió comprender ésta, si bien probablemente no se trataba en ese momento de la misma explicación que ofreció trece años más tarde. Fue un día de mucho movimiento, ya que volvió a inspeccionar el Panteón y exploró nuevamente el Museo del Vaticano, donde llamaron especialmente su atención el Laoconte y el Apolo Belvedere. Se hallaba aún en un estado de ánimo exaltado. A esto siguió, al día siguiente, el Palatino, que según me dijo se convirtió en su rincón favorito en Roma.

El 10 de septiembre estuvo nuevamente en el Mu-

seo del Vaticano de donde salió exaltado por la belleza de lo que había visto. Pasaron el día siguiente en el Monte Albano y Freud informó seguramente a sus hijos que había viajado dos horas sobre una mula.

Luego de doce días inolvidables en Roma, Freud partió el 14 de septiembre, para llegar a Viena después de dos noches de viaje en tren.

A fines de agosto de 1902, envalentonado por su triunfo sobre el calor de Roma el año anterior, planeó una visita a Nápoles y sus alrededores. Es allí donde se encontró, según nos relata, con su doble («otro nuevo, no Horch»), y en uno de sus momentos de superstición preguntaba: «¿Significa esto *vedere Napoli e poi morire?*». La idea de la muerte raras veces se hallaba lejos de sus pensamientos. A la mañana siguiente partieron para Venecia, vía Trento. También esta ciudad le pareció «indescribiblemente hermosa» y en ella permanecieron desde el mediodía hasta las nueve de la noche.

Nápoles resultó ser de un «calor inhumano», de manera que se contentaron con hacer una visita al famoso acuario y dos días más tarde se trasladaron a Sorrento.

En este viaje, Freud visitó también Pompeya, Capri, Amalfi, Paestum y contempló el Vesubio.

En agosto de 1904, Freud, acompañado una vez más por su hermano Alexander, hizo un viaje a Grecia y salieron para Brindisi, en un viaje que duraría veinticuatro horas. Entre los pasajeros se hallaba el profesor Dörpfeld, el ayudante del famoso arqueólogo Schliemann. Freud miró con reverencia al hombre que había intervenido en el descubrimiento de la antigua Troya, pero se sintió demasiado tímido para acercarse a él. Al día siguiente pasaron tres ho-

ras en Corfú, que Freud comparó con Ragusa, y donde tuvo tiempo de visitar las dos viejas fortalezas venecianas. El barco se detuvo a la mañana siguiente en Patras, para proseguir luego hacia el Pireo, y el 3 de septiembre al mediodía los viajeros se encontraban en Atenas. La primera impresión inolvidable e indescriptible, les fue proporcionada por la visión del templo de Teseo.

A la mañana siguiente pasaron dos horas en la Acrópolis, visita para la cual Freud se preparó luciendo su mejor camisa. Al escribir a su familia les dijo que su experiencia aquí había sobrepasado todo lo que hasta entonces había visto o imaginado, y si recordamos la amplitud de los conocimientos clásicos que fue atesorando desde su adolescencia y su sensibilidad para la belleza podemos entender muy bien lo que estas impresiones significaron para él. Más de veinte años más tarde decía que las columnas color ámbar del Acrópolis eran la cosa más hermosa que había visto en su vida. Frente al Acrópolis tuvo una curiosa experiencia psicológica, que analizó muchos años después en una carta a Romain Rolland. Se trataba de una sensación peculiar de duda e incredulidad respecto a la realidad de lo que tenía ante sus ojos, y provocó el asombro de su hermano al preguntarle si era cierto que realmente se encontraban allí. En el sutil análisis que más tarde hizo Freud, relacionó este sentimiento de duda con la incredulidad con que, en sus años de estudiante pobre, consideraba la idea de que algún día pudiera hallarse en condiciones de visitar un lugar tan admirable. Lo cual a su vez relacionaba con el deseo prohibido de superar en éxitos a su padre. Comparó este mecanismo con el que había descrito en aquellas personas que son incapaces de admitir su propio

triunfo, mecanismos del cual habremos de ocuparnos más tarde.

Freud tuvo oportunidad de comprobar en esa ocasión hasta qué punto difería el griego moderno del clásico. Estaba tan familiarizado con éste que en su juventud había escrito su Diario en griego, pero ahora, al darle al cochero las indicaciones para ser llevado al hotel Athena —y a pesar de todas las variantes de pronunciación que ensayó— fracasó rotundamente y tuvo que rebajarse a escribir el nombre del hotel.

Todo el día siguiente lo pasó nuevamente en el Acrópolis. Partieron de Atenas el 6 de setiembre por la mañana, tomaron el tren para Corinto y a través del Canal de Corinto llegaron a Patras, donde a las diez de la noche se embarcaron en viaje de regreso a Viena, vía Trieste.

II

EL COMIENZO DEL RECONOCIMIENTO INTERNACIONAL

(1906-1909)

Durante algunos años las obras de Freud habían sido ignoradas o bien recibidas con un comentario despectivo en las publicaciones alemanas. Algunas reseñas en los países de habla inglesa, en cambio, tenían un tono amistoso y de respeto, si bien durante cierto tiempo no desembocaron en una aceptación definitiva de sus ideas.

El primer autor que informó en idioma inglés sobre el trabajo de Breuer y Freud, fue, sin lugar a dudas, F. W. H. Myers. A tres meses apenas de su publicación en el *Neurologisches Centralblatt* (enero de 1893) describió su *Comunicación preliminar* en una reunión amplia de la Society for Psychical Research, publicándose su exposición hacia junio del mismo año, en las Actas de la Sociedad. De este modo los descubrimientos en materia de lo que luego llegó a ser el psicoanálisis estaba al alcance de los lectores de habla inglesa seis meses después de haberse anunciado por primera vez. Cuatro años más tarde (marzo de 1897) Myers leyó una comunicación

a la misma Sociedad sobre «Histeria y genio», en la que hacía una exposición sobre los *Estudios sobre la histeria*. Esto apareció poco después, en forma resumida, en el *Journal* de la Sociedad, y más tarde, en forma mucho más extensa, en *Human Personality*, del mismo autor, que apareció en 1903, dos años después de su muerte.

Un año antes de la reseña que hizo Myers sobre los *Estudios*, el Dr. Mitchell Clarke, un neurólogo de Bristol, había publicado una amplia reseña en *Brain*, una publicación en la que Freud mismo había colaborado muchos años antes con un estudio neurológico. Si bien lo pasaron por alto la mayor parte de los neurólogos hubo dos lectores que lo tomaron seriamente en cuenta. Uno de ellos era Havelock Ellis. Dos años más tarde éste publicó un artículo en una revista norteamericana en la que hacía comentario de los *Estudios*, aceptando el punto de vista de Freud sobre la etiología sexual de la histeria. Ocho años más tarde el artículo fue reeditado en el segundo tomo de sus *Studies in the Psychology of Sex*. En 1904, en el primer tomo de la misma obra, había dedicado varias páginas a lo que llamaba «las investigaciones fascinantes y verdaderamente importantes de Freud». También aludía aquí, así como en el tomo siguiente (1906), aunque sin proporcionar referencia bibliográfica alguna, a los artículos de Freud sobre neurastenia y estados ansiosos. Más adelante se ocupó con frecuencia de las obras de Freud, frente a las cuales adoptó entonces una actitud crecientemente negativa.

El otro lector a que nos hemos referido era Wilfred Trotter, el famoso cirujano cuyo nombre es bien conocido para los psicólogos por su libro titulado *Instincts of the Herd in Peace and War* (que si

bien fue escrito en 1904, no se publicó hasta 1916). Fue él quien me señaló la reseña de Clarke de 1903, cuando yo comenzaba a especializarme en psicopatología y el mismo año leí la exposición, mucho más amplia, sobre los *Estudios*, en *Human Personality*, de Myers, que acababa de aparecer. El comentario de Havelock Ellis sobre los nuevos descubrimientos de Freud apareció al año siguiente, pero entonces se requería para un mayor estudio el aprendizaje del idioma alemán. El Dr. James J. Putnam, profesor de neurología en Harvard, publicó en el primer número del *Journal of abnormal Psychology* (febrero de 1906) el primer artículo en inglés dedicado específicamente al psicoanálisis y que fue la primera exposición correcta del mismo en ese idioma. El juicio, en esa época fue, sin embargo, adverso en general. El año anterior el Dr. Norton Prince, de Boston, había hablado en una carta a Freud «de los famosos trabajos» de éste, solicitándole un artículo para el primer número de su nueva revista. En Nueva York dos psiquiatras suizos emigrantes, Adolf Meyer y August Hoch, habían estado siguiendo los trabajos de Freud, y el segundo de ellos lo había hecho incluso con simpatía. Difícilmente pueden haber dejado de mencionarlos a sus alumnos.

Bien poco de esto, sin embargo, había llegado por entonces a conocimiento de Freud. Hasta 1906 todo lo que llegó a conocer en este sentido aparte de Viena fueron las breves y mordaces alusiones en las revistas neurológicas y psicológicas alemanas y unos pocos ensayos tendientes a poner a prueba alguna de sus primeras ideas.

En 1904, nos encontramos ya con dos personas que habían avanzado un poco más. Otto Gross, de Graz, un genio que más tarde desembocó en la esquizofrenia¹, publicó un artículo en el que comparaba ingeniosamente la disociación de ideas descritas por Freud con la disociación de la actividad consciente manifestada en la «demencia precoz», a lo que siguió un libro muy original en el que la teoría de la libido de Freud, con sus conceptos de represión, simbolismo, etc., era ampliamente admitida. Fue el primero que me instruyó en la práctica del psicoanálisis y yo solía estar presente durante los tratamientos que hacía.

La otra persona era A. Stegmann, de Dresden. En 1904 describió varios casos de histeria y neurosis obsesiva tratados exitosamente con el método psicoanalítico. Fue el primer autor que escribió sobre factores inconscientes en el asma. Murió en 1912.

Todo esto no era más que un vacilante amanecer. Pero en 1906 comenzó a iluminarse el poniente. En el otoño de 1904 Freud había oído hablar de que Eugen Bleuler, el profesor de psiquiatría de Zurich y sus ayudantes se habían estado ocupando afanosamente durante un par de años del psicoanálisis y habían hallado algunas aplicaciones para el mismo. La cosa provenía principalmente de Bleuler y su ayudante principal, C.G. Jung. Éste había leído *La interpreta-*

1. En 1908 fue sometido a tratamiento en el Burghölzli Mental Hospital de Zurich, donde Jung, después de haberle apartado de su adicción a la morfina, concibió la ambición de ser el primero en curar un caso de esquizofrenia. Trabajó duramente y me contó que una vez la sesión se prolongó durante veinticuatro horas, hasta que las cabezas de ambos quedaron inclinadas como las de los mandarines chinos. Sin embargo, un día, Gross escapó del hospital y al día siguiente envió una nota a Jung, pidiéndole dinero para pagar la cuenta del hotel. En la primera guerra mundial, se alistó en un regimiento húngaro; antes de que finalizara, su vida acabó con un asesinato y su suicidio.

ción de los sueños un poco después de su aparición e incluso había hecho tres alusiones al mismo, de paso, en un libro que escribió sobre ocultismo (¡ab-sit omen!) en 1902. Desde 1904 estuvo aplicando las ideas de Freud en diversas direcciones. Había ideado ciertos ingeniosos tests de asociación que confirmaban las conclusiones de Freud acerca de la manera en que los factores emocionales pueden interferir en la memoria y mediante los cuales pudo demostrar experimentalmente la presencia de material reprimido bajo lo que denominó «complejos afectivos», tomando para ello la palabra «complejo» introducida por Theodor Ziehen. En 1906 había publicado sus *Diagnostische Assoziationsstudien* (Estudios diagnósticos sobre la asociación), una colección de valiosos estudios hechos por él mismo y sus discípulos, y al año siguiente un libro que hizo historia en la psiquiatría, *La psicología de la demencia precoz*, que extendió muchas de las ideas de Freud al terreno de las psicosis propiamente dichas. Jung le envió, por supuesto, los dos libros, pero Freud estaba tan ansioso por leer el primero de ellos que ya lo había adquirido antes de recibir el ejemplar enviado por el autor.

En abril de 1906 se iniciaba una correspondencia regular entre Freud y Jung que se prolongó durante siete años aproximadamente. Durante algunos años constituyó un intercambio sumamente amistoso y en ocasiones de íntimos pensamientos personales, así como de reflexiones de carácter científico.

Esta nueva situación, concretada en el hecho de que sus investigaciones de los últimos trece años, tan escarnecidas y despreciadas por doquier, estaban hallando una aceptación simpática en una famosa clínica psiquiátrica del extranjero, alegraron el corazón de Freud. Su propia exaltación a raíz de esto, y la

impresión favorable que bien pronto obtuvo de la personalidad de Jung, hacían difícil un juicio desapasionado. ¿Cómo podría prever que las resistencias que inevitablemente se presentan en el proceso del psicoanálisis —resistencias que él conocía tan bien por sus pacientes —habrían de desviar y estorbar incluso el juicio de los propios analistas?

En 1907 recibió Freud visitantes de Zurich. No todos los que trabajaban bajo la dirección de Jung eran suizos. Y ocurrió que el primer emisario de allí era precisamente de otra nacionalidad. Se trataba de Max Eitingon, a la sazón un estudiante de medicina que completaba sus estudios en Zurich, donde se había puesto en contacto con la nueva psicología. Nacido en Rusia, pasó su niñez en Galitzia y en Leipzig, y luego de abandonar Zurich se estableció en Berlín conservando, sin embargo, la nacionalidad austríaca que había adoptado su padre. Más tarde habría de ser uno de los más íntimos amigos de Freud. El motivo de su visita fue consultar a Freud acerca de un caso grave que le interesaba. Escribió a Freud sobre el caso, que resultó, en realidad, inadecuado para el tratamiento psicoanalítico y acompañó al paciente en viaje a Viena en la segunda mitad de enero de 1907. Fue el primero de una serie de visitantes que con el tiempo habría de llegar a ser muy numerosa. Eitingon se quedó cerca de dos semanas, asistiendo, el 23 y el 30 de enero, a las reuniones que el pequeño grupo vienés realizaba todos los miércoles. Pasó tres o cuatro noches con Freud, dedicadas a análisis personal en el transcurso de largas caminatas por la ciudad. ¡Así se realizó el primer análisis didáctico! Recuerdo bien el rápido ritmo de la marcha de Freud y de su conversación en tales paseos. El caminar rápido estimulaba el

flujo de los pensamientos de Freud, pero esto a veces cortaba el aliento a su acompañante, que hubiera preferido ir más despacio y asimilar más lentamente sus explicaciones. En octubre de 1909 Eitingon pasó tres semanas en Viena. Dos veces por semana realizaba, por la noche, uno de esos paseos con Freud, para continuar su análisis didáctico. En noviembre de ese año se trasladó de Zurich a Berlín, y aunque su propósito era quedar allí por un año, ya no se fue hasta que emigró a Palestina en 1932. Fue sumamente leal con Freud, quien reconoció esto en una carta que le escribió el 1.º de enero de 1913: «Usted fue el primero en visitar al solitario y será el último en abandonarlo.»

Mucho más excitante le resultó la visita de Jung, que tuvo lugar el 2 de febrero de 1907, a las diez de la mañana de un sábado. Durante el mes de julio siguiente, en el Congreso Internacional de neurología de Amsterdam, en el que ambos habíamos presentado trabajos, Jung me hizo un vívido relato de su primera entrevista. Tenía muchísimo que decir y que preguntar a Freud, y con gran animación, y en forma desbordante, habló durante tres horas. Al cabo de ese tiempo su paciente y absorto interlocutor le interrumpió con la sugestión de continuar la conversación de una manera más sistemática. Para gran asombro de Jung, Freud procedió entonces a clasificar de acuerdo con una división precisa el contenido de su discurso, a continuación de lo cual pudieron emplear las horas restantes en un intercambio que resultó más provechoso.

Durante dos o tres años, como lo demuestra la correspondencia entre ambos y lo confirman mis propios recuerdos, la admiración que sentía Jung hacia Freud y el entusiasmo por su obra eran ilimi-

tados. Consideraba su encuentro con él como el punto culminante de su propia vida, y un par de meses después de la primera entrevista le dijo que quien haya llegado a conocer el psicoanálisis ha comido del árbol del Paraíso y adquirido la sabiduría.

Freud, por su parte, no sólo se sentía agradecido por el apoyo que le venía de lejos, sino que se sintió muy atraído por la personalidad de Jung. Bien pronto decidió que Jung habría de ser su sucesor, y a ratos lo llamaba su «hijo y heredero». En su opinión, según lo expresó, Jung y Otto Gross eran, entre sus partidarios, las únicas mentes realmente originales. Jung habría de ser el Josué a quien el destino señalaba para explorar la tierra prometida de la psiquiatría, que a Freud, como a Moisés sólo le era permitido divisar desde lejos. Esta manifestación de Freud resulta interesante, de paso, en cuanto hace resaltar la identificación de éste con Moisés, cosa que años más tarde habría de hacerse muy evidente.

A mi juicio, lo que más le atraía en Jung era su vitalidad, su vivacidad y sobre todo su ilimitada imaginación. Es ésta una cualidad que raras veces dejaba de cautivar a Freud, tal como sucedió en el caso de Fliess y el de Ferenczi. Hacía resonar algo de muy significativo en su propia personalidad, algo sobre lo cual su altamente desarrollada capacidad de autocrítica tenía que ejercer el más estricto control. Pero ni con Jung ni con Ferenczi llegó a verse tan interesado emocionalmente en un sentido personal como con Fliess. Únicamente se sentía animado por su presencia.

Es cosa natural que en 1910, al crearse la Asociación Internacional, Freud propusiera a Jung como presidente, por un período indefinido, según sus esperanzas. Jung, para comenzar, con su natural do-

minante y sus maneras marciales parecería tener las condiciones de un jefe. Con su preparación en psiquiatría y con la posición que ocupaba su destacada inteligencia y su evidente devoción al trabajo, parecía mucho más adecuado que nadie para ocupar el cargo. Pero tenía para ello dos defectos graves. No era un cargo que armonizara con sus propios sentimientos, que eran los de un rebelde, un herético, un «hijo», en una palabra, más bien que los de un líder, y esto se puso bien pronto de manifiesto en su falta de interés en el cumplimiento de sus obligaciones. Además, su mentalidad padecía el serio defecto de carecer de lucidez. Recuerdo haberme encontrado cierta vez con una persona que había sido su compañero de escuela y a quien le pregunté qué impresión le había hecho Jung a esa edad. Su respuesta me resultó sorprendente: «Tenía una mente confusa». Así pues, yo no era el único que había observado tal cosa.

La admiración que sentía Jung por la personalidad de Freud, con su penetrante inteligencia, distaba mucho de extenderse al grupo de sus discípulos. Consideraba a éstos, tal como me lo expresó, como una mezcla de artistas, decadentes y mediocridades y lamentaba la suerte de Freud, que debía verse rodeado por tales personas. Sin duda eran en su comportamiento un tanto diferentes de la clase profesional a que estaba acostumbrado Jung en Suiza, pero, con fundamento o no, no puede evitar la sospecha de cierto prejuicio «racial» en el juicio que había expresado. De todos modos la antipatía entre él y los vieneses fue recíproca y sólo fue aumentando con el tiempo, circunstancia ésta que habría de afligir mucho a Freud.

Antes de terminar este año memorable otro ami-

go, más duradero, habría de visitar a Freud, Karl Abraham. Había ocupado un cargo bajo la dirección de Bleuler y Jung en Zurich, durante tres años, pero como no era suizo no tenía perspectivas de progreso allí y en noviembre de 1907 decidió establecerse en Berlín y ejercer el psicoanálisis. Al igual que Jung, había estado estudiando las obras de Freud desde 1904. En junio había enviado a éste una copia del primero de una serie de valiosos artículos que escribió sobre el psicoanálisis, trabajo que impresionó muy favorablemente a Freud. Con esto se inició una correspondencia regular y Freud lo invitó a visitarlo. Abraham lo hizo así el 15 de diciembre de 1907, y en los primeros días que siguieron a este encuentro mantuvo con Freud varias conversaciones muy animadas. Asistió también a una reunión del pequeño grupo de Freud el día 18. Así se afirmó entre ambos lo que llegó a ser una férrea amistad, y Abraham fue una de las tres personas (los otros dos éramos Ferenczi y yo) cuya constante correspondencia con Freud dio motivo a los comentarios científicos más valiosos de cada parte.

La siguiente visita extranjera constituyó una adquisición igualmente valiosa. Sandor Ferenczi, de Budapest, quien había de convertirse en el más íntimo amigo y colaborador de Freud, era un médico general que había hecho experiencias de hipnotismo. Había leído *La interpretación de los sueños* cuando apareció este libro, pero con un movimiento de hombros se desentendió de él. Sin embargo, en 1907, un amigo indujo a Ferenczi a hacer otro intento de acercamiento, que esta vez tuvo un efecto fulminante. Ferenczi escribió a Freud, y la impresión que hizo fue tal que fue invitado a pasar quince días, en agosto, con la familia de Freud, de la que se convir-

tió bien pronto en el huésped favorito, en sus vacaciones en Berchtesgaden.

Freud se sintió pronto atraído por el entusiasmo y por la mentalidad vivaz y especulativa de Ferenczi, cualidades éstas que anteriormente le habían fascinado en su gran amigo Fliess. Sólo que esta vez su afecto no llegó a comprometerse de tal modo en la amistad, si bien siempre demostró un delicado interés paternal frente a la vida privada y las dificultades de Ferenczi. Pasaron muchas vacaciones juntos y entre 1908 y 1933 intercambiaron más de un millar de cartas, todas ellas conservadas. Desde el comienzo mismo Ferenczi se ocupó en sus cartas de problemas científicos y entre los dos dieron a luz, en sus conversaciones y su correspondencia, a varias e importantes conclusiones psicoanalíticas.

Hanns Sachs, de Viena, ya había asistido durante varios años a las conferencias de Freud en la Universidad, y a comienzos de 1910 se atrevió a visitarlo personalmente para obsequiarle un librito que acababa de publicar. Se trataba de la traducción de *Barrack-Room Ballads*, de Kipling, traducción que, dicho sea de paso, era excelente.

Hacia esa época los miembros del pequeño círculo que por muchos años habrían de ser íntimos amigos de Freud ya conocían a éste personalmente: Rank en 1906, Eitingon y Abraham en 1907, Ferenczi y yo en 1908 y Sachs en 1910.

En 1907 fue invitado por el doctor Fürst, director de una publicación dedicada a medicina social e higiene, a expresar sus puntos de vista sobre un problema que entonces era nuevo, el que se refiere a si se debe o no ilustrar a los niños sobre temas sexuales. Freud estaba naturalmente en favor de ello,

pues había visto muchas consecuencias dolorosas del ocultamiento que se hace de tal información, e ilustraba su opinión con algunos ejemplos elocuentes. Más importante que este trabajo fue, sin embargo, su primer aporte al estudio de la religión, en el que comparaba y contraponía ciertas prácticas religiosas con los actos convulsivos realizados por pacientes obsesivos. Su trabajo más importante fue su libro sobre *Gradiva*, la novela de Jensen.

A fines de noviembre de 1907 había pasado una semana con Jung, en Zurich, donde encontré, entre otros que trabajaban allí, a Brill y Peterson, de Nueva York. Al comenzar una nueva amistad, Jung era capaz de mostrarse sumamente encantador.

Solía también demostrar sumo ingenio. Recuerdo haberle preguntado cierta vez si pensaba que el dadaísmo, que precisamente comenzaba a estar en boga en Zurich, tenía una base psicótica. Replicó: «Es demasiado idiota para ser siquiera insania.»

Un pequeño «Grupo Freud», que así se llamaba, acababa de inaugurarse en Zurich. Con pocas excepciones, como las de Eduard Claparède, de Ginebra, y Binswanger, de Kreuzlingen, todos los miembros procedían de Zurich. Jung era, por supuesto, la cabeza visible del grupo, en el que se hallaban, entre otros, su jefe, el profesor Bleuler, un pariente de Jung llamado Franz Riklin y Alphonse Maeder. Todos ellos realizaban útiles aportes al conocimiento psicoanalítico.

Sugerí a Jung la conveniencia de concertar una reunión general de personas interesadas en la obra de Freud y así lo hizo, organizando la que se realizó en Salzburgo en abril del año siguiente. Se había pensado hacerla en Innsbruck, pero Salzburgo resultaba más conveniente para los de Viena. Mi deseo

era darle el nombre de «Congreso Psicoanalítico Internacional», que es el nombre que luego se dio a éste y todos los Congresos posteriores, pero él insistió en encabezar las invitaciones con *Zusammenkunft für Freud'sche Psychologie* (Reunión de Psicología Freudiana), título de carácter personal nada usual para una asamblea científica. Esta actitud pronto dio pie a su jefe, Bleuer, para sus críticas. Cuando más tarde Abraham, dicho sea de paso, consultó a Freud sobre el nombre que debía utilizar para referirse a ese Congreso al dar a publicidad al trabajo que allí leyó, Freud contestó que se trataba de una reunión meramente privada y que Abraham no tenía por qué mencionarla.

Fue, sin embargo, un acontecimiento histórico, el primer reconocimiento público de la obra de Freud. Dado que no se conserva relato alguno de la reunión, será oportuno proporcionarlo aquí. Se diferenciaba de todos los congresos posteriores en que no tenía presidente, ni secretario, ni tesorero, ni Consejo Directivo, ni subcomisión alguna y —lo mejor de todo— carecía de Comisión de Asuntos Administrativos... No duró más de un día.

El domingo 26 de abril de 1908 nos reunimos en Hotel Bristol de Salzburgo. Freud había llegado de Venecia esa mañana. Entre los otros huéspedes que allí se encontraban estaba el doctor Aldren Turner, un conocido neurólogo londinense, que debía haber estado preguntándose qué era lo que allí ocurría, y el profesor Alfred E. Hoche, de Friburgo, con quien vamos a encontrarnos más tarde en su doble calidad de admirador secreto y enconado enemigo de Freud.

La reunión fue realmente internacional, como se verá por los hechos que vamos a enumerar. Se

leyeron nueve trabajos: cuatro de Austria, dos de Suiza y uno de Inglaterra, Alemania y Hungría respectivamente. Se hallaban allí cuarenta y dos personas, la mitad de las cuales eran o habrían de hacerse psicoanalistas.

Los trabajos presentados al Congreso lo fueron en el siguiente orden:

Freud: «Historia Clínica».

Jones: «La racionalización en la vida cotidiana».

Riklin: «Algunos problemas de la interpretación de los mitos».

Abraham: «Las diferencias psicosexuales entre histeria y demencia precoz».

Sadger: «La etiología de la homosexualidad».

Stekel: «Sobre la histeria de angustia».

Jung: «Sobre la demencia precoz».

Adler: «El sadismo en la vida y en la neurosis».

Ferenczi: «Psicoanálisis y pedagogía».

La mayor parte de los trabajos fue publicada más tarde, pero el único que aquí nos interesa es el de Freud. Jung le había rogado que relatara un caso clínico, de manera que descubrió el análisis de un caso obsesivo, aquel a que estamos acostumbrados a designar con el nombre de «El hombre de las ratas». Freud estaba sentado al extremo de una larga mesa, a los costados de la cual nos habíamos reunido nosotros y hablaba en su habitual tono de conversación, bajo pero preciso. Comenzó a hablar a las ocho de la mañana, y le escuchábamos con atención extática. Interrumpió su exposición a las once, sugiriendo que ya teníamos bastante. Pero estábamos tan absortos que insistimos en que continuara, cosa que hizo hasta cerca de la una.

Entre otros conceptos, expuso el de la alternación de amor y odio hacia una misma persona, con la característica de que la primera separación entre las dos actitudes trae habitualmente como consecuencia la represión de la segunda, el odio. A esto sigue comúnmente una reacción al odio en forma de una inusitada ternura, horror al derramamiento de sangre, etc. Cuando las dos actitudes se presentan con igual fuerza se produce una parálisis del pensamiento, expresada en el síntoma clínico conocido como *folie de doute*. Las tendencias obsesivas, esa característica tan importante de la neurosis, significan un esfuerzo violento para la superación de la parálisis, mediante la más extrema insistencia.

A la edad de cincuenta y dos años Freud mostraba apenas un ligero comienzo de encanecimiento. Tenía una cabeza extraordinariamente bien cuidada y espesa cabellera oscura, un hermoso bigote y una espesa barba terminada en punta. Tenía aproximadamente un metro setenta de estatura, una figura ligeramente redondeada —si bien probablemente la medida de su cinturón no excedía la de su pecho— y ostentaba los indicios de una profesión sedentaria. Ya que hablamos de números agregaré que su cabeza tenía una circunferencia de cincuenta y cinco centímetros y medio y que los diámetros de la misma medían, respectivamente, dieciocho centímetros y quince y medio. De manera que con un índice cefálico de ochenta y seis Freud era decididamente dolicocefalo. Tenía una actitud vivaz y quizás un tanto inquieta o incluso ansiosa, con una mirada rápida, seria y penetrante. Oscuramente tenía cierto aspecto ligeramente femenino en su manera y sus movimientos, que fue lo que quizá le llevó a una actitud

un tanto de ayuda o incluso de protección en lugar de la filial, más característica de muchos analistas. Hablaba con una pronunciación absolutamente clara, rasgo éste que un extranjero apreciaba con gratitud, en un tono de voz amistoso, más agradable cuando se mantenía bajo que en las ocasiones en que lo elevaba. Con clara inteligencia comprendió mi alemán a pesar de la mala pronunciación, si bien se mostró sensible a los errores de género. Recuerdo, por ejemplo, su impaciencia cuando le hablé de *die Schnee*¹.

Era natural que Freud diera especial importancia a sus nuevos partidarios, los suizos, los primeros del extranjero y, de paso los primeros no judíos. Después de tantos años de ser recibido con indiferencia, ridiculizado e insultado, se habría necesitado una disposición excepcionalmente filosófica para no sentirse exaltado ante la actitud de famosos profesores universitarios de una conocida Clínica Psiquiátrica extranjera que de pronto aparecen en escena apoyando de todo corazón su obra. Pero detrás de su calma externa había algo que anunciaba dificultades, y su exaltación probablemente excesiva no agradaba a los vieneses, quienes después de todo habían sido los primeros en rodearlo cuando se hallaba solo en el mundo. Era inevitable que estos celos se centraran en Jung, que provocaba un especial entusiasmo en Freud. Su actitud se veía acentuada por una sospecha, como judíos, de los gentiles en general, con esa anticipación casi siempre certera de un posible antisemitismo. El mismo Freud compartía hasta cierto punto ese tipo de sospecha, que por el momento, sin embargo, se hallaba adormecida ante

1. En lugar de *der Schnee*. (La nieve.) (T.)

el placer de verse finalmente reconocido por el mundo externo. Los vieneses predijeron ya desde ese mismo momento que Jung no permanecería por largo tiempo en el campo psicoanalítico. El que tuviera alguna razón para ello es otra cosa, pero los alemanes tienen un dicho muy acertado: *der Hass sieht scharf* («el odio que aguza la mirada»).

En una breve reunión, después de la lectura de los trabajos, se decidió publicar una revista, la primera que habría de dedicarse al psicoanálisis. El número de las publicaciones de esta índole fue aumentando hasta la catástrofe de la segunda Guerra Mundial, pero aún hay nueve de ellas, aparte de muchas otras que son «compañeras de ruta».

Se trataba del *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*, cuya publicación se interrumpió con el estallido de la primera Guerra Mundial. Sus directores eran Bleuer y Freud y estaba a cargo inmediato de Jung.

Los vieneses se sintieron ofendidos al no tomárselos en cuenta para nada en la creación de la nueva publicación, y especialmente por no haber sido siquiera consultados. El asunto había sido tratado con los suizos con la presencia solamente de Abraham, Brill, Ferenczi y yo. El resentimiento de los vieneses siguió en aumento hasta llegar a expresarse manifiestamente, dos años después en Nuremberg.

El disponer de una revista a la que tendría libre acceso para sus publicaciones significaba mucho para Freud. Le hacía sentirse más independiente. Ahora podría reírse de sus adversarios. Pocos meses después escribía a Jung: «Estoy enteramente de acuerdo con usted. Muchos enemigos, a mucha honra.»

«Ahora que podemos trabajar, publicar todo lo

que queremos y sacar fruto de esta nuestra camaradería, encuentro todo esto muy bien y tengo la esperanza de que pueda continuar así por mucho tiempo. Si ha de llegar una época de 'reconocimiento', ésta será, en comparación con la presente, lo mismo que el horrible esplendor del Infierno comparado con el beatífico aburrimiento del Paraíso. (Lo que quiero decir es, por supuesto, exactamente lo opuesto.)»

Después del Congreso, Brill y yo fuimos a Viena, donde conocimos la deliciosa hospitalidad de la familia Freud, y de allí a Budapest, para visitar a Ferenczi.

Fue en esa época que Brill solicitó a Freud autorización para traducir sus obras, cosa que aquél le concedió gustoso, aunque en forma un tanto apresurada. Esto habría de ser el punto de partida de incontables dificultades personales, e incluso de orden legal en el futuro. Mi reacción personal al respecto fue de gran alivio, dado que estaba absorbido por planes de trabajo propios, que en parte ya había comenzado, y sabía por experiencia propia el tiempo que toma una traducción. Freud mismo era un traductor rápido y altamente dotado, pero lo hacía con mucha libertad, y tengo motivos para suponer que nunca llegó a comprender cuán inmensa y difícil habría de ser la tarea de traducir cuidadosamente ¡y ordenar! sus originales. La evidente deficiencia de los conocimientos de Brill, tanto en inglés como en alemán, hicieron surgir bien pronto mis malos sentimientos, de modo que me ofrecí a leer su manuscrito y a someter a su consideración todas las sugerencias que se me ocurrieran. Mi nombre no habría de mencionarse. Después de todo, el inglés era mi idioma nativo mientras que Brill no había hecho más que captarlo de algún modo en el desfa-

vorable ambiente de sus primeros años en Nueva York. Pero él rechazó la oferta, probablemente porque la interpretaba como una opinión desfavorable con respecto a sus aptitudes lingüísticas. Tenía cierto conocimiento de media docena de lenguas y en sus años mozos se había ganado la vida dando lecciones de idiomas. No será necesario que yo condene las traducciones de Brill. Otros lo han hecho ya con toda amplitud. Cuando un par de años más tarde hice ante Freud el comentario de que era una lástima que sus obras no fueran presentadas al público de habla inglesa en una traducción mejor que aquélla, replicó: «Prefiero tener un buen amigo a un buen traductor», y a continuación me acusó de sentirme celoso de Brill. En realidad yo no tenía por qué estarlo, pero nunca fue cosa fácil hacer cambiar de opinión a Freud acerca de cualquier cosa, y no volví a hablar sobre el asunto. Tuvieron que llegar protestas del extranjero durante años para que Freud llegara a admitir en su fuero interno la exactitud de mi afirmación.

La relativa falta de tacto por parte de Brill en sus años juveniles no pudo empañar el hecho importantísimo de poseer un corazón de oro. Pude percibir desde el comienzo que habríamos de llevarnos bien en la tarea común que debíamos realizar en Estados Unidos, y nunca tuve es verdad un amigo más fiel de lo que fue a lo largo de todo el tiempo.

A comienzos de 1909 Freud hizo otra amistad, ésta de índole muy diferente. Ella perduró diáfana, sin una nube, hasta el fin de su vida. Era el *Pfarrer* (Pastor) Oskar Pfister, de Zurich, con el que luego mantuvo una extensa correspondencia. Pfister hizo su primera visita a Freud el domingo 2 de abril de 1909. Freud le tenía mucho afecto. Admiraba sus

elevados principios éticos, su impenitente altruismo y su optimismo respecto a la naturaleza humana. Probablemente le divertía pensar también que pudiera mantenerse en términos ilimitadamente amistosos con un clérigo protestante, a quien se dirigía en sus cartas llamándole «querido hombre de Dios» y en quien podía descontar una amplia tolerancia hacia «un herético empedernido», como más tarde se describía a sí mismo. Pfister, por su parte, sentía una gran admiración sin límites y gratitud hacia Freud, a quien insistía en considerar un verdadero cristiano. La única concesión que Freud podía hacer a esta amable denominación era la de señalar que su amigo Christian von Ehrenfels, de Praga, que acababa de escribir un libro sobre ética sexual, había adoptado para sí mismo y para Freud la denominación de «protestantes sexuales».

Las repercusiones del Congreso de Salzburgo fueron en su mayor parte agradables, si bien hubo una que no lo fue. Se trata de un choque entre Abraham y Jung, que puso de relieve la incompatibilidad personal entre ambos y, especialmente de parte del primero, una definida actitud de antagonismo. Abraham había pasado años felices en Zurich, pero finalmente se sintió descontento con lo que consideraba tendencias anticientíficas y místicas de parte de los que trabajan allí. La ocasión concreta para la colisión se presentó cuando Freud expresó, en conversaciones personales con Abraham y Jung, su opinión de que la demencia precoz difería de las otras neurosis simplemente en que tenía un punto de fijación mucho más precoz, punto de fijación que entonces se denominaba simplemente «autoerotismo» y al que el enfermo ha regresado en el proceso de su enfermedad. Era una conclusión a la que había llegado

unos nueve años antes. Abraham y Jung leyeron en el Congreso trabajos sobre demencia precoz, pero mientras Abraham aprovechó ampliamente las sugerencias de Freud e incluso llegó a la conclusión de que lo que se denominaba «demencia» en esta enfermedad se debía, no a una destrucción de aptitudes intelectuales sino a un bloqueo masivo del proceso afectivo. Jung, por su lado, no hizo más que repetir su opinión de que esta enfermedad era una afección orgánica del cerebro, producida por una hipotética «psicotoxina».

Se trataba de una de esas pequeñas y tontas disputas sobre prioridad que tan a menudo han entorpecido el progreso de la ciencia desde Newton a Leibnitz en adelante. Se produjo a causa de que Abraham en el trabajo que leyó en el Congreso no había citado ni atribuido mérito alguno a Bleuler y Jung por sus investigaciones psicológicas sobre demencia precoz, cosa que Jung tomó muy a pecho en este caso. Lo único interesante en todo esto reside en la luz que arroja sobre la actitud de Freud respecto a estos hechos y a las personas involucradas en los mismos. Esto se verá mejor transcribiendo las cartas de la época cursadas entre Abraham y Freud.

Lieber und geehrter Herr College.

Me alegro de saber que usted considera el Congreso de Salzburgo como un acontecimiento muy satisfactorio. En cuanto a mí, no puedo emitir juicio alguno, ya que me encuentro en el centro de todo eso, pero me inclino también a considerar esta primera reunión como una prueba muy prometedora.

En relación con esto quisiera hacerle a usted una demanda, de cuya realización pueden depender muchas cosas de diversa índole. Recuerdo que su trabajo en el

Congreso dio lugar a cierto conflicto entre usted y Jung, o por lo menos tal cosa deduje yo de algunas palabras que luego me dijo usted. Ahora bien, considero que cierta competencia entre ustedes es inevitable y que, dentro de ciertos límites, sería completamente inofensiva. En esa ocasión concreta yo he pensado firmemente que la razón le pertenecía a usted y he atribuido la susceptibilidad que demostró Jung a su propia vacilación. Pero no me gustaría que se produjera un resentimiento de cualquier índole entre ustedes. Somos tan poco numerosos aún que la falta de armonía, especialmente a causa de complejos personales, no cabe en ningún modo entre nosotros. Es importante también para nosotros que Jung encuentre la manera de volver a los puntos de vista que acaba de dejar de lado, y de los que usted ha sido tan constante defensor. Creo que existe cierta probabilidad en esto y el mismo Jung me escribe que Bleuler se está mostrando permeable y casi inclinado a abandonar nuevamente toda idea sobre el carácter orgánico de la demencia precoz. De manera que me haría usted un favor personal si se comunicara con Jung antes de publicar su trabajo y le propusiera discutir sus objeciones, a objeto de que usted pudiera tomarlas en cuenta. Un gesto amistoso de esta índole pondría seguramente fin a este naciente desacuerdo entre ustedes dos. Esto me resultaría sumamente grato y demostraría que todos nosotros estamos en condiciones de obtener del psicoanálisis ventajas prácticas de aplicación en nuestra propia conducta. Trate usted de que esta pequeña victoria sobre usted mismo no le resulte demasiado difícil.

Sea tolerante y no olvide que a usted le resulta realmente más fácil acompañarme en mis ideas que a Jung, en primer lugar porque usted es completamente independiente y por otra parte porque nuestra afinidad racial lo coloca a usted mucho más cerca de mi conformación intelectual, mientras que a él, siendo cristiano¹

1. Es decir, "no judío", según la expresión judía corriente.

e hijo de un pastor sólo le es dado acercarse a mí a costa de grandes resistencias internas. Su adhesión (la de él) es tanto más valiosa en consecuencia. Estaba a punto de decir que fue su aparición en la escena lo que libró al psicoanálisis del peligro de convertirse en un simple asunto nacional de los judíos.

Abrigo la esperanza de que usted prestará atención a mi demanda. Reciba mis más afectuosos saludos.

Suyo,

FREUD

Al no recibir respuesta a esto, Freud se sintió muy inquieto y le escribió nuevamente.

Mayo 9 de 1908

Sehr geehrter Herr College.

No habiendo recibido hasta ahora respuesta alguna a mi demanda le escribo nuevamente para reforzarlo. Usted sabe cuán gustosamente pongo a su disposición, como lo hago con los demás, todo lo que tengo, pero nada sería más penoso para mí que comprobar que el resultado de ello sean susceptibilidades sobre prioridad entre mis amigos y partidarios. Para evitarlo bastará que cada uno desempeñe su parte. Espero que usted se mantendrá alejado de tales cosas tanto en homenaje a la causa² como por mí.

Con cordiales saludos.

Suyo,

FREUD

Mayo 11 de 1908

Sehr verehrter Herr Professor.

Estaba a punto de escribirle cuando llegó su segunda carta. No le había contestado antes por un motivo

2. Freud usaba siempre, para referirse al psicoanálisis la expresión *die Sache*.

que favorece nuestros intereses comunes. Cuando recibí su primera carta no estuve enteramente de acuerdo con lo que decía, de manera que la dejé de lado por un par de días. Después de este plazo estuve en condiciones de leerla *sine ira et studio* y de convencerme de lo correcto de sus argumentos. Sin tardanza escribí a Zurich, pero no despaché la carta de inmediato. Quería dejar pasar un par de días, para estar seguro de que en mi carta no se escondía nada que pudiera convertir impensadamente el gesto amistoso en un ataque. Yo sé lo difícil que me resulta evitar enteramente las polémicas, y al releer la carta encontré que ésta daba razón a mi sospecha. Ayer redacté nuevamente la carta en su forma final y espero que será útil a nuestra causa. No quería escribirle a usted, perdonará mi silencio. Ahora que puedo ver la cosa con tranquilidad debo agradecerle por su intervención, así como también por la confianza que ha puesto en mí. Puede usted confiar en que todo este asunto no ha provocado en mí ningún tipo de resentimiento.

En realidad me encontré envuelto en el conflicto de una manera enteramente inocente. En diciembre último yo le había preguntado a usted si no habría riesgo de chocar con Jung, dado que usted nos había comunicado a ambos sus ideas. Usted dispuso entonces mis malos presentimientos. En mi manuscrito de Salzburgo había una frase que habría sido del agrado de Bleuler y Jung, pero siguiendo un impulso repentino, la omití en el momento de leer el trabajo. En la ocasión me engañé a mí mismo mediante un motivo encubridor —el de ahorrar tiempo— siendo que la verdadera razón era mi animosidad contra Bleuler y Jung. Esto se debía al carácter indebidamente propiciatorio de sus recientes publicaciones, a la comunicación de Bleuler en Berlín, en la que ni siquiera mencionó su nombre y a varias cosas más, de índole trivial. El hecho de que yo no mencionara a Bleuler y Jung significaba evidentemente: «Ya que us-

tedes se apartan de la teoría sexual yo no voy a citarlos cuando me ocupo de ella».

Sinceramente suyo,

KARL ABRAHAM

El gesto amistoso de Abraham no encontró el éxito que merecía: su carta no tuvo respuesta alguna. Abraham hizo entonces algunas críticas respecto de Jung, pero Freud le dijo que su opinión acerca de éste era más favorable. Y agregó: «A nosotros los judíos nos resulta más fácil, ya que carecemos del elemento místico.» En la carta siguiente le escribía: «Trataré en todo lo que pueda de arreglar las cosas cuando vaya a Zurich en setiembre. No me interprete mal: no tengo nada que reprocharle a usted. Supongo que el reprimido antisemitismo de Jung, que no puede expresarse contra mí, ha sido dirigido, en forma más intensa aún, contra usted. Pero mi opinión es que los judíos, si queremos cooperar con otra gente tenemos que preparar una pequeña dosis de masoquismo y estar dispuestos a soportar cierto grado de injusticia. No existe otra manera posible de trabajar en común. Puede usted estar seguro de que si yo me llamara Oberhuber mis nuevas ideas, a pesar de todos los otros factores, habrían chocado con una resistencia mucho menor... ¿Por qué no podré colocarlos a ustedes uno al lado del otro, usted con su agudeza y Jung con su entusiasmo?» Recibió entonces de Abraham la ingrata noticia de que a éste le habían llegado informaciones sobre el círculo de Zurich acerca de que esta gente había relegado el psicoanálisis como cosa que ya hubiera superado. Pero en setiembre Freud pasó varios días en Zurich, donde conversó con Jung a razón de ocho horas diarias. Comunicó a éste —cosa nada

prudente, al parecer— las dudas y los rumores recogidos por Abraham, a lo que Jung respondió que lamentaba mucho oír tales cosas. Freud sostenía que Jung había superado sus vacilaciones y se sentía ahora enteramente solidario con él. Se había apartado de Bleuler, que se mostraba enteramente negativo, renunciando a su puesto de asistente. Freud se separó de Jung lleno de alegría.

Pero en diciembre volvieron a surgir las dificultades. Abraham se había sentido indignado ante el anuncio de Jung de que, por falta de espacio, ciertas importantes reseñas que había escrito para el *Jahrbuch* no habrían de aparecer en el primer número sino en el segundo. Abraham tomó esto en un sentido personal, abrigando nuevas sospechas acerca de las buenas intenciones de Jung. Freud se colocó en esta ocasión de parte de Jung y amonestó a Abraham con mucha severidad.

Como hombre sensato que era, Abraham tomó a bien esta crítica. Jung devolvió a Freud la visita en la primavera siguiente, y junto con su mujer permaneció en Viena desde el 25 al 30 de marzo de 1909.

En la época del Congreso se produjo un cambio en la disposición doméstica de Freud. Hacia fines de 1907 su hermana la señora Rosa Graf había desocupado su vivienda, que se hallaba enfrente de la de Freud, en el mismo piso, y éste concibió la idea de simplificar su vida y aumentar sus comodidades tomándola para sí. Esto significaba abandonar el pequeño departamento de tres habitaciones de la planta baja, donde había estado trabajando y viendo a sus pacientes durante quince años. Aprovechó la oportunidad de la mudanza, para gran perjuicio de todos nosotros, para destruir, por segunda vez en su vida, una gran cantidad de documentos y cartas.

Después de haber vivido en Viena por cerca de cincuenta años, Freud decidió convertirse oficialmente en «ciudadano» de la misma. El hecho ocurrió el 4 de marzo de 1908. Esto le daba derecho al voto, cosa que habrá que suponer que había motivado su solicitud. Votó solamente en las raras ocasiones en que un candidato liberal se presentaba en su distrito electoral, y no me sorprendería enterarme de que tal oportunidad se presentaba entonces por primera vez.

En el verano de 1908 Freud visitó a su hermanastro Emmanuel en Manchester. Partió para Inglaterra el 1.º de setiembre, viajando tanto a la ida como a la vuelta por Hook Harwich. Interrumpió, sin embargo, el viaje para ver en La Haya los Rembrandt, que le produjeron una «impresión incomparable». Rembrandt y Miguel Ángel parecen haber sido los pintores que más profundamente le conmovían. Era ésta la primera vez que iba a Inglaterra desde aquella estimulante visita que hizo a los diecinueve años y habría de ser la última antes de establecerse allí en 1938. Pasó quince días en Inglaterra y se conservan seis largas cartas enviadas desde allí.

A la vuelta del viaje permaneció en Zurich cuatro días, como huésped de Jung en Murhölzli, donde pasaron momentos agradables y felices. Jung lo llevó a ver el Monte Pilatus y el Rigi, y realizaron juntos muchas caminatas. Freud esperaba ser huésped de Jung en la nueva casa que éste estaba construyendo en Küsnacht. La aproximación entre los dos, en esta ocasión, fue mayor que en ningún otro momento, con excepción, quizá, del primer encuentro.

En 1908 publicó cinco artículos. El primero de ellos, el más original, tuvo el efecto de una bomba

y despertó más escarnio que cualquiera de las cosas escritas hasta entonces. Era un trabajo corto, de apenas un par de páginas, en el que destacaba que las sensaciones anales en la infancia, sobre cuyo carácter erótico ya había insistido largamente, eran capaces de afectar los rasgos de carácter en una forma bastante específica. Si bien ahora se reconoce ampliamente la verdad de tales conclusiones, el hecho de que un rasgo de carácter pudiera tener orígenes tan bajos parecía entonces a los ojos del mundo externo simplemente un absurdo.

Un artículo que publicó sobre la relación entre moral sexual y civilización es el preanuncio de estudios más profundos sobre la naturaleza de la civilización, que alcanzaron a madurar más de veinte años después.

Uno de los artículos constituía la exposición de las curiosas hipótesis que se forman los niños pequeños acerca de la naturaleza de la actividad sexual, incluso la fecundación. Otro se refería a la relación entre fantasías histéricas y bisexualidad. Más tarde encaró audazmente el problema estético, en una discusión acerca de la relación de los poetas con la fantasía, en el curso de la cual llegó a algunas conclusiones impresionantes.

Un acontecimiento ocurrido en diciembre de 1908 habría de procurar a la personalidad y a la obra de Freud el acceso a un círculo mucho más amplio y más distante. Stanley Hall, Presidente de la Clark University, Worcester, Massachusetts, le invitó a dar un ciclo de conferencias en ocasión de celebrarse el vigésimo aniversario de su fundación.

Recibiría tres mil marcos (\$ 714,60). Invitó a Ferenczi a acompañarlo y su hermano Alejandro expresó también su deseo de viajar, aunque esto resul-

tó luego imposible. Freud decía que se sentía muy impresionado ante la perspectiva del viaje. Ferenczi estaba aún más excitado que él. Se puso a aprender inglés y encargó a Estados Unidos los libros necesarios para orientarse debidamente sobre ese misterioso país. Freud no consiguió, sin embargo, decidirse a leerlos, pero se enteró por un libro sobre Chipre que estaba estudiando que la mejor colección de antigüedades chipriotas había sido llevada a Nueva York, donde abrigada la esperanza de verla. Todo lo que quería ver allí en América, decía, eran las cataratas del Niágara. No preparó nada para sus conferencias, afirmando que lo haría a bordo.

Partieron en el *George Washington*, un barco del Norddeutscher Lloyd que salió de Bremen el 21 de agosto. Ferenczi estaba preocupado acerca de si debía llevar consigo un sombrero de copa, pero Freud le dijo que su plan era comprar uno allí y arrojarlo al mar en el viaje de regreso.

A mediados de junio Freud supo que también Jung había sido invitado y dijo: «Esto significa la importancia de todo el asunto.» Inmediatamente arreglaron las cosas para viajar juntos.

En la primavera de ese año tuvo lugar un acontecimiento familiar que le produjo mucha alegría. Su hija mayor, Matilde, que era muy apegada al padre, se había comprometido en Merano, donde había estado durante seis meses, con un joven vienes, Robert Hollitscher.

El casamiento tuvo lugar el 7 de febrero. Al agradecer a Ferenczi sus congratulaciones por el casamiento de Matilde, Freud le confesó que el verano anterior, cuando Ferenczi visitaba la familia —por primera vez— en Berchtesgaden, había deseado que

fuera él el feliz mortal. Su actitud con Ferenczi fue siempre extremadamente paternal.

En la mañana del 10 de agosto Freud llegó a Bremen, donde se reunió con Jung y Ferenczi. Freud había pasado una mala noche en el tren de Munich a Bremen, cosa que explica en parte un curioso incidente, cuya importancia será expuesta más adelante. Fue huésped en el almuerzo de Bremen y allí consiguieron inducir a Jung, después de alguna discusión, a que dejara de lado sus principios de abstinencia y a que tomara vino con ellos. Pero inmediatamente sufrió un desmayo, cosa que en presencia de Jung habría de ocurrirle aún una segunda vez. Por la noche el huésped fue Jung y a la mañana siguiente se embarcaron. Durante el viaje, los tres compañeros analizaron mutuamente sus sueños —primer caso de análisis de grupo— y Jung me dijo más tarde que los sueños de Freud parecían referirse principalmente a preocupaciones por el futuro de su familia y de su obra. Freud me dijo que había encontrado al camarero de su cabina leyendo la *Psicopatología de la vida cotidiana*, cosa esta que por primera vez le dio la idea de que podía ser famoso.

Brill estaba en el puerto, por supuesto, cuando llegaron a Nueva York el sábado 27 de agosto por la noche, pero no se le permitió subir a bordo. De manera que envió a un amigo suyo, el doctor Onuf, que ocupaba un cargo oficial, a saludar a los viajeros. Poco trabajo les dieron las entrevistas con los reporteros y el único anuncio que salió en los diarios al día siguiente anunciaba escuetamente la llegada de cierto «Profesor Freund (*sic*), de Viena». El mismo día de su llegada Freud visitó a su cuñado, Eli Bernays, y a su viejo amigo Lustgarten, pero los dos estaban aún de vacaciones. Brill lo llevó enton-

ces a conocer la ciudad. Primero fue al Central Park y luego una recorrida del Barrio Chino y el Ghetto. La tarde fue dedicada a Coney Island, «un magnífico Práter». A la mañana siguiente visitaron el lugar que más quería conocer Freud en Nueva York, el Metropolitan Museum, que le interesaba especialmente por las antigüedades griegas. Brill les mostró también la Universidad de Columbia. Al día siguiente me uní a ellos y almorzamos en el Roof Garden del Hammerstein. Luego fuimos a un cine, donde vimos una de estas primitivas película de la época, con abundancia de carreras y persecuciones. Ferenczi, con su manera infantil, se mostró muy excitado. Freud, en cambio, no hizo más que divertirse tranquilamente. Era la primera vez que ambos veían una película.

En la tarde del 4 de setiembre partimos todos a New Haven, en un viaje nocturno que implicaba una curiosa combinación de barco y hotel, y luego, en tren, a Boston y a Worcester.

De ningún modo podía decirse que Nueva Inglaterra no estuviera preparada para escuchar las doctrinas de Freud. En el otoño de 1908, mientras permanecí con Morton Prince en Boston, di dos o tres clases a un auditorio compuesto de dieciséis personas, entre las cuales se hallaban: Putnam, el profesor de Neurología en la Universidad de Harvard, E. W. Taylor, que luego fue su sucesor, Werner Munsterberg, que era profesor de Psicología en la misma Universidad, Boris Sidis y G. W. Waterman. El único con quien tuve realmente éxito fue con Putnam. (Más tarde, en mayo del año siguiente, poco después de la visita de Freud, hubo un importante Congreso en New Haven, en el cual Putnam y yo leímos trabajos que dieron lugar a una gran discusión.)

De modo que la llegada de Freud era esperada con cierto grado de impaciencia.

Freud no tenía idea sobre el tema que iba a abordar, o así lo decía al menos, y al comienzo se mostró inclinado a aceptar la sugestión de Jung en el sentido de dedicar su clases al tema de los sueños, pero cuando me consultó a mí le aconsejé que optara por otro más amplio. Luego de reflexionar al respecto, estuvo de acuerdo en que los norteamericanos podrían considerar que el tema de los sueños no era bastante «práctico», o incluso frívolo. De modo que se dispuso a hacer una exposición más general del psicoanálisis. Compuso cada una de las clases en el curso de un paseo de media hora que hacía con Ferenczi, cosa que ilustra muy bien la facilidad y armonía con que fluían sus pensamientos.

Freud dio las cinco clases en alemán, sin el auxilio de apunte alguno, en un tono serio y de conversación que impresionó profundamente. Una señora del auditorio estaba muy ansiosa de oírle hablar sobre temas sexuales y me rogó que le transmitiera su pedido. Cuando así lo hice, Freud replicó: *In Bezug auf die Sexualität lasse ich mich weder ab-noch zubringen*. Esto queda mejor expresado en alemán y significa que en lo que a sexualidad se refiere, Freud no se dejaba ni empujar ni disuadir.

Estas clases fueron más tarde publicadas en diferentes formas. La primera acogida fue muy desigual. El juicio del decano de la Universidad de Toronto, que le transmití a Freud, era bastante típico: «El lector común podrá deducir que Freud es partidario del amor libre, de la remoción de todo freno y el regreso a la barbarie.»

Resultó especialmente emocionante el momento en que Freud se puso de pie para agradecer a la Uni-

versidad el título de doctor que le había sido otorgado al término de la ceremonia. El recibir honores luego de tantos años de ostracismo y desprecio parecía un sueño, y estaba visiblemente conmovido al pronunciar las primeras palabras de su breve discurso: «Esto constituye el primer reconocimiento oficial de nuestros esfuerzos.»

Freud dejó una patética descripción de su encuentro con William James, entonces fatalmente enfermo¹. William James, que conocía bien el alemán, siguió las clases con gran interés. Se mostró muy amistoso con nosotros y yo no olvidaré nunca sus palabras de despedida pronunciadas con un brazo sobre mis hombros: «El futuro de la psicología pertenece al trabajo de ustedes.»

En cuanto a Stanley Hall, el creador de la psicología experimental en Estados Unidos y autor de considerables trabajos sobre la adolescencia, se mostró entusiastamente obsequioso y amable tanto con Freud como con Jung. Cuando regresó a Estados Unidos, Freud escribió acerca de Stanley Hall a Pfister. «Constituye la más agradable de las fantasías imaginar que en algún lugar lejano, que jamás había sido visto por uno, hay gente decente que ha hallado la manera de ponerse al tanto de nuestros pensamientos y nuestros esfuerzos y que de pronto, después de todo, se ofrecen a nuestra vista. Esto es lo que me ocurrió con Stanley Hall. ¿Quién podía haber supuesto que allí en América, a sólo una hora de

1. "Otro acontecimiento de esta época que me causó una sempiterna impresión fue el encuentro con William James, que ocurrió mientras estábamos paseando. Se paró de pronto, me tendió una bolsa que transportaba y me pidió de seguir paseando, diciendo que me alcanzaría tan pronto como pasara un ataque de angina de pecho que estaba a punto de tener. Murió de esta enfermedad un año más tarde, y siempre he deseado poder estar tan exento de miedo como él, cara a la muerte que se aproxima". — *Un estudio autobiográfico.*

Boston, había un respetable señor de edad, que esperaba impaciente la aparición del próximo número de *Jahrbuch*, que lo leía y lo entendía enteramente y que luego, como él mismo decía, había de hacer la proclamación de nuestra obra?» Poco después conseguí que Hall aceptara el cargo de Presidente de la nueva Asociación Psicopatológica Americana que yo estaba creando, pero su interés por el psicoanálisis no duró mucho. Pocos años después se convirtió en partidario de Adler, noticia ésta que le dolió mucho a Freud.

En esta oportunidad Freud hizo, sin embargo, una amistad más duradera. Se trataba de J. J. Putnam, el profesor de Neurología de Harvard. Yo había mantenido largas conversaciones con él un tiempo antes, cuando me hallaba en Boston, como huésped de Morton Prince, y había conseguido que reconsiderara sus objeciones iniciales al psicoanálisis. Para ser un hombre destacado que había pasado los sesenta era la suya una mentalidad singularmente amplia. Fue el único hombre a quien jamás había oído admitir en una discusión pública que había estado equivocado sobre cierto asunto. El primer volumen de la serie de publicaciones de nuestra Biblioteca Psicoanalítica Internacional fue una colección de las obras de Putnam.

Durante su estancia en Worcester, Freud se formó una idea exagerada acerca de mi sentimiento de independencia y temió —completamente sin razón— que yo pudiera dejar de convertirme en un fiel partidario suyo. Tuvo así la deferencia especial de acompañarme a la estación cuando partí hacia Toronto al final de nuestra estancia y no dejó de expresarme en la ocasión su cálida esperanza de que me mantendría siempre unido al grupo. Sus palabras finales

fueron: «Ya verá usted que vale la pena.» Pude darle por supuesto toda clase de seguridades y nunca más volvió a dudar de mí.

Una vez que hubimos partido Brill y yo, los tres amigos visitaron, el 13 de setiembre, las cataratas del Niágara, que a Freud le parecieron aún mucho más grandes de lo que había supuesto. Pero en la «Cueva de los Vientos» Freud se sintió lastimado cuando el guía, empujando atrás a los demás visitantes, gritó: «Dejen pasar primero al viejo.» Se mostraba siempre sensible a alusiones como ésta a su edad y él mismo citaba como un buen ejemplo del caso lo que ocurrió a propósito de una observación hecha por Putnam en esa época.

Después de esto se dirigieron los tres a la casa de campo de Putnam en las Montañas Adirondack, cerca de Lake Placid, donde permanecieron cuatro días. Freud envió a su mujer una extensa descripción del nuevo lugar, donde no se veía más que un montón de cabañas en pleno descampado. El placer de esta visita fue un tanto empañado por un ataque bien definido, aunque leve, de apendicitis. No lo comentó con nadie, para no causar molestia alguna a Putnam y evitar la ansiedad de Ferenczi. En todo lo demás lo pasó muy bien y Jung los alegró y animó bastante entonando canciones alemanas.

Llegaron a Nueva York en la noche del 19 de setiembre y se embarcaron en el «Kaiser Wilhelm der Grosse» el 21. Esta vez fueron sorprendidos por los ventos equinocciales y si bien Freud no se mareó, estuvo acostándose a las siete un par de noches. Freud nunca se mareó en viaje alguno. Llegaron a Bremen el 29 al mediodía.

A pesar de su gratitud por la amistosa recepción que se le hizo y el reconocimiento de su obra y los

hombres de que fue objeto, Freud no volvía de Estados Unidos con una impresión muy favorable. Era muy propenso a tener esta clase de prejuicios y éste a que nos referimos no llegó nunca a desvanecerse del todo. Hasta tuvieron que pasar años enteros para que el contacto íntimo con norteamericanos que lo visitaban lo mitigara un tanto. Esta actitud suya es tan injusta que es forzoso buscarle alguna explicación. Existían varias, pero superficiales, que encubrían a su vez otra cosa más profunda y personal, que en realidad nada tenía que ver con Estados Unidos. Por su parte, Freud atribuía su poca simpatía a Estados Unidos a un duradero trastorno intestinal producido, según él afirmaba sin mucha base, por la cocina norteamericana, tan diferente de aquélla a la que él estaba habituado. Pero esta aseveración pasa por alto el hecho importante de que este mal le había aquejado la mayor parte de su vida, muchos años antes de ir a Estados Unidos y muchos años después. Lo cierto es que durante su estancia allí sufrió constantemente la recurrencia de su viejo dolor apendicular, lo que de todos modos debe haber empañado el goce de estos días memorables. Otro trastorno físico de esta época eran sus molestias prostáticas. Esto era, naturalmente, doloroso y embarazoso a la vez y por supuesto era toda culpa de las costumbres norteamericanas. Recuerdo cómo se quejaba, dirigiéndose a mí, de la escasez y poca accesibilidad de los lugares adecuados para obtener alivio: «Os conducen a lo largo de kilómetros de corredores y al final os llevan al subsuelo, donde os espera un palacio de mármol, exactamente con el tiempo estricto.» Durante algunos años Freud atribuyó muchas de sus molestias físicas a la visita hecha a Estados Unidos. Llegó incluso a decirme que su escritura

había empeorado desde que había visitado América.

Un motivo más personal de este enojo suyo era la dificultad con el idioma, que le hacía revivir su desagradable experiencia en el mismo sentido de algunos años atrás, en París. Siempre fue sensible al hecho de hacerse entender y entender a los demás. Recuerdo que en una oportunidad un norteamericano pedía a otro que le repitiera cierta observación que no había entendido bien, a lo que Freud volviéndose a Jung, hizo este incisivo comentario: «Esta gente no puede entenderse siquiera entre ellos mismos.» *Le resultaba incluso difícil adaptarse a la libertad y facilidad de maneras imperantes en el Nuevo Mundo, de lo que es un ejemplo lo que he relatado un poco más arriba. Era un buen europeo, con un sentido de la dignidad y un respeto por la cultura que en esa época era menos visible que ahora en Estados Unidos. Más tarde me dijo, en ese su terso estilo: «Estados Unidos es un error; un error gigantesco, es cierto, pero de todos modos un error.»*

Freud demostró desde el principio gran interés por el desarrollo del psicoanálisis en Estados Unidos y desde 1908 mantuvo una correspondencia constante con Brill y conmigo, y más tarde también con Putnam. A menudo se divertía con las cosas que al respecto le relatábamos. Así, por ejemplo, cuando a fines de 1909 en la Asociación Americana de psicología en un trabajo sobre su teoría de los sueños mencioné el rasgo de egocentrismo, a lo cual una dama se levantó indignada, sosteniendo que esto podía ocurrir en los sueños de Viena pero que en cuanto a los de Estados Unidos estaba bien segura de que eran altruistas. Pero esto fue superado aún en el caso de cierto psicólogo que sostenía que las asociaciones del paciente dependían en gran parte de la tempera-

tura de la habitación, y puesto que Freud no había tenido en cuenta este importante detalle sus conclusiones no eran dignas de crédito para la ciencia. Con verdadero placer contaba Freud estas cosas al grupo vienés.

El 2 de octubre regresó a Viena, la única parte del mundo civilizado que nunca lo reconoció.

A pesar de todas las alternativas del año 1909, Freud encontró la manera de publicar bastantes cosas. Reunió en un volumen los trabajos que componen el segundo de su serie de cinco *Sammlung Kleiner Schriften* y escribió además dos nuevos trabajos breves y otros dos muy extensos. Los primeros dos eran: *La novela familiar del neurótico*, que apareció como una parte del fascinante libro *Der Mythos von der Geburt des Helden*. (El mito del nacimiento del héroe) de Otto Rank, y otro que contenía una serie de afirmaciones de carácter general sobre la naturaleza esencial de los ataques histéricos.

Los dos trabajos más extensos resultaron ser aportes clásicos a la serie de sus historias clínicas. Uno de ellos era el popular «Caso de Juanito», que contenía el primer análisis infantil. El otro era un detallado estudio de los mecanismos operantes en la neurosis obsesiva.

En esa época se hallaba Freud, por primera vez en su vida, en condiciones de esperar razonablemente una carrera de reconocimiento y de fama. De aquí en adelante cabía encontrarse con la incompreensión, la crítica, la oposición e incluso el agravio, pero ya no podría ser ignorado. Se hallaba en la plenitud de su capacidad y ávido de emplearla al máximo. Todo esto, unido a un hogar armonioso en que reinaba la alegría de los niños en crecimiento, debe de haber hecho de esta década del siglo el período

do más feliz de su vida. Pero estos habrían de ser también sus últimos años de verdadera felicidad. Siguiéron inmediatamente cuatro años de dolorosas disensiones con sus colegas más allegados, y luego la desdicha, la angustia y las privaciones de los años de guerra, a lo que siguió un total colapso de la moneda austríaca y la consiguiente pérdida de todos sus ahorros y su seguro. Muy poco después comenzó su torturante enfermedad, que finalmente, después de dieciséis años de sufrimiento, terminó con su vida.

III

LA ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA INTERNACIONAL

(1910-1914)

En estos años se inició lo que se dio en llamar el «Movimiento Psicoanalítico», nombre éste no muy feliz, pero empleado a la vez por amigos y enemigos. Fueron años de desdicha para Freud y durante los cuales añoró el pasado, que a través del rosado lente de la nostalgia, se le parecía como una época apacible de «espléndido aislamiento». La alegría del creciente éxito y reconocimiento fue seriamente turbada por los signos siniestros de la disensión entre varios discípulos suyos, tema éste que reclama un capítulo aparte. Freud se sintió enormemente perturbado y consternado a la vez por los insolubles problemas a que esto daba lugar y a toda la complejidad de la situación que debía afrontar para solucionarlos. Pero aquí vamos a limitarnos al aspecto más brillante, el tema de la gradual difusión de las nuevas ideas, que naturalmente significaba tanto para Freud.

Para todos nosotros parecía cosa establecida que el Congreso de Salzburgo habría de ser el primero

de una serie de reuniones de esa índole. En el momento en que escribo esto (1954) figura efectivamente como el primero de dieciocho congresos ya realizados. En 1909 tanto Freud como Jung, el organizador del primer Congreso, estaban tan ocupados con las conferencias a dictar en Estados Unidos, en Worcester, que la posibilidad de realizar otro Congreso en ese año no llegó a plantearse seriamente. Pero la impaciencia por realizarlo lo más pronto posible condujo a que se planteara uno para la primavera siguiente.

Los preparativos fueron confiados nuevamente a Jung y el Segundo Congreso Psicoanalítico Internacional se realizó en Nuremberg los días 30 y 31 de marzo de 1910. Freud llegó en las primeras horas de la mañana de la víspera del Congreso, con el objeto de reunirse unas horas con Abraham. A causa de ciertas proposiciones que se presentaron de índole administrativa, a las que hemos de referirnos bien pronto, el Segundo Congreso se desarrolló en una atmósfera mucho menos amistosa que la del primero. La parte propiamente científica alcanzó un gran éxito, demostrando la fecundidad de las nuevas ideas. Freud leyó un interesante trabajo sobre *El porvenir de la terapia psicoanalítica*, con valiosas sugerencias relativas tanto a su desarrollo interno como a su influencia externa. Su antiguo crítico y amigo Löwenfeld, de Munich, leyó también un trabajo. Los aportes del sector suizo —Jung y Honegger— fueron de primer orden.

Freud había estado pensando, desde tiempo atrás, en la posibilidad de reunir más estrechamente a los analistas, y encargó a Ferenczi la tarea de hacer las proposiciones consiguientes en el próximo Congreso. Después de la labor científica, Ferenczi habló en

la reunión sobre la organización futura de los analistas y de su obra. Sus palabras fueron recibidas al comienzo con una tempestad de protestas. En su exposición había hecho algunas observaciones muy negativas acerca de la calidad de los analistas vieneses, sugiriendo que el centro de la futura administración sólo podría ser Zurich, con Jung como presidente. Ferenczi, por otra parte, con todo su encanto personal, tenía cierta manera decididamente dictatorial y algunas de sus proposiciones fueron mucho más allá de lo que es habitual en medios científicos. Ya antes del Congreso había informado a Freud de que «el enfoque psicoanalítico no conduce a un igualitarismo democrático: tiene que haber una élite, más o menos dentro del espíritu de las leyes de Platón acerca del gobierno de los filósofos». Freud, en su respuesta, le manifestó que él mismo ya había tenido esa idea.

Luego de proponer la sensata idea de crear una asociación internacional, con filiales en los diferentes países, Ferenczi afirmó la necesidad de que todos los artículos y comunicaciones a ser presentados por psicoanalistas fueran previamente sometidos para su aprobación al Presidente de la Asociación, quien habría de tener así funciones de censura sin precedentes. Fue esta actitud de Ferenczi la que más tarde debía causar tanto perjuicio a las relaciones entre los analistas europeos y norteamericanos y que me tocó subsanar a mí, en particular, a costa de años enteros de esfuerzos. La discusión que surgió después del trabajo de Ferenczi fue tan áspera que tuvo que ser postergada para el día siguiente. No era el caso, por cierto, de aceptar sus sugerencias más extremas, pero los vieneses, especialmente Adler y Stekel, se opusieron también airadamente a la de-

signación de analistas suizos para cargos de presidente y secretario, cosa que significaría desconocer sus propios prolongados y leales servicios. Freud, por su parte, advirtió la ventaja de establecer para la labor común una base más amplia de la que podía proveer el círculo judío vienés y que era necesario convencer de esto a sus colegas de Viena. Enterado de que algunos de ellos se encontraban en la habitación de hotel de Stekel, realizando una reunión de protesta, se fue allá para dirigirles una apasionada llamada de adhesión. Destacó especialmente la virulenta hostilidad que los rodeaba y la necesidad de apoyo externo para contrarrestarla. Luego, en un gesto dramático, se arrancó violentamente la chaqueta y les dijo: «Mis enemigos quisieran verme morir de hambre. De buena gana llegarían al extremo de quitarme de encima la chaqueta.»

Freud apeló luego a medidas más prácticas para apaciguar a los dos jefes de la revuelta. Anunció que abandonaba la presidencia de la Sociedad de Viena, en la que sería reemplazado por Adler. Consintió también en que, en parte para contrarrestar la dirección que ejercía Jung del *Jahrbuch*, se fundaría una nueva Revista mensual, el *Zentralblatt für Psychoanalyse*, que estaría a cargo conjuntamente de Adler y Stekel. Los vieneses se apaciguaron entonces y consintieron en que Freud fuera el Director de una nueva Revista y Jung Presidente de la Asociación. Jung designó secretario a Riklin, a cuyo cargo estaría también la nueva publicación oficial que se había decidido crear. Ésta era el *Correspondenzblatt der Internationalen Psychoanalytischen Vereinigung* (Boletín), que se encargaría de informar a todos los miembros las novedades de interés, las reuniones de la Sociedad, las publicaciones, etc.

Ninguna de estas designaciones, por más que parecían inevitables en la oportunidad, tuvo resultados felices. Adler se retiró cinco meses después y un par de años más tarde lo hizo Stekel. Riklin descuidó sus obligaciones, de modo tal que los asuntos administrativos llegaron a un estado verdaderamente embrollado y Jung, como se sabe, no habría de dirigir por mucho tiempo a sus colegas psicoanalistas.

Inmediatamente después de llegar a su casa, Freud envió a Ferenczi el siguiente «epílogo» del Congreso, como él lo llamaba.

No hay duda de que fue un gran éxito. Nosotros dos, sin embargo, no tuvimos mucha suerte. Mi comunicación tuvo evidentemente un eco muy pobre, y no sé por qué. Había en ella muchas cosas que deberían haber despertado interés. Tal vez se advirtió lo cansado que yo estaba. Su vigoroso alegato tuvo la desdicha de provocar una repulsa tan grande que se olvidaron de agradecerle las importantes sugerencias que usted les hizo. Todas las sociedades son ingratas: eso no importa. Pero merecemos alguna censura por no haber previsto el efecto que tendría en los de Viena. A usted le habría sido fácil omitir enteramente las críticas y tranquilizarlos con respecto a su libertad científica, con lo cual habríamos privado a sus protestas de gran parte de su vigor. Creo que mi largamente contenida aversión a los vieneses, junto con el «complejo de hermano» de usted nos han hecho un poco cortos de vista.

Pero esto no es lo esencial. Lo más importante es que hemos realizado una buena labor, que tendrá una profunda influencia en la conformación del futuro. Me he sentido muy feliz al comprobar el completo acuerdo existente entre usted y yo, y quiero agradecerle afectuosamente su apoyo, que al fin de cuentas fue fructífero.

Los acontecimientos van a sucederse ahora con rapi-

dez. Veo que ha llegado el momento de llevar a cabo una decisión en la que he estado pensando mucho tiempo. Voy a abandonar la dirección del grupo de Viena y dejar de ejercer influencia oficial alguna. Dejaré la dirección a Adler, no porque me agrade hacerlo o me sienta satisfecho con ello sino porque él es, después de todo, la única personalidad existente aquí y porque colocado en esa posición posiblemente se sienta obligado a defender nuestra causa común. Se lo he manifestado yo a él y he de informar a los demás el miércoles próximo. No creo que siquiera lo lamenten mucho. Ya he caído casi en el penoso papel del viejo disconforme y a quien ya no se quiere. Ciertamente no deseo llegar a esto, de manera que prefiero irme antes de que resulte necesario y por mi propia voluntad. Los dirigentes serán todos de la misma edad y categoría y podrán desenvolverse libremente y entenderse fácilmente entre sí.

En lo científico he de cooperar por supuesto hasta mi último aliento, pero me veré libre de todas las molestias que acarrea la dirección y la supervisión y podré disfrutar de mi *otium cum dignitate*.

Después del Congreso de Nuremberg los grupos psicoanalíticos ya existentes se enrolaron como Sociedades filiales de la Asociación Internacional y pronto se crearon otros grupos. La primera en registrarse fue la de Berlín, que lo hizo el último día del Congreso, 31 de marzo. Bleuler y unos pocos más renunciaron a la sociedad porque era contrario a sus principios el pertenecer a un organismo internacional, actitud ésta que parecería anticipar la que luego adoptó Suiza frente a la Liga de las Naciones y a la Organización de Naciones Unidas. Se trataba naturalmente de una racionalización de parte de Bleuler.

La actitud fluctuante de Bleuler amargó mucho a Freud. Por momentos escribía artículos en apoyo

del psicoanálisis y en otros momentos lo criticaba. No era raro, como decía Freud, que Bleuler adjudicara tanta importancia en el campo de la ambivalencia, introducido por él en la psiquiatría. Por la posición cada vez más prominente de Bleuler entre los psiquiatras, Freud se sentía ansioso de conservar su apoyo pero Bleuler y Jung nunca pudieron trabajar bien juntos y llegó un momento, apenas un año después en que sus relaciones personales dejaron prácticamente de existir. Jung atribuía la actitud hostil de Bleuler hacia él, y en consecuencia su negativa a ingresar en la Sociedad por él fundada, al fastidio que le produjo el hecho de que Jung se hubiera dejado inducir por Freud a ingerir bebidas alcohólicas. La abstinencia total era para Bleuler una religión, tal como lo había sido para Forel, su predecesor. Freud juzgó la interpretación de Jung «inteligente y plausible». «Las objeciones de Bleuler son inteligibles en este punto, pero cuando se dirigen contra la Asociación Internacional no tienen sentido. No podemos, junto a la promoción del psicoanálisis, inscribir en nuestra bandera de lucha cosas tales como la provisión de ropa para los escolares que se mueren de frío. Esto nos haría recordar demasiado los letreros de ciertas posadas: 'Hotel Inglaterra y el Gallo Rojo'.»

Convenció más tarde a Bleuler para reunirse con él en Munich, en las vacaciones de Navidad. Mantuvo con Bleuler una conversación extensa y muy personal, cuyo resultado fue que establecieron excelentes relaciones entre ambos y el psiquiatra suizo prometió ingresar en la Asociación Internacional. Bleuler debe haber abierto su corazón a Freud, ya que en una carta de éste a Ferenczi leemos: «No es más que un pobre diablo como nosotros y se halla necesi-

tado de un poco de amor, cosa que parece ser descuidada en ciertos sectores que le importan mucho.»

Lamentablemente este estado de cosas no duró mucho y un año después Bleuler renunciaba nuevamente, esta vez para siempre. Su interés fue desplazándose luego, lentamente de la psiquiatría psicológica a la clínica.

Habría que decir algo acerca de los primeros progresos de estos grupos, por los que Freud demostraba constantemente su interés, semana tras semana. Después de todo, representaban, aparte de sus propias obras, la esperanza de una futura difusión de sus ideas.

En Viena mismo, donde la Sociedad ya tenía ocho años de antigüedad, la reunión administrativa del 12 de octubre de 1910 designó Presidente a Adler, vicepresidente a Stekel, tesorero a Steiner, bibliotecario a Hitschmann y secretario a Rank. A Freud se le confió el título de Presidente Científico y se convino en que los tres presidentes se turnarían para presidir las reuniones científicas.

En Berlín las cosas se desarrollaban, naturalmente, con mayor lentitud. La sociedad fue fundada por Abraham el 7 de agosto de 1908, figurando cuatro miembros más: Iván Bloch, Hirschfeld, Juliusburger y Koerber. Los primeros dos años Eitingon, aunque estaba en Berlín prefirió mantenerse alejado y tardó algún tiempo aún en comenzar a ejercer. Cuatro años más tarde todavía era Abraham el único analista activo en la Sociedad.

La «Sociedad Freud» de Zurich existía desde 1907 y su primera reunión se realizó el 27 de setiembre de ese año. Se había iniciado con veinte médicos, a quienes se agregaron poco después los Reverendos

Keller y Pfister. En 1910 contaba con algunos miembros que no eran suizos: Asagioli, de Florencia, a quien yo había interesado en el psicoanálisis cuando estudiábamos juntos con Kraepelin unos años antes, Trigant Burrow de Baltimore, Leonhard Seif, de Munich, también amigo mío de la época de Kraepelin y Stockmayer, de Tübingen. Se había resuelto ahora realizar reuniones públicas de tanto en tanto, para despertar un mayor interés en un público más amplio. En noviembre de 1910 Bleuler, Binswagner y Riklin leyeron trabajos en la Sociedad Suiza de Alienistas.

El 12 de febrero de 1911 Ferenczi leyó un trabajo sobre «sugestión» en la Sociedad Médica de Budapest, pero la reacción fue enteramente negativa. Por varios años Hungría no pareció terreno favorable para el psicoanálisis, pero más tarde varios excelentes analistas se agregaron a Ferenczi, dando término a su soledad.

El psicoanálisis era materia de discusión entonces en diversas reuniones y Congresos médicos de Europa, pero el único trabajo favorable que conozco de este año es el que leí yo mismo, sobre la teoría psicoanalítica de la sugestión, en el Congreso Internacional de Medicina psicológica y psicoterapia realizado en el mes de agosto en Bruselas.

En Estados Unidos, en cambio, las nuevas ideas estaban hallando ya una recepción más amplia. El interés despertado por las conferencias de Freud y Jung en Worcester el año anterior seguía en aumento. Putnam había publicado un informe personal y muy favorable de esas conferencias. En el curso de su exposición había hecho la desdichada observación de que Freud «ya no era un hombre joven». Esto lastimó bastante a Freud, quien me escribió: «Usted

es joven y yo ya le envidiado su incansable actividad. En cuanto a mí, la frase del ensayo de Putnam 'Ya no es un hombre joven' me hirió más de todo lo que pudo complacerme lo demás.»

Poco después, al traducir un artículo de Putnam para el *Zentralblatt* se tomó una leve venganza al manifestar en una nota que Putnam «ya estaba mucho más allá de sus años de juventud».

Brill, Putnam y yo comenzamos también nuestra carrera de conferencias y obras sobre el psicoanálisis y el primer volumen de las traducciones de Brill ya había aparecido en 1909. Aparte de su labor de traductor, Brill realizaba una valerosa lucha en diversas conferencias y debates sobre el tema. Su labor y la mía se superponían muy poco. Él se limitaba principalmente a Nueva York, y con gran éxito, mientras que yo abarcaba una esfera más amplia: Baltimore, Boston, Chicago, Detroit y Washington. Nuestros artículos no eran rechazados en ninguno de los órganos científicos, y especialmente los directores de *The Journal of Abnormal Psychology* y *The American Journal of Psychology*, Morton Prince y Stanley Hall respectivamente, nos abrieron ampliamente las páginas de sus revistas y recibieron de muy buen grado nuestros trabajos. En el primer número correspondiente a 1910 de la segunda Revista nombrada figuraba mi ensayo sobre Hamlet. El número siguiente contenía traducciones de conferencias de Freud y Jung en Worcester, un artículo de Ferenczi sobre los sueños y un amplio relato, acompañado de ejemplos ilustrativos, que yo escribí sobre la teoría de Freud sobre los sueños.

No había llegado todavía la hora apropiada para una sociedad puramente psicoanalítica, de manera que propuse a Putnam la formación de una entidad

de carácter más amplio, en la que se pudieran discutir las ideas psicoanalíticas. El 2 de mayo de 1910, en el Willard Hotel de Washington, nació la *American Psychopathological Association*. Cuarenta personas acudieron a la reunión y se hicieron las siguientes designaciones: Presidente, Morton Prince; Secretario, G. A. Waterman (su secretario privado de Boston); vocales, A. G. Allen, de Filadelfia, August Hoch, de Nueva York, Adolph Meyer, de Baltimore, J. J. Putnam, de Boston y yo. Fueron designados cinco miembros honorarios: Claparède de Ginebra, Forel, de Zurich, Freud, de Viena, Janet, de París y Jung, de Zurich. Suiza como se ve, se vio favorecida. Yo fui designado miembro honorario tiempo después. *The Journal of Abnormal Psychology* se convirtió en órgano oficial de la Asociación.

Estaban apareciendo muestras de interés también en Rusia. M. E. Ossipow y varios colegas más se estaban ocupando de traducir las obras de Freud y nos enteramos también de que la Academia de Moscú había ofrecido un premio al mejor ensayo sobre psicoanálisis. Ossipow se presentó para optar al premio en marzo de 1910, pero nunca llegué a saber si obtuvo algún éxito. En el mes de julio del mismo año visitó a Freud, quien dijo de él que era «una persona espléndida». M. Wulf, que había estudiado con Juliusburger en Berlín, había perdido su puesto en una institución a causa de sus «ideas freudianas». Se trasladó entonces a Odesa y desde allí estableció contacto epistolar con Freud y Ferenczi.

Aunque los nombres de Ossipow y Wulf son los que más merecen recordarse en lo que se refiere a los primeros tiempos del psicoanálisis en Rusia —y también a los últimos, según pudo verse— hubo allí algunas otras personas que trabajaban con esa orien-

tación. En 1909 se fundó en Moscú una revista especializada, *Psijoterapia*, en la que aparecieron una serie de artículos y reseñas psicoanalíticos.

De Francia, la única noticia que llegó fue una carta que Freud recibió de R. Morichau-Beauchant a fines de ese año. Nada más se supo de allí por un par de años, mientras que en Italia Baroncini había publicado el primer trabajo sobre psicoanálisis ya en 1908. Hacia la misma época Moderna, de Ancona, a quien yo había interesado también en el psicoanálisis cuando trabajábamos en Munich y con quien seguía manteniendo correspondencia durante muchos años, envió copia de un artículo suyo a Freud, quien lo consideró de mucho valor, disponiéndose luego a traducir los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad*. Ferenczi nos informó de una agradable visita que Moderna le hizo en 1910. Assagioli, de Florencia, leyó un trabajo sobre sublimación en el Congreso Italiano de Sexología, en noviembre de 1910.

El estímulo del psicoanálisis se había extendido ampliamente, llegando a lugares tan remotos como Australia. En 1909 Freud nos hizo saber que había recibido una carta de Sydney en la que se le informaba que había allí un pequeño grupo que estudiaba ansiosamente sus trabajos. Cierta doctor Donald Freser había fundado un pequeño grupo y dado numerosas conferencias sobre psicoanálisis en diversas sociedades. Antes de graduarse como médico en 1909, había sido sacerdote de la Iglesia presbiteriana, pero tuvo que renunciar al cargo a causa de sus «ideas freudianas», primer ejemplo éste, pero muy lejos de ser el último, de esta clase de persecuciones. La chispa se apagó poco después, tal como ocurrió también con la que yo dejé en Canadá.

Dos años más tarde, sin embargo, el doctor An-

drew Davidson, secretario de la Sección de Medicina psicológica y Neurología, invitó a Freud, a Jung y a Havelock Ellis a presentar personalmente trabajos en el Congreso Médico Austral asiático de 1911. Todos ellos enviaron trabajos que fueron leídos en el Congreso.

En 1910 dio Freud a publicidad las conferencias pronunciadas en Worcester —las *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*—, el trabajo que había presentado en el Congreso de Nuremberg y cierto número de trabajos menores. Publicó, además de esto, tres trabajos originales. Uno de ellos versaba sobre *El sentido antitético de las voces primitivas*, un descubrimiento que le produjo gran placer por cuanto confirmaba lo que había observado años atrás acerca de un misterioso rasgo del inconsciente. Otro trabajo fue uno de sus tres ensayos sobre «Psicología de la vida erótica». Pero el acontecimiento más importante de 1910 fue su libro sobre Leonardo da Vinci. Aquí no sólo arrojó luz sobre el carácter íntimo de este gran hombre, con el conflicto entre las dos fuerzas impulsoras de su vida, sino que demostró la influencia que sobre su carácter habían tenido los acontecimientos de su más temprana infancia.

Durante el verano de 1910 Gustav Mahler, el famoso músico, se sentía muy desdichado en sus relaciones con su mujer y el doctor Nepallek, un psicoanalista vienés que era pariente de la mujer de Mahler, aconsejó a éste que consultara a Freud. Desde el Tirol telegrafió a Freud pidiéndole cita. Freud siempre se mostró muy poco dispuesto a interrumpir sus vacaciones por motivos de trabajo profesional, pero no pudo rehusarse tratándose de un hombre de la valía de Mahler. Pero su telegrama,

en el que fijaba fecha y lugar de reunión, fue seguido de otro de parte de Mahler, en el que éste renunciaba a la cita. Pronto llegó otra requisitoria igual, con el mismo desenlace. Mahler era víctima de la *folie de doute* de su neurosis obsesiva y repitió este juego tres veces. Freud tuvo que anunciarle finalmente que la última oportunidad de verlo sería antes de finalizar agosto, fecha en que se proponía partir para Sicilia. Se citaron entonces en un hotel de Leyden, a continuación de lo cual anduvieron caminando durante cuatro horas por la ciudad y realizando una especie de psicoanálisis. Aunque Mahler no había tenido previamente contacto alguno con el psicoanálisis Freud declaró que jamás se había encontrado con una persona que lo entendiera con tanta rapidez. Mahler se sintió muy impresionado por una observación de Freud: «Supongo que la madre de usted se llamaba María. Tengo que deducirlo de varios indicios de nuestra conversación. ¿Cómo se explica que se haya casado usted con una mujer de otro nombre, Alma, siendo que su madre desempeñó evidentemente un papel dominante en su vida?» Mahler le dijo entonces que el nombre de su mujer era Alma María, pero que él la llamaba... ¡María! Ella era hija de Schindler, el famoso pintor¹, cuya estatua se alza en el Stadtpark de Viena. Presumiblemente también en la vida de ella, tuvo importancia un nombre. Esta labor analítica produjo evidentemente su resultado, ya que Mahler recuperó su potencia y el matrimonio fue feliz hasta el día de su muerte, que desdichadamente se produjo apenas un año después. ¿?

En el curso de la conversación, Mahler dijo de pronto que ahora comprendía por qué su música se

1. Mahler, en alemán, significa pintor.

vio siempre impedida de alcanzar una máxima altura en sus pasajes más nobles, los que se inspiraban en las emociones más profundas, y se veían echadas a perder por la irrupción de una melodía vulgar. Su padre, persona brutal a lo que parece, trataba muy mal a la madre y cierta vez hubo entre ellos, cuando Mahler era muchacho, una escena especialmente dolorosa. Tan insoportable le *resultó, que salió corriendo* de su casa. En ese preciso momento un grupo callejero estaba silbando la popular aria vienesa *Ach, du lieber Augustin*. Desde ese momento, según opinaba Mahler, la alta tragedia y la fácil diversión se hallaban inexorablemente unidas en su mente, y cualquiera de los dos estados de ánimo acarrearía forzosamente al otro.

A finales de verano de este año, Freud y Ferenczi hicieron un viaje juntos por el sur de Italia. Fueron primero a París, donde pasaron la noche del 1.º de setiembre y el siguiente día. Fueron a Florencia, Roma y Nápoles, donde embarcaron para Sicilia, donde estuvieron hasta el 20. El tiempo que habían pasado en Sicilia resultó ser decisivo para las futuras relaciones entre los dos. Dado que el vínculo entre ellos fue el más importante que Freud llegó a labrar en esta época de su vida, será necesario mencionar brevemente cómo comenzaron las dificultades. Lo que ocurrió en realidad en Sicilia fue simplemente que Ferenczi se mostraba inhibido, malhumorado y poco responsable en cuanto a los pequeños problemas diarios del viaje. Freud describió la actitud de su amigo como de «tímida admiración y callada oposición». Pero detrás de estas manifestaciones se escondían graves perturbaciones en lo profundo de su personalidad. Por lo que yo supe a través de mis conversaciones íntimas con él se hallaba aco-

sado por un ansia insaciable y desmedida de amor de parte de su padre. Era la pasión dominante de su vida y constituyó indirectamente la fuente de los desdichados cambios que veinte años más tarde introdujo en su técnica psicoanalítica, cambios que tuvieron como resultado el apartarlo de Freud (si bien no a Freud de él). Sus exigencias de intimidad no conocían límites. No debía haber reservas ni secretos entre él y Freud. No se animaba, naturalmente, a expresar abiertamente nada de esto, de modo que esperaba, más o menos confiado, que Freud diera el primer paso.

Pero Freud no estaba en igual estado de ánimo. En las vacaciones se sentía muy contento de despreocuparse de todos los fastidiosos problemas de las neurosis y los conflictos psicológicos profundos, para buscar descanso y renovación en los goces del momento. Y mucho más aún en un viaje como éste, en el que había tantas cosas nuevas interesantes y hermosas que ver y explorar. Lo único que quería era tener un compañero agradable que tuviera gustos semejantes a los de él.

De regreso a su casa, Ferenczi escribió una de sus extensas cartas explicativas, de autoanálisis, en la que expresaba su temor de que a causa de su comportamiento reciente con Freud pudiera abrigar el deseo de no tener nada más que ver con él. Pero Freud se sentía más amistosamente que nunca, tal como lo demuestra la siguiente carta.

Es notable comprobar con cuánta mayor claridad se expresa usted escribiendo que hablando. Yo conocía, naturalmente, muchísimo o la mayor parte de lo que usted acaba de escribirme y no me será necesario darle más que unas pocas explicaciones. ¿Por qué no le he

reprendido, para abrir el camino a una mutua comprensión? Es bien cierto que esto fue una debilidad de mi parte. Yo no soy el superhombre psicoanalítico que usted se ha forjado en su imaginación ni he superado la contratransferencia. No he podido tratarlo a usted de tal modo, como tampoco podría hacerlo con mis tres hijos, porque los quiero demasiado y me sentiría afligido por ellos.

Usted no sólo ha advertido, sino que lo ha comprendido también, que yo ya no siento necesidad alguna de poner completamente al desnudo mi personalidad, y ha comprendido también cuál es el hecho traumático en que se origina esta actitud. Después del caso de Fliess, en cuya superación me ha visto usted recientemente ocupado, aquella necesidad se ha extinguido. Una parte de la catexis homosexual ha sido retirada y empleada en el ensanchamiento de mi propio yo. He tenido éxito allí donde fracasan los paranoicos.

Usted debería saber además que yo me sentía menos bien y sufría más a causa de mi transtorno intestinal de lo que me mostraba dispuesto a confesar. A menudo me he dicho a mí mismo que quien no pueda dominar enteramente a su «Conrado»¹ no debería salir de viaje. Es aquí donde debería haber comenzado la franqueza, pero usted no me pareció bastante dueño de sí mismo como para no sentirse en seguida demasiado angustiada por mí.

En cuanto a las molestias que pudo usted haberme causado, incluyendo entre ellas cierto grado de resistencia pasiva, ocurrirá con ellas lo que sucede con los recuerdos de viaje en general: uno los refina, los pequeños transtornos se olvidan y todo lo que fue hermoso se conserva para propio placer intelectual.

En cuanto a la suposición que usted hacía acerca de grandes secretos míos, que usted sentía gran curiosidad por conocer, era fácil de ver incluso factible de reco-

1. El término que usaba Freud para referirse a los intestinos.

nocer como infantil. Así como le he referido *todo en materia científica es muy poco lo que le he ocultado en lo personal*. El incidente del *Nationalgeschen*² fue, según creo, bastante indiscreto. Mis sueños en esa época estaban enteramente ocupados, como ya más o menos le sugerí, con el asunto Fliess, que, por su índole misma, difícilmente habría de suscitar su simpatía.

De esta manera, viéndolo todo más detenidamente, las cosas que faltaba explicar entre nosotros no son tantas como quizás creyó usted.

Más bien prefiero llamar su atención sobre cosas del presente...

La generosidad y el tacto demostrados por Freud en su trato con Ferenczi, y el gran cariño que sentía por éste, lograron conservar por muchos años esta valiosa amistad hasta que, mucho después de este episodio, se inició la quiebra de la estabilidad mental de Ferenczi.

Este fue el año de la ruptura con Adler, penoso episodio que será descrito en otro capítulo. Fue la preocupación dominante de Freud en ese año y causa de una gran aflicción. Otros rasgos característicos de ese año fueron su constante amistad con Jung y su contacto más íntimo con Putnam. El Congreso Internacional de Weimar en setiembre fue uno de los que tuvieron más éxito. El psicoanálisis siguió reclutando amigos y adversarios en diversos países. Freud fundó una nueva revista, *Imago*. No tuvo vacaciones prolongadas ese año, de modo que no se alejó de la familia. Escribió muy poco en 1911.

Freud mismo tuvo, en esa época, una curiosa experiencia que bien pudo haber tenido un desenlace

2. Una jocosa alusión a su afición a adquirir antigüedades.

fatal. Hacía un mes que estaba sufriendo una ofuscación mental que iba en constante aumento y que le producía dolores de cabeza sumamente intensos noche tras noche. Finalmente se descubrió una pérdida en la cañería del gas, en la unión con el tubo de goma que alimentaba su lámpara, a causa de lo cual había estado inhalando gas, todas las noches, durante varias horas. El humo del cigarro le impidió apercibirse de ello. Tres días después de encontrarse el defecto, Freud estaba completamente restablecido.

A principios del año Freud anunciaba que su originalidad estaba desapareciendo. La observación es interesante, ya que esto era apenas unos meses antes de escribir uno de sus trabajos más originales, sobre psicología de la religión. En agosto tuvo que reconocer que, a pesar de las vacaciones «todo él era totem y tabú».

El acontecimiento más destacado del año fue el Congreso de Weimar. Se realizó los días 21 y 22 de setiembre, con una atmósfera amistosa que recordaba el primer Congreso. No hubo esta vez la interferencia de una oposición vienesa. Freud había pasado previamente unos días con Jung en su nueva casa de Küsnacht y Putnam había venido a Zurich para reunirse con ellos. Otros norteamericanos que asistieron al Congreso fueron T. H. Ames, A. A. Brill y Beatrice Hinkle. En total asistieron cincuenta y cinco personas, incluyendo algunos visitantes.

Los trabajos leídos fueron de elevada categoría. Entre ellos pueden citarse varios trabajos clásicos de la literatura psicoanalítica, el de Ferenczi sobre homosexualidad y el de Sachs sobre las relaciones entre el psicoanálisis y las ciencias culturales. El excelente trabajo de Rank sobre «El tema de la desnudez en la poesía y en las leyendas» dio lugar a un

divertido episodio. En una breve información sobre el Congreso que apareció en un periódico local decía que «fueron leídos trabajos sobre la desnudez y otros temas corrientes». Esto fue motivo para entibiar nuestro entusiasmo en cuanto a invitar periodistas a nuestros Congresos.

El hecho más sobresaliente del Congreso fue sin duda la presencia de Putnam. Los miembros europeos conocían su noble lucha en Estados Unidos y la alta estima que le tenía Freud. Su apoyo compensaba a éste, en parte, la amargura de verse ignorado en Viena. Su distinguida y modesta personalidad impresionó hondamente a todos. Lo mismo le ocurrió a él respecto a los otros. En el curso de sus numerosas conversaciones con Freud felicitó a éste por la calidad de sus partidarios. Freud replicó en forma escueta: «Han aprendido a tolerar una parte de la realidad.» Putnam abrió el Congreso con un trabajo sobre «La importancia de la filosofía para el desarrollo futuro del psicoanálisis», que dio lugar más tarde a cierta discusión en el *Zentralblatt*. Su ardiente alegato en favor de la introducción de la filosofía —si bien solamente de la filosofía hegeliana, que él profesaba— en el psicoanálisis no encontró mucho éxito. La mayor parte de nosotros no veíamos la necesidad de adoptar un determinado sistema. Freud se mostró, por supuesto, muy cortés al respecto, pero más tarde me manifestó: «La filosofía de Putnam me hace pensar en un decorativo centro de mesa. Todos lo admiran, pero nadie lo toca.»

Freud inició las actividades del segundo día con un artículo que presentó modestamente como un suplemento al famoso caso Schreber. Tuvo la importancia histórica de haberle dado ocasión por primera vez de ocuparse de la tendencia de la humanidad

a crear mitos. También se refirió por primera vez al totemismo e hizo la afirmación de que el inconsciente no sólo contiene material de la infancia sino también vestigios del hombre primitivo.

Freud y Jung se encontraban todavía en los mejores términos. Recuerdo que alguien se atrevió a decir que los chistes de Jung eran bastante vulgares, a lo que Freud replicó en forma tajante: «Es una vulgaridad saludable.»

Durante nuestra estancia en Weimar, Sachs y yo aprovechamos la oportunidad de visitar a la hermana y biógrafa de Nietzsche, Frau Elisabeth Nietzsche de Förster. Sachs le habló del Congreso y se refirió a la semejanza entre algunas ideas de Freud y las de su famoso hermano¹.

En su informe administrativo al Congreso nos hizo saber Jung que la Asociación Internacional contaba ahora con ciento seis miembros.

En Estados Unidos no era poco lo que se estaba haciendo. Freud me había estado insistiendo en la necesidad de crear una rama norteamericana de la Asociación Internacional, de modo que me ocupé del asunto con Brill y con Putnam. Este último aceptó ocupar la presidencia si yo iba a ser el Secretario. Mi plan era que el nuevo organismo incluyera a los analistas de todo el país y que las Sociedades locales que se formaron posteriormente, con el propósito de realizar reuniones más frecuentes, se transformarían en ramas de la Asociación matriz. Pero este plan tardó más de veinte años en ser finalmente aceptado, a causa de que Brill, a despecho de la presión

1. Entre los miembros del Congreso de este año estaba Lou Andreas-Salomé, la gran amiga de Nietzsche, y más tarde, gran amiga de Freud. Ver página 185 (Eds.).

ejercida por Freud, estaba ansioso de conseguir para la Sociedad que se proponía fundar en Nueva York el prestigio de ser una rama directa de la Asociación Internacional. Tal vez no le agradaba la idea de que «su» Sociedad fuera de algún modo subordinada a la «mía». Nuestra divergencia se planteó en el más amistoso de los tonos. Brill creó la Sociedad de Nueva York el 12 de febrero de 1921, con veinte miembros, e inmediatamente esta entidad se acogió a las leyes estatales. Él ocupó el cargo de Presidente, B. Onuf fue designado vicepresidente y H. W. Frink, secretario. C. P. Oberdorf fue el último sobreviviente de los miembros fundadores que continuaron actuando en el psicoanálisis.

Poco después envié circulares a los analistas que residían fuera de Nueva York y el 9 de mayo de 1911 se realizó en Baltimore la primera Asociación Psicoanalítica Americana.

Asistieron ocho personas: Trigant Burrow, de Baltimore, Ralph Hamill, de Chicago, J. T. Mac Curdy, de Baltimore, Adolf Meyer, de Baltimore, J. J. Putnam, de Boston, G. L. Taneyhill, de Baltimore, G. A. Young, de Omaha y yo, que me hallaba entonces en Toronto. La mitad de los miembros procedía de Baltimore. ¡Éste fue el modesto comienzo de la actualmente tan poderosa organización! Pero en nuestra segunda reunión, el año siguiente, ya se contaban veinticuatro miembros y había una serie de solicitudes pendientes. Ambas Sociedades fueron oficialmente incorporadas por el Congreso de Weimar de setiembre de 1911.

De Inglaterra seguían llegando pocas noticias. A comienzos del año Freud había sido designado Miembro Honorario de la *Society for Psychological*

*search*¹ y un año después envió un artículo sumamente conciso para un número especial dedicado a la psicología médica. Cuando le hice conocer mi intención de regresar de Canadá a Inglaterra, me escribió: «Usted conquistó América, por decir así, en sólo dos años y no me siento nada seguro respecto al curso que tomarán las cosas cuando usted se vaya. Pero estoy contento de que vuelva a Inglaterra, ya que confío que usted hará lo mismo por su patria, que, dicho sea de paso, se ha hecho terreno más fértil desde la época en que usted se fue. He tenido que rechazar no menos de tres ofrecimientos, de parte de traductores ingleses, de hacer la versión de la *Interpretación de los sueños*, esperando como usted sabe, que pronto la ha de hacer Brill. Tuve que contestar cartas provenientes de ciudades como Bradford y hubo un médico, por lo menos, Osler², que me envió un paciente, el cual se encuentra todavía en tratamiento con Federn. Su tarea puede resultar, por lo tanto, menos dura de lo que usted parece creer. Por otra parte *Brain*, la famosa revista de neurología dedicó un número especial al tema de la histeria, en el que apareció un magistral ensayo de Bernard Hart sobre *El concepto de la histeria en Freud*, con una lista bibliográfica compuesta de doscientas ochenta y una referencias a la literatura psicoanalítica. Más tarde M. D. Eder leyó un trabajo en la Sección Neurológica de la «British Medical Association» el 28 de julio de 1911. Se trataba del primer relato que se publicaba en Inglaterra sobre el análisis de un paciente, pero de ningún modo del primer tratamiento realizado en dicho país. El audi-

1. Freud llamó a esto "el primer signo de interés de la vieja y querida Inglaterra".

2. Sir William Osler, a la sazón profesor de Medicina de Oxford.

torio estaba formado por ocho personas, que abandonaron la sala cuando Eder llegó a la etiología sexual.

En la primavera de ese mismo año, Freud decidió, con Rank y Sachs, la publicación de una nueva revista, que estaría dedicada a las aplicaciones médicas del psicoanálisis. Era éste un aspecto de su labor que le atraía especialmente y la razón por la cual se le ocurrió este proyecto precisamente entonces era que ya estaba en ese momento enteramente preocupado con el estudio de la religión, del que surgirían los ensayos sobre el totemismo del año siguiente. Me dijo entonces que la nueva revista se llamaría *Eros-Psyche*, nombre que había sido sugerido, como supe más tarde, por Stekel. Esta denominación fue reemplazada más tarde por la de *Imago*, propuesta por Sachs y tomada de la profunda novela de Spitteler que llevaba ese nombre. Freud encontró gran dificultad en dar con un editor para esta novedosa empresa, y la idea fue rechazada por los cuatro primeros a quienes se dirigió: Bergmann, Deuticke, Barth y Urban y Schwarzenberg. Finalmente convenció a su amigo Heller para que se hiciera cargo de editarla. Fue un éxito completo y el primer número apareció en enero de 1912.

La escisión con Adler fue cosa definitiva ya en 1911. Faltaba todavía Stekel, de quien se vio obligado a separarse a fines de 1912. En este año comenzaron a enfriarse también sus relaciones con Jung, de quien no se separó sino al cabo de dos años más, por cierto penosos.

En esa época, en que los preparativos para un Congreso eran relativamente sencillos, se tuvo la idea de hacer uno cada año. La razón por la cual no

se realizó ninguno, fue que Jung se había propuesto dar una serie de conferencias en Nueva York hacia el fin del verano y se consideraba enteramente imposible la idea de un Congreso sin la asistencia del presidente. Esto da la medida de la importancia personal de Jung en esa época.

Smith Ely Jelliffe había conseguido que la Fordham University, una institución jesuítica, invitara a Jung a dar una serie de ocho conferencias en setiembre. Tratábase de una invitación que yo había rechazado considerando que era una tribuna nada adecuada para ocuparse de psicoanálisis. Freud no se sentía muy satisfecho con esto y además tenía evidentes dudas sobre si era oportuno el viaje de Jung a Nueva York en esa ocasión. Fue éste efectivamente el momento en que comenzaron a cambiar las relaciones entre los dos. Cuando me encontré con Freud en el mes de junio le pregunté por qué no había dispuesto presidir él mismo el Congreso. Me contestó que no había pensado en esa idea y que de todos modos le correspondía al propio Jung hacer tal sugerencia.

Freud consideraba el año 1912 como uno de los más productivos. Esto era a causa de su gran obra *Totem y Tabú. Imago*, la nueva revista, había comenzado a publicarse en enero y antes de finalizar el año Freud inició la publicación de otra más, el *Zeitschrift*. Fue en conjunto, un año de ansiedad y desdicha, durante el cual además estuvo bastante enfermo. No es difícil suponer que hayan existido oscuras relaciones entre todas estas cosas.

Al enviar a Abraham un saludo de Año Nuevo, le decía además: «En cuanto a mí, no es mucho lo que espero. Tenemos por delante una época sombría. El reconocimiento no florecerá sino para la próxima

generación. Pero nos corresponde a nosotros la alegría incomparable del primer descubrimiento».

A comienzos de año le llegaron noticias de Jung acerca de una tormentosa agitación en los periódicos de Zurich. El psicoanálisis era violentamente atacado. El *Pfarrer* Pfister fue llamado a dar cuenta, a sus superiores y parecía probable que se le despojara de su ministerio, cosa que afortunadamente no ocurrió. Riklin informó a Freud que la campaña había tenido un efecto desastroso en los consultorios de los psicoanalistas, incluso el de Jung, y le rogaba que les enviara algunos pacientes. Freud creyó siempre que esta campaña adversa fue una de las razones del cambio que poco después se produjo en sus partidarios de Suiza. A los suizos les resultaba siempre difícil el verse colocados en posición adversa a sus compatriotas.

Cuando Freud volvió de sus vacaciones veraniegas de 1912, en las que había visitado nuevamente Roma, un intenso trabajo le esperaba al regreso. La lista de los pacientes que lo aguardaban era extensa. El auditorio de sus conferencias había alcanzado a cincuenta o sesenta personas. Las dificultades con Stekel llegaron a su culminación en noviembre.

El desaliento que le causaban las desavenencias con Stekel y Jung en esa época no impedían que los estados de ánimo de Freud fueran muy fluctuantes. Es así que escribía en octubre: «Me siento en un excelente estado de ánimo y le envidio las cosas hermosas que usted está viendo y especialmente lo que le espera en Roma». Pero un par de semanas más tarde se hace manifiesto todo lo contrario en exaltado saludo al primer libro de psicoanálisis en inglés, *Papers on Psycho-Analysis*. Era la cosa más natural del mundo que yo le dedicara el libro. Sin em-

bargo no sólo se vio impulsado a expresarme su agradecimiento telegráficamente sino que me escribió lo siguiente: «Me he sentido tan profundamente emocionado por su última carta, en la que me anuncia la dedicatoria de su libro que he resuelto no esperar hasta su aparición material para reaccionar a ello con una carta que la expresa mi orgullo y mi amistad». La vida no abundaba para él, en esa época, en momentos brillantes y la pérdida de los otros colegas le hizo valorar indudablemente mucho más el contacto con los que quedaban.

Freud publicó en 1912 una serie de trabajos breves, pero habían dos temas que dominaban su pensamiento en ese año: la exposición de su técnica y la psicología de la religión. Se puede percibir una relación entre estos dos temas aparentemente dispares. Los dos tenían que ver con la creciente disensión planteada por la escuela suiza. Freud creía que esta divergencia, así como las de Adler y Stekel, se debían en gran parte a un conocimiento imperfecto de la técnica del psicoanálisis y que por lo tanto era su deber exponer esta última en una forma más completa de como lo había hecho hasta entonces. En cuanto a la resurrección de su interés por la religión, se relacionaba en gran parte con la extrema incursión de Jung en los terrenos de la mitología y el misticismo. Las conclusiones de sus respectivos estudios fueron bien opuestas: Freud se sentía más firme que nunca en sus convicciones acerca de la importancia de los impulsos incestuosos y del complejo de Edipo, mientras que Jung tendía, cada vez más, a considerar que todo esto no tenía el sentido literal que parecía encerrar sino que simbolizaba tendencias más esotéricas de la psique.

El acontecimiento más importante en la vida de

Freud en 1913 fue la ruptura final con Jung, que se produjo en setiembre, en el Congreso de Munich. Ya no volvió a encontrarse nunca más con él, si bien continuaron manteniendo ciertas relaciones formales hasta el año siguiente. El año 1913 fue, tomado en conjunto, un año colmado de ansiedad y desdicha. En la descripción que de ello hace Freud en el mes de octubre todo esto aparece atenuado hasta cierto punto: «Difícilmente puedo recordar una época tan plena de mezquinos agravios y de hechos enojosos como ésta. Es algo así como una violenta lluvia que lo pone a uno en situación de esperar a ver quién resistirá más, uno mismo o el genio maligno que alimenta el mal tiempo». Este mismo mes, dirigiéndose a Pfister, se refirió a sí mismo como un «alegre pesimista».

A mediados de enero supimos de un pánico que se había producido en Boston. La policía de esta ciudad, sin duda hostigada por alguien, había amenazado a Morton Prince con enjuiciarlo por las «obsenidades» que estaba publicando en su *Journal of Abnormal Psychology*. Como se ve, su generosidad con los psicoanalistas fue mal recompensada y esto justificaba hasta cierto punto sus recelos, que Freud había tomado erróneamente por «gazmoñería puritana». Pero Prince, que había ocupado, no hacía mucho, el cargo de Intendente de la ciudad, sabía cómo parar tormentas como ésta sin necesidad de comparecer ante los tribunales.

En ese mes, el 14 de enero, se registró un acontecimiento importante en el hogar de Freud. Era el casamiento de su segunda hija, Sophie, con Max Halberstadt, un yerno que fue tan grato como lo había sido el primero.

Durante los seis primeros meses del año se en-

tregó por entero a la redacción de *Totem y Tabú*. Esta obra fundamental la elaboró Freud en una de esas épocas que se sucedían cada siete años, acompañadas de sus máximos períodos de actividad creadora, y él mismo la clasificó en cierta ocasión como la mejor de las que jamás había escrito.

En los dos años anteriores Jung había estado ahondando profundamente en el campo de la literatura, de la mitología y de la religión comparativa, y los dos habían mantenido conversaciones sobre el particular. Freud empezaba ya a sentirse descontento con el rumbo de las investigaciones de Jung. Jung estaba sacando de este campo ajeno conclusiones infundadas, aplicándolas a la interpretación de los datos clínicos, mientras que el método de Freud consistía en ver hasta qué punto las conclusiones de que había partido, derivadas de su experiencia analítica personal, podían desvelar los problemas más recónditos de la primitiva historia del hombre. Ya con ocasión de la fobia a los caballos del pequeño Hans se había percatado Freud del significado inconsciente de los animales y de la equiparación totemística entre ellos y la idea de un padre. Abraham y Ferenczi también habían informado sobre casos similares, aun cuando el totem de los neuróticos consistía en un objeto inanimado, como un árbol. Luego apareció, en el año 1910, la voluminosa obra en cuatro tomos de Frazer sobre *Totemism and Exogamy*, que proporcionó a Freud abundante materia de reflexión.

Tras regresar a Viena después del Congreso de Weimar celebrado el mes de setiembre de 1911, Freud se sumergió en el vasto material que había de manejar antes de que pudiera desarrollar sus ideas acerca de las semejanzas existentes entre las

creencias y costumbres primitivas y las fantasías inconscientes de sus pacientes neuróticos. Evidentemente, estaba iniciando uno de sus grandes períodos creadores.

Algunas semanas después se desahogaba con las siguientes reflexiones: «La tarea de *Totem* supone un trabajo bestial. Leo gruesos libros sin sentir realmente interés por ellos, puesto que ya sé los resultados; mi instinto me lo dice. Pero tienen que venir por sus pasos contados y a través de todo el material sobre el tema. Mientras así procedo, la propia percepción se torna nebulosa; son muchas las cosas que no encajan, pero no deben forzarse. El caso es que no todas las noches tengo tiempo; de forma que así van las cosas. Con todo este asunto siento como si tratando tan sólo de comenzar un flirteo, descubriese luego que había de tomar otra esposa para el resto de mi vida».

Los dos meses siguientes brindaron pasajes de excepcional interés para el historiador del carácter y la personalidad de Freud. Durante la redacción misma, todo marchaba bien: «Actualmente, escribo el *Totem* con la sensación de que es mi obra más importante, la mejor, quizá mi última gran obra. Mi seguridad interior me dice que voy acertado. Desgraciadamente cuento con muy poco tiempo para el trabajo, por lo que continuamente tengo que esforzarme en sujetar una y otra vez el genio, y esto perjudica al estilo». Unos cuantos días más tarde: «Estoy trabajando en la última sección del *Totem*, que aparece en el momento mismo en que se abre el abismo¹ a pasos agigantados... No he escrito nada con tanta convicción desde *La interpretación de los sueños*, así que puedo adivinar la suerte del ensayo».

1. Entre él y Jung.

Cuando apareció, su acogida no difirió mucho de la del otro libro. Explicó a Abraham que el ensayo saldría antes del congreso (de Munich), y «servía para trazar una neta división entre nosotros y toda la religiosidad aria. En efecto, será su consecuencia». El mismo día, 13 de mayo de 1913, después de acabado el libro, escribió también a Ferenczi: «Desde *La interpretación de los sueños* no he trabajado en nada con tanta seguridad y alegría. Pero la acogida será la misma: una tormenta de indignación, salvo entre aquellos que me rodean. En cuanto a la disputa de Zurich, llega en el mejor momento para disgregarnos, como un ácido corroe una sal.»

Quince días más tarde, sin embargo, el tono había cambiado por completo. Como muy a menudo sucede tras un gran éxito, al júbilo sustituyó la duda y el miedo. Con este cambio se suavizó asimismo la belicosa actitud de Freud. «Jung está chiflado, pero yo no quiero una escisión, preferiría que nos dejara por su propia voluntad. Quizá mi *Totem* acelere la ruptura aun en contra de mi deseo».

Ferenczi y yo leímos juntos las pruebas en Budapest, y escribimos a Freud haciendo un gran elogio. Sugerimos que había conservado en su imaginación las experiencias que describía en su libro, que su júbilo representaba la emoción de matar y comer al padre, y que sus dudas constituían sólo la reacción. Cuando en una visita a Viena le vi unos días más tarde, y le pregunté cuál era la razón de que el hombre que había escrito *La interpretación de los sueños* pudiera tener ahora esas dudas, me contestó muy juiciosamente: «Entonces exponía el deseo de matar al propio padre, y ahora he descrito la muerte efectiva; después de todo hay una gran distancia entre un deseo y una acción».

La primera sección de *Totem y Tabú*, sobre el «El horror al incesto», se refiere a las extraordinariamente diversificadas precauciones que toman las tribus primitivas para evitar las más remotas posibilidades de incesto, o incluso una relación que ni por asomo pudiera parecerse. Es evidente que se muestran mucho más sensibles al respecto que cualquier pueblo civilizado, castigándose a menudo la infracción del tabú con la muerte inmediata. Freud infería que la consiguiente tentación debía ser mayor entre ellos, pues no podían confiar, como nosotros lo hacemos, en represiones perfectamente organizadas. En ese sentido, podía comparárselos con los neuróticos que acostumbran a desarrollar fobias complicadas y otros síntomas, que sirvan a idénticos fines que los primitivos tabús.

La segunda sección, cuatro veces más larga que la primera, lleva por título «El tabú y la ambivalencia de los sentimientos». Freud pasaba aquí revista al ancho campo de tabús en su casi infinita variedad. Para el creyente no existe ninguna razón o explicación más allá del tabú. Es independiente y las consecuencias fatales de su ultraje son igualmente espontáneas. Su más parecido ejemplo en los tiempos modernos es la conciencia, a la que Freud define como aquella parte de uno mismo que se conoce con la certeza más incontrovertible.

La persona o cosa sobre las que pesa un tabú están dotadas de poderes prodigiosos tanto para el bien como para el mal. Cualquiera que los toque, incluso accidentalmente, queda similarmente dotado: por ejemplo, al comer una porción de alimento el jefe ha sido revocado, aun cuando el consumidor ignore su fundamento. Pero meses de complicados procedimientos, la mayoría consistentes en va-

rias privaciones, pueden sin embargo purificarle. En un tabú la prohibición esencial consiste en el contacto, y Freud lo compara al *délire de toucher* de los neuróticos obsesivos, que es igualmente temido por la razón de que se siga de ello alguna desgracia terrible.

Freud trazó un estrecho paralelismo entre lo que podría denominarse la sintomatología de los tabús primitivos y la de los neuróticos obsesivos. En los dos casos existe, 1) una ausencia completa de motivación consciente, 2) la aparición imperiosa a partir de una necesidad interior, 3) la facultad de ser separado y de contagiar a otras personas y 4) la exigencia de actos de ceremonial encaminados a contrarrestar el daño tenido. Puesto que aquéllos consisten en privaciones, Freud deducía que los propios tabús significaban originalmente una renuncia de algo que constituía una tentación, pero que por alguna razón importante llegaba a ser prohibido. Cuando una persona transgredía un tabú, se convertía en tabú, a menos que despertara los deseos prohibidos en sus semejantes. Sin embargo Freud señalaba una importante distinción entre los impulsos inconscientes que se hallan reprimidos en los dos campos: en el caso de los neuróticos, aquéllos son de naturaleza típicamente sexual; en los tabús primitivos se refieren a varios impulsos antisociales, principalmente el de agresión y muerte. «Por una parte las neurosis despliegan curiosas y enormes semejanzas con las grandes producciones sociales del arte, religión y filosofía, pero por otra, presentan la apariencia de caricaturas de los mismos. Cabe aventurar la afirmación de que la histeria es una caricatura de una creación artística; la neurosis obsesiva, una caricatura

de la religión; y las quimeras paranoicas, la caricatura de un sistema filosófico».

El tercer ensayo trataba sobre «Animismo, magia, y la omnipotencia de las ideas». Frazer ha descrito el proceso de la magia como el de «los hombres que confunden el orden de sus ideas con el orden de la naturaleza, imaginando de aquí que el dominio que poseen, o creen poseer, sobre sus pensamientos les permite ejercer el correspondiente dominio sobre las cosas.» Sin embargo, Freud deseaba penetrar más allá de esta descripción estática, que correspondía a a psicología asociativa del siglo diecinueve, y descubrir algo de los factores dinámicos que operan. Veía la base de la magia en la exagerada confianza del hombre en el poder de sus pensamientos, o, más exactamente, sus deseos, y ponía en relación esta actitud primitiva con la «omnipotencia de las ideas» que podía descubrirse en las fantasías neuróticas, y en la vida mental de los niños pequeños.

La cuarta sección, que es con mucho la más importante de todas, fue titulada «El retorno infantil al totemismo», y era la única alrededor de la cual giraba todo el libro.

Con toda probabilidad, los totem eran en su origen animales, aunque posteriormente podían haber representado también las plantas el papel de aquellos. Para el clan que derivaba su descendencia de una especie particular (conforme a la línea materna), estaba rigurosamente prohibido matar a esa especie de animal. Por el contrario, había que cuidarlo, y él protegía a su vez a su clan. McClellan, que fue el primero que describió esta religión primitiva en 1865, consideró que estaba vinculada con la exogamia, la práctica que prohibió toda relación sexual entre los miembros del mismo clan, o lo que es lo

mismo, entre aquellos que compartían el mismo totem y el mismo nombre totémico.

A continuación discutía Freud las numerosas interpretaciones del totemismo que se habían ofrecido hasta entonces, la mayor parte de las cuales son obviamente muy artificiosas. Tenía la ventaja de conocer bien la actitud de los niños pequeños para con los animales, su capacidad para identificarse íntimamente con ellos, y la frecuencia con la que escogían una especie a la que temían con exageración. El psicoanálisis descubrió regularmente que el animal temido era un símbolo inconsciente del padre, a quien se amaba y odiaba a un mismo tiempo. El «ancestro» totemístico de los clanes de los pueblos primitivos debió tener el mismo significado, y desde este punto de vista, son fácilmente comprensibles los diversos rasgos de tabú, ambivalencia de sentimiento, y así sucesivamente.

En cuanto a la exogamia, que no es sino una complicada garantía contra la posibilidad de cometer incesto, Frazer ha proporcionado razones abrumadoras para suponer que las poblaciones primitivas sienten una acusada tendencia hacia el incesto mucho mayor que la de los pueblos civilizados. Desde luego, ignoraba por completo su importancia para los niños pequeños, pero fue fácil para Freud captar la conexión entre totemismo y exogamia, que representaban las dos vertientes del conocido complejo de Edipo, la atracción hacia la madre y los deseos de muerte contra el padre rival.

Luego se plantea la delicada cuestión del origen histórico de esas grandes y primordiales instituciones de las que toda religión posterior parece haber derivado luego de su depuración y evolución. Aquí vino en apoyo de Freud la sugerencia de Darwin

de que la humanidad primitiva debía haberse parecido a los monos superiores que vivían en pequeñas hordas que incluían un macho fuerte y varias hembras. Atkinson imaginó que este estado de cosas llevaría inevitablemente, como entre tantos de los grandes animales, a la obsesiva prohibición al incesto del macho impuesta a sus jóvenes rivales. La especial contribución de Freud en esta cuestión fue la de suponer que periódicamente los hijos crecidos se asociaban en pandillas, mataban y devoraban al padre. Esto promueve la cuestión de la suerte del «clan hermano», que quedaba abandonado. Freud postulaba sentimientos ambivalentes hacia el padre muerto, estimulados también por las dificultades que surgían de las disputas y rivalidades entre los hermanos. Esto conduciría al remordimiento y a una obediencia atrasada a su voluntad respecto a sus mujeres, es decir, a una barrera contra el incesto.

Llegado a este punto, Freud introdujo la aportación de los importantes escritos de Robertson Smith sobre el tema del sacrificio y los festivales del sacrificio. En estas fiestas se mata y come al totem en una ceremonia, repitiendo por tanto la acción original. A ello siguen lamentaciones y luego un regocijo triunfal y excesos salvajes. De esta forma se mantiene la comunidad permanente de la sociedad, entre ellos mismos y con su antecesor, cuyas virtudes acaban de incorporar.

Con el transcurso de miles de años el totem se convertía en un dios, y surgía la complicada trama de las distintas religiones. Freud no prosiguió el tema en esta dirección, sino que expresó algunas reflexiones interesantes sobre las más tempranas formas de tragedia griega, en donde el héroe, a pesar de las advertencias del coro, prosigue una senda pro-

hibida y halla su merecida condena. Freud apuntaba que esto era una inversión —que él denominaba hipócrita— del significado originario en donde los hermanos, representados aquí por el coro, eran los transgresores, y el héroe simplemente una víctima.

Hay una célebre frase al final en donde Freud habla de «los orígenes de la religión, la moralidad, la vida social y el arte confluyendo en el complejo de Edipo». Para concluir discutía entonces la cuestión de si la evolución social que él había postulado no podía explicarse por reacciones de culpa contra los *deseos* hostiles del hijo solitario, lo que sabemos que suele ocurrir en el desarrollo individual. Era ésta una lección que había aprendido años antes y a un precio amargo a través de su experiencia personal. Por otro lado, existen buenas razones para creer que para un niño un deseo es lo mismo que una acción, antes de que desarrolle los poderes de auto-dominio y el conocimiento de la realidad; pues en verdad no existe una pausa intermedia para la reflexión. Freud consideró probable que lo mismo debía haber sido cierto respecto al hombre primitivo, quien todavía contaba con tan escaso dominio de sí. Por tanto, concluía, «en el principio era la acción».

Freud acertó en su predicción de que el libro sería mal recibido. Fuera de los círculos analíticos fue considerado como una fantasía personal más de Freud, acogida con un total escepticismo.

En la primera semana de agosto, en el Congreso Internacional de Medicina, hubo un duelo entre Janet y yo, que puso fin a las pretensiones de aquél: Janet sostenía haber sido el creador del psicoanálisis, y que Freud no hizo más que estropearlo posteriormente. He aquí la respuesta de Freud a esta noticia.

Marienbad, 10 de agosto de 1913

Mi querido Jones:

No puedo expresarle la satisfacción que me causa su información sobre el Congreso y la derrota que infligió usted a Janet en presencia de sus compatriotas ingleses. El interés por el psicoanálisis y por usted son en Inglaterra la misma cosa y ahora confío en que usted «*schmieden das Eisen solange es warm ist*».¹

Lo que nosotros queremos es juego limpio y por lo visto esto se consigue más fácilmente en Inglaterra que en ninguna otra parte.

Brill no vendrá. Me escribe que su familia, la mujer y la hija, quieren tenerlo este año con ellas. Ha sido designado Jefe de Clínica Psiquiátrica en la Universidad de Columbia, de modo que ya está afincado y finalmente es independiente.

Estoy por dejar Marienbad para dirigirme a S. Martino di Castrozza, Hotel des Alpes. Hemos tenido mal tiempo aquí, muy frío y húmedo. Apenas puedo escribir, a causa del reumatismo en el brazo derecho. Quizá tengamos más heladas en las montañas.

Siga dándome buenas noticias durante estas cuatro semanas. Usted me hace sentir fuerte y lleno de esperanzas.

Sinceramente suyo,

FREUD

S. Martino di Castrozza, adonde Freud llegó el 11 de agosto, está a una altura aproximada de 1.700 metros, en el corazón de los Dolomitas, en el extremo del Valle Primiero. Ferenczi se unió a la familia Freud el 15 de agosto —también Abraham estuvo allí unos días— y viajó con Freud al Congreso de Mu-

1. Batirá el hierro cuando esté caliente.

nich. Llegaron a Bayerischer Hof el 5 de septiembre por la noche.

Ferenczi y yo mantuvimos ese verano numerosas conversaciones con Freud acerca de cuál sería la manera más conveniente de afrontar la situación creada por Jung al apartarse de los principios básicos del psicoanálisis. Entre él y Freud ya no existían sentimientos amistosos, pero el asunto iba mucho más allá de toda cuestión personal. Freud se mantenía constantemente optimista en cuanto a la posibilidad de conservar por lo menos cierta cooperación formal y ambos —él y Jung— deseaban evitar todo lo que pudiera aparecer como una querrela. Llegamos así al Congreso, que debía realizarse el 7 de setiembre, con ese estado de ánimo y con la esperanza de que no habría de producirse una ruptura formal.

Freud no estaba nada dispuesto a presentar un trabajo al Congreso y Abraham tuvo que emplear toda su capacidad de persuasión para inducirlo a hacerlo. Fue así como presentó *La predisposición a la neurosis obsesiva*, un trabajo importante en el que dejó establecido que la fase sádico-anal es un período pregenital corriente en el desarrollo de la libido.

Mi trabajo fue el único en que se hacía una crítica directa a las opiniones de Jung, de modo que lo sometí previamente a la consideración de Freud. Le escribí al mismo tiempo: «Los párrafos que se refieren directamente a Jung no me satisfacen. Cuando yo digo que no puedo entender por qué continúa analizando fantasías de naturaleza enteramente secundarias y no causables, él podría replicarme: «porque la libido y la energía necesarias para la realización de la *Aufgabe* han quedado ancladas allí y tienen que ser liberadas mediante el análisis. No es

fácil replicar a esto sin salirse del terreno de la terapéutica, para enfrentarse con otras partes de su teoría», he aquí la respuesta de Freud.

Agosto 29 de 1913

Mi querido Jones:

Su trabajo es excelente, sumamente claro, inteligente y justo. Siento alguna resistencia a escribirle en inglés después de leer su alemán. Usted tendría que aprender también la escritura gótica.

Usted tiene razón al decir que hay cierta parquedad en las observaciones que hace con motivo de un punto importante que usted critica a Jung. También podría agregar que hay un especial interés en abstenerse de afirmaciones decisivas con respecto a los casos de neurosis obsesiva, en los que el paciente se mantiene a la espera de renovar con los preceptos que le llegan de afuera el juego antes realizado con los que provenían de dentro de él mismo. En cuanto a la cuestión de la importancia de las fantasías inconscientes no veo por qué tendremos que someternos al arbitrario juicio de Jung en lugar de consultar la necesaria decisión del paciente al respecto. Si éste valora tales creaciones como sus más preciados secretos (productos de sus «sueños diurnos») tenemos que aceptar esta actitud y asignarles un papel de los más importantes en el tratamiento. Y ello dejando de lado la cuestión de si esta importancia es de carácter etiológico: esto está fuera de lugar aquí, es más bien pragmática.

Sus observaciones sobre la estima de que goza el psicoanálisis en Inglaterra desde tiempos atrás, me han hecho reír de todo corazón; usted tiene mucha razón.¹

Dentro de pocos días tendré el placer de conversar

1. Yo le había escrito: "Las alusiones al psicoanálisis en revistas populares son por lo común sumamente favorables, con ese respeto que se tiene por las cosas distantes que muy probablemente se transforma en otra cosa cuando hay que enfrentarlas más de cerca."

con usted sobre otros temas. No se olvide: es el Bayerischer Hof.

He recibido un buen trabajo sobre psicoanálisis de un tal Becker of Milwaukee. Los primeros trabajos de los que se nos acercan parecen ser siempre muy buenos. Esperemos a que el tiempo nos diga lo que será capaz de escribir este hombre más adelante.

Au revoir, suyo,

FREUD

Asistieron al Congreso ochenta y siete personas, entre miembros e invitados. El nivel científico de los aportes fue mediocre, si bien hubo dos interesantes trabajos de Abraham y Ferenczi. Un trabajo leído por uno de los suizos, lleno de estadísticas, era tan aburrido que Freud me hizo esta observación: «Se han hecho contra el psicoanálisis toda clase de críticas, pero ésta es la primera vez que se podría decir que es tedioso.» Jung dirigía las sesiones en forma tal que se sentía la necesidad de protestar de algún modo. Cuando se volvió a proponer su nombre para la presidencia, Abraham sugirió que los que se oponían a su designación se abstuvieran de votar, de modo que fue reelegido, y aceptó el cargo, por cincuenta y dos votos contra veintidós. Observando que yo era uno de los disidentes, vino hacia mí, y con una agría mirada, me dijo: «Yo creí que usted era cristiano» (es decir, no judío). Tenía la apariencia de una observación sin mayor importancia, pero presumiblemente encerraba cierto significado.

Freud demostró cierta ansiedad acerca de la actitud que tomaría Putnam en la disensión con Jung. Le envié una larga carta que acababa de recibir de Putnam y su comentario fue el que aquí transcribo. «La carta de Putnam resultó muy divertida. Sin embargo no dejó de temer que si se aparta de Jung a

causa del misticismo y la negación del incesto, podrá abandonarnos a nosotros, en cambio, por nuestra defensa de la libertad sexual. La pregunta escrita con lápiz, de segunda intención, hace pensar bastante en ese sentido. Me pregunto qué es lo que usted le contestará. Espero que usted no le negará que nuestras simpatías están por la libertad individual y que a nuestro juicio no representa ningún progreso el rigor de la castidad norteamericana. Pero usted podría recordarle que en nuestro tipo de tratamiento no desempeña un papel prominente el consejo y que nos sentimos contentos de dejar que cada uno resuelva los problemas delicados de acuerdo con su propia consciencia y bajo su responsabilidad personal». Es bien sabido que Putnam siguió siendo un partidario leal y convencido hasta el fin de su vida, de modo que la aprensión de Freud no resultó justificada.

Dos nuevos grupos, entretanto, fueron creados y aceptados como filiales de la Asociación Internacional. El primero de ellos era el de Budapest, fundado el 19 de mayo de 1913. Sus autoridades eran: Presidente, Ferenczi; vicepresidente, Hollos; Secretario, Rado, y tesorero, Levy. Yo presencié la segunda reunión y Ferenczi me dijo entonces, en su habitual estilo jocoso, que el miembro restante, Ignotus, hacía el papel de público.

La otra Sociedad que se fundó fue la de Londres, el 13 de octubre de 1913. La presidencia estaba a mi cargo, el vicepresidente era Douglas Bryan y el secretario M. D. Eder. La componían nueve miembros, de los cuales, empero, sólo cuatro habían practicado el psicoanálisis (Bryan, Eder, Forsyth y yo). Una semana más tarde ingresó Bernard Hart, pero William McDougall y Havelock Ellis se negaron a hacerlo.

Inmediatamente después del Congreso Freud se dirigió a Roma y su cuñada, Mina Bernays alcanzó el tren en Bolonia. «Diecisiete deliciosos días» pasó allí, desde el día 10 hasta el 27, visitando sus viejos rincones y descubriendo otros nuevos, particularmente «las encantadoras Tombe Latine, que conocí por primera vez». Como ocurría siempre, recuperó inmediatamente el ánimo y la salud. Como Mina no soportaba gran cosa los afanes turísticos, Freud pudo realizar mucha tarea. Aparte de corregir las pruebas de su extenso ensayo para *Scientia*, corrigió un prólogo para el *Totem y Tabú*, escribió, ampliándolo, el trabajo que había presentado en Munich y, lo más importante de todo, compuso un borrador completo de su extenso trabajo sobre «Narcisismo». Mientras estaba en Roma recibió una carta de Maeder en la que le aseguraba su invariable veneración, para agregar luego, sin embargo, con referencia a sus propios cambios de opinión: «Como Lutero, aquí me mantengo. No puedo hacer otra cosa». Freud comentó escuetamente: «Esto es una frase digna para quien afronta un riesgo. Difícilmente para quien huye de un riesgo».

En Navidad Freud hizo una visita a su hija Sophie, en Hamburgo. Salió de Viena el 24 de diciembre por la noche, para volver el 29 por la mañana. Se detuvo en Berlín por seis o siete horas el día 25 y así tuvo tiempo de visitar a Abraham, Eitingon y a su hermana Marie. En esa época tenían lugar numerosas consultas, tanto personales como por correspondencia, con miembros del «Comité», acerca de la situación con Jung y Freud tenía la mente enteramente ocupada con un trabajo de carácter polémico que estaba escribiendo precisamente entonces: la *Historia del movimiento psicoanalítico*.

Las disensiones con Jung culminaron a fines de 1914, con la renuncia de éste a la dirección del *Jahrbuch*, a la presidencia de la Asociación Internacional y finalmente con el retiro definitivo de esa entidad. Todos estuvimos de acuerdo en que Abraham ejerciera provisionalmente la presidencia y que preparara el próximo Congreso. Primeramente se convino en que éste tendría lugar en Dresden el 4 de setiembre, fecha que luego tuvo que ser trasladada al 20 de ese mes, pero ya entonces la mayor parte de Europa se hallaba en guerra. Prácticamente todos los suizos se habían adherido a Jung, y Abraham tuvo incluso algunas sospechas sobre las intenciones del bueno de Pfister. Lo único que Freud pudo decir fue: «Ya he sido escarmentado en cuanto a contradecirle a usted en sus juicios sobre la gente¹.» Pero en este caso el equivocado resultó Abraham, ya que Pfister siguió siendo un firme partidario de Freud.

A comienzos de ese año Freud recibió la gran noticia de que su hija de Hamburgo le había obsequiado con un nieto, el primero de los seis que llegó a tener. Este nieto es ahora un psicoanalista.

En febrero tuvo Freud una verdadera sorpresa al leer en una copia impresa, la conferencia oficial del Rector de la Universidad de Leyden, pronunciada con motivo del 339 aniversario de esa institución. Se refería a la teoría freudiana de los sueños, a la que G. Jelgersma, de quien aquí se trata —profesor de Psiquiatría además—, prestaba su apoyo. «Después de 14 años, el primer reconocimiento, proveniente de una Universidad, de mi labor sobre los sueños». Esto fue seguido de una cortés invitación a Freud para dictar conferencias en esa Universidad

1. Se refería a la predicción que yo había hecho a Abraham acerca de Jung.

durante el otoño. Freud se sintió excitado y escribió: «¡Fíjese usted! Un psiquiatra oficial, el Rector de una Universidad, se traga el psicoanálisis, con cáscara y todo. ¿Qué otras sorpresas nos esperan aún?».

En mayo las cosas no marcharon tan bien. Su mal intestinal le ocasionaba tantas molestias que tuvo que someterse a un examen especial para descartar un cáncer del recto. Fue realizado por el doctor Walter Zweig, Docente de enfermedades del intestino. Freud hizo este comentario: «Me felicitó tan calurosamente que tuve que inferir que esperaba decididamente encontrar un cáncer. Bueno, por esta vez me escapé».

Ese mismo mes llegaron malas noticias de Norteamérica. Stanley Hall había proclamado su adhesión a Adler. Freud escribió: «por razones personales, este contratiempo me afectó más que los otros». Después de todo había sido Stanley Hall quien había demostrado, apenas hacía cuatro años, tanto entusiasmo por la obra de Freud y quien hizo tanto por darla a conocer al mundo. Freud se sentía evidentemente muy decepcionado y agregaba, en la misma carta: «Tengo suma necesidad de conversar algunas horas con usted». Unos seis años más tarde, no obstante, Stanley Hall pagó un gentil tributo a la obra de Freud, diciendo de éste que era «la mente más original y creadora de nuestra generación, en materia psicológica... Sus ideas tuvieron la virtud de atraer e inspirar no sólo en psiquiatría sino en muchos otros terrenos, a un conjunto de inteligencias brillantes, al que el mundo de la cultura es deudor de *aperçus* más nuevos y fecundos que los que pudieron haber provenido de cualquier otra fuente dentro del vasto dominio del humanismo».

IV

LOS ADVERSARIOS DEL PSICOANÁLISIS

Ahora daré alguna información sobre la tormentosa oposición que éste tuvo que soportar, especialmente en los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial, pero en alguna medida por todo el resto de su vida.

Quien quiera describir actualmente el carácter y la extensión de esta posición se encontrará con dos grandes dificultades. La primera de ellas es que la mayor parte de sus manifestaciones difícilmente puedan llevarse a la publicidad: son simplemente impublicables. No por ello pudo ahorrarse Freud el escucharlas. Siempre había pacientes en una fase de transferencia negativa, para no hablar de «amigos bondadosos», que se encargaban de tenerlo bien informado. Pero después de todo, el ver que se le niega a uno el saludo en la calle y el encontrarse ignorado y desterrado en la propia ciudad son cosas que no pueden escapársele a uno...

El nombre de Freud se había transformado en un motivo de sensación —o más bien de notorie-

dad— para los psiquiatras y neurólogos alemanes y sus teorías estaban perturbando hondamente su tranquilidad intelectual. Día llegar a que algún estudio de la historia de la ciencia podrá abrirse camino entre los torrentes de insultos y malentendidos que servían de válvula de escape a las emociones que fermentaban por doquier. Pero aún así se formaría una imagen bastante incompleta o imperfecta de la inmensa ira e indignación con que estos círculos intelectuales intentaban cubrir emociones más angustiosas que los agitaban, ya que sólo una pequeña parte del torrente fluía a través de las revistas científicas, adoptando para el caso una forma relativamente civilizada. Porque la mayor parte de las invectivas había que buscarlas en explosiones marginales a las reuniones científicas y aún más en las conversaciones privadas fuera de estas reuniones. Ferenczi señaló con toda razón que si los adversarios de Freud negaban sus teorías, sin duda no dejaban de soñar con ellas.

La segunda dificultad es que el motivo del oprobio general ha variado ámpliamente en el último medio siglo, y en parte ciertamente como resultado de la misma obra de Freud. Si ahora se dijera de una persona destacada que es «un obsesionado por el sexo», que tiene el hábito de querer descubrir los aspectos más bajos y repulsivos de la sexualidad en cualquier hecho o acto, por insignificante que sea, la mayor parte de la gente lo consideraría más bien como una actitud excéntrica, pero de todos modos trataría de juzgarlo en otros aspectos, ya que así y todo podría ser una persona agradable o tener el mérito de una obra valiosa. Y aún si alguno llegara a sugerir que esa persona incurre en diversas perversiones sexuales, difícilmente bastaría el solo rumor

para marginarlo socialmente como una criatura imposible, a quien no se puede dirigir la palabra ni admitir en una reunión de gente decente. No creo que se lo considerara esencialmente de mala índole y malvado, o enemigo de la sociedad.

Freud y sus partidarios eran considerados entonces no sólo como perversos sexuales, sino como psicópatas, ya sea obsesivos o paranoicos. Y la combinación de estas cosas tenía que representar un serio peligro para la comunidad. Las teorías de Freud eran consideradas como otras tantas incitaciones directas a abolir toda restricción, a volver a un estado primario de desenfreno y salvajismo. Lo que estaba en juego era nada menos que la civilización. Como ocurre en tales circunstancias, el pánico provocado condujo por sí mismo a la abolición de ese mismo autodomínio que los opositores creían estar defendiendo. Sin más ni menos, se tiró por la borda todo lo que pudiera significar buenas maneras, tolerancia o incluso cierto sentido de decencia, y no hablemos ya de un deseo de discusión objetiva o de investigación.

En un Congreso de neurólogos y psiquiatras alemanes realizado en Hamburgo en 1910, el profesor Wilhelm Weygandt, un *Geheimer Medizinalrat*, expresó elocuentemente este estado de alarma cuando al mencionarse las teorías de Freud, y dando un fuerte golpe de puño sobre la mesa, gritó: «Este no es un tema a discutirse en una reunión científica; es un asunto para la policía». Y cuando Ferenczi leyó un trabajo en la Sociedad Médica de Budapest se enteró de que la obra de Freud no era más que pornografía y que el lugar que correspondía a los psicoanalistas era la prisión.

Pero las censuras no se limitaban simplemente

a las palabras. En el Congreso Neurológico de Berlín de 1910 el profesor Oppenheim, famoso neurólogo y autor de los textos corrientes entonces en la materia, propuso que se estableciera un «boicot» a toda institución en que fueran toleradas las ideas de Freud. Esto encontró inmediato eco en el auditorio y todos los directores de sanatorios allí presentes se pusieron en pie para declarar su inocencia. Después de ello el profesor Raimann pensó que había que ir más lejos y manifestó que «el enemigo debía ser buscado en su guarida». Había que reunir y publicar todos los casos de tratamiento psicoanalítico aplicados sin éxito.

La primera víctima material de la campaña, por extraño que parezca, se registró en la lejana Australia, donde un clérigo presbiteriano, Donald Fraser, tuvo que abandonar su ministerio en virtud de su simpatía por la obra de Freud. Ese mismo año, 1908, me vi obligado a renunciar al puesto que ocupaba en Londres por interrogar a los pacientes sobre su vida sexual. Dos años más tarde el gobierno de Ontario prohibió que se siguiera publicando el *Asylum Bulletin*. Éste reproducía todos los trabajos escritos por el personal médico, y se consideró que los míos eran «impropios para la publicación incluso en una revista médica». Wulff, en 1909, fue destituido del cargo que ocupaba en una institución berlinesa. Schneider, su colega, fue menos afortunado y fue destituido de la dirección de un seminario en 1916. Ese mismo año fue negada la docencia a Sperber, el distinguido filólogo sueco, a causa de un ensayo que había escrito sobre el origen sexual del lenguaje. Sperber vio con ello malograda su carrera.

Freud era, por supuesto, el villano máximo que había desencadenado todo el mal, pero, acaso por razones personales, muchos de sus adversarios centraban sus ataques sobre otras personas. Friedländer, Hoche y Raimann dirigían sus baterías contra el mismo Freud. Abraham se las tenía que ver con Oppenheim y Ziehen, Jung con Aschaffenburg e Isserlin y Pfister con Förster y Jaspers, mientras que Vogt y yo teníamos nuestra lucha aparte. En Norteamérica le tocaba a Brill enfrentarse con los neurólogos neoyorquinos, Dercum, Allen Starr y Bernard Sachs. Putnam era hostigado por Joseph Collins y Boris Sidis.

En los primeros años del siglo, Freud y sus obras caían bajo la consigna del silencio o bien se les dedicaba una o dos frases de desdén, como cosa que no merecía ser atendida.

Pero después de 1905, cuando aparecieron *Una teoría sexual* y el *Análisis de Dora*, esta situación cambió bien pronto y los críticos sustituyeron el silencio por una actitud más activa. Si sus ideas no morían por sí solas había que matarlas. Freud se sintió evidentemente aliviado con este cambio de táctica. Manifestó a uno de sus pacientes favoritos —que no era otro que «el hombre de los lobos»— que la oposición franca e incluso la injuria, eran cosa mucho más preferible que el ser ignorado. «Era una confesión de que tenían que vérselas con un adversario serio, con quien *nolens volens* tenían que arreglar cuentas».

Ya en el primer relato del *Análisis de Dora* se había despachado Spielmeier contra el uso de un método que para él era de «masturbación mental». Bleuer protestó diciendo que nadie podía juzgar el método sin ponerlo en práctica, pero Spielmeier

descargó sobre él todo el peso de su indignación moral.

La primera persona que inició una acción independiente fue Gustav Aschaffenburg. En un Congreso realizado en Baden-Baden en mayo de 1906 se pronunció vigorosamente, llegando a la conclusión de que «el método Freud es erróneo en la mayor parte de los casos, objetable en muchos y superfluo en todos». Era un método inmoral y basado en todo caso en la autosugestión. Pronto se le unió Hochen. Según éste, el psicoanálisis era un método dañino, originado en tendencias místicas y lleno de peligro para todo aquel que llevara a cabo una actividad médica.

Otra cosa semejante hizo ese mismo año Ostwald Bumke, quien recordó ostentadamente el primer ataque a Freud sobre la teoría de la paranoia. Sus ideas, según Rieger, eran tales «que ningún alienista podía leerlas sin experimentar una verdadera sensación de horror». El motivo de ese horror era ver cómo Freud atribuía la mayor importancia a un galimatías paranoide, con alusiones sexuales a hechos puramente incidentales, que, si no eran pura invención, carecían de cualquier modo de toda importancia. Cosas de esta índole conducían nada menos que a «una horripilante psiquiatría de viejas comadres». Esta misma invectiva habría de ser desenterrada y citada nuevamente unos diez años más tarde por el profesor von Luschan, de Berlín. Algunos años más tarde Bumke amplió estos ataques y los publicó en forma de libro, cuya segunda edición hubo de servir en tiempo de los nazis como un autorizado texto de consulta sobre la materia.

Un año más tarde tuvo lugar un serio duelo, entre Aschaffenburg y Jung, en el Primer Congreso In-

ternacional de Psiquiatría y Neurología realizado en Amsterdam en setiembre de 1907.

Freud mismo había sido invitado a tomar parte en el Symposium, pero no vaciló en rechazar la invitación. Escribió a Jung acerca de esto: «Esperaban evidentemente verme entablando en lucha con Janet, pero yo odio las luchas de los gladiadores frente a la noble plebe y me cuesta aceptar que una multitud desprevenida pueda emitir su voto acerca de mis experiencias». Pero no dejó de sentirse incómodo luego, con la idea de que mientras él disfrutaba de agradables vacaciones alguien tenía que luchar por él. Antes del Congreso escribió a Jung una carta destinada a infundirle ánimo: «No sé si usted tendrá éxito o no, pero me gustaría estar a su lado precisamente ahora y disfrutar de la sensación de que ya no me encuentro solo. Si usted necesitara de un estímulo yo podría hablarle de mis largos años de soledad honorable, pero dolorosa, que comenzó para mí el mismo momento en que pude echar el primer vistazo al nuevo universo; de la falta de interés y de comprensión de parte de mis amigos más cercanos; de los momentos de ansiedad en que yo mismo creía estar equivocado y me preguntaba de qué modo podría seguir un camino tan fuera de lo común y al mismo tiempo mantener a mi familia; del gradual fortalecimiento de mi convicción, que se aferró a *La interpretación de los sueños* como una roca en medio de la rompiente, y de la tranquila certidumbre que finalmente conquisté y que me invitaba a esperar hasta que una voz lejana, la voz de alguien que se hallaba fuera de mi alcance, me respondiera: ¡Esa voz era la de usted!»

¿Qué otro estímulo podría ya necesitar Jung después de semejante pronunciamiento? Aschaffenburg

repitió su afirmación anterior sobre la falta de validez del método de Freud a causa de que interpretaba todo, palabra por palabra, en un sentido sexual. Esto no sólo era doloroso para el paciente sino también, a menudo, directamente dañino. A continuación, sacando pecho y con un gesto de supremo decoro, aseguró que él incluso prohibía a sus pacientes toda mención del tema sexual. En el curso de su exposición, se le escapó a Aschaffenburg este lapsus: «Como se sabe, Breuer y yo hemos publicado un libro hace años». Al parecer no se dio cuenta del error, que quizás sólo fue percibido por Jung y por mí o por lo menos fuimos los únicos en percibir su significado. No pudimos hacer otra cosa que sonreírnos a distancia. Jung, en su exposición, dijo que había hallado que las conclusiones de Freud eran correctas en todos los casos de histeria que él había visto y señaló que el tema del simbolismo, si bien es familiar a los poetas y creadores de mitos, era nuevo para los psiquiatras. Al día siguiente, Konrad Alt condujo el ataque. Manifestó que, al margen de los métodos de Freud, se supo siempre que los traumas tienen influencia en la génesis de la histeria. «Muchos histéricos han sufrido seriamente a causa del prejuicio de sus familiares según el cual la histeria sólo puede originarse en causas sexuales. A nosotros, los neurólogos alemanes, nos ha costado infinito trabajo destruir ese prejuicio tan extendido. Y si ahora llega a ganar terreno la opinión freudiana sobre la génesis de la histeria, los pobres histéricos volverán a ser nuevamente menospreciados. Este paso hacia atrás producirá el mayor de los daños». En medio de grandes aplausos hizo la promesa de que jamás permitiría a ningún paciente suyo acercarse a ninguno de los partidarios de Freud, que tan inconsciente-

mente han descendido hasta la más absoluta inmunidad. El aplauso se renovó cuando Ziehen se puso de pie para felicitar al orador por la firme actitud que había adoptado.

Jung sintió, por supuesto, verdadera repugnancia frente a todo esto y se congratuló de que Freud no estuviera presente, para no ser objeto de semejante insolencia.

En esa época se estaba realizando audaces intentos destinados a introducir las ideas psicoanalíticas en Berlín. El 14 de diciembre de 1907, Juliusburger leyó un trabajo en el *Psychiatrischer Verein* (Asociación Psiquiátrica) de esa ciudad en el que defendió esas ideas y logró sobrevivir a la unánime oposición que encontró. Un año después, el 9 de noviembre de 1908, Abraham leyó un trabajo en la misma Sociedad, sobre los aspectos eróticos de la consanguinidad. Provocó un arranque de furia de parte del famoso neurólogo Oppenheim, quien manifestó que seguramente no atinaría a poner en su exposición toda la crudeza y la decisión con que habría que replicar a ideas tan monstruosas. También Ziehen se sintió sorprendido ante «afirmaciones tan frívolas» y sostuvo que todo lo que escribía Freud carecía absolutamente de sentido. Braatz, afirmó enfáticamente que lo que estaba en juego eran los ideales alemanes y que era necesaria alguna acción drástica para protegerlos. Poco después, Oppenheim publicó un artículo en apoyo del ataque que había hecho Dubois, de Berna, al psicoanálisis. Las falsas generalizaciones de Freud hacían peligroso su método y los informes que publicaban él y sus discípulos daban la impresión de una forma moderna de «manía de brujas». Estaban ante el deber urgente de llevar la guerra a esta teoría y a sus derivaciones, ya que se esta-

ban extendiendo rápidamente y el público se vería inevitablemente confundido.

El infatigable Abraham leyó otro trabajo en la misma Sociedad el 8 de noviembre de 1909, esta vez sobre «Estados oníricos». Fue recibido con sonrisas de superioridad y el Presidente, profesor Ziehen, prohibió toda discusión, pero sin dejar de expresar, en un airado arranque, sus propios sentimientos.

La capacidad de Ziehen para juzgar la obra de Freud puede deducirse del siguiente episodio. Un paciente llegó a la Clínica Psiquiátrica de Berlín, de la que Ziehen era director, quejándose de un impulso obsesivo de levantar las faldas de las mujeres en la calle. Ziehen manifestó entonces a sus discípulos: «Ésta es la oportunidad para juzgar el supuesto carácter sexual de tales obsesiones. Le preguntaré si ocurre lo mismo con mujeres de edad, en el cual caso evidentemente no puede ser erótico». La respuesta del paciente fue: «¡Oh, sí, a todas las mujeres, incluso a mi madre y a mi hermana!». A lo cual Ziehen, con gesto triunfante, ordenó que se anotara en la respectiva ficha que se trataba de un caso «definitivamente no sexual».

Freud seguía, por supuesto, bien de cerca todo el proceso y parecía estar especialmente interesado en las cosas que ocurrían en Norteamérica, quizás porque fue allí donde habló por única vez en su vida, ante un auditorio absolutamente sin restricciones. Voy a relatar por ello tres incidentes de ese alejado continente que ocurrieron en 1910, que es el año a que acabamos de llegar.

En la reunión de la Asociación Americana de Psicología congregada en Baltimore en 1909, Boris Sidis llevó un violentísimo e injurioso ataque a la obra de Freud, protestando contra «la loca epidemia de

freudismo que invade actualmente a Estados Unidos». La psicología de Freud nos hacía retroceder a la oscura Edad Media y Freud mismo era simplemente «uno de esos piadosos sexualistas» de los que tenemos numerosos ejemplos en América misma (Oneida Creek, el mormonismo, etc.) Putnam estaba tan indignado que no se sentía seguro de sí mismo si tomaba la palabra, pero yo pude replicar con toda tranquilidad. Un poco más tarde, sin embargo, en la misma sesión, Putnam y Stanley Hall le contestaron de una forma demoledora y definitiva.

En la reunión anual de la Asociación Neurológica Americana realizada en Washington en 1910, Joseph Collins, un neurólogo neoyorquino se puso en evidencia mediante un discurso que pronunció a los postres del habitual banquete y que no era más que un injurioso ataque personal, del peor mal gusto posible, a Putnam. Protestaba contra la Asociación por haber permitido ésta a Putnam la lectura del trabajo que acababa de presentar, constituido por «relatos pornográficos acerca de doncellas puras». Cabe recordar, de paso, que Collins era bien conocido por su inclinación a los chistes indecentes. «Era tiempo ya de que la Asociación tomara una posición frente al trascendentalismo y supernaturalismo y aplastara definitivamente a la "Christian Science", el freudismo y todo esa palabrería y esas cosas sin sentido». Este discurso ofendió, por supuesto, el sentimiento norteamericano del «fair play», y cuando a la mañana siguiente alguien se levantó en la Asamblea para decir que la Asociación debía sentirse muy agradecida cuando un hombre de los principios éticos del doctor Putnam se decide a experimentar y a poner a prueba estas nuevas corrientes, recibió el más sincero y caluroso de los aplausos.

El 29 de marzo de 1910 se registró una violenta explosión de insolencia en una reunión de la Sociedad Médica de Hamburgo. Weygandt, el caballero que había hablado de llamar a la policía, se mostró particularmente virulento. Las interpretaciones de Freud pertenecían al nivel de los más vulgares libros de sueños. Sus métodos eran peligrosos porque fomentaban simplemente las ideas sexuales en los pacientes. Su método de tratamiento estaba a la altura de un masaje a los órganos genitales. Trömmmer esgrimió en su crítica la original idea de que mal podía haber factores sexuales en la histeria, si la mayor parte de las histéricas eran frías. Nonne estaba preocupado por el peligro moral que corría el médico que usaba estos métodos. Alfred Saenger señaló que con la mención de erotismo anal las teorías de Freud estaban adquiriendo el aspecto más fantástico y grotesco. Pero por suerte la población del norte de Alemania estaba muy lejos de ser tan sensual como la de Viena.

Freud hizo el siguiente comentario: «Aquí nos encontramos precisamente con el argumento que yo he tratado de evitar al establecer nuestro centro en Zurich. ¡En ninguna otra parte se podrá hallar esta famosa sensualidad vienesa! Entre líneas puede leerse además que los vieneses no sólo somos unos puercos sino también judíos. Sólo que esto último no aparece impreso».

Otro adversario, que nos causó más diversión aún, fue Friedländer, de Frankfort. Ya había hecho varios ataques al psicoanálisis. Uno de ellos, publicado en Estados Unidos y en el que citaba una larga lista de opiniones desfavorables, nos perjudicó mucho allí, porque daba la impresión de que las autoridades del Continente habían hecho extensas inves-

tigaciones sobre el psicoanálisis y lo habían hecho objeto de condenación universal. Aun cuando todas sus publicaciones eran extremadamente adversas al psicoanálisis parecía que éste ejercía sobre él una particular fascinación. Había visitado a Jung y se mostró todo dulzura con él, expresándole la esperanza de que llegarían a entenderse entre ellos. Lo que más le lastimaba era que ninguno de nosotros contestaba a sus publicaciones. Conociendo este anhelo suyo de ser tomado en cuenta decidimos ignorarlo completamente, cosa que fue para él motivo de gran desdicha. En un trabajo que presentó en Budapest se quejaba amargamente por la forma en que se lo ignoraba. «Mi reseña de la teoría freudiana ha sido anunciada hace varios meses y me pregunto por qué Freud, que no tuvo inconveniente en viajar a Estados Unidos, no se toma la molestia de venir a Budapest a refutarme. ¿Por qué se desembaraza de sus adversarios con una simple nota al pie de página?»

Friedländer era un hombre curioso, una personalidad dudosa y tenía un pasado oscuro, del que Freud estaba informado. Cuando estuve con Freud en Holanda en el verano de 1910 me contó la siguiente historia. Un día sábado, el 25 de mayo de 1910, sonó el teléfono y cierto profesor Schottländer, psiquiatra, solicitó una entrevista. Freud contestó que podría venir esa misma noche, pero se sintió muy intrigado por cuanto conocía los nombres de todos los psiquiatras alemanes y no recordaba éste. A las nueve apareció el profesor Friedländer, asegurando a Freud que éste había entendido mal su nombre por teléfono. La conversación entre ambos prosiguió y pronto llegó el tema del *Análisis de Dora*, al que Friedländer daba el nombre de «análisis de Ana»,

Freud aguzó el oído e inclinándose hacia adelante le dijo: «Por favor, señor Profesor, ahora no estamos al teléfono. Le sugiero que analicemos este lapsus». Desde ese momento, y dejando de lado todo miramiento, Freud lo tuvo acosado hasta la una de la madrugada. Nos confesó luego que hizo pasar un mal rato a su visitante —había bastante que analizar en este caso— y quedó finalmente con la opinión de que Friedländer era «un mentiroso, un bribón y un ignorante».

Otro adversario enconado fue Oscar Vogt. Entre 1899 y 1903 había publicado una serie de artículos en los que sostenía la superioridad de su «análisis causal» sobre el método psicoanalítico de Freud. La autoobservación intelectual era absolutamente suficiente y no había por qué invocar instancias afectivas. Freud era simplemente un obstinado fanático cuando introdujo estas últimas. Vogt presidía el Congreso Internacional de Psicología Médica de Munich, en septiembre de 1911 cuando Seif y yo tuvimos un duro encuentro con él. Era una persona de carácter tiránico y se puso rojo de ira cuando, en el curso de la discusión sobre la hipnosis, yo expuse el concepto de Ferenczi sobre regresión a la situación progenitor-niño. Me interrumpió con esta observación: «Es cosa disparatada el sugerir que mi poder de hipnotizar a los pacientes se basa en mi complejo paterno... quiero decir, naturalmente, el complejo paterno de ellos.» A continuación de lo cual, en obsequio del auditorio, expliqué cuidadosamente el significado del lapsus.

Por la noche, sin embargo, y en una atmósfera más amistosa —en una cervecería— pudimos entablar una relación menos tirante. Los chistes obscenos, a título de procurarse un descanso de las fatigos,

sas reuniones de la jornada, estuvieron a la orden del día y Vogt, por cierto, contó algunos bastante buenos. Pero yo eché a perder la armonía de la reunión señalando que estos chistes no tendrían razón de ser si no fuera por los diversos significados simbólicos que tienen, iguales a aquellos cuya existencia él había negado enérgicamente esa misma tarde. Esta observación le hizo perder el aplomo, pero pronto encontró una respuesta que le pareció sumamente convincente: «Pero esto está al margen de la ciencia».

El 12 de enero de 1910 Fritz Wittels leyó en la Sociedad de Viena un trabajo en el que analizaba el carácter del conocido escritor y poeta Karl Kraus. Freud opinó que era un trabajo inteligente y correcto, pero no dejó de reclamar una especial discreción en el estudio de una persona viviente si no se quería caer en una falta de humanidad. Kraus llegó a enterarse de algún modo del trabajo de Wittels y contestó con varios ataques al psicoanálisis, muy enérgicos, en la ágil revista que dirigía, *Die Fackel*.

A fines de 1910 señalaba Freud que «de Alemania llovían insultos», y un par de años más tarde agregaba: «Se necesita bastante estómago». Este estado de cosas, del que ya he proporcionado algunas noticias, continuó durante varios años, hasta el estallido de la Guerra Mundial en 1914, pero sería tedioso abundar en más ejemplos. Tampoco la guerra por sí misma puso fin enteramente a esto. En 1916 el profesor Franz von Luschan, de Berlín, publicó un enjuiciamiento del psicoanálisis con el título, hoy familiar, de «Psiquiatría de viejas comadres». Elogiaba a Rieger por haber sido éste el primero en percibir el peligro y alertar contra él mismo veinte años atrás, a la vez que censuraba severamente a Bleuler

por su asombrosa conducta en favor de la epidemia. «Todos estos disparates deben ser impacablemente combatidos y señalados a fuego. En la grandiosa era en que vivimos esta psiquiatría de viejas comadres es indudablemente repulsiva». Freud manifestó estoicamente al respecto: «Ahora sabemos ya lo que podemos esperar de esta Grandiosa Era. ¡No importa! Un viejo judío es siempre más tenaz que un monárquico teutón prusiano».

Hasta aquí casi todas las «críticas» a que nos hemos referido pueden reducirse a dos afirmaciones, constantemente reiteradas en el más pretencioso tono *ex cathedra*: las interpretaciones de Freud son arbitrarias y artificiales y sus conclusiones, por ser repulsivas, tienen que ser falsas. Pero había un reducido grupo de autores que entendían que era necesaria una comprensión más cabal de la obra de Freud, así fuera con el objeto de combatirla con argumentos que se proponían ser objetivos. Cierta vez me llamó la atención Freud —dicho sea de paso—, sobre la curiosa circunstancia de que sus adversarios se arrogaran con toda tranquilidad, esta cualidad. A él nunca se le había permitido poder mostrarse objetivo.

Un intento serio es el que hizo J. H. Schultz en 1909. Trátase de una reseña, que no deja de tener cierto valor, sobre las primeras etapas del psicoanálisis y la oposición despertada por éste. Contenía ciento setenta y dos referencias bibliográficas. Se abstenía, en general, de pronunciarse en forma definitiva sobre los asuntos en cuestión, si bien el tono general de su exposición era negativo. Isserlin, al año siguiente, publicó una amplia reseña crítica, en la que, sin vacilación alguna, expuso su opinión definitiva. Todo el método de Freud, tanto por su base

como por sus objetivos, era completamente insostenible.

Arthur Kronfeld, en 1911, publicó un amplio resumen del psicoanálisis considerado como un todo orgánico. Se ocupó muy poco de los aspectos históricos del tema, pero suministró una amplia exposición acerca de la etapa alcanzada. Sus consideraciones críticas eran de carácter filosófico y abstracto y sus conclusiones, en conjunto, más que escépticas. Cuando Freud leyó el trabajo escribió: «Kronfeld ha demostrado por vía filosófica y matemática que todas las cosas por las que tanto nos afanamos no existen, porque no pueden existir. Ahí está la cosa». He aquí lo que dijo Stärcke: «Leí también el trabajo de Kronfeld. Exhibe la habitual técnica de la filosofía. Usted sabe bien con cuánta seguridad los filósofos se refutan mutuamente, luego de remontarse a esferas bien alejadas de la experiencia. Esto es precisamente lo que hace Kronfeld. Afirma que nuestra experiencia no cuenta para nada, después de lo cual el refutarnos ya no es para él más que un juego de niños».

Un año más tarde Kuno Mittenzwey escribió una reseña extremadamente extensa sobre la materia. Fue publicada por entregas, que regularmente aparecieron en los distintos tomos del *Zeitschrift de Specht*, que no alcanzó a tener larga vida, pues sucumbió al peso de este trabajo antes de que Mittenzwey le hubiera dado fin. De modo que sólo poseemos un gigantesco fragmento de cuatrocientas cuarenta y cinco páginas, que constituye quizás la mejor reseña histórica de la primera etapa del desarrollo de las ideas de Freud.

Freud, por su parte, se mantuvo alejado de toda esta batahola, a la que dedicaba poca atención. La

única réplica que se dignó conceder a esta ola de crítica fue la misma que dio Darwin y que consistía simplemente en aportar más pruebas en apoyo de sus teorías. Despreciaba la estupidez de sus adversarios y lamentaba sus malos modos, pero no creo que tomara muy a pecho su oposición. Ya había tenido, después de todo, bastantes años para endurecerse y su confianza en las cosas que él mismo había observado lo dotaba de un caparazón bastante sólido. Pero no contribuía por cierto a mejorar su opinión sobre el mundo que lo rodeaba y especialmente sobre la parte del mundo constituida por los hombres de ciencia alemanes. En su *Autobiografía*, muchos años después, habría de decir estas palabras.

Se me ocurre que el día que se escriba la historia del período que nosotros hemos atravesado la ciencia alemana no tendrá motivo para sentirse orgullosa de quienes entonces la representaban. No pienso, al decir esto, en el hecho de que hayan rechazado el psicoanálisis o en la forma decisiva en que lo hicieron. Una y otra cosa son fáciles de entender, era lo que cabía esperar, y de ninguna manera echaban sombra sobre el carácter de los adversarios del análisis. Pero el grado de arrogancia demostrado, el absoluto desprecio de la lógica y la rudeza y mal gusto de sus ataques no podían tener excusa alguna. Podrá decirse que es infantil de mi parte el dar rienda suelta a estos sentimientos ahora, después de quince años. Pero no lo haría si no fuera que tengo algo más que agregar. Años más tarde, durante la Gran Guerra, cuando un coro de enemigos hacía a la nación alemana la acusación de barbarie, cargo éste que no hacía más que compendiar todo lo que acabo de decir, no dejaba de dolerme profundamente el ver que mi propia experiencia no me permitiría contradecirles.

A Freud le resultaba evidente la absoluta inutilidad de toda respuesta a semejantes diatribas y la idea de hacerlo no se le cruzó jamás por la mente. El hecho de que sus desconcertantes descubrimientos tropezaran con una general incredulidad era cosa enteramente inteligible para quien, como él, había tenido que luchar durante muchos años con la intensa oposición («resistencias») de los pacientes, y desde mucho tiempo atrás había advertido que a este respecto éstos nos difieren de otras personas. Tampoco sorprendió a Freud que los llamados «argumentos» esgrimidos por sus adversarios fueran iguales a las defensas de sus pacientes y evidenciaran la misma falta de visión e incluso de lógica. Todo esto estaba, pues, en el orden natural de las cosas y no podía ni conmover sus convicciones ni perturbaciones personalmente.

Todo lo que acabo de decir sobre la actitud de Freud frente a la crítica es enteramente exacto, pero dista mucho de ser toda la verdad. Sería erróneo el querer presentar a Freud como un modelo de olímpica calma. Frente a la crítica él era capaz, la mayor parte de las veces, de mantenerse bastante tranquilo y despachar el asunto con algún buen chiste o un comentario irónico. Pero con todo su férreo auto-dominio, era más inclinado a las emociones intensas que la mayor parte de las personas y algunos aspectos de la crítica eran capaces de conmoverlo bastante profundamente. Es así como solía recibir mal una crítica adversa e incomprensible de parte de alguien a quien apreciaba o tenía en buen concepto. Le deprimió la defección de Stanley Hall. Y evidentemente se sintió también disgustado al encontrarse con malos modos semejantes a aquéllos en Estados Unidos, donde esperaba hallar una conducta mejor.

El 4 de abril de 1912 el conocido neurólogo neoyorquino Allen Star lo había denunciado ante la Sección Neurológica de la Academia de Medicina de Nueva York como un típico «libertino vienés», y al día siguiente el *Times de Nueva York* decía que aquél, según había manifestado, había trabajado durante todo un invierno en el mismo laboratorio que Freud y que por lo tanto lo conocía bien, agregando además, también por cuenta de Star, que sus teorías eran inseparables de la vida inmoral que entonces llevó.

Había una acusación, al parecer, a la que se mostraba bastante sensible: la idea de que haya derivado sus conclusiones de su propia consciencia interna. Este fue el motivo principal que le indujo a contestar a Löwenfeld, muchos años después, ocasión ésta que fue la única que condescendió a contestar a una crítica. En una carta a Pfister escribía: «Si por lo menos pudiera lograr que nuestros adversarios entendieran que todas nuestras conclusiones derivan de experiencias —que, por lo menos en cuanto a mí se refiere, otros autores pueden tratar de interpretar de distinta manera— y no las hemos inventado ni reunido discrecionalmente sobre un escritorio. Esto es lo que realmente todos ellos piensan, cosa que evidencia, por vía de proyección, cuál es su propia manera de trabajar.» Cabe sospechar que su particular sensibilidad a este tipo de crítica se debe al profundo temor o sentimiento de culpa que le provocaba el aspecto imaginativo, e incluso especulativo, de su naturaleza, que tan arduamente se había empeñado en anular o, por lo menos, en intentar controlar.

Otro aspecto al que se mostraba sensible era el del ostracionismo que tenía que soportar en su pro-

pía ciudad, Viena. A esto realmente no llegó a acostumbrarse jamás.

Pero lo que realmente llegaba a enfurecerle, en algunas ocasiones, era la hipocresía de las supuestas pretensiones éticas de algunos de sus adversarios. Contestando a una carta en la que Pfister le había enviado las pruebas de imprenta de una réplica que había escrito a un ataque de Förster a Freud, escribía éste: «Admiro la forma en que usted es capaz de escribir, tan gentil, tan humanitaria, tan llena de consideraciones, tan objetiva y dirigiéndose mucho más al lector que al enemigo. *Ésa* es precisamente la manera correcta de lograr un efecto educativo y mucho más apropiada también para un hombre de su posición. Le agradezco especialmente el haber dejado mi personalidad, en lo posible, fuera del primer plano. Pero yo no podría escribir así. Más bien no escribiría del todo, es decir, efectivamente no escribo. Yo sólo podría escribir para descargar *mi* ánimo, para desembarazarme de *mis* afectos, y como esto *no* resultaría muy edificante —proporcionaría un gran placer a los adversarios, que se sentirían felices de verme airado— no les contesto para nada. ¡Pero imagínese usted! Un tipo ha estado haciendo el papel de una criatura moral y noble que se vuelve contra cosas bajas, adquiriendo con ello el derecho de proferir los más grandes disparates, de ostentar su ignorancia y su superficialidad, de descargar toda su hiel, de retorcerlo todo y hacer surgir toda clase de sospechas. Todo esto en nombre de la más elevada moral. Yo no podría mantener mi calma frente a todo esto. Pero como no puedo moderar artificialmente mi rabia ni expresarla con una pestilente sonrisa, me mantengo en silencio. Lo que nunca sería capaz de hacer es rebajar su calor.»

Freud podía permitirse esta conducta, pero otra cosa ocurría con aquellos de nosotros que por nuestra labor profesional teníamos que entrar forzosamente en contacto personal con los adversarios. No siempre era posible rechazar invitaciones de presentar trabajos en reuniones y Congresos. Aun así se nos calificaba con bastante frecuencia de cerrados ermitaños. El consejo que daba Freud para tales ocasiones se ve bien ilustrado por el siguiente párrafo de una carta de Stärcke, que por otra parte evidencia, una vez más, su absoluta integridad de carácter.

Su tarea en el Congreso holandés no será fácil. Permítame usted manifestarle mi opinión de que podría realizarse mejor si lo hace usted de otra manera, no como usted se propone. Su idea de convencer a la sociedad, o persuadirla mediante la sugestión, tiene dos cosas en su contra. En primer lugar se propone algo imposible y en segundo lugar se aparta del prototipo del tratamiento psicoanalítico. Tenemos que tratar realmente a los médicos tal como lo hacemos con los pacientes, no por la sugestión, en consecuencia, sino provocando sus resistencias y el conflicto. Además, no se llega nunca a nada más que esto. Quien llegue a superar el primer «no» de las represiones y luego el segundo y el tercero, alcanzará una relación verdadera con los asuntos importantes del psicoanálisis. El resto seguirá sumido en el pantano de las resistencias hasta que ellos mismos se desprendan de ellas por la presión indirecta y creciente de la opinión pública. Creo, por lo tanto, que uno deberá contentarse con establecer el propio punto de vista y exponer las propias experiencias con la mayor claridad posible y no afligirse demasiado por la reacción de los que escuchan.

Compilar estadísticas, tal como usted se propone, es por ahora cosa imposible. Seguramente ya lo sabe us-

ted. En primer lugar, trabajamos con una cantidad mucho menor de pacientes que los otros médicos, que dedican mucho menos tiempo a cada uno. Además, falta aquí la necesaria uniformidad, única base posible para una estadística. ¿Tendremos que sumar realmente, como si fueran cosas iguales, manzanas, peras y nueces? ¿A qué llamamos un caso grave? Yo no podría, por otra parte, comparar entre sí mis propios resultados durante los últimos veinte años, dado que mi técnica ha cambiado fundamentalmente durante ese período. ¿Y qué tendríamos que hacer con los numerosos casos que han sido analizados sólo parcialmente o con aquellos cuyo tratamiento ha tenido que ser interrumpido por razones externas?

Pero el punto de vista terapéutico, no es, por cierto, el único que el psicoanálisis considera de interés, ni tampoco el más importante. De modo que es mucho lo que puede decirse sobre el tema aún sin colocar en primer término la terapia.

DISENSIONES

Este es un tema doloroso y difícil de exponer. Doloroso por los disgustos que trajeron consigo las disensiones y por las desagradables consecuencias que siguieron prolongándose durante muchos años. Difícil porque cuesta hacer entender, fuera del círculo de las personas afectadas, el sentido íntimo de los desacuerdos y porque los motivos personales de los disidentes no pueden ser siquiera totalmente expuestos. La opinión general, con razón, trata de juzgar las diferencias entre las teorías de Freud y las de aquellos de sus discípulos que se separaron de él, basándose en los méritos objetivos de sus respectivos puntos de vista, si bien no siempre llega a alcanzar esta loable finalidad. La naturaleza misma de las cosas hace que un elemento esencial de la situación sea pasado por alto o al menos subestimado.

La investigación del inconsciente, definición ésta bastante plausible del psicoanálisis, puede ser llevada a cabo únicamente por la superación de las «re-

sistencias» que, como lo ha demostrado una amplia experiencia, se oponen siempre a tal propósito. En efecto, tal como ha señalado Freud, el psicoanálisis consiste en un examen de estas resistencias y de las «transferencias» que las acompañan, y apenas si pasa de ser esto. Una vez que han sido superadas las resistencias el sujeto adquiere cierta visión de aspectos de su personalidad para los cuales antes era ciego.

Se podría suponer, que esto, una vez realizado, le valiera para siempre a la persona de que se trate, y eso fue, en efecto, lo que al comienzo esperaba Freud. El comprobar lo contrario no dejó de ser decepcionante. Las energías que operan en la psique no son estáticas sino dinámicas. Pueden variar y cambiar de dirección de una manera inesperada. Puede ocurrir de este modo que la visión o comprensión lograda en un comienzo no sea necesariamente permanente y se pierda una vez más, evidenciándose como simplemente parcial. Sólo cuando las múltiples resistencias han sido cabalmente «elaboradas, podrá darse una comprensión duradera.

Esto es válido tanto para el analista como para el paciente ya que para el primero es más importante aún una visión clara y permanente de la situación. Esta última consideración es a veces dejada de lado por el público, que a menudo entiende que la persona que practica el análisis y ha leído todos los libros necesarios para el caso, no se halla propensa a fluctuaciones en sus emociones personales y en su visión. Los mismos analistas se mostraban un tanto remisos en asignar a esto su valor y a percibir la necesidad de un previo «análisis didáctico», destinado a eliminar los obstáculos que invariablemente existen en la psique humana. Yo he sido precisamen-

te el primer analista sometido a un análisis didáctico, si bien el de entonces era menos a fondo que el que hoy se exige. Freud mismo fue capaz de realizar la difícil hazaña de un autoanálisis sumamente extenso, pero ninguno de los otros pioneros llegó a conocer gran cosa de su propio inconsciente, o bien lograron esto tan sólo en forma de rápidos vislumbres si bien teóricamente habría sido factible predecir posibles recaídas entre los analistas, semejantes a las que conocemos muy bien en el caso de nuestros pacientes, las primeras experiencias de esta índole resultaron inesperadas y sorprendentes. Hoy en día ya nos asombramos menos.

Cuando un analista pierde parte de la comprensión que antes tuvo, la nueva ola de resistencias que lo ha llevado a esto puede manifestarse bajo la forma de explicaciones seudocientíficas del material a considerar, terminando finalmente, para adquirir inesperada categoría, por tomar el nombre de una «nueva teoría». Y puesto que la fuente de esto se mantiene en un plano inconsciente, toda la controversia en un nivel puramente consciente y científico está condenada de antemano al fracaso.

Todas las «divergencias» de quienes se apartaron del psicoanálisis en los últimos cuarenta años, han tenido dos características: un repudio de los hallazgos fundamentalmente realizados mediante el psicoanálisis y la exposición de una teoría psíquica diferente. Esta última debe ser juzgada, naturalmente, según sus méritos, por psicólogos generales y filósofos. Lo primero interesa específicamente a los psicoanalistas.

Como aquí estamos haciendo una biografía y no una discusión acerca de divergencias científicas, será necesario llevar nuestro comentario a consideracio-

nes de orden personal. Las diferencias científicas en cuestión no siempre se limitaron al ámbito de los problemas objetivos. Hubo a veces cierta inclinación a mezclar estas diferencias de opinión e interpretación con reacciones personales hacia Freud mismo. Es así como nos hacen saber que tal o cual persona se apartó de Freud y de su círculo no simplemente a causa de una divergencia de opiniones sino por la tiránica personalidad de aquél y su insistencia dogmática en que todos sus discípulos aceptaran íntegramente sus puntos de vista. Que estas acusaciones son ridículas e inexactas puede demostrarse por su correspondencia, sus obras y sobre todo los recuerdos de quienes trabajaron con él. Citaré un párrafo de una carta escrita muchos años después a Binswanger: «A diferencia de tantos otros, usted no ha permitido que el hecho de que su desarrollo intelectual lo haya apartado cada vez más de mi influencia llegara a perturbar nuestras relaciones personales y usted no sabe cuánto bien le hace a uno esta decente actitud.»

Entre las diversas divergencias a que nos hemos referido hay dos que han logrado captar especialmente la atención general: las iniciadas respectivamente por Adler y por Jung. Es difícil decidir si ello se debe a que fueron las primeras o a alguna cualidad intrínseca de sus teorías. El caso es que fueron rápidamente rotuladas como «escuelas psicoanalíticas diferentes» y su existencia fue ampliamente aprovechada por todos los adversarios, tanto los legos como los profesionales, como motivo suficiente para no tomar en serio el psicoanálisis. ¿Cómo habríamos de hacerlo —insistían— y cómo podríamos depositar confianza alguna en los hallazgos psicoanalíticos, si sus supuestos expositores difieren entre sí en tal me-

dida como para establecer escuelas diferentes? Para los escépticos y los adversarios activos, la característica esencial de estas «nuevas teorías» era el repudio de los descubrimientos y las teorías de Freud, cosa en que, en realidad, tal vez no estaban muy equivocados.

Es de esperar que esta introducción haya preparado al lector para comprender el hecho de que las disensiones en psicoanálisis son aún más difíciles de resolver que las de otras disciplinas científicas, donde no resulta tan fácil persistir en la interpretación de los hechos sobre la base de un prejuicio personal. Establecido esto, podemos entrar a considerar más fríamente los hechos que hemos de relatar.

ALFRED ADLER (1870-1937)

A Freud le desagradaba sobremanera el ocupar posiciones prominentes, especialmente si ello podía significar la responsabilidad de dirigir a otras personas. Me resulta difícil imaginar a una persona menos adecuada que él, por temperamento, para hacer el papel de dictador, como a veces se lo ha querido presentar. Pero como fundador de los nuevos métodos y teorías, y con la riqueza de experiencia y conocimientos que poseía, su posición en el pequeño círculo de sus discípulos vieneses no podía dejar de ser excepcionalmente dominante. A tal punto llegaba esto que tuvieron que dejar pasar años enteros hasta que alguien se sintiera en condiciones de rebelarse contra una figura tan evidentemente paterna. Todo complejo infantil no resuelto podía hallar su expresión en la rivalidad y en los celos en cuanto a mere-

cer su predilección. El clamor suscitado por el deseo de ser el hijo favorito tenía también en este caso, un importante motivo de orden material, ya que la seguridad económica de los analistas más jóvenes dependía en gran parte de los pacientes que Freud podía enviarles de los que tenía en exceso. La atmósfera, de este modo, se hizo cada vez más desagradable. Hubo calumnias, comentarios agrios, quejillas sobre prioridad en tal o cual asunto, etc. Los miembros que más molestos resultaron en ese sentido fueron Adler, Stekel, Sadger y Tausk.

La situación se vio muy exacerbada después de los dos primeros Congresos, en los cuales Freud, en forma enteramente manifiesta y quizá poco prudente, demostró su extrema preferencia por el extranjero Jung. Esto condujo a que los discípulos vieneses se unieran en un solo bando, quejoso de Freud. Fue este probablemente el momento preciso en que sus anteriores celos mutuos comenzaron a tomar la forma de una rebelión contra él. El rebelde más prominente era indudablemente Adler, y fue él quien provocó la primera escisión en el movimiento psicoanalítico.

La actitud de Freud, tendiente a apaciguar a los enfadados vieneses, y que consistió en colocar a Adler y Stekel, sus partidarios más antiguos, al frente del recién fundado *Zentralblatt* en el otoño de 1910 y ceder al mismo tiempo la presidencia de la Sociedad a Adler tuvo apenas un éxito parcial y temporario.

Existen abundantes pruebas de que en 1910, después del Congreso de Nuremberg, Freud sentía el peso abrumador de las rencillas y las recriminaciones de las que él mismo, sin desearlo, era el motivo. Se desahogó principalmente con Ferenczi. Refiriendo-

se a la tensión existente en Viena y Zurich, escribió: «La falta de tacto y el desagradable comportamiento de Adler y Stekel hacen muy difícil seguir adelante juntos. Me hallo en un estado de exasperación crónica con los dos. También Jung, ahora que es presidente, podría dejar a un lado esa sensibilidad suya en relación con incidentes del pasado.» Se quejaba de que esto le molestaba para dedicarse a sus trabajos y agregaba: «Lo estoy pasando muy mal con Adler y Stekel. Yo abrigaba la esperanza de que se llegaría a una neta separación, pero la situación se está arrastrando aún y a pesar de que estoy convencido de que no hay nada que hacer con ellos, me veo obligado a continuar así. A menudo ya era mejor cuando estaba solo.» Ferenczi le había sugerido a Freud que éste estaba repitiendo la desagradable experiencia con Fliess, cuando éste se separó de él, diez años atrás, lo cual fue confirmado por Freud: «He vuelto a vivir nuevamente todo el asunto con Fliess. Adler es un poco un Fliess redivivo. Y Stekel, su apéndice, lleva además el nombre de Wilhelm.» En la primavera siguiente, después de largo debate con Adler, Freud se quejaba: «Me fastidian constantemente los dos —Max y Moritz—¹ que están retrocediendo rápidamente y pronto terminarán por negar la existencia del inconsciente.»

La impresión que me hacía Adler a mí era la de un hombre pendenciero y de mal genio, cuya conducta oscilaba constantemente entre las querellas y el mal humor. Era evidentemente muy ambicioso y constantemente andaba en pleitos con los demás por cuestiones de prioridad en las ideas. Años más tarde, sin embargo, al volver a encontrarme con él,

1. Los dos chicos malos en *Die bösen Buben*, de Wilhelm Busch.

observé que el éxito había producido en él cierta actitud de benignidad, de la que por cierto había escasos indicios en la primera época. Freud, en cambio, tenía de él, a lo que parece, un alto concepto en los primeros años. Era sin duda el más enérgico entre los miembros del pequeño círculo. Freud tenía un buen concepto de su libro sobre la inferioridad de los órganos y consideraba que había hecho algunas observaciones encomiables en su trabajo sobre la formación del carácter. Pero su teoría de las neurosis se basaba exclusivamente en un enfoque a partir del yo y podía considerarse básicamente como una errónea interpretación de las defensas secundarias contra los impulsos reprimidos e inconscientes. Toda su teoría tenía una base sumamente estrecha y unilateral, en la que la agresión surgía de la «protesta masculina». Los factores sexuales, especialmente los de la infancia, quedaban reducidos al mínimo: el deseo de intimar con la madre, de parte del varón, era interpretado como el deseo masculino de conquistar a una mujer, disfrazado de deseo sexual. Quedaban descartados los conceptos de represión, sexualidad infantil e incluso el del inconsciente, de modo que es bien poco lo que quedaba del psicoanálisis.

En cuanto a las divergencias científicas con Freud, eran tan fundamentales que me pregunto, tal como en el caso de Fliess, cómo tuvo Freud la paciencia necesaria para hallar la manera de trabajar con él, durante tanto tiempo. Adler tenía a su favor dos conceptos acertados, pero interpretaba en función de los mismos todo lo demás: la tendencia a compensar los sentimientos de inferioridad (el *sentiment d'incomplétitude* de Janet) y el hecho de que esta tendencia se ve forzada por una agresividad innata. Adler relacionó esto, al comienzo, con el lado

femenino de toda personalidad, y dio a la subsiguiente tendencia compensadora el nombre de «protesta masculina». Bien pronto, empero, se fue al extremo opuesto e interpretó todo en función de la voluntad de poder nietzscheana. El acto sexual mismo tendría como fuente más bien un impulso puramente agresivo que un deseo sexual.

Freud tomó enteramente en serio las ideas de Adler, analizando detenidamente todo posible acierto de las mismas y aún diez años más tarde, cuando tuvo a su disposición cierto material clínico especialmente adecuado para poner a prueba sus conceptos, publicó una crítica sumamente escrupulosa y detallada de los mismos. Pero otros miembros de la Sociedad fueron tan vehementes en sus críticas, que hasta llegaron a tomar la forma de verdaderas acusaciones. Hitschmann propuso un debate en regla sobre el particular. Las dos primeras sesiones, realizadas el 4 de enero y el 1.º de febrero de 1911 respectivamente, fueron dedicadas a extensas exposiciones de Adler. En las sesiones del 8 y el 22 de febrero se hizo la discusión, que fue bastante calurosa. En cuanto a Freud, se mostró implacable en la crítica. Stekel sostuvo que no existía contradicción entre las teorías de Freud y las de Adler, a lo que el primero replicó que desdichadamente para esta opinión tanto Adler como él creían que sí la había. La insistencia de parte de Adler en que el complejo de Edipo era puro invento ya fue bastante prueba de esto. Al refutar las teorías de Adler, Freud dijo: «Considero que las enseñanzas de Adler son erróneas y peligrosas, por lo tanto, para el desarrollo futuro del psicoanálisis. Son errores científicos que derivan de métodos falsos. Con todo, son errores honestos. Aun rechazando el contenido de las ideas de Adler,

se puede reconocer la coherencia e importancia de las mismas.»

Después de la última de estas sesiones, el 22 de febrero, hubo una reunión del Comité en el curso de la cual Adler y Stekel presentaron sus renunciaciones como presidente y vicepresidente de la Sociedad respectivamente. Se aprobó por unanimidad una resolución por la que se agradecería a Adler y Strekel los servicios prestados y se expresaba al mismo tiempo la esperanza de que continuarían como miembros de la Sociedad.

Adler continuó por un tiempo en la Sociedad. La última reunión a que asistió fue la del 24 de mayo. Pero entonces Freud le sugirió que renunciara al cargo de Codirector del *Zentralblatt* y escribió también a ese efecto a Bergman, editor de la Revista. Adler se resistió al principio e hizo que su abogado planteara a Freud ciertas condiciones previas como «una pretensión ridícula, de carácter absolutamente inaceptable». Adler y sus amigos reclamaron también una sesión extraordinaria para una nueva discusión.

La reacción de Adler fue la de explotar la situación formando un grupo con el nombre, más bien de mal gusto, de «Sociedad de Psicoanálisis Libre», con la pretensión ostensible de estar luchando por la libertad de la ciencia. El propósito proclamado es desde luego estimable. Significa presumiblemente la libertad de realizar cualquier investigación por cualquier medio posible, llegar a las conclusiones que se desee respecto a sus resultados y darlos a conocer al mundo. Pocos son los organismos científicos, si los hay, que puedan impedir tal libertad, y menos que ninguno la endeble «Sociedad de los Miércoles» de Viena. La única cosa en discusión era la conveniencia de seguir discutiendo asuntos cuando no

había acuerdo sobre los principios básicos del tema en cuestión. Un explorador, por ejemplo, difícilmente podría alegar el *derecho* de pertenecer a la Royal Geographical Society y ocupar todo el tiempo de ésta en ventilar sus propias opiniones. Al presentar su renuncia, Adler se demostró sensato. En cuanto a acusar a Freud de despotismo e intolerancia por lo que había ocurrido, es cosa tras de la cual se advierte un motivo tan visible que no hay porqué tomarla en serio.

La reunión extraordinaria en cuestión se realizó el 11 de octubre, al comienzo del nuevo período y en ella anunció Freud las renunciaciones de Adler, Bach, Máday y Baron Hye. El Comité propuso que los asociados decidieran a cuál de las dos sociedades estarían adheridos, partiendo de la base de que nadie podría pertenecer a un mismo tiempo a ambas. Se aprobó finalmente por once votos contra cinco, a continuación de lo cual los restantes partidarios de Adler —Furtmüller, Franz Grüner, Gustav Grüner, la doctora Hilferding, Paul Klemperer y Oppenheim— renunciaron a la Sociedad.

No deja de ser interesante recordar que la mayor parte de los partidarios de Adler, así como él mismo, eran ardientes socialistas. La esposa de Adler, de nacionalidad rusa, era amiga íntima de los dirigentes revolucionarios rusos. Trotsky y Joffe, por ejemplo, frecuentaban su casa. El mismo Furtmüller tuvo una carrera política activa. De ahí se comprende más fácilmente que Adler se haya particularizado con los aspectos sociológicos de la conciencia más que con el inconsciente reprimido.

Un par de años más tarde Freud supo que Stanley Hall había invitado a Adler a pronunciar conferencias en Estados Unidos, a lo que comentó: «El ob-

jeto de esto es presumiblemente salvar el mundo de la sexualidad y asentarlos sobre la agresión.»

WILHELM STEKEL (1868-1940)

Las molestias que producía a Freud eran de carácter enteramente diferentes a las de Adler. Stekel era extraordinariamente distinto de Adler. No tenía nada de su pesadez y lejos de concentrarse exclusivamente en la teoría, tenía muy poco interés por ésta. Era, sobre todo, práctico y empírico, pero la diferencia más importante entre él y Adler consistía en que tenía un acceso rápido al inconsciente, mientras que el segundo tenía tan poca capacidad para ello que pronto dejó de creer en su existencia. Stekel era un psicólogo naturalmente dotado, con un extraordinario olfato para el material reprimido y sus contribuciones al conocimiento del simbolismo, terreno éste en que tenía mayor genio intuitivo que Freud, fueron de un valor muy considerable en las primeras etapas del psicoanálisis. Freud admitía esto con toda naturalidad. Decía que a menudo había discutido con Stekel acerca de la interpretación de un determinado símbolo, para tener que reconocer más tarde, a continuación de nuevos estudios, que éste tenía razón. Desgraciadamente este talento estaba unido a una incapacidad poco común de juicio. Stekel carecía de todo sentido crítico y cuando se liberó de ese grado de disciplina que impone la labor en común con los colegas, su intuición degeneró en un simple ejercicio de adivinanza. A ratos se mostraba penetrante, muchas veces evidentemente no y nada de ello era de fiar. En la primavera de 1911 publicó un voluminoso libro sobre sus sueños. Así como sos-

tenía algunos conceptos estimables y brillantes, otros eran muy confusos. Freud consideró que era «mortificante para nosotros, a pesar de sus nuevos aportes». La verdad es que Stekel, que sabía escribir con fluidez, pero sin mayor cuidado, era un periodista nato en el mal sentido de la palabra, es decir, que daba mucha más importancia al efecto producido que a las verdades comunicadas, y en realidad se ganaba en parte la vida escribiendo folletines en la prensa local.

Stekel era, como lo admitiría Freud, una buena persona en el fondo y, cosa que yo puedo confirmar, era un compañero agradable. A diferencia de Adler, se le veía siempre contento, de buen humor y muy divertido. Cierta vez Freud dijo de él a Hitschmann: «No es más que un trompetero, pero así y todo le tengo afecto.»

Pero Stekel tenía un serio defecto, que lo hacía inadecuado para trabajar en un terreno académico: carecía de toda conciencia científica. Nadie concedía mucho crédito, por ello, a las experiencias que relataba. Era su costumbre, por ejemplo, iniciar la discusión, cualquiera que fuera el tema del día, con la siguiente observación: «Precisamente esta mañana he visto un caso de esta índole.» El «paciente de los miércoles» de Stekel se hizo proverbial.

Cuando se le preguntó cómo podía probar la verdad de cierta asombrosa afirmación que hizo, replicó: «Yo estoy aquí para descubrir cosas; otra gente puede dedicarse a probarlas, si lo desea.»

En un artículo que escribió sobre la importancia psicológica que tienen los apellidos para las personas, incluso en la elección de carreras y otros asuntos, citó un enorme número de pacientes cuya vida había sido profundamente influida por su nombre.

Cuando Freud le preguntó cómo pudo decidirse a publicar los nombres de tantos pacientes, Stekel contestó, con una sonrisa tranquilizadora: «Son todos inventados.» El hecho no deja de disminuir un tanto el valor demostrativo del material aportado. Freud se negó a permitir la publicación del artículo en el *Zentralblatt* y Stekel tuvo que publicarlo en otra parte.

Una de las cosas que posiblemente fastidiaban bastante a Freud era la costumbre que había tomado Stekel de citar en las reuniones de la Sociedad episodios y tendencias de su propia vida, que, por lo que Freud sabía de él, por haberlo analizado, eran falsos. Al mismo tiempo dirigía a Freud una mirada desafiante como para animarlo a desmentirlo, con la consiguiente violación del secreto profesional. Cierta vez pregunté a Freud si él creía que el «ideal del yo» era un atributo universal, a lo que replicó con gesto de sorpresa: «¿Pero usted cree que Stekel, por ejemplo, tiene un ideal del yo?»

Pero lo que produjo finalmente la ruptura fue una cosa de carácter más bien indirecto. Ocurría que Stekel y Tausk, por alguna razón se odiaban mutuamente y en la última reunión de la temporada 1911-1912 (mayo 30 de 1912) tuvo lugar entre ellos una escena muy desagradable. Pero Freud, si bien alguna vez había dicho de Tausk que era una «bestia salvaje», tenía una opinión muy elevada de su capacidad y precisamente entonces quería que se encargara de la sección bibliográfica del *Zentralblatt*, que se hallaba muy descuidada. Stekel se puso inmediatamente a la ofensiva, declarando que no permitiría la aparición de una sola línea de Tausk en su *Zentralblatt*. Freud le recordó que la revista era el órgano oficial de la Asociación Internacional y que tales pretensio-

nes estaban fuera de lugar. Pero Stekel había tomado una actitud arrogante y no estaba dispuesto a ceder. Su éxito en el terreno del simbolismo le daba la sensación de haber superado a Freud. Le agradaba expresar esta estimación de sí mismo, en un tono a medias modesto, diciendo que un enano encaramado sobre el hombro de un gigante podía ver más lejos que el gigante mismo. Cuando Freud oyó esto comentó ásperamente: «Esto puede ser así, pero no cuando se trata de un piojo sobre la cabeza de un astrónomo.»

Freud escribió a Bergmann, el editor, solicitándole el reemplazo de Stekel como encargado de la revista. Pero también le escribió Stekel, y el asombrado editor replicó que las cosas quedarían tal cual hasta completarse el tomo en curso después de lo cual se proponía interrumpir del todo la publicación de la revista. Entretanto, en la reunión del 6 de noviembre, fue anunciada la decisión de Stekel de retirarse de la Sociedad de Viena.

Escribiendo a Abraham, decía Freud: «Estoy muy contento de que Stekel esté marchando ahora por su propio camino. Usted no puede imaginarse todo lo que me ha hecho sufrir la tarea que significaba el tener que defenderlo contra todo el mundo. Es un hombre insoportable.» Muchos años después Freud decía de él, en una carta, que era un caso de «insania moral».

C. G JUNG (1876-1961)

La reacción de Freud ante la separación de Adler y Stekel fue simplemente una sensación de alivio al verse libre de tantas dificultades y disgustos. Pero

el caso de Jung fue muy distinto. La ruptura con éste constituyó un hecho mucho más importante, tanto desde el punto de vista personal como del científico. Jung se había iniciado con un conocimiento mucho más amplio del psicoanálisis del que jamás tuvo Adler y lo que él ofrecía al mundo era una explicación diferente de algunos, por lo menos, de los hallazgos de esta ciencia. Su capacidad intelectual y la amplitud de su cultura sobrepasaban en mucho los elementos con que podía contar Adler, de modo que en todos sentidos debía ser tomado mucho más en serio que éste.

De 1906 a 1910 Jung daba la sensación de ser un partidario no solamente sincero sino también muy entusiasta de la obra y de las teorías de Freud. Sólo una mirada muy aguda podría haber percibido entonces algún indicio de su futura grieta, y Freud, por su parte, tenía los más poderosos motivos para cerrar los ojos ante tales indicios. Abraham que había trabajado bajo su dirección durante varios años, ya se había sentido desconcertado ante lo que él llamaba la tendencia al ocultismo, la astrología y el *misticismo en Zurich*, pero sus críticas no impresionaron a Freud, que había depositado grandes esperanzas en Jung.

Se veía bien claro que existía cierta antipatía mutua entre Viena y Zurich, pero todos confiábamos en que ella se vería mitigada con el tiempo, por la acción de nuestros intereses comunes. En esa época Jung se mostraba muy amistoso conmigo y manteníamos una extensa correspondencia, que he conservado.

En la visita a Worcester en 1909, Jung me sorprendió al decir que a él le parecía innecesario entrar en detalles sobre temas desagradables con los pacien-

tes; resultaba incómodo después, al encontrarse con ellos en una comida o una reunión social. Bastaba con insinuar fugazmente esos temas y ya los pacientes comprendían, sin necesidad de usar un lenguaje franco. Esta actitud me pareció muy diferente de la forma categórica en que habíamos estado enfocando temas muy serios, pero, a pesar de la honda impresión que me produjo, es esta la primera ocasión en que yo saco a la luz esta observación de Jung. Pero unos tres años después supimos por Oberholzer que esta idea de no entrar en detalles ya era cosa corriente en las enseñanzas de Jung. Me parece interesante confrontar esto con el categórico párrafo de una carta que escribió Freud a Pfister comentando su análisis del Conde Zinzendorf. «Su análisis adolece de la debilidad hereditaria de la virtud. Es la obra de un hombre excesivamente decente, que se siente obligado a ser discreto. Pero estos asuntos psicoanalíticos reclaman una exposición completa para resultar comprensibles, del mismo modo que un psicoanálisis sólo puede progresar si se abandona el plano de las abstracciones para descender a los pequeños detalles que se ocultan debajo de aquellas. La discreción es, pues, incompatible con una buena exposición del psicoanálisis. Es necesario convertirse en una mala persona, violar las reglas, sacrificarse, traicionar y comportarse como el artista que compra la pintura con el dinero que la esposa tiene destinado a la casa o quema los muebles para calentar la habitación en que está posando su modelo. Sin este tipo de delincuencia no cabe esperar la realización de nada grande.»

Jung había hablado en un tono bastante diferente hacía apenas unos meses: «Haríamos bien en no dejar que la teoría de la sexualidad irrumpa y se co-

loque en primer plano. Se me han ocurrido muchas ideas acerca de esto, especialmente en los aspectos morales de la cuestión. Creo que el anunciar públicamente ciertas cosas significaría cortar la rama sobre la que descansa la civilización; se subestima el impulso a la sublimación... La actitud extrema representada por Gross es decisivamente errónea y peligrosa para todo el movimiento... Tanto con los estudiantes como con los pacientes sigo adelante gracias a que no coloco en lugar prominente el tema de la sexualidad.»

Vino entonces la visita común de 1909 a Estados Unidos, en el curso de la cual los tres amigos se llevaron muy bien. En marzo de 1910 Jung hizo una rápida visita a Chicago, para una consulta, pero permaneció solamente siete días en Estados Unidos y volvió a tiempo para presidir el Congreso de Nuremberg, el día 30. A fines de este año Freud viajó a Munich para conversar con Bleuler. Esto parece haber tenido mucho éxito. «He llegado a un completo entendimiento con él y establecido una buena relación personal. Después de todo no es más que un pobre diablo como nosotros y necesita un poco de amor, circunstancia ésta que tal vez ha sido dejada de lado en ciertos círculos que le importan mucho. Es casi seguro que se plegará a la Sociedad de Zurich, con lo cual será subsanada la división allí existente. Un día después de su partida llegó Jung. Estaba magnífico y me hizo mucho bien. Le abrí mi corazón acerca del asunto Adler de mis propias dificultades y mi preocupación sobre lo que se puede hacer en el asunto de la telepatía... Estoy más convencido que nunca de que él es el hombre del futuro. Sus investigaciones propias lo han conducido muy lejos en el terreno de la mitología, que desea abrir

con la llave de la teoría de la libido. Con todo lo agradable que es todo esto le he pedido, sin embargo, que volviera a tiempo a las neurosis. Ésta es nuestra patria, donde tenemos que fortificar en primer término nuestras posiciones, contra todo y contra todos.» Esta última observación caracteriza muy bien la actitud de Freud. Con todo lo que se interesaba él mismo en la historia de la humanidad y a pesar del deseo que a veces sentía de dedicarse a esos estudios, reconocía que estos otros campos eran lo que él llamaba «colonias» del psicoanálisis, no la verdadera patria.

En 1911 las cosas también marcharon bien al comienzo. Jung hizo otra visita a Estados Unidos, con motivo de lo cual Freud se quejó de que el «príncipe heredero» estuviera tanto tiempo fuera del país. En el otoño, Freud se sintió asombrado ante una carta que la señora Jung escribió a Ferenczi y en la que expresaba su esperanza de que Freud no se sintiera disgustado con su esposo. En realidad no había motivo para ello en esa época, pero es posible que ella hubiera comenzado a advertir en su esposo ciertas tendencias divergentes que cabía suponer que no agradarían a Freud.

Los cinco años felices tocaban a su fin y a comienzos de 1912 comenzaron a agolparse las nubes. Freud se vio obligado a comprobar en ese año que sus esperanzas acerca de una constante camaradería con Jung estaban condenadas a terminar en una decepción y que Jung se estaba orientando en una dirección que bien podría conducir a una separación tanto personal como científica. Pasó los dos años siguientes devanándose los sesos para encontrar la manera adecuada de enfrentar esta nueva situación.

Es importante, desde luego, conocer los fundamentos de este cambio. Desde dos años atrás, las inectivas contra las teorías sexuales de Freud estaban expandiéndose también en toda Suiza, lo cual no podía dejar de acarrear a los analistas de ese país toda clase de dificultades, tanto de orden práctico como moral. Comenzaron a aparecer artículos en la prensa diaria en los que se denunciaban las malvadas teorías de origen vienés y se expresaba la esperanza de que ellas no llegarían a corromper el alma impoluta de los suizos. Hay que tener en cuenta, por otra parte, que una de las peculiaridades más destacadas de los suizos es el poderoso vínculo que los une entre sí. Son bien contados, por ejemplo, los extranjeros que llegan a adquirir ciudadanía suiza. Hay pocos lugares en el mundo en que resulte más difícil que en este país el apartarse de los principios morales imperantes en la comunidad. La consecuencia de esto fue que bien pronto los analistas suizos empezaron a pasarlo muy mal, cosa que se evidencia ampliamente en las cartas de Pfister a Freud. El hecho es que no pasaron dos años sin que todos los analistas suizos, con excepción de dos o tres, adjuraran de sus «errores», apartándose de las teorías sexuales de Freud.

Lo que más afectó a Freud en 1910, y en mayor grado aún de 1911, fue la comprobación de que la intensa dedicación de Jung a sus investigaciones mitológicas estaba incidiendo en el cumplimiento de las funciones presidenciales que le había conferido. Había pensado en Jung como directo sucesor suyo, y lo veía en su imaginación no sólo agregando constantemente nuevos aportes a los que ya había hecho al psicoanálisis sino convertido en el centro de todas las actividades psicoanalíticas. Jung sería el nexa ofi-

cial entre las diversas sociedades filiales y se encargaría de ofrecer su consejo y su ayuda dondequiera que ello fuese necesario, de supervisar la múltiple labor administrativa en los Congresos, las publicaciones, etc. De esta manera Freud se vería liberado de la obligación de desempeñar un papel central y activo, cosa que tan poco le agradaba. Desgraciadamente Jung tampoco se sentía inclinado a ello. Jung decía a menudo que era un herético por naturaleza, y que eso mismo fue lo que en un principio lo empujó hacia Freud, cuya obra era de carácter sumamente herético. Pero trabajaba mejor que nunca cuando lo hacía solo y carecía de ese talento especial que hace falta para la labor en común o la supervisión del trabajo de los colegas. Tampoco le agradaban las minucias administrativas. En pocas palabras, no era el hombre adecuado para el papel que le había asignado Freud como Presidente de la Asociación y dirigente máximo del movimiento psicoanalítico.

Tampoco habrían de verse satisfechas por mucho tiempo las aspiraciones de Freud en otros aspectos, de índole más personal. Jung demostró siempre ser un corresponsal un tanto inconstante. El enfrascamiento en sus investigaciones lo hacía cada vez más remiso en ese aspecto. Y éste era precisamente un terreno en el que Freud se mostró siempre muy sensible. No sólo le gustaba mucho el recibir cartas —además de escribir muchas por su parte— sino que cualquier tardanza en la respuesta de parte de los demás solía provocar en él temores de diversa índole: una enfermedad, un accidente, etc. La nueva situación creada debe haberle hecho recordar —y así se lo manifestó él mismo, poco después, a Jung— lo que le había ocurrido con Fliess ya que el primer

signo de alejamiento que se advirtió en éste había sido un retraso similar en contestar a las cartas de Freud. Con toda sensatez, decidió resignarse ante lo inevitable, una vez que hubo comprobado la inutilidad de ciertas leves protestas que había intentado. De ahí en adelante sabía que no cabía esperar mucho y que era preferible acallar en buena parte sus sentimientos personales al respecto.

Freud no había hablado nunca de estas cosas hasta 1911, que fue cuando dejó caer algunas alusiones, ante Ferenczi a la forma poco satisfactoria en que Jung conducía los asuntos. Con todo hacía apenas un año que le había manifestado a Ferenczi, confidencialmente, su convicción de que Jung era el hombre del futuro

El famoso ensayo de Jung sobre los *Símbolos de la libido*, más tarde publicado en forma de libro, apareció en dos entregas. En la segunda parte fue donde las divergencias con Freud se hicieron manifiestas.

En mayo de 1911 Jung le manifestó a Freud que a su juicio el término libido no designaba otra cosa que una tensión *general*. Mantuvieron acerca de esto una correspondencia, pero en noviembre Jung anunció que estaba «ampliando» el concepto de libido. En ese mismo mes su esposa escribía a Freud que a éste no iba a agradarle lo que su marido estaba escribiendo en la segunda parte del ensayo. Era la parte en que la idea de incesto ya no era tomada en su sentido literal sino como «símbolo» de ideas más elevadas.

El año 1912 fue decisivo en cuanto a la separación entre Freud y Jung. Tres episodios registrados en ese año desempeñaron un papel en el cese de-

finitivo de la relación personal entre ellos. El primero de éstos fue la visita que Freud hizo el domingo de Pentecostés a Binswanger, en Kreuzlingen, cerca de Constanza. Hacía mucho tiempo que Freud había prometido esa visita, en retribución de las muchas que Binswanger había hecho a Viena, pero esta vez había además una razón especial. Binswanger había pasado por una peligrosa intervención quirúrgica, que encerraba el peligro de una muerte cercana, cosa que felizmente no ocurrió. El jueves 23 de mayo escribió a Binswanger y Jung haciéndoles saber que partiría al día siguiente. Como sólo disponía de cuarenta y ocho horas para esta visita no tenía el propósito de proseguir el viaje hasta Zurich, pero supuso que Jung no dejaría de aprovechar la oportunidad para reunirse con ellos en Kreuzlingen. Permaneció allí desde el mediodía del sábado hasta el mediodía del lunes. Para sorpresa y decepción de Freud, no hubo noticia alguna de Jung.

Al mes siguiente, y varias veces después, Jung hizo algunas observaciones sarcásticas, en su correspondencia con Freud, acerca de que «entendía su gesto de Kreuzlingen», frase ésta que dejaba absolutamente perplejo a Freud, quien no llegó a descifrar su significado hasta después de haber transcurrido seis meses.

El segundo hecho fue la serie de conferencias que Jung pronunció en Nueva York en el mes de setiembre, para lo cual, al aceptar en marzo la invitación, tuvo que postergar por un año la realización del Congreso Psicoanalítico. Empezaban a llegar desde Nueva York informaciones de la actitud de abierta oposición, de parte de Jung, a las teorías de Freud, e incluso a él mismo a quien estaba presentando como una persona anticuada, cuyos errores Jung estaba

ahora en condiciones de puntualizar. Ya en mayo de ese año Jung había manifestado a Freud que los deseos incestuosos, en su opinión, no debían tomarse literalmente como tales, sino como símbolos de otras tendencias. Constituían nada más que una fantasía destinada a levantar el ánimo. Después de esto hubo un completo silencio durante cinco semanas. Freud manifestó a Abraham que la vieja predicción de éste acerca de Jung, a la que él no había querido prestar oído, se estaba cumpliendo, pero que él, por su parte, no quería provocar una ruptura. A su regreso de Estados Unidos, Jung envió a Freud una larga relación de todo lo acontecido allí, haciéndole saber que había logrado un completo éxito en cuanto a hacer más aceptable el psicoanálisis, mediante la exclusión de los temas sexuales. Freud le replicó, en forma concisa y escueta, que no veía en ello ningún alarde de inteligencia. Bastaría con excluir más cosas aún para que el psicoanálisis resultara más aceptable todavía. Anteriormente, en el mes de junio, le había dicho a Jung que sus divergencias en cuanto a teoría psicoanalítica no tenían que afectar su relación personal, pero ésta venía empeorando evidentemente de un mes a otro. Todavía en el mes de setiembre Freud opinó que no era grande el peligro de separación, pero que el antiguo afecto personal ya no podría restablecerse.

El último de estos hechos, el más decisivo, fue el encuentro de ambos en el mes de noviembre, en Munich. Esta fue la última ocasión en que se reunían, salvo el encuentro del año siguiente, que se realizó en esa misma ciudad. Jung había convocado a una reunión de colegas prominentes para tomar una decisión formal en el plan de dejar a Stekel el *Zentralblatt* y crear, para reemplazar dicha revista, el *Zeits-*

chrift. En la reunión, que se hizo a las nueve, Jung propuso que el plan de Freud, en cuanto al reemplazo de una revista por otra, se aceptara sin discusión, pero Freud prefirió hacer primeramente un informe sobre las dificultades que había tenido con Stekel y las razones de su propio proceder. Todos se plegaron amistosamente a cada uno de los pasos propuestos por Freud, y la reunión terminó antes de las once.

Freud y Jung realizaron entonces un paseo de dos horas, mientras llegaba el momento de almorzar. Esta fue la ocasión para aclarar el misterioso «gesto de Kreuzlingen». Jung manifestó que no había podido superar el resentimiento provocado por el hecho de que Freud le había notificado con dos días de atraso su visita a Kreuzlingen en mayo: había recibido la carta el lunes, es decir, el mismo día en que Freud ya volvía a Viena. Freud admitió que esto habría sido un acto de bajeza de su parte, pero estaba seguro de haber despachado las dos cartas, a Jung y Binswanger, el mismo día, que era el jueves anterior. En eso Jung recordó repentinamente que ese fin de semana había estado ausente de su casa por dos días. Freud le preguntó, por supuesto, por qué no había mirado la fecha en el sobre o preguntado a su mujer cuándo había llegado la carta, antes de hacer tales reproches. Su resentimiento debió tener evidentemente otra fuente y Jung había recurrido, para justificarlo, a esta doble excusa. Jung se mostró muy contrito y admitió la existencia de rasgos difíciles en su carácter. Pero también Freud tenía necesidad de desahogo y no dejó de hacerle una buena reprimenda. Jung aceptó todas sus críticas y prometió enmendarse.

Durante el almuerzo Freud se mostró muy ani-

mado, exaltado indudablemente por la idea de haber vuelto a conquistar plenamente a Jung. Hubo un leve comentario del reciente artículo de Abraham sobre un personaje egipcio, Amenhotep, durante el cual se registraron algunas divergencias de opinión, y a continuación de esto Freud comenzó a criticar a los suizos por las recientes publicaciones en Zurich, en las que su obra, e incluso su nombre, era ignorado. Este episodio, incluyendo el desmayo de Freud, ya ha sido relatado en otra parte de esta obra, lo cual me exime de narrarlo ahora, pero quiero agregar algo, en esta ocasión, a la interpretación dada allí. Cuando Ferenczi supo de este incidente le hizo recordar a Freud otro similar, ocurrido en Bremen en el momento en que los tres estaban a punto de iniciar el viaje a Estados Unidos, en 1909. También en aquel momento, como aquí, Freud acababa de obtener una pequeña victoria sobre Jung. Éste había sido educado en la fanática tradición antialcoholista de Burghölzli (Forel, Bleuler, etc.), y Freud hizo todo lo que pudo para mofarse de él en este aspecto. Freud tuvo éxito en cuanto a hacer cambiar la actitud de Jung hacia el alcohol —cosa que luego no dejó de tener graves consecuencias en las relaciones entre Jung y Bleuler—, pero en seguida se desplomó, víctima de un desvanecimiento. Ferenczi, con su penetración, no dejó de preguntarse si el episodio no habría de repetirse aquí, en Munich, cosa que realmente ocurrió. En su respuesta, Freud, después de analizar su desmayo, expuso su opinión de que todos sus ataques de esa índole tenían su origen en el efecto que le había causado, a la edad de un año y siete meses, la muerte de su hermano menor. Parecería, por lo tanto, que en Freud se daba un caso leve del tipo que él mismo describió como «los que al triunfar fracasan»

—en este caso, al derrotar a un rival—, y el primer ejemplo de ello sería el éxito que habrían obtenido sus deseos de muerte dirigidos contra su hermano Julius. Esto nos lleva a recordar la momentánea ofuscación ante el Acrópolis en 1904, episodio éste que analizó, a la edad de ochenta y un años, señalando su origen en la realización del oculto deseo de sobrepasar a su padre. El Mismo Freud, en efecto, señaló la semejanza entre aquella experiencia y ese otro tipo de reacción a que nos hemos estado refiriendo.

Jung, al despedirse, le dio nuevas seguridades de su lealtad, y a su regreso a Zurich le escribió una carta humilde, en la que expresaba su gran contricción y su deseo de enmienda. Pero una semana después ocurrió en Zurich algo cuyo carácter exacto desconocemos; el hecho es que llegó de allí una carta para calificar cuyo contenido resultará pálida la palabra «descaro». Después de esto, y luego de un intercambio de cartas sobre asuntos administrativos, se produjo una nueva crisis, la última, en el aspecto de las relaciones personales. Freud había manifestado a Jung, hacía algún tiempo, que su idea de que el complejo de incesto era una cosa artificiosa tenía cierta semejanza con el concepto de Adler al respecto, ya que según éste se trataría de algo «aderezado» desde adentro para encubrir otros impulsos, de naturaleza diferente. Este mismo comentario había sido hecho también por otros, y Jung se sentía molesto por cuanto esto implicaba una conexión con Adler. En el momento a que nos estamos refiriendo escribió a Freud una carta en la que le decía que «ni los mismos compañeros de Adler consideran que yo formo parte del grupo de usted». (Aquí se deslizó un lapsus, ya que había querido decir «el

grupo de ellos»)¹. Y como Jung había estado insistiendo en que su actitud, con respecto a sus nuevas ideas, era puramente objetiva, Freud, incautamente, no pudo resistir el impulso de preguntarle si sería lo bastante objetivo como para darle su opinión sobre ese «lapsus calami». Con un hombre de la susceptibilidad de Jung, eso significaba, de parte de Freud, buscarse él mismo una complicación. Y en efecto, a vuelta de correo, vino una carta explosiva y muy insolente sobre la «neurosis» de Freud. Éste se sintió humillado, como nos lo manifestó, al verse tratado de esa manera, y no llegaba a decidir en qué tono le habría de contestar. Escribió una carta en tono suave, pero no la envió nunca. Pero quince días más tarde, al dirigirse a él para un asunto de índole administrativa, le propuso poner fin a la correspondencia personal, a lo que Jung asintió de inmediato. Por el término de algunos meses siguieron manteniendo correspondencia sobre asuntos administrativos, e incluso, aunque muy poco, sobre temas científicos, pero aún eso terminó después de los desagradables sucesos del Congreso de 1913.

Todo esto dio origen a una situación muy engorrosa. Jung seguía siendo Presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional y teniendo a su cargo el *Jahrbuch*. Todavía seguía siendo función suya el mantener unidas las distintas Sociedades filiales y crear otras. Por otra parte, la divergencia entre la concepción de Freud y la de Jung se acrecentaba de tal modo y era de carácter tan fundamental, que comenzamos a preguntarnos qué es lo que había

1. En alemán resulta muy fácil esta clase de lapsus: basta decir "ihrer" con mayúscula en vez de minúscula.

de común en la labor científica de uno y otro grupo —que podríamos llamar, para abreviar, el vienés y el suizo— y por cuánto tiempo más podría tener algún sentido cualquier tipo de colaboración.

Freud se resignó pronto a la pérdida de la amistad de Jung, a pesar de las grandes satisfacciones que le había procurado durante varios años, y se volvió hacia otros amigos, especialmente Ferenczi. Pero se echaba en cara a sí mismo el error que había cometido en su juicio sobre la personalidad de Jung, y nos manifestó que, después de haber incurrido en tamaña equivocación, creía preferible encargarnos de la elección del nuevo presidente a nosotros, es decir, al «Comité»¹.

Al anunciar a Ferenczi el cese de sus relaciones con Jung, agregaba Freud: «Considero que no hay manera de rectificar los errores de la gente de Zurich y creo además que dentro de dos o tres años estaremos marchando en direcciones enteramente diferentes, y sin ninguna posibilidad de entendimiento mutuo... La mejor manera de precaverse de la amargura es no esperar ya nada en ese sentido, es decir, prepararse para lo peor».

En la primavera de 1913 existía cierta incertidumbre acerca de lo que habría de ocurrir en el Congreso venidero y de si la Asociación Internacional habría de sobrevivir a la escisión. Freud expresaba su ansiedad en estas líneas: «Todo lo que nos aparte de nuestras verdades encontrará, por supuesto, la aprobación del gran público. Es bastante posible que esta vez consigan sepultarnos realmente, después de tantas letanías fúnebres ensayadas en vano. Esto será muy importante para nuestro destino personal, pero

1. Ver el próximo capítulo. (Eds.)

no significará nada para el de la Ciencia, La verdad nos pertenece. Estoy tan seguro de ello como lo estaba quince años atrás. No he participado nunca en polémicas. Mi costumbre es la de repudiar en silencio y proseguir mi camino.»

Maeder escribió a Ferenczi diciéndole que la diferencia entre los vieneses y los suizos consiste en que aquéllos son judíos y éstos «arios». Freud le aconsejó a Ferenczi que contestara en estos términos: «Existen, efectivamente, grandes diferencias entre el espíritu judío y el ario. Podemos observarlo a diario. A cada momento podrá ser posible encontrarse, por lo tanto, con enfoques diferentes en la vida o en el arte. Pero no puede haber una ciencia aria o judía. Las conclusiones de la ciencia tienen que ser las mismas, aunque varíe su forma de presentación. Si estas diferencias se reflejan en la captación de las relaciones objetivas en la ciencia, debe haber algo que no marcha bien.»

Ante la proximidad del Congreso todos estuvimos de acuerdo, en nuestras conversaciones preliminares, en que nuestro objetivo debería ser el de la colaboración con los suizos y que se debía hacer todo lo posible para evitar una ruptura. Hicimos especial hincapié en que deberíamos alojarnos en el mismo hotel en que lo harían los suizos, para no dar la impresión de relaciones tirantes con ellos.

En octubre, Jung escribió a Freud que había oído, por Maeder, que Freud dudaba de su buena fe. Renunciaba por ello a su cargo en el *Jahrbuch* y le hacía saber que en adelante ya no sería posible ninguna cooperación entre los dos. Al mismo tiempo recibí una carta de Jung en la que me decía que la situación era «absolutamente incurable», lo cual, desgraciadamente, era la estricta verdad.

Sólo quedaba, después de esto, la cuestión puramente técnica acerca de la forma en que tendría lugar oficialmente la separación.

En forma bastante inesperada, en abril de 1914, Jung renunció a su cargo de Presidente, probablemente a consecuencia de reseñas desfavorables aparecidas en el *Zeitschrift*. Decidimos unánimemente que Abraham lo reemplazara interinamente como Presidente hasta el próximo Congreso a realizarse en Dresde en setiembre. Inmediatamente antes del comienzo de la guerra, Jung anunció su alejamiento de la Asociación Internacional y al mismo tiempo supimos que ninguno de los suizos se proponía concurrir al Congreso. Esto era consecuencia, al parecer, del ensayo polémico de Freud, aparecido en junio, ensayo que, a juicio de Ferenczi, era una verdadera «bomba».

Freud no se hacía ninguna ilusión acerca del daño que ocasionaría al psicoanálisis la defección de Jung. En una de sus cartas me decía: «Es posible que estemos sobrestimando a Jung y lo que puede realizar en el futuro. Se está colocando en una posición que no le favorece ante el público al volverse contra mí, es decir, contra su propio pasado. Pero mi opinión general en todo esto es muy similar a la suya. Lo que yo preveo no es un éxito inmediato sino una incesante lucha. Todo aquél que prometa a la humanidad liberarla de las dificultades de lo sexual será aclamado como un héroe, cualesquiera sean las tonterías que se le ocurra decir.» Esta predicción de Freud resultó acertada. Ya en enero de 1914 el *British Medical Journal* celebró la conversión de Jung como un «retorno a un enfoque más sano de la vida». Hasta hoy en día se señala a Jung, en determinados círculos, como el hombre que expurgó las doctrinas

de Freud de su obscena preocupación por los temas sexuales. Por su parte los psicólogos de la psicología general, así como otras personas, aprovecharon gustosos la ocasión de declarar que, dado que existían tres «escuelas de psicoanálisis» —Freud, Jung y Adler—, que no podían ponerse de acuerdo acerca de sus propias conclusiones, nadie tenía necesidad de tomar toda la cosa en serio. Todo era bastante dudoso.

Fue esta última consideración, la afirmación de que existían muchas escuelas psicoanalíticas, diferentes entre sí, la que impulsó a Freud a defender sus derechos en cuanto a la obra por él realizada, escribiendo, durante los meses de enero y febrero de 1914, su ensayo, de carácter polémico, titulado *Historia del movimiento psicoanalítico*. En él afirmaba que, más que ningún otro, él era el indicado para saber qué era el psicoanálisis y cuáles los métodos y las teorías característicos que los distinguían de las otras ramas de la psicología.

VI

EL «COMITÉ»

Yo estaba afligido por las tres defecciones que he historiado en el capítulo precedente y preveía la posibilidad de otras en el futuro. En julio de 1912 mientras Freud se hallaba en Karlsbad, yo me encontraba en Viena y mantuve una conversación con Ferenczi sobre la situación. El plan ideal habría sido, según lo señaló con todo acierto Ferenczi, el procurar que un cierto número de personas cabalmente analizadas por Freud, estuviera repartido en los diferentes centros o países. Pero como parecía no haber posibilidades para la realización de esta idea, yo propuse que entre tanto constituyéramos una especie de «Guardia Vieja» —un pequeño grupo de analistas de confianza— alrededor de Freud. Le procuraría una seguridad que sólo podía darle un grupo estable de amigos firmes y le ofrecería una tranquilidad en el caso de nuevas disensiones, a la vez que nosotros estaríamos en condiciones de ofrecerle una ayuda práctica, ya sea contestando a las críticas, reuniendo para él la bibliografía necesaria, aportando

aquellos casos de nuestra experiencia que pudieran resultarle ilustrativos, etc. Los miembros del grupo contraeríamos una sola obligación expresa: para el caso de que cualquiera de nosotros estuviera decidido a apartarse de algunos de los principios fundamentales de la teoría psicoanalítica, tales como el de represión, el de psiquismo inconsciente, el de la sexualidad infantil, etc., debería comprometerse a no hacerlo públicamente sin discutir antes sus ideas con los otros miembros del grupo. La idea de la formación de un grupo de esta índole tenía, por supuesto, sus antecedentes, en mis propias lecturas e ideas: así, por ejemplo, las historias de los paladines de Carlomagno y las numerosas sociedades secretas acerca de las cuales había leído.

Ferenczi acogió de muy buen grado mi sugestión, que luego expusimos a Rank. También escribí al respecto a Freud. Rank estuvo de acuerdo, por supuesto.

Después de esto me dirigí a Sachs, mi amigo más antiguo y más íntimo en Viena, y por su parte Ferenczi y Rank tomaban contacto, un poco más tarde, con Abraham, durante una visita que hicieron a Berlín.

En cuanto a Freud mismo se mostró entusiasmado y contestó mi carta a vuelta de correo. «Lo que inmediatamente captó mi imaginación fue su idea de constituir un consejo secreto compuesto de los hombres mejores y de más confianza con que contamos y que tomaría a su cuidado el desarrollo ulterior del psicoanálisis y defendería la causa contra las personas y los obstáculos con que ésta podrá tropezar cuando yo ya no esté... No ignoro que en esto se encierra también un elemento casi infantil y quizá romántico, pero tal vez resulte posible adaptarlo

a las necesidades de la realidad. Daré rienda suelta a mi fantasía y le dejaré a usted el papel de censor.

»Me atrevo a decir que me sería más grata la vida y más fácil la muerte el día que supiera que existe un grupo de tal índole, encargado de vigilar lo que he creado.»

Un año más tarde escribía a Abraham: «Usted no se imagina cuánta alegría me proporciona la cooperación de cinco hombres como ustedes en mi obra.»

En octubre de 1919 Freud propuso a Max Eitingon como sexto miembro del Comité, con lo que éste quedó definitivamente integrado. Eitingon reemplazaba a Anton von Freund, cuya enfermedad y subsiguiente fallecimiento le impidieron ocupar ese lugar. El Comité comenzó a actuar antes de la guerra, pero sólo fue después de ésta que adquirió toda su importancia para Freud, tanto desde el punto de vista administrativo y científico, como también, y sobre todo, personal. En la carta en que comunicaba a Eitingon su designación, escribía Freud: «El secreto de este Comité es que me ha sacado de encima el peso enorme de la preocupación para el futuro, de modo que yo ya puedo proseguir con tranquilidad mi camino hasta el fin.»

El Comité se reunió por primera vez, en pleno, el verano siguiente. El 25 de mayo de 1913 Freud celebró el acontecimiento obsequiándonos a cada uno de nosotros un antiguo camafeo griego de su colección, que luego engarzamos en sendos anillos de oro. Freud llevó también, por muchos años, un anillo como éste, un camafeo greco-romano con la cabeza de Júpiter.

Quedó convenido que, en mi calidad de fundador, yo ocupara la presidencia del Comité, cosa que se prolongó durante casi toda la existencia de éste.

Freud tuvo, durante toda su vida, muchos amigos no analistas, todos los cuales, a lo que yo sé, se mantuvieron fieles a él. Tuvo tres amigos íntimos que participaron en su vida científica, Breuer, Fliess y Jung, y los tres lo abandonaron. Nuestras amistades fueron ya las últimas que habría de hacer. No es nada difícil establecer la forma en que distribuía su afecto entre los cinco miembros del Comité anteriores a la guerra. Ferenczi era notoriamente el primero, y luego, seguían: Abraham, yo, Rank y Sachs, en ese mismo orden. Citaré también aquí la edad de cada uno: Ferenczi era el mayor, nacido en 1873; luego Venía Abraham, de 1877 luego yo, de 1879; luego Sachs, 1881; por último Rank, de 1885. Rank fue el primero de conocer a Freud, en 1906, Abraham en 1907, Ferenczi y yo en 1908 y Sachs en 1910 (si bien este último ya había asistido a sus clases durante años).

Freud mantuvo, durante muchos años, una correspondencia constante y abundante con aquellos de nosotros que no residíamos en Viena, y esa correspondencia, tanto de su parte como de la nuestra, se ha conservado. Al releerla hoy íntegramente (¡y más de una vez!) hay varias cosas que llaman la atención. Una de ellas es que Freud nunca mencionaba en sus cartas a los demás amigos. Era como si cada relación fuera completamente distinta y personal. Tampoco repetía noticia alguna en los mismos términos. Siempre describía las mismas cosas desde ángulos diferentes.

Hasta los asuntos científicos de que se ocupaba aparecían en cada caso con otro cariz.

La personalidad de Freud, así como la de cualquier otra persona, mal puede ser estudiada *in vacuo* sino en su relación con los demás y por lo tanto se

hace necesario conocer algo acerca de estas otras personas. Dado que el grupo de que aquí se trata significaba tanto para Freud, aun desde el comienzo, será conveniente decir algo acerca de sus miembros, no solamente en cuanto a sus actividades científicas, cuyo resultado se halla incorporado a la literatura psicoanalítica, sino en un sentido más personal. Siempre es cosa delicada hablar de los propios amigos, pero trataré de hacerlo de la manera más leal que pueda y de acuerdo con los principios que inspiran toda esta biografía.

Ferenczi —para usar el nombre que él y su familia adoptaron en lugar de apellido original, Fraenkel— era el miembro de más edad en el grupo, el más brillante y el que se hallaba en una relación más íntima con Freud. Desde cualquier punto de vista corresponde empezar con él. De su historia anterior y de la forma en que se acercó a Freud ya hemos dicho algo en otra parte. En cuanto al otro aspecto —el más sombrío— de su vida, al que ya hemos hecho alusión, era bastante poco lo que conocíamos hasta muchos años después, cuando ya no había manera de ocultarlo. Hasta entonces era un secreto solamente compartido con Freud. Lo que nosotros conocíamos era el dirigente y el amigo brillante, animador y benévolo. Tenía un gran encanto con un trato con los hombres, pero no tanto con las mujeres. Tenía una personalidad cálida y atrayente y un carácter generoso. Su espíritu estaba lleno de entusiasmo y devoción y siempre esperaba y provocaba estos mismos sentimientos en los demás. Era un analista altamente dotado, con un notable olfato para las manifestaciones del inconsciente. Por encima de todo era un conferenciante y un maestro entusiasta y lleno de sugerencias.

Pero tenía naturalmente, como todo ser humano, sus debilidades. La única que a nosotros se nos hacía evidente era su falta de sentido crítico. Solía proponer planes absolutamente sin base, habitualmente idealistas, sin criterio alguno acerca de las posibilidades de realización, pero cuando sus colegas le hacían volver a tierra y tomar contacto con la realidad lo aceptaba siempre de buen talante. Tenía otras dos cualidades, de las que entonces sabíamos muy poco aún y que probablemente se relacionaban entre sí. Tenía una necesidad insaciable de ser amado y cuando años después tuvo que enfrentarse con una inevitable frustración, no pudo resistir a su embate. Además, y quizás como una pantalla que encubría su excesivo amor a los demás y la necesidad de ser amado por ellos, llegó a adquirir una actitud un tanto dura en ciertas situaciones, que tendía a degenerar en un trato altivo y a veces dominador. Esto se hizo más manifiesto en los últimos años.

Ferenczi, con su carácter abierto e infantil, sus dificultades internas y su desatada fantasía, ejerció gran atracción sobre Freud. Era, en muchos aspectos, un hombre muy de su gusto. Una imaginación audaz y sin freno era cosa que siempre excitaba a Freud. Era un elemento intrigante de su propia personalidad y al que raras veces daba rienda suelta, ya que lo había dominado con una modalidad escéptica que de ningún modo existía en Ferenczi y un juicio mucho más equilibrado del que poseía éste. Así y todo, el espectáculo de su imaginación desenfrenada en lo demás era algo que Freud raras veces podía resistir y es de imaginar que los dos deben haber disfrutado de momentos sumamente agradables cuando se hallaban a cubierto de críticas de los demás.

Noviembre 17 de 1911

Querido hijo: ¹

Me pide usted una rápida respuesta a su emotiva carta y hoy me gustaría trabajar, pues estoy contento con las noticias que en seguida pasaré a relatarle. Le contestaré en forma breve y no diré mucho de nuevo. Estoy familiarizado, por supuesto, con sus «complejos» y debo confesar que preferiría tener un amigo que tuviera confianza en sí mismo. Pero ya que usted se presenta con tantas dificultades, tengo que tratarlo como a un hijo. Su lucha por la independencia no tiene por qué tomar la forma de alternación entre rebelión y sumisión. Creo que usted sufre además del miedo a los complejos que ha quedado asociado a la «mitología del complejo» de Jung. Un hombre no tiene por qué empeñarse en deshacerse de sus complejos, sino en ponerse de acuerdo con ellos: son ellos los que legítimamente dirigen su conducta en el mundo.

Por otra parte, usted se encuentra científicamente en el mejor de los caminos para lograr su independencia. Una prueba de ello son sus estudios sobre el ocultismo, que quizás a causa de ese afán suyo contienen cierto elemento indebido de ansiedad. No se avergüence usted de participar por lo común de mis opiniones y no me pida personalmente más de lo que estoy dispuesto a dar. Una persona debe sentirse contenta cuando, a título de verdadera excepción, se halla en condiciones de ponerse en armonía consigo misma sin ayuda externa. Usted conoce seguramente el viejo dicho: «Las cosas malas que a uno no le suceden deben ser colocadas en el haber».

Adiós y tranquilícese.

Con paternales saludos, suyo,

FREUD

1. Dos veces se dirigió Freud a Ferenczi con este apelativo, en parte en broma y en parte en un sentido psicoanalítico.

Abraham fue sin duda la persona más normal entre los miembros del grupo. Sus cualidades distintivas fueron la firmeza, el sentido común, la perspicacia y el dominio de sí mismo. Por tormentosa o difícil que fuera una situación él siempre mantenía una calma inquebrantable. Nunca emprendió una cosa con ánimo precipitado o vacilante. Fuimos él y yo, habitualmente de común acuerdo, quienes aportábamos el elemento de juicio en las decisiones. Era, para no decir precisamente el más reservado, por lo menos el menos expansivo de todos. No tenía nada de la actitud y maneras desbordantes e incitante de Ferenczi. Difícilmente podría hablarse de «encanto» y Freud a veces solía decirme que lo encontraba «demasiado prusiano». Pero le tenía un gran respeto. Con su independencia intelectual y su característico dominio de las propias emociones, no parecía tener necesidad alguna de una amistad especialmente cálida. No se mostraba más íntimo con relación a uno que a otro de nosotros.

Rank y Sachs eran grandes amigos y siempre trabajaban en armonía. Eran los únicos miembros del Comité que, por no ser médicos, no practicaron el psicoanálisis (hasta después de haber finalizado la guerra).

Una de las dificultades que representa el describir a Otto Rank —cuyo apellido original era Rosenfeld— es que ostentó dos personalidades absolutamente diferentes antes y después de la guerra respectivamente. Nunca he visto que otra persona llegara a cambiar tanto. Sus experiencias personales durante la guerra hicieron aflorar en él un vigor y otras manifestaciones de su personalidad que no habíamos sospechado nunca de él. Me limitaré por el momento al Rank de la preguerra, dejando para el

momento apropiado la descripción de los **cambios** sobreenvenidos más tarde.

Rank procedía de un estrato social evidentemente inferior al de los otros y esto explica quizás su visible actitud de timidez y hasta de deferencia de aquella época. Pero esto tenía que ver más probablemente con sus inconfundibles tendencias neuróticas, de tan desastroso resultado en una época posterior de su vida. Había estudiado en una escuela técnica y sabía manejar cualquier instrumento con destreza. Freud le insistió en que se graduara en la Universidad. Nunca supe de qué vivía, pero sospecho que Freud debió mantenerlo, aunque sea en parte. Era hábito de Freud el hacer estas cosas en silencio, sin comunicárselo a nadie. A menudo solía decir que si alguno de nosotros llegara a hacerse rico su primer deber sería ocuparse de Rank. Cierta vez me dijo que en la Edad Media un mozo inteligente como Rank habría hallado un protector, pero luego agregó: «Tal vez no le sería nada fácil con lo feo que es.» La verdad es que ninguno de los miembros del Comité era de aspecto muy agraciado. Rank haría un secretario privado ideal, y en realidad ejercía estas funciones, en muchos aspectos, con Freud. Se mostraba siempre voluntarioso, no se quejaba de tarea alguna por pesada que fuera, era hombre apto para cualquier clase de trabajo y dotado de una extraordinaria inventiva. Era sumamente inteligente y de rápido ingenio. Tenía un especial olfato analítico para la interpretación de sueños, mitos y leyendas. Su gran obra sobre los mitos de incesto, que hoy en día no se lee tanto como debiera, es un tributo a su realmente vasta erudición. Era verdaderamente un misterio cómo hallaba siempre tiempo suficiente para leer ese vasto material. Durante años

tuvo un contacto estrecho, casi diario, con Freud, a pesar de lo cual nunca llegaron a sentirse muy cercanos uno del otro. A Rank le faltaba para ello el necesario encanto, entre otras cosas, y esto, al parecer, significaba mucho para Freud.

Hans Sachs representaba, entre los miembros del Comité, el eslabón más débil de la cadena. Era un compañero divertido, el más ocurrente entre todos los del grupo y tenía siempre una colección inacabable de los mejores chistes judíos. Su interés residía principalmente en asuntos literarios. Cuando, como ocurría a menudo, había que tratar asuntos de índole más política y administrativa, estaba siempre aburrido y se mantenía como ausente, actitud ésta que le favoreció mucho cuando emigró a Estados Unidos, donde muy sabiamente se dedicó a una tarea técnica. Se mantuvo completamente leal a Freud, pero sus episodios de apatía no gustaban a éste de modo que era, de los miembros del Comité, el que se hallaba en menos contacto personal con él.

Eitingon se destacaba, entre otras cosas, por ser el único psicoanalista en el mundo que disponía de bienes. Estaba por ello en condiciones de prestar gran ayuda en diversas iniciativas psicoanalíticas y en ello se mostró siempre generoso. Era sumamente devoto de Freud, cuyo más ligero deseo u opinión era decisivo para él. Fuera de esto era un hombre más bien fácil de influenciar, de modo que no siempre se podía predecir de antemano su opinión. Sentía su origen judío más agudamente que los demás, tal vez con excepción de Sachs y era muy sensible a los prejuicios antisemitas. Su visita a Palestina en 1910 preanunciaba, en cierto modo, su retiro final a ese país en el primer momento de la ascensión de Hitler al poder, veinte años más tarde.

De los cinco miembros del Comité —más tarde seis, con Eitingon— yo diría que los mejores analistas eran Abraham y Ferenczi. Abraham tenía un juicio muy seguro, si bien carecía de la penetración intuitiva de Ferenczi. En esa época nadie pensaba en un análisis didáctico. Creo haber sido el primer psicoanalista que se decidió a recurrir a un análisis personal. No pudiendo contar con Freud para el caso, por la razón que ya antes expuse, fui a Budapest, en 1913, para realizar con Ferenczi un intenso análisis que duró varios meses, a razón de tres horas diarias. Esto me fue muy útil para mis propias dificultades personales y me proporcionó la experiencia irremplazable de la «situación analítica». Me ofreció además la oportunidad de apreciar de cerca las valiosas cualidades de Ferenczi. Éste, por su parte aprendió mucho escuchando los comentarios de Freud sobre su autoanálisis y por dos veces, 1914 y en 1916, fue analizado por éste en Viena durante tres semanas en cada caso. En una y otra ocasión el análisis se vio interrumpido bruscamente por haber sido llamado Ferenczi a cumplir con sus deberes militares. Ninguno de los otros miembros realizó jamás un análisis personal en regla. Vale la pena destacar lo bien que se desempeñó Abraham sin ninguna ayuda, cosa que demuestra que el carácter original y el temperamento de una persona representa un factor de la mayor importancia para el éxito.

Además de contribuir a atemperar el optimismo de Abraham y las extravagancias de Ferenczi, mi propio aporte al Comité consistió esencialmente en proporcionarles una visión más amplia del mundo circundante. El círculo vienés tenía una visión en cierto modo limitada y en algunos aspectos incluso bastante provinciana. En esa época yo viajaba mu-

cho, tanto en Norteamérica como en Europa, y tenía la costumbre de asistir a Congresos Internacionales de toda índole, donde se tiene la oportunidad de aprender mucho acerca de las personalidades y de las opiniones predominantes, al margen de los trabajos que en cada caso se presentan. Esto me daba la oportunidad de valorar el progreso de las ideas psicoanalíticas y de las resistencias con que éstas tropezaban en diferentes lugares. La reacción a estas ideas no era de ningún modo igual en los diferentes países y a tenor de esto variaban también las dificultades con que tropezaban los respectivos analistas. Yo estaba por eso en condiciones de renovar cada tanto la atmósfera algo recalentada de este círculo de personas que por lo común no se habían aventurado muy lejos de su habitual rincón familiar.

Éramos todos librepensadores, de manera que no existían barreras religiosas entre nosotros. No recuerdo tampoco que haya tenido ninguna dificultad, en ningún momento, por el hecho de ser el único no judío en el grupo. Hijo de una raza oprimida también yo, me era fácil identificarme con el modo de pensar judío que, tras largos años de intimidad, yo había asimilado en alto grado. Mi conocimiento de anécdotas, agudezas y chistes judíos llegó, bajo esa tutela, a ser tan copioso que provocaba el asombro de los demás analistas, no pertenecientes a nuestro círculo.

Pude enterarme, por supuesto, y no sin cierto asombro, hasta qué grado llega la suspicacia de los judíos ante el más leve signo de antisemitismo y de cuán numerosas son las observaciones y los actos a los que suele adjudicarse ese sentido. Los miembros más sensibles a esto eran Ferenczi y Sachs. Abra-

ham y Rank no lo eran en el mismo grado. También Freud era bastante sensible al respecto.

En cuanto a mis propios defectos creo que son bastante conocidos, de modo que no será necesario que los exponga aquí. Pienso, por mi parte, que el más importante de ellos, en esa época, era una actitud excesivamente crítica frente a las deficiencias de los demás. Debo decir que en ese sentido es mucho lo que he aprendido observando la encantadora tolerancia de Freud.

El Comité llenaba indudablemente su función primaria de fortalecer el ánimo de Freud frente a los enconados ataques de que era objeto. Rodeado de buenos amigos le era más fácil dar cuenta de esos ataques entre chistes y bromas, y nosotros, por nuestra parte, estábamos en condiciones de contestar algunos de ellos en una forma en que él no se hubiera ocupado de hacer. De este modo quedaba en mayor libertad para la obra constructiva. Con el tiempo comenzaron a adquirir importancia otras funciones del Comité. Las frecuentes reuniones, ya sea de todos a la vez o bien por partes, junto con una constante correspondencia, nos ponían en condiciones de mantenernos en contacto con todo lo que ocurría en el mundo del psicoanálisis. Fue una ventaja inapreciable, por otra parte, el disponer de una política unitaria, planeada por los mejor informados y los que poseían una influencia considerable para enfrentarse con los innumerables problemas que se iban presentando: las divergencias dentro de una Sociedad, la elección de autoridades, los problemas planteados por la oposición en tal o cual organismo local, etc.

El Comité funcionó perfectamente por lo menos para un cuerpo tan heterogéneo como ése. Después de eso surgieron algunas dificultades internas, que lo

afectaron un tanto. El destino individual de sus miembros —la muerte, el alejamiento o la disensión— es cosa que se irá viendo a medida que prosiga nuestro relato. Son vicisitudes que no hacen más que reflejar la imprevisibilidad de la vida en todos sus aspectos. Pero puedo decir, como único sobreviviente del grupo, que conservo el grato recuerdo de aquellos años en que éramos un grupo feliz de hermanos.

VII

LOS AÑOS DE LA GUERRA

En sus juicios sobre acontecimientos políticos, Freud no era ni más ni menos perspicaz que cualquier otra persona. Acostumbraba a seguir de cerca los acontecimientos, pero éstos no llegaban a interesarle sino cuando de uno u otro modo incidían sobre su propia obra. Esto es lo que ocurrió por primera vez en 1914.

En fecha tan temprana como el 8 de diciembre de 1912, me escribía que la situación política en Austria era tormentosa y que tendrían que prepararse para malos tiempos. Yo sabía que se refería a las relaciones con Servia, y quizá también con Rusia, entonces como ahora, el temible oso que atemoriza a los austríacos. Pero presumiblemente participaba de la opinión corriente entre los vieneses acerca de estas dificultades, ya que poco después, según recuerdo, me escribía: «¡Los servios son tan desvergonzados!»

El 28 de junio el mundo se sintió sobresaltado por la noticia de que el heredero del trono, el archi-

duque Francisco Fernando, había sido asesinado por un bosnio, un súbdito austríaco que obró instigado por conspiradores serbios. En una carta dirigida a Ferenczi ese mismo día, escribía Freud: «Estoy escribiendo aún bajo la impresión del impacto del increíble asesinato de Sarajevo, cuyas consecuencias son imprevisibles.»

Lo único que siguió a esto, sin embargo, por varias semanas, fue un fatídico silencio. Freud parece haberse dejado engañar por esto, ya que de lo contrario difícilmente habría permitido a su hija menor que partiera para Hamburgo el 7 de julio, y menos aún que, once días después, el 18, siguiera viaje a Inglaterra, donde se proponía pasar un par de meses. Finalmente llegó el ultimátum a Servia el 23 de julio.

La nota de aceptación del ultimátum por parte de Servia, que Sir Edwar Grey consideró el más extraordinario documento que haya visto dirigido por un estado soberano a otro, no era completamente satisfactoria, de modo que Austria declaró inmediatamente la guerra y bombardeó Belgrado. La Gran Guerra había comenzado.

Durante los dos o tres primeros años de la guerra, Freud simpatizó completamente, desde luego, con las Potencias Centrales, los países con los que estaba tan íntimamente asociado y por quienes luchaban sus hijos en el frente. Este sentimiento se mezclaba, sin embargo, con un creciente escepticismo acerca de la victoria final. Se volvió incluso contra su bienamada Inglaterra, que ahora se había vuelto «hipócrita». Aceptaba evidentemente la versión germana de que Alemania estaba siendo «cercada» por vecinos envidiosos, juramentados para destruirla. Sólo más adelante, bastante más avanzada la guerra, la «propaganda» de los aliados hizo aflorar sus sospechas

acerca de los principios morales implicados en el conflicto, a raíz de lo cual empezó a recelar de las versiones de uno y otro bando y pudo colocarse *au dessus de la mêlée*.

Durante la guerra pude mantener mi contacto con él del siguiente modo: enviaba mis cartas a mis amigos de Holanda, Suecia, Suiza e incluso Italia, quienes a su vez las despachaban a Viena. Putnam, por su parte, solía enviarme regularmente las cartas que Freud pudo escribirle antes de la entrada de Estados Unidos en la guerra, en 1917.

Freud y su círculo, tal como le ocurrió a mucha otra gente en esa época, y a despecho de una carta de advertencia que yo le escribí, se mostraron remisos en comprender la gravedad de la situación internacional. Fue apenas el 2 de julio que Ferenczi comprendió que tenía que renunciar a su viaje a Inglaterra, pues su nombre estaba en la lista de los que iban a ser inmediatamente movilizados y no podía, por lo tanto, abandonar Hungría. En cuanto a Abraham, el optimista de siempre, todavía el 29 de julio creía que el Congreso habría de realizarse y aún el 31 (el mismo día en que Alemania declaró la guerra) estaba convencido de que ninguna gran potencia habría de dar un paso como ése. El resultado fue que su familia, sorprendida por los acontecimientos en una aldea de la costa báltica, se vio imposibilitada de abandonar el lugar. En cuanto a Freud, comenzó a dudar de la posibilidad de la realización de éste el 26 de julio. El día 29 escribió a Eitingon: «También hay sombras que se precipitan sobre nuestro Congreso, pero no es posible predecir lo que ocurrirá dentro de dos meses. Quizás para entonces las cosas hayan vuelto a su cauce.» Pero ese mismo día escribía a Abraham que «dentro de un par de sema-

nas nos sentiremos avengonzados de esta excitación actual o bien estaremos próximos a hechos de trascendencia histórica y cuya amenaza viene prolongándose desde hace décadas».

La primera reacción de Freud a la declaración de guerra fue realmente inesperada. Cabía suponer que un sabio de 58 años habría de sentirse simplemente horrorizado ante los hechos, cosa que ocurrió con muchos otros. Sin embargo, su primera reacción fue más bien de entusiasmo juvenil, que no era otra cosa, al parecer, que una resurrección de su entusiasmo bélico de la adolescencia. Incluso llegó a calificar la desatinada actitud de Berchtold como un «alivio a la tensión gracias a un acto audaz», y declaró que por primera vez en treinta años se sentía austríaco. Cuando Alemania hubo dado curso a sus tres declaraciones de guerra, escribió: «Me sentiría solidario con esto de todo corazón si no fuera porque Inglaterra ha abrazado la mala causa.» Se sentía como transportado, no podía pensar de ningún modo en el trabajo y pasaba el día comentando los acontecimientos con su hermano Alexander. Como él mismo decía: «Toda mi libido pertenece ahora a Austria-Hungría.» Se mostraba excitado e irritable y su conversación estaba enteramente plagada de lapsus.

Pero este estado de ánimo duró apenas un poco más de dos semanas, al cabo de lo cual volvió a ser el de siempre. Lo curioso es que el factor determinante de este cambio en los sentimientos de Freud fue el desprecio que le inspiraba la incompetencia con que su recién adoptada patria llevaba adelante la campaña contra Servia. Si los austríacos podían ser detenidos e incluso derrotados precisamente por ese pueblo que, con actitud tan despectiva, se habían

dispuesto a aniquilar, era evidente, una vez más, que esa patria de adopción no tenía remedio y no valía la pena pertenecer a ella. Sólo cabía esperar que Alemania, el hermano mayor, viniera a salvarlos, y desde entonces en adelante fue ésta la única esperanza. Después de las aplastantes derrotas de Austria en Galitzia, ese mismo mes, Freud comentaba: «Alemania ya nos ha salvado.» Había renunciado ya a la esperanza de un rápido fin de la guerra, y esto le hacía decir: «La capacidad de resistir se convierte ahora en la suprema virtud.»

En la segunda semana de la guerra, su hijo mayor, Martín, se enroló como voluntario y fue incorporado a la artillería. Con su característico humor, dijo que lo había hecho para poder visitar Rusia sin cambiar de religión¹. Se encontraba entonces en Salzburgo y fue enviado para su entrenamiento a Innsbruck, donde recibió la visita de su padre en la primera semana de setiembre. La hija de Freud, Ana, que, según parece, había corrido el peligro de verse retenida en Inglaterra, pudo volver sana y salva a su casa, después de un viaje vía Gibraltar y Génova y bajo la protección del embajador austríaco. Por una de mis cartas de la época, compruebo que yo me había ofrecido a acompañarla a la frontera austríaca «por uno de los numerosos caminos practicables», tal era nuestra inocencia en aquellos felices días acerca de lo que los gobiernos son capaces de hacer en su empeño de coartar la antigua libertad de viajar.

Por primera vez en treinta años, Freud pasó el mes de agosto en Viena, y naturalmente se hallaba sin ocupación. Decidió, sin embargo, no iniciar la

1. En la época zarista los únicos que no podían visitar Rusia eran los judíos.

labor del consultorio hasta la fecha habitual, 1.º de octubre. Escribiendo a Abraham, le decía que ahora disponía, para estudiar, de todo el tiempo necesario, cosa que tan a menudo había anhelado, pero luego agregaba irónicamente: «A esto vienen a parar, nuestros deseos, una vez realizados.» Empleó el tiempo en examinar y describir cuidadosamente su colección de antigüedades, en tanto que Otto Rank hacía un catálogo de su biblioteca.

El 16 de setiembre salió de Viena por doce días, para visitar a su hija Sofía en Hamburgo. Al anunciar a Eitingon el viaje que estaba a punto de emprender, expresaba su esperanza de poder compartir el júbilo por la esperada caída de París durante su estancia en Alemania. Y desde Hamburgo, ciudad que conocía muy bien, escribió que por primera vez no se sentía extranjero allí. Y hablaba de «nuestras» batallas, «nuestras» victorias y así sucesivamente. En su viaje de regreso pasó cinco horas en compañía de Abraham, en Berlín. Habrían de transcurrir exactamente cuatro años hasta que volvieran a encontrarse. El último día del mes llegó Ferenczi a Viena, para analizarse con Freud, pero por desgracia el análisis tuvo que ser interrumpido al cabo de tres semanas, por haber sido convocado Ferenczi a filas. Sirvió como médico en los húsares húngaros, donde tuvo que aprender a cabalgar.

En octubre llegó la «magnífica noticia» de la caída de Amberes. Para entonces Freud ya había reiniciado la labor en su consultorio, pero con sólo dos pacientes, húngaros los dos. Al mes siguiente quedó con uno solo. Fue entonces cuando escribió la extensa historia clínica que desde entonces se conoce con el nombre de «El hombre de los lobos». No fue publicada, sin embargo, hasta cuatro años después.

Durante los primeros meses de la guerra, varias de las cartas que nos escribíamos mutuamente, Freud y yo, no llegaron a su destino, y la primera que recibí de él era del 3 de octubre. Dos días después de declarada la guerra le hablé de la creencia generalizada en Inglaterra de que Alemania perdería, a la larga, e incluso me aventuré a repetirlo en una carta posterior. Al informar de esto a Ferenczi, Freud manifestó que yo hablaba de la guerra con «la característica estrechez del punto de vista inglés».

El 11 de noviembre escribía a Ferenczi que acababa de recibir la noticia de su tan amado hermano Emmanuel había fallecido en un accidente ferroviario. Esto debe haber sido un hondo motivo de aflicción para Freud, ya que su cariño hacia su medio hermano se había mantenido invariable desde la primera infancia. Algunos meses más tarde, hizo, en una carta a Abraham, esta característica reflexión: «Tanto mi padre como mi medio hermano vivieron hasta la edad de ochenta y un años, de modo que mis perspectivas son bastante sombrías»¹. Había otra pérdida que lamentar: el famoso crucero *Emden*. Freud decía que se había encariñado mucho con él.

En diciembre el ánimo de Freud estaba muy decaído y pidió a Abraham que viniera a animarlo. Su optimismo no subió de punto, desde luego, cuando recibió de Trigant Burrow, de Baltimore, un ofrecimiento de asilo, lo que, tal como me escribió Freud, demostraba «lo que los norteamericanos piensan acerca de nuestras posibilidades de victoria». Escribió a Abraham que la impotencia y la pobreza eran las dos cosas que siempre había odiado más y que, al aparecer, se hallaban ahora bastante pró-

1. ¡Otros veintitrés años de vida dura aún por venir!

ximas. Pero no estaba solo. Hanns Sachs había sido exceptuado del servicio militar a causa de su miopía, en tanto que Otto Rank, su otro colaborador literario, estaba tratando de evitar la conscripción, «luchando como un león contra su patria».

Solía haber a menudo, en la vida de Freud, una mujer inteligente, paciente o discípula, cuya compañía le reportaba una especial satisfacción. En esa época estaba Lou Andreas-Salomé, que había estudiado con él antes de la guerra. Era una mujer dotada de un notable olfato para los grandes hombres, entre los que contaba un gran número de amigos, desde Turgueniev, Tolstoi y Strindberg, a Rodin, Rainer María Rilke y Arthur Schnitzler. De ella se dijo que estuvo relacionada con los dos hombres más grandes de los siglos XIX y XX: Nietzsche y Freud respectivamente. Freud admiraba mucho su carácter elevado y sereno, que consideraba superior al suyo, y ella por su parte, apreciaba cabalmente la importancia de la obra de Freud. En su depresión, en ese otoño, Freud le escribió una postal: «¿Cree usted todavía que todos los grandes hermanos¹ son tan buenos? ¿Habrà una palabra de confortamiento para mí?». Ella hizo todo lo que pudo para ponerse a la altura de la situación y Freud habló a Abraham del «optimismo realmente conmovedor» de su carta. Por su parte, Freud le contestó: «Lo que usted me escribe me da el valor necesario para volver a escribirle. Yo no dudo de que la humanidad superará incluso esta guerra, pero sé positivamente que yo y mis contemporáneos no volveremos a ver ya un mundo gozoso. Todo es demasiado odioso. Y lo más triste de todo es que ha resultado precisamente lo que noso-

1. Alusión a sus seis hermanos que se mostraban buenos con ella y partidarios también de las Potencias Centrales.

tros, los psicoanalistas, debíamos imaginar, en cuanto al hombre y su comportamiento. Nunca pude compartir, por eso, el gozoso optimismo de usted. Mi secreta conclusión era ésta: puesto que podemos considerar que esta civilización actual encubre una gigantesca hipocresía, se deduce que no somos orgánicamente aptos para ella. —Él o Lo desconocido— que acecha tras el Destino, repetirá un día otro experimento semejante con otra especie».

Su capacidad de crear, sin embargo, se mantenía todavía en un óptimo nivel, tal como solía ocurrir cuando se sentía mal de salud o de ánimo. No sólo escribía mucho, sino que también meditaba mucho. La concentración interior empezaba a ocupar el lugar del interés por los desalentadores acontecimientos del mundo externo. Después de exponer a Ferenczi algunas de sus nuevas ideas, agregaba: «Aún sin esto último puedo decir que he dado al mundo más de lo que el mundo me ha dado a mí. Estoy ahora más aislado del mundo que nunca, y espero seguir así más tarde, a consecuencia de la guerra. Sé que estoy escribiendo para sólo cinco personas en la actualidad, usted y pocos otros¹. Alemania no se ha ganado mi simpatía como analista, y en cuanto a nuestra patria común, cuanto menos se diga será mejor».

Expondremos las ideas en cuestión en el lenguaje un tanto militar utilizado por el mismo Freud. «Vivo, como dice mi hermano, en mi trinchera primitiva: medito y escribo, y después de varias batallas me he abierto camino a través de la primera serie de enigmas y dificultades. La angustia, la histeria y la paranoia han capitulado. Hasta donde po-

1. Abraham, Ferenczi, Rank, Sachs y yo.

drán seguir estos éxitos es cosa que queda por ver. Pero han aparecido una gran cantidad de hermosas ideas: la elección de neurosis, por ejemplo. Las regresiones son cosa completamente resuelta. Algún progreso en las fases del desarrollo del yo. La importancia de todo el asunto depende de si será posible o no dominar lo realmente dinámico, es decir, el problema placer-dolor, cosa de la que mis primeros intentos me hacen más bien dudar». Ferenczi visitó a Freud por un día o dos una semana más tarde y entre los dos, sin duda, desmenuzaron algunos de estos problemas.

Al día siguiente de esta conversación Freud escribió a Abraham:

Lo único satisfactorio es que mi labor continúa y que está conduciendo, a pesar de las repetidas interrupciones, a nuevas y notables ideas y conclusiones. He tenido suerte recientemente en definir una característica de los dos sistemas Bw (consciente) y Uw (inconsciente) que los hace casi comprensibles y que conduce, a lo que yo creo que será una solución sencilla de la relación entre demencia precoz y realidad. Todas las catexis de objetos componen el inconsciente. El sistema Bw significa la conexión de estas ideas inconscientes con los conceptos denotados por las *palabras*: es esto lo que hace posible que una cosa se haga consciente. La represión, en la neurosis de transferencia, consiste en un retiro de libido del sistema Bw, es decir, en una separación entre las ideas de los objetos y las palabras. En las neurosis narcisísticas,¹ la represión retira libido de las ideas inconscientes de los objetos, cosa que representa, naturalmente, una perturbación mucho más profunda. De ahí los cambios operados en el lenguaje en la demencia precoz, que en general trata las ideas de las

1. Psicosis.

palabras tal como la histeria trata las de los objetos, es decir, subordinándolas al «proceso primario», con sus condensaciones, desplazamientos y descarga. Podría escribir ahora un tratado completo sobre teoría de las neurosis, con capítulos sobre el destino de los instintos, sobre la represión y sobre el inconsciente si no fuera porque el placer de trabajar se ve perturbado por mi estado de ánimo.

Freud ya había insinuado anteriormente esta interesante teoría, a la que se conservó siempre fiel. Ferenczi le preguntó cómo podría aplicarse a los sordomudos de nacimiento, que no tienen idea de las palabras. Su contestación fue que, en este aspecto, debíamos ampliar el sentido de lo que entendemos por «palabras», para incluir en ese concepto toda clase de gestos y formas de comunicación.

Extractamos a continuación algunos párrafos de la última carta del año.

Su carta me llegó exactamente en la víspera de Navidad y, como todos sus esfuerzos anteriores de lograr contacto, me ha conmovido grandemente y me ha procurado gran satisfacción. Repetidas veces he usado de la amabilidad del doctor van Emden para conseguir que lleguen a usted mis respuestas, pero no sé si las ha recibido. De modo que cuando usted no recibe respuesta a una carta, no puedo siquiera hacerle saber que no es por culpa mía...

No me hago ilusiones sobre el hecho de que el momento culminante de nuestra ciencia ha sido violentamente interrumpido, que tenemos por delante una época mala y que lo único que podemos hacer es mantener en algunos corazones encendida una brasa de la espera de que un viento más favorable permita la reaparición de la antigua llama. Lo que Jung y Adler dejaron en pie

de nuestro movimiento y se ve ahora arruinado por la contienda entre las naciones. Las posibilidades de mantener unida nuestra Asociación son tan reducidas como las de cualquier otra cosa que se llame Internacional. Nuestras revistas parecen estar llegando a su fin. Tal vez consigamos de algún modo mantener en pie el *Jahrbuch*. Todo lo que hemos tratado de cultivar y cuidar hasta ahora deberá seguir por sí solo, de algún modo. No siento ansiedad, por supuesto, respecto al destino final de nuestra causa, a la que usted demuestra una devoción tan conmovedora. Pero en cuanto al futuro inmediato, que es lo único en que yo puedo interesarme, parece ser insanablemente sombrío y ya no podría tomar a mal el que alguna rata se apresurara a abandonar el barco en pleno naufragio. Estoy empeñado ahora en reunir, en una especie de síntesis, todo aquello que aún puedo dar a nuestra ciencia, y ya he obtenido en realidad una buena cosecha de cosas nuevas...

A principios de 1915 todavía parecía que las Potencias Centrales ganarían la guerra. Alemania rechazaba todas las ofensivas en el Oeste y lograba grandes victorias sobre los rusos. Freud se sentía enteramente esperanzado. A principios de año comentó que la guerra podría prolongarse bastante, quizás hasta octubre. En ese momento Freud expresó, por primera vez, su optimismo acerca de la victoria en las próximas batallas y de la próxima paz, y un mes más tarde escribía: «Mi corazón está en las montañas, mi corazón no está aquí. Es decir, está en los Dardanelos, donde ahora se está decidiendo el destino de Europa. Grecia va a declararnos la guerra dentro de pocos días y entonces ya no podremos visitar las ciudades que más he amado entre todas las que conocí».

En la primavera hacía estas reflexiones: «No

deja de ser un consuelo el pensar que la guerra quizás no pueda durar ya tanto como ha durado hasta ahora... La tensión acerca de los acontecimientos esperados es grande. ¿Cree usted que *todo* saldrá bien?». En el verano pensaba que la guerra podría durar aún un año más, pero seguía confiando en la victoria. «Como les ocurre a muchos otros, encuentro la guerra más insoportable cuando mejores son las perspectivas». En el otoño el ánimo se volvió más sombrío. «No creo que la paz esté cerca. El próximo año, por el contrario, irán en aumento la amargura y la crueldad». «La larga duración de la guerra lo aplasta a uno y las interminables victorias, junto con las crecientes dificultades, hacen que uno se pregunte si después de todo el pérfido cálculo¹ de los ingleses no habrá sido correcto».

Era considerable, por supuesto, su ansiedad respecto a los dos hijos que estaban combatiendo: Martin, el mayor, en Galitzia y Rusia, y Ernst, el menor, contra Italia, después de la entrada de ésta en la guerra, en el mes de abril. Martin ya había ganado una condecoración al valor. Oliver, el otro hijo, estuvo ocupado durante toda la guerra en trabajos de ingeniería, construyendo túneles, cuarteles, etc. Se había graduado de ingeniero, el mismo día en que Ana se graduó de maestra. Freud tuvo varios sueños acerca de desgracias ocurridas a sus hijos, que interpretaba como envidia de su juventud.

Freud hizo desesperados esfuerzos para salvar las publicaciones psicoanalíticas, a objeto de poder conservar en alguna medida la *continuidad en el trabajo*. Tuvo éxito con el *Zeitschrift* y con *Imago*, a costa de sacrificar un libro que proyectaba editar y que

1. Se refiere a la predicción que Lord Kitchener había hecho al comienzo de la guerra de que ésta duraría tres años.

publicó por entregas en los mismos. Pero el *Jahrbuch* no volvió a aparecer nunca más después de 1914. La mayor parte del trabajo de las revistas le tocaba a él, ya que Abraham y Ferenczi estaban tan fuera de alcance. En junio fue llamado Rank a filas, y en agosto Sachs. Después de doce días de entrenamiento en Linz, Sachs fue dado de alta. Freud escribió diciendo que parecía repetirse el anterior período de gran productividad, pero esta vez en completa soledad. La Sociedad de Viena, al comenzar la guerra, había dejado de reunirse, pero en el invierno se reanudaron las sesiones, a razón de una cada tres semanas. El consultorio, por supuesto estaba bastante despoblado. A comienzos de año no tenía más que dos o tres pacientes, aristócratas húngaros todos ellos.

Aparte de Ferenczi, que se ingenió para hacer dos o tres escapadas a Viena, Freud tuvo muy pocos visitantes ese año, lo mismo que en los años que siguieron. Una visita especialmente interesante fue la de Rainer María Rilke, que estaba haciendo su entrenamiento militar, en Viena. Freud tuvo una verdadera satisfacción en la velada que Rilke pasó en su casa, con su familia.

El 13 de setiembre se dirigió, por Munich y Berlín, a Hamburgo, para visitar a su hija Sophie y gozar de la compañía de su primer nieto.

La correspondencia de ese año, aunque menos copiosa que antes, ofrecía algunos rasgos de interés, y voy a extractar algunas partes de la misma. De entre las cartas hay dos de especial interés personal, escritas a Putnam y que éste me envió a mí. Los dos párrafos que vienen a continuación son de la primera de ellas, fechada el 7 de junio de 1915.

Mi principal impresión es que yo soy mucho más primitivo, más humilde y menos sublimado que mi querido amigo de Boston. Percibo su noble ambición y su vivo deseo de conocimiento y lo comparo con ésta mi manera de limitarme a lo más cercano, lo más accesible —y sin embargo, más pequeño— y mi inclinación a conformarme con las cosas que están a nuestro alcance. No creo que me falte la capacidad de apreciar todo lo que promueve su afán, pero lo que me atemoriza es la gran incertidumbre de todo esto. Mi temperamento es más bien ansioso que audaz y es mucho lo que estoy dispuesto a sacrificar voluntariamente a cambio de la sensación de pisar terreno firme.

La poca valía de los seres humanos, incluso de los analistas, es cosa que siempre me ha impresionado profundamente, pero, ¿por qué la gente analizada habría de ser mejor que la otra? Lo que cabe esperar del análisis es la *unidad*, no necesariamente la *bondad*. Yo no coincido con Sócrates y Putnam en que todos nuestros defectos provengan de la confusión y la ignorancia. Creo que es una carga excesiva para el psicoanálisis el pretender de él que pueda realizar todos los grandes ideales.

En el mismo año, Ferenczi informaba a Freud de la experiencia que tuvo, de realizar un análisis con su comandante mientras los dos iban a caballo, cosa que a su juicio constituía el primer «psicoanálisis hípico» que se haya conocido. Luego se le ocurrió repentinamente la idea de que Freud se parecía mucho a Goethe, a continuación de lo cual enumeraba una serie de rasgos comunes de los dos hombres, tal como el amor de Italia. Pero, por supuesto, esto es cosa común a la mayoría de los hombres del Norte. La contestación de Freud es interesante. «Pienso que realmente me hace usted demasiado honor, y la idea,

por lo tanto, no me produce ningún placer. Yo no conozco parecido alguno entre mí mismo y el gran caballero que usted cita, y esto no lo digo por modestia. Soy bastante devoto de la verdad —o digamos, más bien, de la objetividad—, como para dejar de lado aquella virtud. Yo explicaría en parte esta idea suya por la impresión que nos produce, por ejemplo, el ver a dos pintores usando pincel y paleta. Este hecho no nos autoriza de ningún modo a equiparar sus respectivas producciones pictóricas. En parte se explica también por la semejanza de su actitud emocional frente a uno y otro. Permítame que admita que he encontrado en mí mismo un solo atributo de primera calidad: una especie de coraje que no se deja afectar por las convenciones. Digamos de paso que usted pertenece también al tipo creador y tiene que haber observado el mecanismo de la creación en usted mismo: la sucesión de audaces y tornadizas fantasías, por una parte, y por otra, de una crítica implacablemente realista».

Pero Ferenczi no se dejó convencer tan pronto y adujo nuevas semejanzas entre ambos hombres. A lo que Freud contestó: «Ya que usted insiste en esta comparación con Goethe, me permitiré contribuir a ello con algunas indicaciones, unas positivas y otras negativas. En primer lugar está el hecho de que los dos hemos pasado sendas temporadas en Karlsbad, y además, nuestro respecto por Schiller, a quien considero una de las personalidades más grandes de la nación alemana. Entre las cosas negativas está mi actitud con respecto al tabaco, que Goethe siempre aborrecía, mientras que por mi parte considero que es la única disculpa para la fechoría cometida por Colón. De todos modos no me siento bajo el peso de sentimiento alguno de grandeza».

En otra carta preguntaba a Ferenczi si sabía que existe una cosa que puede denominarse criminalidad por sentimiento de culpa, y que la tartamudez puede deberse a un desplazamiento hacia arriba de conflictos acerca de funciones excrementicias.

El asunto más importante que Freud discutió con Abraham en 1915 se refería a un tema de común interés, la psicología de la melancolía.

La observación más interesante, sin embargo, se refería a que finalmente había logrado la comprensión de la base fundamental de la sexualidad infantil. Nada más decía al respecto. Pero cabe preguntarse aquí si acaso estaba pensando ya en su nuevo punto de vista con respecto al sadismo y al masoquismo, que iba a anunciar nueve años más tarde, y que iba unido a la teoría del instinto de muerte.

Freud estaba ya por cumplir sesenta años y el pensamiento de la proximidad de la vejez pesaba siempre sobre él. Creía supersticiosamente que sólo le quedaban un par de años de vida. Estaba dispuesto, por eso, a intentar algo así como una síntesis de sus concepciones psicológicas más profundas y a agregar a esto todo aquello que le parecía que aún tenía que dar al mundo. Esta intención había estado ya germinando en su mente desde hacía algunos años. Cuatro años antes había manifestado a Jung que se sentía «grávido de una gran síntesis», y que tenía el plan de comenzar a escribirla durante ese verano. El título pensado para ese libro fue sucesivamente *Zur Vorbereitung der Metapsychologie* (Introducción a la Metapsicología), *Abhandlungen zur Vorbereitung der Metapsychologie* (Ensayos introductorios sobre Metapsicología) y *Uebersicht der Uebertragungsneurosen* (Reseña general de las neurosis de transferencia).

El concepto de «metapsicología» desempeña un papel central en la teoría psíquica de Freud. Quería designar con él una descripción comprensiva de todo proceso psíquico que diera cuenta de *a*) sus atributos dinámicos, *b*) sus rasgos topográficos y *c*) su significación económica. En cuanto al término mismo, que hasta donde yo sé es invención de Freud, se registra por primera vez una carta dirigida a Fliess en 1896. Aparece por primera vez en un trabajo publicado en 1901, pero no se repite hasta 1915, en su gran ensayo sobre la represión.

Freud comenzó a escribir esta serie el 15 de marzo de 1915. En tres semanas había dado fin a los dos primeros ensayos, los que se titulan respectivamente *Los instintos y sus vicisitudes* y *La represión*. El siguiente, sobre *El inconsciente*, que él proclamaba su favorito, le tomó otros quince días. Los dos últimos, *Adición metapsicológica a la teoría de los sueños* y *Duelo y melancolía*, fueron concluidos en otros once días.

Estos cinco ensayos figuran entre los trabajos más profundos e importantes de Freud. La originalidad y la penetración demostrada en estas exposiciones de la teoría psíquica, son tan novedosas que su comprensión requiere un estudio muy cuidadoso. El hecho de que hayan podido escribirse en el espacio de seis semanas, apenas puede creerse. Ahí está, sin embargo, el hecho. Difícilmente podrá encontrarse un símil a este tremendo ímpetu de actividad en toda la historia de la creación científica.

Pero Freud no descansó. En las seis semanas que siguieron había escrito cinco ensayos más, si bien dos de ellos, uno sobre *La consciencia* y otro sobre *La ansiedad*, requerían aún cierta revisión. Manifestó a Ferenczi que había terminado recientemente su

ensayo sobre *Histeria de conversión* y que estaba por escribir uno sobre *Neurosis obsesiva*, al que seguiría una *Síntesis general de las neurosis de transferencia*. Quince días más tarde me dijo que toda la serie de doce ensayos ya estaba «casi terminada», y a principios de agosto ya les había dado fin.

Ahora viene lo triste. Ninguno de los siete últimos ensayos fue publicado jamás ni se conservan los respectivos manuscritos. Y la única alusión que hace a ellos en su correspondencia se registra aproximadamente dos años más tarde, cuando menciona su intención primitiva de publicarlos todos en un libro, agregando: «pero ahora no es el momento». No puedo explicarme ahora por qué ninguno de nosotros le preguntó acerca de lo que había ocurrido con esos trabajos. ¿Y por qué los destruyó? Mi hipótesis personal es que representaban el final de una época, el compendio de todo el trabajo de su vida. Habían sido escritos cuando no se registraba signo alguno de ese gran período de su vida que comenzaría en 1919. Probablemente los conservó hasta el final de la guerra, y entonces, cuando comenzaron a asomar ideas nuevas y revolucionarias, que habrían significado la necesidad de rehacer esos trabajos, se decidió simplemente a hacerlos pedazos.

La actitud de Freud durante ese año, en lo que se refiere a su deseo de resumir la obra de su vida, parece confirmada por la actitud tomada en relación con sus conferencias anuales en la Universidad. Decidió darlas por última vez. Todo parecía llegar a su fin.

En 1915 publicó otros cuatro trabajos. El último de estos cuatro trabajos era un par de ensayos titulados *Pensamientos sobre la guerra y la muerte*, que a menudo ha sido reimpresso en diversas formas y

que tuvo considerable difusión también entre gente profana.

El año 1916 demostró ser nada brillante en comparación con el anterior. Comenzó de una manera nada auspiciosa para Freud, cuando Otto Rank fue trasladado en el mes de enero, a Cracovia, para encargarse del periódico más importante de allí.

La ausencia de Rank fue un serio golpe para Freud, ya que Abraham y Ferenczi estaban lejos y él necesitaba básicamente de su ayuda en los trabajos de corrección y en toda la labor editorial. Ahora quedaba solamente Hans Sachs, pero éste se mostró a la altura de la situación y Freud no tuvo más que elogios para él. La preocupación principal de Freud en los años que quedaban aún hasta la terminación de la guerra, era la de mantener, de uno u otro modo, por lo menos dos de las publicaciones psicoanalíticas. Era todo lo que quedaba del movimiento psicoanalítico. A fuerza de empeñarse él mismo en llenar los claros de material con artículos especialmente escritos para el caso, de reducir el formato de las publicaciones y más tarde —cuando llegó lo peor— de espaciar su publicación, Freud logró su propósito. Ferenczi insistía en que se suprimiera la palabra «Internacional» ya que había dejado de ser adecuada, en el título del *Zeitschrift*, pero yo rogué que no se hiciera así, y mi nombre siguió figurando como co-director durante toda la guerra. Al final Freud se sintió orgulloso al pensar que ésta fue la única publicación científica que había mantenido ondeante la bandera internacional¹ a pesar del

1. No puedo garantizar la absoluta exactitud de que haya sido así.

terrible encono prevaleciente entre las naciones en esa época.

El día de Año Nuevo, Freud enviaba sus saludos a Eitingon, agregando: «Es difícil decir nada sobre la guerra. Parece que estamos en la calma que precede a la tempestad. Nadie sabe lo que vendrá después, a qué habrá de conducir ni cuánto durará. El estado de agotamiento aquí ya es muy grande. Incluso en Alemania han desaparecido los optimistas sin reservas.» Informaba que su hijo mayor ya era teniente y el menor «cadete». Los dos luchaban ahora en el frente italiano. El otro hijo, Oliver, estaba construyendo un túnel en los Cárpatos y había llevado consigo a su novet esposa. Un mes más tarde Freud manifestaba a Ferenczi que leía cuatro diarios todos los días. Ahora esperaba la guerra con Estados Unidos. En la primavera yo le hice saber que tenía once pacientes, y tres que esperaban turno, y que había comprado un coche y una casa en el campo. Al referir estas cosas a Ferenczi, Freud comentaba: «Dichosa Inglaterra. Esto nos da la impresión de un pronto final de la guerra».

Freud tuvo en febrero un ataque de gripe bastante malo y sufría también en esa época de molestias prostáticas.

En mayo de ese año Freud cumplió sesenta años. Se quejó a Eitingon de que estaba ya en el umbral de la ancianidad, y escribió a Abraham: «A causa de noticias publicadas en los periódicos de Berlín mi cumpleaños no pudo, después de todo, pasar tan en secreto como yo hubiera deseado. Especialmente los que se hallan a distancia, y que desconocen mis deseos, se movilizaron y me dieron bastante trabajo para agradecerles. Incluso aquí en Viena me enviaron tantas flores que ya no puedo esperar coronas

el día de mi muerte, y Hitschmann me envió un "speech" tan conmovedor que ya tengo derecho a pedir que, cuando llegue la ocasión, se me entierre sin oración fúnebre alguna». Cuando me tocó a mí, más de veinte años después, pronunciar esa oración, no sabía nada de aquél discurso de Hitschmann.

La escasez de alimentos hacía muy difícil planear vacaciones en Austria, y el cierre de la frontera le había hecho perder tanto su amada Berchtesgaden como las visitas a su hija en Hamburgo. Ésta vino a Viena a mediados de noviembre, sin embargo, y pasó seis meses con sus padres. Freud, por su parte, salió el 16 de junio para Bad Gastein, un hermoso lugar al pie de las montañas de Tauren. Se había propuesto primeramente pasar allí todas las vacaciones de verano, pero todo era tan deficiente allí que al cabo de una semana se trasladó a Salzburgo, donde pasó cinco semanas en el Hotel Bristol, asiento del primer Congreso. Pero a fines de agosto retornó a Gastein por una quincena y volvió a Viena el 15 de setiembre, más temprano de lo que era su costumbre. En la mitad de las vacaciones escribió: «Es necesario extremar las medidas para retraerse de la terrible tensión externa; ya es imposible de soportar».

La correspondencia con Ferenczi durante este año estuvo principalmente dedicada a comentarios sobre la neurosis de este último, que era narrada en detalle y que estaba imposibilitando ciertas decisiones vitales para él. Los comentarios de parte de Freud eran breves y enderezados simplemente a darle coraje, más bien que analíticos. Le aconsejó, en efecto, que toda decisión importante debía tomarse independientemente de todo análisis, el cual debe preceder o seguir a tales decisiones, pero nunca coincidir con ellas.

La única observación de interés general en la correspondencia entre ambos, era la que hizo Freud al decir que la cocaína, «cuando es tomada en exceso» puede producir síntomas paranoides y que la interrupción de la droga puede tener igual efecto¹. De todos modos, los adictos a las drogas no eran muy indicados para el tratamiento analítico, ya que todo retroceso o dificultad en el análisis significaba un retorno a la droga. Otra cosa, que puede quizás relacionarse con la anterior, era la confesión de que su pasión por el tabaco le estorbaba en la elaboración de ciertos problemas psicológicos.

En 1915, Freud mencionó el tema del Premio Nobel. «La concesión del Premio Nobel a Bárány, a quien yo me negué a tomar como discípulo hace unos años porque me pareció demasiado anormal, me ha hecho sugerir algunas tristes reflexiones acerca de la importancia del individuo para granjearse el respeto de la multitud. Usted sabe que lo único que me importaría es el dinero, y acaso, además, la maliciosa satisfacción de fastidiar a algunos de mis compatriotas. Pero sería ridículo esperar signo alguno de reconocimiento, cuando están contra uno de las siete octavas partes del mundo».

Unos días más tarde manifestó a Ferenczi que no tenía pacientes ni veía perspectiva alguna de que llegara alguno. Se hallaba, sin embargo, en buen estado de ánimo, cosa que atribuía al paso dado por el Presidente Wilson, que él creía que sería tomado en serio².

En 1915, Freud publicó la primera parte de *In-*

1. A objeto de evitar todo posible malentendido, aclararé que esto no significa nada que tenga que ver con Ferenczi.

2. Alusión a la sugerencia de Wilson en el sentido de que ambas partes contendientes declaraban sus finalidades esenciales en la guerra.

troducción al Psicoanálisis. La única actividad científica de Freud en este año, fue la preparación de las conferencias que habría de pronunciar en el próximo período invernal de 1916-1917.

El año 1917 había de mostrarse aún más de desdichado y estéril que el año anterior. El primitivo entusiasmo de Freud acerca de una victoria alemana ya se había evaporado a la sazón, y cada vez se sentía más pesimista sobre el desenlace de la guerra.

Vino entonces la primera Revolución rusa. «¡Cuán apasionante habría resultado este tremendo cambio si nuestro pensamiento no estuviera dedicado a la paz!». En abril escribía a Ferenczi: «Creo que si los submarinos no dominan la situación para siempre, los alemanes despertarán de sus ilusiones y esto conducirá a terribles consecuencias». Un par de meses más tarde estaba seguro de que ya no había esperanzas de paz para 1917 y que la guerra continuaría hasta la llegada de los norteamericanos.

En el otoño Freud debe haber tenido la impresión de que la guerra estaba perdida.

Hacia fines de año había signos evidentes de que la verdad se estaba filtrando y de que Freud había perdido toda simpatía hacia Alemania..., lo cual no significaba que tuviera mucha hacia la parte contraria. Escribiendo a Abraham, decía : «Me siento enconadamente hostil a la idea de escribir sobre lo que experimento respecto a otras cosas. Entre éstas está su querida patria alemana. Difícilmente puedo imaginarme la idea de viajar allá, aun cuando ya resulte materialmente posible. En la querrela entre la Entente y las Potencias Centrales he llegado definitivamente a la posición de doña Blanca, de Heine, en la *Disputa* en Toledo :

*«Doch es will mich schier bedünken...»*¹

La única noticia alegre es la captura de Jerusalén por los ingleses y la experiencia que se proponen realizar creando un hogar para los judíos».

Rosa, la hermana favorita de Freud, perdió a su único hijo, Hermann Graf, un joven de veinte años, que fue muerto en el frente italiano durante el verano. Fue ésta la única pérdida que experimentó la familia en la guerra. A pesar de las muchas y azarosas aventuras y dificultades, los dos hijos que habían participado en la lucha volvieron sanos y salvos.

Pero en la retaguardia la población sufría también muchísimo especialmente en Austria. Freud tuvo que quejarse muchas veces, en sus cartas, del terrible frío y de la dificultad de conseguir alimento suficiente para mantenerse sanos. Durante esos años prevaleció decididamente una alimentación deficiente. Ferenczi y von Freund, de vez en cuando, conseguían contrabandear harina, pan y ocasionalmente algunas cosas más lujosas de Hungría, mediante complicadas maniobras, pero esta obra resultaba bastante precaria. Jakobus Kann, hermano de un ex paciente, también hizo mucho por ellos procurándoles provisiones desde Holanda. El gabinete de Freud carecía de calefacción, de modo que escribía las cartas con los dedos helados y en cuanto a producción científica no había ninguna posibilidad de encararla durante los meses de invierno. Toda clase de dificultades de otra índole, que no es el caso de detallar aquí, hacían muy dura la vida en Viena. Sin embargo, luego de mencionar algunas de ellas, Freud agregaba: «Es curioso, pero con todo estoy perfecta-

1. Alusión al pasaje final de la extensa disputa religiosa, cuando la Reina termina por decir: "Todo lo que puedo decir es que las dos partes son hediondas."

mente bien y mi ánimo se halla intacto. Esto es una prueba de cuán poco respaldo necesitamos hallar en la realidad exterior para gozar de bienestar interno». El reumatismo se agregaba ahora a las molestias prostáticas, de modo que fue una suerte poder contar con aquellos recursos internos.

Hacia el fin del año ocurrió algo que, con el conocimiento de los hechos ulteriores, podríamos vernos tentados de llamar siniestro. Sus amados cigarros estaban escaseando mucho, cosa naturalmente desdichada para él. «Ayer he fumado mi último cigarro, y desde entonces he estado de mal humor y cansado. Aparecieron palpitaciones y un empeoramiento en una dolorosa inflamación en el paladar, que ya había notado desde que comenzó la escasez (¿cáncer?). Un paciente me trajo entonces cincuenta cigarros, prendí uno, me puse contento y la afección de paladar desapareció rápidamente. Era cosa de no creer si no hubiera sido tan enteramente manifiesta.» Esto sucedió seis años antes de que le atacara allí mismo un cáncer verdadero, y sabemos que los cirujanos hablan de una «etapa precancerosa». La relación con el tabaco estaba enteramente a la vista.

Ese verano Freud pasó sus vacaciones en la Villa María Theresia, en Csorbató, a unos 1.300 metros de altura. Hacía frío y tuvieron bastantes días de tormenta, pero a Freud le gustaban los alrededores y hasta pudo entregarse a su ocupación favorita en las vacaciones: buscar hongos. Ferenczi mismo estuvo con ellos dos semanas, y Sachs tres. Eitingon y Rank se ingeniaron para poder pasar también un día o dos con ellos.

La clientela de Freud tuvo, por supuesto, fluctuaciones durante el año. Había comenzado sin tener un solo paciente. Mejoró en abril, pero en junio no

había más que tres. Después de las vacaciones, sin embargo, ya tenía nueve, y así siguieron las cosas hasta fin de año. Así y todo, sus entradas no lograban alcanzar el ritmo de la alarmante subida de los precios. Lo único que pudieron hacer fue diferir «la inevitable bancarrota».

En mayo Freud recibió la dolorosa noticia del fallecimiento de Johann Stärcke en Holanda. Éste había sido uno de los analistas más prometedores y su muerte fue considerada como una pérdida especialmente considerable. Además Rank, que en el verano se había repuesto de su depresión del invierno, a fin de año estaba sufriendo nuevamente un serio ataque. Ferenczi constituía también un motivo de ansiedad. En febrero se descubrió que sufría de tuberculosis pulmonar, así como de la enfermedad de Graves (bocio exoftálmico), y tuvo que pasar tres meses en un sanatorio en el Semmering.

No era cosa de esperar que las deplorables circunstancias de ese año pusieran a Freud en un estado de ánimo compatible como para trabajar. A veces se quejaba de que la tensión causada por la marcha de la guerra era tan grande que no le permitía pensar en escribir.

En una carta dirigida a la prometida de Ferenczi, decía: «A veces tengo accesos de disgusto en la vida y siento alivio en la idea de que esta dura existencia llegará algún día a su fin. En esos momentos se me impone la idea de lo mucho que nuestro amigo necesita ser cuidado». Escribió a Abraham. «He estado trabajando duramente, me siento estropeado y comienzo a encontrar el mundo repugnante y odioso. La supersticiosa idea de que mi vida llegará a su fin en febrero de 1918, ya me parece a menudo enteramente propicia. A veces tengo que luchar duramente

para recuperar el dominio sobre mí mismo». Pero cuando Ferenczi protestó ante esta idea, Freud le replicó: «Cuando terminé de leer su carta no pude menos que contemplar su optimismo con una sonrisa. Usted parece creer en el «eterno retorno de las cosas»¹ y querer pasar por alto la inconfundible dirección en que marcha el destino. En un hombre de mi edad no tiene realmente nada de extraño el darse cuenta del inevitable y gradual decaimiento personal. Confío en que pronto usted podrá convenirse de que esto no significa que me halle de mal humor. Trabajo espléndidamente todo el día con nueve badulaques y apenas puedo controlar mi apetito, pero ya no disfruto como antes de un sueño reparador».

Como era de esperar, su producción literaria de 191 no fue nada extensa. Al comienzo del año había escrito un artículo con el título de *Una dificultad en el psicoanálisis*. Describía allí los tres grandes golpes que sufrió el orgullo del hombre a manos de la ciencia: primeramente su desplazamiento del centro del Universo, luego de su posición única en el mundo animal, y por último el descubrimiento de que no era dueño de su propia mente.

La publicación más importante del año fue la segunda parte de las clases que componen la *Introducción al Psicoanálisis*. Éstas fueron terminadas al comienzo de la primavera y el libro apareció en junio. Luego, en el viaje en tren, de regreso a Csobató a Viena, escribió el pequeño ensayo sobre Goethe: *Un recuerdo infantil de «Poesía y Verdad»*. En septiembre estaba escribiendo el ensayo antropológico titulado *El tabú de la virginidad*, que había comen-

1. Es una cita de Nietzsche.

zado en enero del mismo año, y que fue publicado al año siguiente.

Pero sus publicaciones no constituyen un reflejo cabal de su productividad durante el año. Había un importante tema que estuvo ocupando su mente, a intervalos, durante todo el año. Se trataba de un estudio que había comenzado conjuntamente con Ferenczi sobre la importancia del lamarckismo para el psicoanálisis. Abraham no sabía nada al respecto de modo que Freud le envió el siguiente resumen: «Nuestra intención es tomar enteramente como base a Lamarck y demostrar que su concepto de la “necesidad” que crea y transforma los órganos, no es otra cosa que el poder de las ideas inconscientes sobre el cuerpo, de lo que no es dado observar algunos vestigios en la histeria: en pocas palabras la “omnipotencia de los pensamiento”. Propósito y utilidad serían explicados luego psicoanalíticamente. Con esto se completaría el psicoanálisis. Dos grandes principios de cambio o progreso surgirían de esto: uno por la adaptación (autoplástica) del propio cuerpo y más tarde otro (heteroplástico) por la transformación del mundo externo». Toda esta forma de pensar caracteriza gran parte de los períodos más especulativos de Freud en el último trecho de su vida.

En 1918, como muchos otros austríacos, Freud se había resignado evidentemente a dejarse arrastrar por los alemanes a un triste final.

La gran ofensiva de marzo, que los ingleses denominaron el «push» de Kudendorf, hizo surgir la momentánea esperanza de una nueva victoria, aunque no de la paz. «Supongo que tenemos que desear una victoria alemana y ello es, primeramente, una

idea desagradable y en segundo lugar, todavía improbable».

Las privaciones ocasionadas por la guerra iban en aumento. Aparte de cosas tan serias como los alimentos y la calefacción había infinidad de otras menos importantes, que constantemente entorpecían las actividades de la vida diaria. La familia Freud lo pasaba, en cuanto a alimentos, mejor que la mayor parte de vieneses, a causa de los constantes esfuerzos que hacían Ferenczi y von Freund para conseguir algo para ellos, por las buenas o por las malas. La carne había sido siempre el plato principal de Freud, y la gran escasez de la misma lo fastidiaba. Repetidas veces expresaba su gratitud por la ayuda que recibía y su placer ante la idea de tener unos amigos tan fieles.

En febrero un paciente que él había curado le dejó en su testamento diez mil coronas, suma que nominalmente era equivalente a dos millones veintiséis mil dólares, pero que en ese momento equivalían apenas a la cuarta parte. Jugó a «hacer el papel de hombre rico», distribuyendo el dinero entre sus hijos y sus parientes.

El ánimo de Freud siguió fluctuando en la primera mitad del año. Evidentemente se daba cuenta de que era poco lo que cabía esperar. «Lo único que nos queda es una lúgubre resignación». La idea de la firmeza de Abraham siempre le traía alegría. «Mi fluctuación entre el coraje y la resignación encuentra protección y refugio en su temperamento inmutable y en su indestructible sentido de vitalidad». Tres meses más tarde escribía: «Mi madre va a cumplir ochenta y tres años este año y ya no es demasiado fuerte. A veces pienso que me sentiría un poco más liberado el día que ella muera, porque la idea de

que algún día pueda anunciársele mi fallecimiento es simplemente terrible».

Después de las dos prometedoras novedades del verano, a las que vamos a referirnos en seguida, Freud se mostró de un ánimo más contento y ya siguió así. La historia de los dos hechos alentadores es la siguiente. A Anton von Freund, el doctor en filosofía, húngaro, cuyo nombre ya hemos mencionado anteriormente, le fue reseado un sarcoma de un testículo y, sin fundamento, temía que se produjeran recaídas. Esto precipitó una neurosis, que Freud trató con todo éxito. Sintiendo inseguro, sin embargo, de su vida, von Freund volvió su pensamiento hacia planes filantrópicos, para deshacerse de su vasta fortuna y decidió dedicarla al progreso del psicoanálisis. Freud lo remitió a Ferenczi, y en verano comenzaron a tomar forma concreta los planes. Freud había tenido infinitas dificultades con sus publicaciones, tanto en cuanto a los libros, como a las revistas. Provenían no solamente de la extrema escasez de papel de imprenta, tipos, mano de obra, etc., sino también a causa de Heller, el editor, que era una persona bastante difícil. De modo que concibió la idea de fundar una Editorial propia, a la que hemos de referirnos con el nombre de *Verlag* que habría de darle completo control sobre todos esos trabajos. Esto es lo que ahora estaba preparando von Freund, primero con la colaboración de Ferenczi y más tarde con la ayuda más experta de Rank.

El otro acontecimiento prometedor del año fue la decisión de realizar un Congreso durante las vacaciones de verano.

El espíritu animador de todos los preparativos concernientes al Congreso a realizarse en plena guerra era por supuesto, el dinámico Abraham, que em-

pezó a preparar su propio trabajo para el mismo ya desde el mes de marzo. Primeramente se pensó realizarlo en Breslau, pero a comienzos de setiembre se decidió hacerlo en Budapest, que Freud declaró ahora ser el centro del movimiento psicoanalítico.

El quinto Congreso Psicoanalítico Internacional se realizó en el Hall de la Academia de Ciencias de Hungría, el 28 y el 29 de setiembre de 1918.

Fue el primer Congreso al que asistieron representantes estatales: eran delegados oficiales de los gobiernos de Austria, Alemania y Hungría. La razón de su asistencia era el creciente reconocimiento del importante papel desempeñado en todo cálculo militar por las «neurosis de guerra». Un libro que había publicado Simmel, a comienzos de año, junto con la excelente labor profesional realizada por Abraham, Eitingon y Ferenczi, había impresionado grandemente, si no al gremio médico en general, por lo menos a los médicos militares de mayor graduación y se estuvo hablando de crear clínicas psicoanalíticas en diversos centros, para el tratamiento de las neurosis de guerra.

El intendente y los demás funcionarios de Budapest se deshacían en demostraciones de hospitalidad. El nuevo hotel termal, Geller-furdó, fue reservado para los participantes del Congreso, se puso a su disposición un barco especial sobre el Danubio y les ofrecieron diversas recepciones y comidas. En conjunto, la atmósfera era sumamente estimulante y acogedora. Ferenczi fue designado para ocupar la próxima presidencia de la Asociación Internacional. Al mes siguiente, un millar de estudiantes solicitaron al rector de la Universidad que se invitara a Ferenczi a dar en la misma una serie de conferencias sobre psicoanálisis.

Cuarenta y dos miembros, entre analistas y simpatizantes, tomaron parte en este Congreso. Freud leyó un trabajo sobre *Los caminos de la terapia psicoanalítica*. Por alguna curiosa razón, esta vez realmente leyó, apartándose de su invariable costumbre de dar sus conferencias o exponer sus comunicaciones científicas sin la ayuda de anotación alguna. Mereció por ello la censura calurosa de los miembros de su familia allí presentes. Sostenían que los había deshonrado, rompiendo con una tradición familiar.

Si bien se mantuvo alejado, en todo lo que pudo, de las ceremonias de carácter formal, no pudo dejar de sentirse conmovido ante el entusiasmo reinante y las brillantes perspectivas que inesperadamente se abrían para la difusión de su obra. Unos días después escribía a Ferenczi. «Me siento pletórico de satisfacción y mi corazón está aliviado desde que sé que la niña de mis ojos, la obra de mi vida, se halla protegida por la colaboración de usted y los demás que de ningún modo se descuida su futuro. He de contemplar los tiempos mejores que vendrán, aun cuando sea desde lejos». Ferenczi le replicó que ya había oído esa historia de contemplar desde lejos diez años atrás, cuando Freud se retiraba para hacer lugar a Jung.

Freud había tenido pocas noticias acerca de Pfister durante la guerra, pero en el mes de octubre de ese año la correspondencia fue reanudada con motivo de la publicación de un nuevo libro del pastor. Freud, luego de elogiarlo, le manifestó que disentía con él en dos puntos: la crítica a sus ideas sobre la sexualidad infantil y el tema de la moral. «En cuanto a esto último le cederé la plaza a usted. El tema se halla lejos de mi interés y usted se ocupa de la cura de almas. Yo no me expreso el cerebro acerca del

problema del bien y del mal, pero en resumen puedo decirle que no he encontrado mucho de "bien" en la gente. La mayor parte de ellas, según mi experiencia, es gentuza, ya sea que se proclamen partidarios de tal o cual doctrina moral o de ninguna. Usted no podría decir otro tanto, ni siquiera pensarlo quizás, si bien su experiencia en la vida difícilmente puede haber sido diferente de la mía. Si de moral se trata, reconozco que profeso ideales elevados, de los cuales, triste es decirlo, la mayor parte de la gente se aparta... Desde un punto de vista terapéutico, no puedo menos que envidiar las posibilidades de sublimación que ofrece la religión. Pero la belleza de la religión no pertenece, ciertamente, al dominio del psicoanálisis. Naturalmente, a partir de aquí nuestros caminos divergen en cuanto a la terapia se refiere. Y podemos dejar las cosas tal cual. Pero quisiera preguntarle, de paso: ¿cómo es que el psicoanálisis no ha sido descubierto por ninguna de esas personas tan piadosas? ¿Por qué tuvieron que esperar a que lo hiciera un judío completamente ateo?».

Desde hacía un año o dos, Freud tenía motivos para temer que, con la caída del valor de sus ingresos, su situación financiera desembocaría en la bancarrota. Su cuñado, Eli Bernays, sospechando que su situación económica no fuera buena, le había enviado una considerable suma desde Nueva York, antes de entrar Estados Unidos en la guerra, en 1917. Era una recompensa, muy oportuna, por lo que Freud había hecho por él veinticinco años atrás, cuando él emigró a Estados Unidos. Pero ese dinero ya se había agotado hacía tiempo.

Vino luego la derrota, con el colapso del Imperio Austro-húngaro. Freud manifestó que no podía dejar de sentir una satisfacción ante este hecho. Quince

días más tarde escribía : «La época es de una tensión terrible. Es bueno que lo viejo perezca, pero lo nuevo no ha llegado aún. Estamos esperando de Berlín las noticias que anuncien el comienzo de esas cosas nuevas. Pero el destino de Austria o de Alemania no ha de arrancarme una sola lágrima». En realidad, tampoco esperaba nada de Wilson y por lo que supe más tarde, estaba muy indignado con él por haber engañado a Europa con tantas promesas que no estaba en condiciones de cumplir.

Escribió a Ferenczi : «En Alemania creo que ocurrirán cosas terribles, mucho peores de las que pueden venir en su país o en el mío. Basta recordar la tremenda tensión de estos cuatro años y medio y el amargo desengaño que sobrevendrá, ahora que esa tensión cede bruscamente. Allí habrá resistencia, una sangrienta resistencia. Ese Wilhelm es un tipo incurablemente romántico. Se equivoca acerca de la revolución, tal como se equivocó con la guerra. Ignora que la edad de la caballería llegó a su término con Don Quijote. No se preocupe demasiado por el destino de Hungría quizás todo esto lleve a un renacimiento de esa nación tan dotada y tan viril. En cuanto a la caída de la vieja Austria, lo único que yo puedo sentir es una honda satisfacción. Desdichadamente no me considero ni germano-austríaco, ni pangermano.

También nuestro psicoanálisis ha tenido mala suerte. Tan pronto como comenzó a interesar al mundo a causa de las neurosis de guerra, la guerra llega a su fin, y cuando por primera vez nos encontramos con una fuente de riqueza, ésta se agota a nuestra vista. Pero la mala suerte es compañera constante de la vida. Nuestro reino, evidentemente, no es de este mundo».

La guerra había dejado una sola ansiedad de carácter personal, pero sumamente considerable. Durante muchas semanas no hubo noticia alguna del hijo mayor de Freud, Martin, de modo que cabía esperar cualquier cosa. Finalmente llegó el rumor de que todo su regimiento había sido capturado por los italianos, pero apenas el 3 de diciembre llegó una tarjeta postal a Viena, anunciando escuetamente su presencia en un hospital italiano. Pero no fue dado de baja hasta el mes de agosto.

A pesar de la estremada escasez de papel y de plomo, Freud logró publicar en 1918 el cuarto volumen de su *Sammlung kleiner Schriften*, que con sus 717 páginas igualaba a los tres volúmenes previos sumados.

La paz no se concertó hasta el verano siguiente y entretanto la situación fue empeorando en Alemania y especialmente en Austria, es decir en lo que quedó de ésta. Freud se quejó amargamente de que «todos los cuatro años de la guerra no fueron más que un chiste comparados con la tremenda amargura de estos cuatro meses, e indudablemente de los que ahora vendrán».

El consultorio de Freud estaba nuevamente floreciente y había de nueve a diez pacientes por día. Pero las mil coronas de ingreso que esto significaba sólo tenía la décima parte de su valor anterior. El primero de año escribió a Ferenczi: «A menudo hemos hablado de la alternativa de autoadaptación o transformación del mundo externo. Ahora mi capacidad de adaptación está en huelga y en cuanto al mundo externo no tengo poder alguno. Estoy malhumorado y debo confesar que estoy contagiado también a otra gente, aún joven y vigorosa.»

Al comienzo se sintió completamente sin una idea

nueva, pero pronto comenzaron a aparecer algunas de valor sobre el tema del masoquismo. Se mostró entusiasmo con un artículo de Ferenczi sobre técnica, que a su juicio era «oro puro analítico». Se sintió muy feliz al ser informado del casamiento de Ferenczi a comienzos de marzo. Ahora se vería aliviado de la ansiedad que significaba el tener que cuidarlo. Pero por otra parte llegaban malas noticias de su otro amigo húngaro, von Freund, a quien finalmente se le reprodujo su sarcoma y cuyos días a partir de ese momento estaban contados.

En marzo nos hizo saber Freud que repentinamente había recobrado su capacidad de creación. Varios años antes le había manifestado a Ferenczi que sus verdaderos períodos de productividad se producían cada siete años. Había llegado el momento para un nuevo brote de productividad, que en algunos aspectos iba a ser el más asombroso de todos.

VIII

HÁBITOS DE VIDA Y DE TRABAJO

Queremos dar unas impresiones sobre la forma de vivir de Freud.

Comencemos por describir el escenario físico en que se desarrolla su vida. La Berggasse es una calle que se denomina así porque desciende en pendiente de una arteria importante, y exhibe una serie de masivos edificios del siglo dieciocho, típicamente vieneses, observándose en ellos algunas pocas casas de comercio. En la planta baja del número 19 había una carnicería. El nombre de pila de su propietario era Sigmund y el letrero fijado a uno de los costados de la amplia puerta de entrada contrastaba un tanto curiosamente con la placa del Prof. Sigm. Freud en el otro extremo del portón. La entrada principal del edificio era muy amplia, a punto tal que un carruaje con su caballo podía entrar cómodamente para dirigirse al jardín, y al patio del fondo. Tan pronto como se entraba, a la izquierda, se hallaba la vivienda del

portero. A mí me resultaba extraño ver que Freud, tal como otros habitantes de Viena, no tuviera una llave de la puerta principal y se viera obligado a despertar al portero para hacerse abrir la puerta todas las veces que volvía a casa después de las 22. A la derecha había un tramo de escalera de unos seis escalones que conducía al departamento de tres habitaciones que para uso profesional ocupó Freud desde 1892 hasta 1908. Las vastas ventanas de estas habitaciones daban al jardín del fondo. Una escalera de piedra conducía al piso siguiente, el entrepiso en que habitaba Freud con su familia.

El 6 de mayo de 1954, la *World Federation for Mental Health* (Federación Mundial para la Salud Mental), a raíz de una resolución votada unánimemente unos meses antes, fijó en el viejo domicilio de Freud de Berggasse 19, una placa conmemorativa.

En mil novecientos treinta y tantos el Consejo de la Ciudad de Viena propuso que se rebautizara la Berggasse con el nombre de «Sigmund Freudgasse», siguiendo una generosa costumbre vienesa de recordar así los nombres de los médicos famosos. A Freud esto le pareció una cosa «sin sentido». Sobrevinieron luego dificultades políticas y esta iniciativa fue dejada de lado. El 15 de febrero de 1949, sin embargo, el Consejo Municipal decidió dar el nombre de «*Sigmund Freud-Hof*» a un grupo de edificios del Noveno Distrito de Viena.

En la primavera de 1908 Freud introdujo modificaciones en la vivienda que ocupaba. Dejó el departamento de tres habitaciones que estaba ocupando en la planta baja y que había constituido hasta entonces su refugio privado y tomó entonces el departamento que había ocupado su hermana Rosa en el primer piso, y como allí se hallaba también su vi-

vienda particular, el piso íntegro quedó a su disposición. Abrió una puerta de comunicación entre el viejo departamento y el nuevo, que le permitió pasar del uno al otro sin utilizar la puerta de entrada, ventaja ésta que no dejó de aprovechar habitualmente en los pocos minutos de que solía disponer entre uno y otro paciente. Otra modificación más fue necesaria para que los pacientes, al final de la hora de tratamiento, pudieran retirarse sin volver a la sala de espera, de manera tal que raramente podían producirse encuentros entre ellos. La criada, a su debido momento, les alcanzaba el sombrero y el abrigo.

Pasamos a describir las habitaciones de su propio uso. En primer lugar había una pequeña sala de espera con una ventana que daba al jardín. Era bastante cómoda para realizar en ella las reuniones de los miércoles de la Sociedad de Viena durante varios años, hasta el momento en que ésta se hizo demasiado numerosa. Ocupaba el centro de la misma una larga y sólida mesa, y la habitación misma estaba decorada con diversas piezas de la colección de antigüedades que Freud había ido reuniendo. Esta habitación estaba separada del consultorio por un juego de puertas dobles, revestidas de fieltro y recubiertas además por ambos lados de pesadas cortinas. Con eso se aseguraba el debido aislamiento. Al costado del sofá analítico, Freud se sentaba en una silla poco confortable frente a la ventana, que daba también al jardín. Años más tarde solía usar un taburete alto para apoyar los pies.

En el consultorio había también muchas antigüedades, entre ellas un relieve de la famosa Gradiva, que proporcionaba útiles estímulos a las fantasías de los pacientes. De allí se pasaba a un refugio más íntimo, la pieza de estudio propiamente dicha. Ésta

estaba llena de libros, pero aún aquí había lugar para vitrinas con más antigüedades. La mesa en que escribía no era grande, pero estaba siempre limpia. Sacar el polvo a esta mesa debe haber sido una cosa harto difícil, dado que se hallaba repleta de estatuillas, principalmente egipcias, que Freud solía reemplazar cada tanto con otras tomadas de sus vitrinas.

La afición de Freud a coleccionar antigüedades griegas, asirias y egipcias desempeñaba un papel importante en su vida afectiva y constituía para él una intensa fuente de placer y de interés.

Pudo trasladar a su nueva residencia en Londres, por fortuna, la colección íntegra e intacta y allí puede verse ahora la útil e interesante exposición. Uno de los grandes placeres de Freud consistió en regalar de tanto en tanto diversas piezas de su colección, y somos varios los que tenemos la suerte de poseer algunas de ellas. Su hijo Ernst, que posee varias piezas seleccionadas y valiosas, naturalmente les ha elegido de acuerdo con su valor artístico, cosa que para Freud siempre tuvo menos importancia que su significación histórica o mitológica.

La vivienda propiamente dicha constaba de tres habitaciones de recepción y los dormitorios. Se podía contar en total no menos de doce estufas de porcelana, de antiguo estilo vienés, y los hijos se sentían orgullosos de saber que eran los únicos, en su círculo de parientes y amistades, que poseían doce pupitres en su casa.

Por supuesto su forma de vida, e incluso, hasta cierto punto, su personalidad, no eran iguales durante su período de trabajo en Viena y sus largas vacaciones de verano, que siempre esperaba con anhelo. Poco había, en Viena, fuera del trabajo. La labor comenzaba a las ocho, con el primer paciente, y esto

significaba levantarse poco después de las siete. Nunca resultaba fácil hacerlo levantarse tan temprano, dado que su intenso trabajo y la hora avanzada en que se acostaba, le hacían desear siempre un poco más de reposo del que le estaba asignado. Pero le bastaba una ducha fría para sentirse renovado. Todas las mañanas venía un barbero, para recortar su barba y cada tanto su cabello. Impresionado en Estados Unidos por lo poco usual de su apariencia hirsuta volvió a Europa con las mejillas rasuradas, pero pocos meses después decidió abandonar el nuevo hábito. No tardó mucho, después de esto, en sacrificar la plenitud de su bigote y su barba, que en los últimos años mantenía más bien cuidadosamente recortados. Apresuradamente tomaba el desayuno y echaba un vistazo al *Neue Freie Presse*. Dedicaba a cada paciente exactamente cincuenta y cinco minutos, de modo que había un intervalo de cinco minutos cada hora para refrescar un tanto la mente y disponerla para nuevas impresiones o para correr hacia el interior de la casa y enterarse de las últimas novedades de la misma. Pero tenía por principio ser puntual con sus pacientes.

El almuerzo se servía para toda la familia a la una. Habitualmente era ésta la única oportunidad en que se reunían todos. La cena, a menudo, se servía tan tarde que los más jóvenes a esa hora ya se habían retirado a dormir. El almuerzo, como comida principal del día, era sustancioso y se componía, entre otras cosas, de sopa, carne, queso, etc., y postre. Freud sentía especial apego a los platos de carne y la carencia de ésta durante la guerra significó para él una gran privación. La comida era para él un placer y solía concentrarse en ella. Se mostraba muy taciturno mientras comía, cosa que solía crear a ve-

ces una situación embarazosa para los visitantes extranjeros, quienes tenían que conversar con la familia de Freud sin la intervención de éste. Pero Freud no perdía nunca una palabra en lo que se refería a todas las relaciones dentro de la familia y a las novedades del día. Si uno de los hijos dejaba de asistir a una comida, solía apuntar con un cuchillo o un tenedor hacia la silla vacía, con un gesto de interrogación dirigido a su mujer, sentada al otro extremo de la mesa. Ésta entonces explicaba la razón de la tardanza o la ausencia del hijo o la hija, a continuación de lo cual, satisfecha su curiosidad, el jefe de la familia asentía con un gesto y proseguía silenciosamente con la comida. Todo lo que deseaba era mantenerse al corriente de toda la actividad familiar. Salvo en las ocasiones en que tenía excesivo trabajo, Freud se hallaba desocupado de una a tres, de modo que después de unos pocos minutos de descanso solía hacer una caminata por los alrededores. Esto podía significar también la oportunidad para pequeñas compras. Como rápido caminante, era capaz de recorrer una larga distancia en este rato de que disponía. A menudo tenía que despachar pruebas de imprenta a sus editores, Deuticke primero y luego Heller. Estaba además la importante visita al comercio en que se proveía de cigarros, cerca de la Iglesia de San Miguel. Las tres de la tarde era la hora destinada a las consultas, para lo cual se ponía levita. Cuando Freud se veía obligado a tomar un paciente analítico a las tres, esto le obligaba a atender las consultas a las dos. A continuación venía la tarea terapéutica ininterrumpidamente hasta las nueve de la noche, la hora de la cena. Cuando se hallaba excepcionalmente ocupado, solía trabajar con sus pacientes incluso hasta las diez, lo cual significa-

ba doce y hasta trece horas diarias de labor analítica.

Desde la una hasta las nueve parece ser un trecho largo sin tomar alimento alguno, pero en verdad sólo después de cumplir sesenta y cinco años se permitió Freud el lujo de tomar una taza de café a las cinco de la tarde.

Freud se sentía más dispuesto a una actitud de descanso y esparcimiento con su familia a la hora de la cena que en el almuerzo, durante el cual se mostraba más preocupado. Después de la cena solía dar otro paseo, esta vez con la esposa, la cuñada o bien, más tarde, con una de las hijas. En tales ocasiones solían entrar a veces en un café: en verano al café Landmann, en invierno al café Central. Cuando las hijas iban al teatro, Freud solía citarse con ellas cerca de éste, frente a un determinado farol, para acompañarlas luego a casa.

La hija mayor cuenta una anécdota acerca de la cortesía de Freud hacia la familia. Cuando contaba catorce años, su padre la había invitado a ocupar el lado de la derecha en sus paseos. Una amiga del colegio que vio esto le dijo que no estaba bien. El padre debe ocupar siempre el lado derecho. A esto respondió ella con orgullo: «Cuando se trata de mi padre no sucede así. Para él yo soy siempre la dama.»

De vuelta a casa, Freud se retiraba inmediatamente a su escritorio, para concentrarse en su trabajo. Atendía en primer término la correspondencia, que escribía invariablemente a mano, y luego se dedicaba a los trabajos que escribía. Además de eso tenía la labor monótona de preparar nuevas ediciones y corregir pruebas de imprenta, no solamente la de sus propios trabajos, sino también las de las revistas

que dirigía. Nunca se retiraba antes de la una de la mañana y a menudo mucho más tarde aún.

Había algunas variantes en esta rutina que acabamos de describir. Todos los miércoles se efectuaba la sesión regular de la Sociedad de Viena en la que siempre leía un trabajo o bien intervenía en la discusión. Cada dos martes asistía a las reuniones de su círculo judío, el *Bnei Brith*, donde también solía leer de vez en cuando un trabajo. Las veladas del sábado eran sagradas: raras veces perdía Freud el agradable descanso que para él significaban queridas partidas de «tarock». El dedicar una noche al teatro era un acontecimiento bastante raro. Sólo algunas cosas de especial interés, tal como la representación de una obra de Shakespeare o una ópera de Mozart, podía decidirlo a dejar a un lado su trabajo.

Los domingos, eran por supuesto, diferentes, sin pacientes. Por la mañana, acompañado por uno o dos miembros de su familia, Freud hacía siempre una visita a su madre. Allí solía encontrarse a menudo con una o más de sus hermanas, lo que aseguraba, por cierto, nutridas charlas familiares. Freud fue siempre, en alto grado, un hombre de familia, participaba en todas las dificultades y no hay duda de que siempre ofrecía su sabio consejo. Escuchaba mucho más de lo que hablaba en tales reuniones y cada vez que había algún problema serio, una dificultad financiera, por ejemplo, prefería tratarlo tranquilamente con su hermano Alejandro, en su casa. Más avanzada la mañana solía, alguna que otra vez, visitar a un amigo o bien recibir en su casa a algún visitante, si bien esto último ocurría pocas veces durante el año. Ya en edad más avanzada, el domingo era el día favorito de Freud para verse con sus amigos psicoanalistas del extranjero, puesto que en-

tonces podía dedicarles horas y horas. Varias veces he estado con él hasta las tres de la mañana, y a pesar de mi cargo de consciencia de acortarle el descanso, se veía que le resultaba difícil poner término a una conversación interesante.

Los domingos por la noche, su madre y todas sus hermanas solían venir a comer en su casa, pero Freud se retiraba a su habitación inmediatamente después de la comida. Cuando alguna de las hermanas quería conversar a solas con él o pedirle un consejo se veía obligada a seguirlo hasta allí.

Freud contaba también principalmente con el domingo, además, para escribir.

Es cosa bien sabida que Freud fue un gran fumador. Consumía diariamente, por término medio, veinte cigarros. El sufrimiento que significaba para él toda ocasión en que se veía privado de fumar demuestra que se trataba más bien de una adicción que de un hábito. Conoció esta privación en los últimos años de la guerra e incluso más tarde, por razones de salud. Cuando, por este último motivo, tuvo que resignarse a fumar tabaco desnicotizado se mostró bastante disgustado. Nunca mostró, en cambio, inclinación alguna a beber con exceso. Una sola excepción puede señalarse en su vida. Los estudiantes de medicina, en cierta oportunidad, estaban ofreciendo una comida en honor del profesor Stricker y cada uno debía pagar lo que bebía. En razón de su pobreza Freud, bebió únicamente cerveza, a lo cual además no estaba acostumbrado. Repentinamente se le nubló la vista y cuando despertó se vio en la cama. Lo habían transportado Gärtner y Wagner-Jauregg. Tal como cierta vez escribió a su prometida, «no tenía predisposición a la bebida». En su juventud le había gustado el vino, pero nunca la cerveza ni las

bebidas alcohólicas y en sus viajes a Italia se preocupaba de probar los vinos locales. Pero en Viena no lo probaba nunca y en su casa difícilmente había más que una pequeña provisión. Es muy posible que todo esto no fuera por razón de principios sino por el disgusto que le provocaba la ligera ofuscación mental que podía producir la bebida, aún ingerida en mínima cantidad. Quería estar siempre lúcido.

Freud era invariablemente limpio y correcto en su indumentaria, si bien no elegante ni a la moda. Antes de la guerra llevaba un holgado traje oscuro con un cuello duro y un lazo negro. La levita era para las ocasiones especiales. Llevaba el amplio sombrero negro que entonces se usaba en Viena. El sombrero de copa era para aquellas raras ceremonias que Freud generalmente lograba evitar.

Conviene decir algo acerca de la vida matrimonial de Freud. La esposa de Freud era sin duda alguna la única mujer en su vida amorosa y la que se hallaba en primer término, para él, entre todos los mortales. Si bien al parecer, el aspecto más apasionado de la vida matrimonial, en el caso de Freud, declinó bastante antes de lo que ocurre en muchos otros casos —en realidad ello surge de diversas expresiones— su lugar fue ocupado por una incommovible devoción y una perfecta comprensión y armonía. Tampoco es cierto que Marta Freud fuera «ejemplo y compendio de aquella tediosa *Hausfrau* (ama de casa), que se pasa la vida limpiando y fregando y que no descansa ni aspira a descansar mientras quede un solo almohadón que acomodar en la casa». Era, por cierto, una excelente ama de casa, de normas elevadas, y el solo disponer las ocupaciones de varias personas de servicio y criar seis chicos, que a menudo estaban enfermos, representaba una ocupación más

que considerable. Hubiera sido mucho más ajustado a la verdad el decir que para ella lo primero era la familia y no, como se pretende sugerir, las ocupaciones de la casa. Y lejos de pertenecer al tipo de «gubernanta», era una señora muy culta y que apreciaba mucho los dones de la vida. Dedicaba la noche a la lectura, manteniéndose así al día con la literatura corriente, hábito que no abandonó durante el resto de larga existencia. Fue para ella un placer especial el que Thomas Mann, uno de sus autores favoritos fuera huésped de su casa, como lo fueron también muchas personalidades literarias prominentes de la época. Tenía escasa oportunidad, y acaso ningún deseo, de realizar estudios puramente intelectuales y estaba lejos de hallarse familiarizada con los detalles de la labor profesional de su esposo. Pero éste en sus cartas, hacía alusiones circunstanciales a sus trabajos sobre la *Gradiva*, *Leonardo*, *Moisés*, etcétera, en una forma que daba a entender que todo esto no le era ajeno a ella.

Y ahora viene su hermana, la famosa «Tante (tía) Minna», que vivió con ellos alrededor de cuarenta y dos años. Sin duda conocía la obra de Freud más que su hermana, y cierta vez él señaló que en los años de soledad que precedieron al comienzo del nuevo siglo eran Fliess y ella las únicas personas en el mundo que simpatizaban con ella. Su lengua era cáustica y de ella procedían muchos epigramas que la familia conserva cuidadosamente. Freud apreciaba sin duda su conversación, pero el decir que ella reemplazaba de algún modo a su hermana en sus sentimientos es puro disparate.

Los hijos de Freud leyeron con gran asombro, en un libro de autor norteamericano, dos supuestas características de las relaciones entre ellos y su padre.

En primer lugar se enteraron, no sin asombro, de que no estaba en la naturaleza de Freud el ofrecer a sus hijos un cariño espontáneo y simple y que éste mantenía «sepultados en sí mismo» sus naturales sentimientos paternos. Yo mismo recuerdo como una de sus hijas, una colegiala bastante grande, ya entonces, estaba acomodada en su regazo y abrazada a él en forma tal que no dejaba duda alguna sobre el cariño del padre así como de su capacidad de demostrarlo. Estar junto a ellos y compartir sus diversiones constituía su mayor felicidad y les dedicaba exclusivamente todo su tiempo libre cuando se hallaba con ellos de vacaciones. Más extraño les resultó aún leer acerca de lo extremadamente severo que habría sido su padre. Se han descrito cuadros de una severidad patriarcal, en un ambiente en que el temor reverente hacia el padre y la obediencia a sus menores caprichos había constituido la base de la educación. Muy diferente de todo esto es la verdad, como lo atestiguan todos ellos. Tanto es así que acaso la única crítica que podría hacerse a Freud sobre la educación de sus hijos era su extremada indulgencia. El permitir el libre desarrollo de la personalidad del niño con el mínimo de restricciones o de reprimendas era una cosa muy rara por aquellos días y es posible que Freud haya practicado este principio hasta el extremo, con el mejor de los resultados, empero, en cuanto al desarrollo ulterior de sus hijos. Y puede decirse que esta libertad se aplicó tanto a los varones como a las niñas.

Había un rasgo muy poco común en la vida familiar de la Berggasse: la notable atmósfera de armonía que allí reinaba. Al igual que Freud y su esposa, los hijos tenían un sentido del humor muy desarrollado, de modo que abundaban en la casa los chistes,

sin faltar incluso alguna que otra broma. Lo que nunca se podría ver allí era una actitud aviesa o de mal talante. Nadie de ellos recuerda nada que pueda parecerse a una reyerta entre ellos o menos aún con el padre o con la madre. Toda la atmósfera familiar estaba impregnada de libertad, amistad y equilibrio. Jamás había nada que pudiera asemejarse a una «escena». Todo esto, que por cierto no puede decirse de muchas familias, es indicio del sentimiento de amor que impregnaba las relaciones familiares. Freud no era un hombre expansivo, capaz, por ejemplo de besar a su mujer delante de personas extrañas, pero el profundo afecto que irradiaba no podía menos que animar a la familia entera.

En una cosa no hubiera cejado Freud en cuanto a la educación de los hijos se refiere, y era que, en cuanto de él dependiera, ellos no debían llegar a conocer en modo alguno una angustia económica como la que había amargado tanto su propia juventud. Su propósito era que no les faltara nada, así fuera para su placer como en materia de su educación, hasta el día en que pudieran costárselo por sí mismos. Desde ese momento ya no deberían esperar nada de él. Todo el dinero que pudiera dejar estaba destinado a las muchas personas que de él dependían. Al acercarse el fin, entregó dinero a sus hermanas, antes de ausentarse definitivamente de Viena y todo lo demás que pudo reunir quedó en manos de un familiar para que su esposa pudiera disponer de ello a su entera libertad. Entretanto, los hijos no sólo debían estar a cubierto de toda preocupación económica, sino que incluso debían conocer lo menos posible en esta materia, con excepción, naturalmente, de la que se refería a administrar cada uno su pequeño fondo. En esto se fue más bien en el ex-

tremo opuesto, y es posible que les hubiera beneficiado más que se les hubiera enseñado algo acerca del papel que el dinero desempeña necesariamente en la vida.

Freud siempre decía que hay tres cosas en las que nunca se debe hacer economías: la salud, la educación y los viajes. También observaba que era muy importante para el auto-respeto de los niños el poder disponer siempre de trajes en buen estado.

Se preocupó especialmente de que en sus fiestas y viajes sus hijos no tropezaran con obstáculo alguno por razón de dinero. Solía darles simplemente lo que le pedían y habla muy en favor del carácter de ellos el que nunca hayan abusado de su generosidad. Por otra parte, su delicadeza y su sentido de equidad le llevaban a tomar en cuenta las circunstancias de carácter económico referentes a cualquiera de los amigos que acompañara a alguno de sus hijos. Esto era especialmente importante en lo que se refiere al hijo mayor, cuyo mejor amigo era un joven de difícil situación económica. De manera que cuando los dos estaban por emprender un viaje a las montañas, Freud hacía que su hijo preguntara previamente a su amigo qué suma llevaría consigo, y a continuación, para que aquél no pudiera sentirse menoscabado, daba a su hijo exactamente igual cantidad.

La principal fuente de ingresos de Freud, era, naturalmente, su trabajo terapéutico. Antes de la guerra sus honorarios eran cuarenta coronas (\$ 8,10), lo que en Viena era una cifra elevada. Consideraba todo lo que cobraba por consultas aisladas como un sobresueldo y le parecía justo reservarlo para su hobby favorito: las antigüedades que coleccionaba. Al comentar estos ingresos con Ferenczi, Freud solía

referirse a ellas como *Nationalgeschenk* (asignación graciable del Estado). Los fondos que ingresaban por derechos de autor, que durante años fueron escasos, eran repartidos entre los hijos a guisa de regalo. El ofrecer regalos era uno de los más grandes placeres de Freud. A tal punto llegaba esto que ni siquiera tenía la paciencia necesaria para esperar el momento apropiado. A pesar de las protestas de su mujer, los regalos de cumpleaños para los hijos llegaban siempre a destino un día antes. Digamos de paso que este hecho no era el único que reflejaba cierta nota de impaciencia en su ardiente naturaleza. La diaria llegada del cartero era un acontecimiento que esperaba siempre con verdadera ansia. No sólo le complacía mucho recibir cartas, sino que incluso era capaz de impacientarse con sus amigos cuando éstos no contestaban la correspondencia con la misma rapidez con que él lo hacía.

En aquella época no era común en Austria que los ciudadanos demostraran demasiada exactitud en la confección de sus declaraciones de impuestos y Freud no constituía posiblemente una excepción a esto. No tendría nada de sorprendente que considerara más importantes las necesidades de su familia que las del Emperador. En cierta ocasión, en 1913, los funcionarios del respectivo departamento le escribieron expresándole su asombro al ver que fuera tan reducido el monto de su impuesto «dado que nadie ignora que su reputación se extiende mucho más allá de las fronteras de Austria». Freud envió esta contestación mordaz: «El Prof. Freud se siente muy honrado de recibir una comunicación del Gobierno. Es ésta la primera vez que el Gobierno ha tomado nota de su existencia, cosa que desea reconocer. Hay un punto, sin embargo, en el que no puede coincidir

con el texto de la nota recibida: que su reputación se extiende mucho más allá de las fronteras de Austria. Comienza en la frontera.»

Freud se mantenía al tanto de las noticias y la política de su época, pero no se sentía demasiado afectado por eso. Simpatizaba con las reformas más progresistas del programa del Partido Socialista, pero no estaba afiliado al socialismo. Su hermano Alexander que actuaba en círculos gubernamentales, era un vehemente adversario del socialismo, pero Freud se limitaba habitualmente a escuchar sus peroratas con silenciosa sonrisa. Nunca votó por el Partido Socialista en las elecciones, ni tampoco, por supuesto, por sus adversarios, el Partido Social Cristiano, violentamente antisemita. Había también un pequeño Partido Liberal. Cuando presentaba un candidato en el distrito —ello ocurrió una o dos veces— podía contar con el voto de Freud.

Hasta pasados los sesenta no tuvo nunca una enfermedad grave. Pero por otro lado padecía constantemente de perturbaciones de menor monta. Las cartas a sus amigos están llenas de alusiones a sus trastornos intestinales. El trastorno en cuestión, cuyo síntoma más destacado era una constipación crónica, era de carácter muy confuso. En diferentes épocas fue diagnosticado como colitis, inflamación de la vesícula biliar, simple indigestión y apendicitis crónica. Todas estas dolencias podían explicarse muy bien en un hombre que llevaba una vida tan sedentaria como la de Freud, pero el trastorno quizá puede considerarse también, en parte, como un remate psicossomático de la neurosis que tanto atormentó a Freud antes de su autoanálisis y durante el curso del mismo.

Había también algunas otras molestias, tales

como una buena dosis de «reumatismo». Solía atacarle la mano derecha, creándole dificultades para escribir. No es cosa de sorprender tampoco en un hombre tan afecto al uso de la pluma, que sufriera de vez en cuando de «calambre de los escritores». Sufrió también, durante toda la vida de una seria hemicránea y de repetidas infecciones sinusales, a lo cual se agregaron, en los últimos años, molestias prostáticas.

Durante toda su vida preocuparon a Freud pensamientos sobre la muerte. Se trataba de reflexiones sobre su significado, temores de muerte, y más tarde el deseo de que ésta llegara. A menudo nos hablaba y nos escribía sobre esto. Lo más corriente en estos comentarios era siempre que ya se estaba volviendo viejo y no le quedaba mucho que vivir. Los cálculos sobre «periodicidad» de Fliess, habían asignado a Freud cincuenta y un años de vida. Tan pronto como traspuso esa edad sin consecuencias, incurrió en otra creencia supersticiosa, que según manifestó a Ferenczi en 1910 había alimentado «durante mucho tiempo»: que había de morir en 1918. Cuando también esta fecha pasó tranquilamente hizo este comentario, característicamente conciso: «Esto demuestra lo poco que puede uno confiar en lo sobrenatural.»

Las vacaciones representan ciertamente una vida muy distinta para Freud. En el momento mismo de tomar el tren que lo alejaría de su odiada Viena seguramente habría más de un suspiro de alegría y de alivio. Durante muchos meses, a menudo ya desde enero, había discusiones en la familia y con los amigos acerca del lugar más atrayente para el próximo veraneo. A menudo solía hacer expediciones exploradoras durante la Pascua y enviaba entonces

divertidas descripciones a la familia. Todos ellos eran peritos en la materia y por otra parte las exigencias eran muy específicas: una casa cómoda en la que no faltara una habitación apropiada para escribir si Freud se sentía inclinado a ello, una determinada altitud, sol y mucho aire, bosques de pino en las inmediaciones para los paseos, hongos a discreción, hermoso paisaje y sobre todo tranquilidad y estar a cubierto de toda irrupción de gente en bandadas o de cualquier otra posibilidad de turismo en gran escala.

Antes de la guerra solía llevar Freud, en sus vacaciones, un traje tirolés, con tiradores bien visibles, «shorts», y un sombrero verde con un pequeño *Gamsbart* (borla de gamuza) que pendía de un costado. Un sólido bastón, y en los días lluviosos una capa alpina afelpada, completaba el equipo. Más adelante esto fue reemplazado por un abrigo de repuesto y más tarde aún por una larga chaqueta gris.

En su juventud Freud solía divertirse jugando a los bolos pero su ejercicio consistía principalmente en largas caminatas. Era un caminador notable: liviano, veloz e incansable.

El rasgo más característico en estas andanzas de Freud era su pasión por los hongos, especialmente por descubrirlos. Tenía un impresionante olfato para adivinar los lugares en que podía haberlos, e incluso solía señalarlos viajando en tren. En las expediciones que emprendían con ese fin solía separarse a menudo de los hijos, los que entonces ya no dudaban de que pronto habrían de oír el grito que denotaba el éxito. En ese momento él se deslizaba silenciosamente hasta el lugar y súbitamente se abalanzaba para «capturar» el hongo, como si se tratara de un pájaro o de una mariposa.

Otra de sus aficiones era la inacabable búsqueda de flores silvestres raras, y la posterior clasificación de las mismas, cuidadosa y con todo el tiempo necesario. Una de sus hijas me decía que había tres cosas que el padre deseaba especialmente enseñar a sus hijos: conocimiento de las flores silvestres, el arte de descubrir hongos y la técnica del juego del tarock. Y en todo ello tuvo completo éxito.

Entre las cosas típicas de las vacaciones, había dos que suelen considerarse más bien como características del sector femenino de la humanidad. Freud carecía del sentido de la orientación y por ello no encontraba nunca el camino de regreso en tales ocasiones. Sus hijos me cuentan que después de una larga caminata solían quedar atónitos al ver la absurda dirección que quería tomar para el regreso. Pero sabedor él de la situación, se resignaba bien pronto a dejarse guiar por ellos. No era nada práctico, además, en cuanto a los detalles preparatorios de un viaje. Los horarios de ferrocarril eran una cosa que estaba más allá de su comprensión, y los viajes más bien complicados eran siempre preparados por otros, primero por su hermano Alejandro y más tarde por su hijo Oliver, ambos expertos en esto. Se tomaban las mayores precauciones para no equivocarse de tren, llegando para ello a la estación con una anticipación absolutamente exagerada. Solía ocurrir aún así que el equipaje se despachara con errores en la dirección o que se extraviara del todo.

Después de pasar más o menos seis semanas en esta idílica existencia, Freud solía sentir la nostalgia de placeres más complicados. Esto significaba casi siempre un viaje a Italia, que raras veces solía hacer sin ninguna compañía.

No es mucho lo que cabe decir acerca de los hábi-

tos de Freud en cuanto a escribir se refiere. A juzgar por lo mucho que escribió y por la correspondencia, debe haber tenido una gran afición al acto físico de escribir, cosa que hacía siempre a mano. Sólo en los últimos años, después de cumplidos los setenta, admitió cierta ayuda de parte de su hija menor. Freud no poseía el arte mercenario de obligarse a sí mismo a escribir tantos o cuantos centenares de palabras por día. Su forma de redactar tenía más de la cualidad irregular del poeta. Podía pasar semanas e incluso meses sin sentir la necesidad de decir algo. Pero de pronto llegaba cierta ansia de creación, una especie de moderado y doloroso trabajo de alumbramiento, un esfuerzo de escribir por lo menos dos o tres fases por día y finalmente el estallido, una ruptura de todas las vallas, que era cuando un ensayo importante quedaba terminado en pocas semanas. Pero al hablar de pocas semanas no nos referimos a un trabajo continuo: significaba, por el contrario, exprimir presurosamente las muy contadas horas de que podía disponer al final de una jornada de intenso trabajo.

Sus mejores producciones eran siempre precedidas por una creciente indisposición y diversos síntomas de malestar general. Cuando, como ocurrió a veces, se hallaba en un estado de perfecta salud y con el ánimo eufórico, no era el caso de escribir absolutamente nada. Había otro motivo que le impulsaba a escribir tanto, aparte, por supuesto, de los de orden científico. A mí me explicó esto mismo diciendo que el escuchar e incorporar tantas cosas a lo largo del día, engendraba la necesidad de «expulsar» algo, de cambiar la actitud pasiva y receptora por otra de tipo activo y creador.

Las vacaciones de verano constituían a menudo

un período de germinación de ideas nuevas, resultado a distancia, a no dudar, de las numerosas impresiones recibidas de sus pacientes en los procedentes meses de labor. De este modo, al volver a Viena, en el mes octubre, solía encontrarse, por lo común, en un estado de ánimo apropiado para sumergirse en el trabajo. Tenía la creencia, que comunicó a Ferenci en 1913, de que sus mejores trabajos los realizaba periódicamente, cada siete años. Esto era evidentemente un remanente de su creencia en las leyes de perioridad de Fliess.

A fin de cuentas el trabajo, sea de una índole u otra, era la cosa obligada para Freud. Una vida de ocio le habría resultado insoportable. «Una vida sin trabajo de ningún modo podría parecerme agradable. Imaginación creadora y trabajo son cosas inseparables para mí. Ninguna otra cosa me encanta. El secreto de la felicidad podría estar encerrado en esta fórmula, a no ser por la terrible idea de que la capacidad de creación de uno depende íntegramente de estados de ánimo. ¿Qué puede hacer uno cuando las ideas dejan de fluir y las palabras apropiadas no acuden? Es imposible dejar de temblar ante esta posibilidad. Es por esto que, a pesar de que a un hombre firme y enhiesto le sienta el manifestarse conforme con el destino, yo imploro secretamente: nada de enfermedad, nada de paralización de la capacidad productiva a causa de un mal físico. Moriremos con la amargura puesta, como decía el rey Macbeth.»

Habría sido afectación de parte de Freud, cosa que en él nunca sería posible, el negar la evidencia de que, luego de muchos años de haber sido ya conocido, había llegado —después de la Gran Guerra— a ser realmente famoso. Lo aceptaba como un simple hecho, y naturalmente le alegraban las señales del

creciente reconocimiento de sus trabajos. Pero nada hizo para alcanzar la fama. La consideraba una consecuencia incidental de su labor, que obedecía, a su vez, a otros motivos.

Cierta vez dijo, pensando evidentemente en sí mismo, aún cuando lo expresaba en términos generales: «Nadie escribe para alcanzar la fama, la que de todos modos es algo sumamente transitorio, o la ilusión de inmortalidad. Escribimos, sin duda ninguna y ante todo, para satisfacer algo que se halla dentro de nosotros, no para los demás. Naturalmente, cuando otros reconocen nuestros esfuerzos ello incrementa nuestra satisfacción interior, pero, sin embargo, escribimos en primer término para nosotros mismos, elevados con un impulso interno».

Freud no adjudicaba mucho valor a sus trabajos, una vez que la aplicación de su método le había permitido expresar aquello que deseaba. Esta actitud despreocupada se evidenciaba principalmente en materia de traducciones, ya que se le veía dispuesto a conceder derechos de traducción en una forma un tanto descuidada e indiscriminada. A su hijo Ernst le dio un trabajo bastante considerable, año después, poner en claro los complicados y contradictorios contratos que fueron descubiertos.

Freud tenía un concepto bastante modesto de sí mismo. He aquí una típica expresión del mismo. «Mi capacidad y mi talento son muy limitados. Absolutamente nada en cuanto a ciencias naturales, nada en cuanto a matemáticas, nada que tenga que ver con lo cuantitativo. Pero los dones que tengo, limitados en su naturaleza, son probablemente poderosos.»

Muchas veces he sido consultado acerca de la importancia que en mi opinión podía tener sobre

la evolución de las ideas y los trabajos de Freud su judaísmo, especialmente por personas que al escribirme al respecto esperan una respuesta enfática positiva. Este factor tenía indudable importancia en un aspecto, al que el mismo Freud se refirió frecuentemente. La hereditaria capacidad de los judíos de resistir y mantener su posición en la vida frente a la oposición y la hostilidad que los rodea era evidentemente pronunciada en Freud, quien indudablemente tenía razón al atribuir a esto la firmeza con que había sostenido sus convicciones sin amilanarse ante la oposición general a las mismas. Otro tanto puede decirse de sus partidarios, que en su mayoría eran judíos. Cuando estalló la tormenta de la oposición al psicoanálisis en los años que precedieron a la Gran Guerra, los únicos no judíos que sobrevivimos a la misma fuimos Binswanger, Oberholzer, Pfister y yo.

Freud creía que la inevitable oposición a los asombros y nuevos descubrimientos del psicoanálisis se veía considerablemente agravada por prejuicios antisemitas. Escribiendo a Abraham sobre los primeros signos de antisemitismo en Suiza, decía: «Creo que los judíos si queremos cooperar de algún modo con la otra gente, tenemos que desarrollar una pequeña dosis de masoquismo y estar dispuestos a soportar cierto grado de injusticia. No hay otra manera de cooperar y trabajar juntos. Puede usted tener la seguridad de que si yo me llamara Oberhuber, mis nuevas ideas, a pesar de todos los otros factores, habrían encontrado mucho menos resistencia.» Es difícil saber hasta qué punto es correcta esta apreciación. No lo confirma del todo mi experiencia en Inglaterra, donde hemos encontrado una «resistencia» bastante considerable, aun cuando en

los primeros doce años no había más que dos judíos en nuestra Sociedad.

La pregunta acerca de si sólo un judío pudo ser el creador del psicoanálisis, es evidentemente mucho más difícil de contestar. Por un lado podría decirse que, de todos modos, fue un judío el que lo hizo, pero por otra parte también cabe agregar que hay innumerables millones de judíos que no lo hicieron.

La tenacidad con que Freud sostenía sus convicciones, conquistadas a costa de duro esfuerzo, y la imperturbabilidad frente a las «críticas» externas, que eran a menudo la simple expresión de una incredulidad nacida de la ignorancia, dieron pie a muchos adversarios para afirmar que era dogmático y cerrado, nunca dispuesto a admitir duda alguna. Es fácil demostrar que esta conclusión es realmente incorrecta, no solamente por diversos pasajes de sus obras, en que admitía el carácter absoluto de ensayo de muchas de sus conclusiones y sobre todo la absoluta imperfección de éstas como afirmación definitiva, sino también y más especialmente por diversos párrafos de sus cartas, algunos de los cuales ya hemos citado en estos dos volúmenes, en los que describía la frecuencia con que solía sentirse agobiado por dudas internas e indecisiones. Tal como él mismo sostenía, era un crítico más severo de su propia obra de lo que podría serlo cualquier otra persona.

Freud no dudó nunca de que su obra tenía un futuro ante sí, si bien no estaba en condiciones de prever la importancia que podría llegar a tener. Siempre se sintió estimulado por el pensamiento de que tarde o temprano la verdad de sus descubrimientos habría de imponerse. En fecha tan temprana como 1906, a propósito de la oposición de Aschaf-

fenburg escribía: «Lo que lo mueve es su tendencia a reprimir enteramente lo sexual, ese factor tan impopular en la buena sociedad. Nos hallamos aquí ante una lucha entre dos mundos y quienquiera se ubique realmente ante la vida no puede dudar acerca de cuál de ellos será derrotado y cuál saldrá victorioso.»

Pocos años después, respondiendo a los augurios y cumplidos que le enviaba Ferenczi con motivo del nuevo año, escribía con su habitual franqueza: «Sería en vano querer negarle que las palabras con que usted saludaba al nuevo año en su carta me han producido un gran placer. No soy tan insensible al reconocimiento como lo soy a la censura. En cuanto al valor de mi obra y su influencia sobre el desarrollo futuro de la ciencia, me resulta difícil a mí mismo formarme una opinión. A veces creo en ellas, otras veces dudo. Creo que no existe manera de predecirlo y es posible que Dios mismo aún no lo sepa. En todo caso deberíamos considerar valiosa esta obra en este momento, y me siento contento de todo corazón por no ser ya el único empeñado en ella. Si no llego a viejo nada sacaré de ella, pero por cierto, no trabajo con vistas a la fama ni a recompensas de ninguna índole. Considerando la inevitable ingratitud del género humano, no espero nada, ni siquiera para más tarde, para mis hijos. Muy poco valor han de tener todas las consideraciones de esta índole si tomamos en cuenta seriamente la firma *Fatum y Ananke*»¹.

Freud nos ofrece un juicio definitivo sobre su obra en su *Autobiografía*. «Mirando atrás, sobre toda esa labor de parches y remiendos que es la obra

1. "El Destino y la Fatalidad."

de mi vida, puedo decir que he iniciado muchas cosas y ofrecido muchas sugerencias. Algo saldrá de todo esto en el futuro, aun cuando por mi parte yo no podría decir si será mucho o poco. Pero puedo, eso sí, manifestar la esperanza de haber abierto un sendero para un importante progreso en el terreno del conocimiento.»

Se ha dicho, y por gente bien autorizada, que se le consideraba un maestro de la prosa alemana, y el hecho de habersele conferido el alto honor del premio Goethe de literatura en Frankfurt, en 1930, es bien elocuente al respecto. Sería más correcto hablar de su prosa austríaca, y no germana, ya que Freud mostraba una notoria preferencia por lo que él llamaba la *Geschmeindigkeit*¹ de la manera austríaca de escribir, tan diferente del pesado alemán de los escritores más septentrionales.

A juzgar por la extensión de su obra científica y su correspondencia, Freud debe haber manejado la pluma con mucha rapidez. Pero la fluidez nunca se convirtió en ambigüedad. Por el contrario, la facilidad y la gracia de su estilo vienés sólo eran igualados por la concisión de su expresión. Sin embargo —y esto no podrá negarlo ningún traductor concienzudo de sus obras—, Freud no era un escritor excesivamente cuidadoso. A veces, cuando se le consultaba acerca de una frase ambigua, se reprochaba riendo un *Schlamperei*², término demasiado duro incluso para un hombre de sentido autocrítico tan severo como el suyo. Su veloz pluma sabía de lucidez, pero también de giros elípticos.

Tenía un vocabulario enormemente rico, pero era del tipo absolutamente opuesto al del escritor pe-

1. Flexibilidad.
2. Chapucería.

dante por los términos que utilizaba. Cuando cierta vez le pregunté, por ejemplo, por qué escribía *Narzissmus* en vez de *Narcissismus*, que sería la forma más correcta, su sentido estético se mostró más fuerte que su conciencia filológica y replicó sencillamente: «El sonido de esta palabra me desagrada.»

Parecería que le fuera imposible escribir ni siquiera una simple frase sin infundirle algo de su originalidad, elegancia y dignidad. Lo mismo puede decirse de su conversación: la chabacanería le era ajena, incluso en los asuntos más triviales, y toda observación tenía que ser tajante, adecuada y precisa. Fueron estas cualidades, más la extraordinaria pureza y calidad de su prosa, lo que hizo que muchos lectores alemanes lo valoraran como escritor tanto como otros lo han estimado como hombre de ciencia.

IX

CARÁCTER Y PERSONALIDAD

Cuando se escribe la biografía de un pariente o un amigo, suele uno, para protegerse del peligro de imponer indebidamente un enfoque personal acogerse a una estéril objetividad. No creo haber caído en eso pero he tomado, sin embargo, la precaución de consultar a diversos amigos, que lo conocían bien, preguntándoles cuáles eran, a su juicio, las características más distintivas de Freud, y esas opiniones serán muy tenidas en cuenta. Como es natural, las respuestas diferían entre sí.

En cierta oportunidad le hice esta pregunta a Ana Freud, la persona que más íntimamente lo conoció en los últimos veinte o treinta años de su vida. Me contestó sin vacilar: «su simplicidad». Esta característica es la que también Joan Riviere consideró «la cosa más importante de él». Es necesario dar a esta respuesta todo el valor que indudablemente merece. A Freud le desagradaba, sin ninguna duda, todo aquello que pudiera complicar la vida, tanto la suya como la de los demás. Este rasgo se

extendía a los detalles más íntimos de la vida diaria, a los asuntos de orden más personal y privado. Así, por ejemplo, no tenía más que tres trajes, tres pares de zapatos y tres juegos de ropa interior. Hacer las maletas, así se tratara de vacaciones prolongadas, era un asunto muy sencillo en su caso. Otro aspecto de esta cualidad fue relatado por Joan Riviere en un escrito publicado cuando la muerte de Freud:

Pero tanto en el análisis como en el resto, su interés, con su intolerancia frente a los preliminares y a su imperiosidad, fue curiosamente impersonal. Uno tenía la impresión de una cierta reserva detrás de su afán, como si no fuera para sí mismo para quien tan perentoriamente anhelaba entender las cosas, sino para algún propósito exterior. Había una simplicidad en su impersonal ahinco que era quizá su aspecto más significativa. Estaba tan concentrado en su investigación que se utilizaba a sí mismo como un instrumento. Sus penetrantes y atentos ojos no sólo tenían la simplicidad y clarividencia de un niño —para quienes nada es demasiado pequeño, o común, o sucio— había también en ellos una madura paciencia y cuidado, y una despegada interrogación. Su mirada, atisbadora y penetrante tras de las pobladas cejas mostraba una capacidad para traspasar la superficie e ir más allá de los límites de las percepciones ordinarias. Pero también expresaba una capacidad para el escrutinio paciente y cuidadoso y para el juicio suspendido hasta no tener los elementos suficientes tan poco usual que para muchos era irreconocible; su frío escepticismo había sido incluso interpretado como cinismo o pesimismo. Existía en él la conjunción del cazador siguiendo un rastro interminable y el firme y persistente vigilante que escruta y revisa; y de esa conjunción nació su poder de descubrir y comprender las fuentes de los sentimientos y de la conduc-

ta humana. Un valor y una tenacidad indomables, unidos a una inquebrantable honestidad, fueron las características que sustentaban sus dotes de observación, su «intrépida imaginación» y agudeza, que le condujeron a sus grandes logros.

Que esta característica, intuitivamente señalada por su hija, no era solamente sorprendente sino también de importancia fundamental, se demuestra por la facilidad con que el tema pudo ser desarrollado y por los muchos atributos que gracias a éste fueron más fáciles de aclarar. Esta simplicidad se manifestaba en su porte mismo. Freud tenía una manera tranquila y una sencilla dignidad, muy alejada de toda pose, o de aires de grandeza o pretensión de ninguna índole. Tenía una pronunciada aversión a las actitudes afectadas o a cualquier otra cosa que supiera a farsa, hipocresía, o complicados enredos. Los epítetos de «vano» y «pomposo», que he visto aplicarle, constituyen invenciones singularmente desdichadas. Su lenguaje era directo e iba en seguida al asunto. Nada de frases o circunloquios. Difícilmente podría considerársele sutil ni daba tampoco gran valor al tacto, excepción hecha de los casos en que se trataba de una real consideración a los sentimientos de los demás. Aun la modesta fama que había adquirido en cuanto a mi tacto para dirimir querellas resultó bastante extraña a su manera directa de actuar, tanto que provocó un comentario directo de su parte. Es así como en cierta ocasión dijo, riendo: «Si Jones sigue actuando bastante tiempo en esta forma diplomática lo tendremos que ceder a la Liga de las Naciones.» No me extrañaría oír que algún extranjero haya podido encontrar a veces un poco brusco su trato. Era, sin embargo, una per-

sona sumamente accesible, que difícilmente se negaba a ver a alguien que quisiera visitarlo, aun cuando el motivo de la visita fuera una simple curiosidad.

Con las personas de su intimidad se abandonaba, por supuesto, a una actitud tranquila y espontánea. Cuando trato de evocarlo, recuerdo principalmente su constante jovialidad, su actitud tolerante y la llaneza de su trato, así como su gran característico humor. Freud no era realmente un hombre chistoso, pero poseía un fino sentido de los aspectos humorísticos de la vida, y sus comentarios frente a cualquier noticia solían consistir en citar alguna sentencia, un proverbio, o más a menudo aún, un chiste judío. Pero siempre se tenía la sensación de que toda relación con los demás estaba perfectamente controlada por su parte. Su afabilidad y su accesibilidad se manifestaban porque él lo quería así. Daba la sensación de una invisible reserva, que habría sido impertinente querer, penetrar, y que nadie dejó de respetar.

Llegamos aquí a un punto que puede dar lugar a discusión. Freud sostuvo siempre con toda firmeza que sólo él tenía el derecho de decidir qué cosas de su personalidad habría de revelar a los demás y cuáles no, actitud ésta que, en términos generales, es perfectamente comprensible. Pero había ciertos aspectos en esto que iban, al parecer, más allá de lo razonable, lo suficiente como para pensar que era el caso ya de hablar no de cosa privada sino secreta. Se aplicaba, en efecto, a situaciones en las que no había razones especiales para la reserva o el ocultamiento y por otra parte llamaba la atención el extremo a que esto llegaba. Freud era un hombre que estaba muy lejos de mostrarse reser-

vado en general. Se expresaba con toda libertad sobre toda clase de temas y nunca ocultaba sus opiniones. Pero a veces conseguía dar la impresión de que, en lo referente a su persona, sólo era tema permitido aquello que él mismo dejaba traslucir, y que tomaría a mal cualquier pregunta de carácter íntimo. Nunca hablaba con sus hijos acerca de sus años de juventud o de su infancia, y la mayor parte de lo que ellos conocen al respecto tiene su origen en esta biografía. El tema aunque no expresamente proscrito, parecía ser tabú y nunca fue planteado por ellos. Hacia la mitad de su vida solía comunicarnos siempre los temas sobre los que estaba trabajando, pero no así en los últimos veinte años de su vida. En esta época se mostró reservado, incluso para sus amigos más íntimos. Solamente decía que a su debido tiempo lo llegarían a saber. Tal como vimos ya, resaltaba sobre todo el contraste entre el cuadro nada complaciente que reveló al mundo acerca de su vida interior, especialmente en el análisis de sus sueños, y la reticencia casi absoluta en todo lo referente a su vida amorosa. Aquí se centraba indudablemente lo que habría de ocultar como cosa sagrada y ya tuvimos oportunidad de señalar las precauciones realmente extraordinarias que había tomado para ocultar un sentimiento amoroso completamente inocente y efímero de su adolescencia.

Por otra parte, y es cosa extraña, Freud era un hombre a quien no le resultaba fácil mantener los secretos de los demás. Tenía, efectivamente, fama de ser enteramente indiscreto. Cabe recordar que la ruptura final con su amigo Fliess se había producido con motivo de un hecho de esta índole. Tengo muchos recuerdos personales de hechos que podrían confirmar este rasgo más bien extraño de Freud. Va-

rias veces me refirió cosas de la vida privada de colegas que no debía haberme comunicado. En esa época yo le disculpé pensando que quizá le resultaba difícil sobrellevar informaciones penosas de esta índole y que tal vez representaba un alivio el poder confiarlas a un extranjero con cuya discreción podía, desde luego, contar. Es posible que esta hipótesis no fuera del todo desatinada. Bien puede ser que la conservación de sus propios secretos comportaba también cierta tensión que él lograba descargar de esta manera indirecta.

Cuando James Strachey fue a estudiar con Freud, envié a éste una carta de presentación, que no abundaba en cumplidos, en la que le explicaba lo poco que conocía al visitante hasta ese momento. En una de las primeras sesiones, Freud fue a la habitación contigua, trajo la carta y se la leyó en voz alta. En otra oportunidad le envié cierta información privada que me parecía conveniente que él conociera acerca de una paciente mía que él estaba tratando —era un caso de uso secreto de morfina— y le manifesté que era importante que la paciente no llegara a enterarse de esa comunicación mía. Freud me contestó asegurándome que se mantendría enteramente en reserva los datos en cuestión, pero no pasó mucho tiempo antes de que yo recibiera una furiosa carta de la paciente quejándose de mi proceder.

Su preferencia por la simplicidad antes que la complejidad estaba íntimamente relacionada con otros dos rasgos de su personalidad: su disgusto por la formalidad y su impaciencia frente a las restricciones. Una pequeña parte de la primera de estas actitudes puede atribuirse al hecho de haber sido educado en un ambiente de restricciones, con poca

oportunidad para las relaciones y la experiencia de carácter social. En las primeras cartas a su futura esposa confesó varias veces cierto sentimiento de inferioridad por no haber adquirido las maneras sociales y no sentirse ducho en el arte de la cortesía. Pero en años posteriores había superado evidentemente estas dificultades y, aun cuando difícilmente se podría decir de él que era un hombre de mundo, era capaz de realizar cosas corteses de un modo muy amable, tales como regalar una pieza de su preciosa colección, y sus maneras sociales estaban a cubierto de todo reproche¹.

Tenía poca paciencia para las precauciones complejas, especialmente las de carácter legal, con que los hombres complican a menudo sus relaciones. Si había confianza entre unos y otros tales reservas eran superfluas; si no, ninguna precaución sería capaz de evitar las dificultades. Se sintió realmente escandalizado cuando supo que las sociedades psicoanalíticas norteamericanas tenían el hábito de emplear abogados para redactar los estatutos que habrían de regular las relaciones entre sus miembros. Esta actitud de Freud era tan arraigada que llegó a crear problemas bastante difíciles cuando surgieron asuntos administrativos de cierta complejidad. Freud veía muy poca razón para que existieran reglamentos en una Sociedad, si bien conseguimos que aceptara un breve estatuto para la Asociación Psicoanalítica Internacional. Ocurría a veces que él sugería alguna cosa que —como se le señalaba— era contraria a una determinada disposición

1. Tal vez deba considerarse como una excepción a esto su hábito de gargarrear y escupir, introducido por el catarro crónico y el abuso del tabaco. Sus pacientes occidentales solían sentirse a veces molestos por esto, a lo que Freud respondía reprendiéndoles por sus remilgos.

del estatuto. «Cambiemos entonces la disposición; será fácil reponerla si luego se desea así.» Prefería, a menudo, cortar un nudo gordiano antes que desatarlo.

Es posible que las personas más apegadas que Freud al espíritu de la legalidad hayan interpretado esa actitud suya como pura arbitrariedad, lo cual en rigor no sería justo. Su postura tenía un origen más loable. Lo que le preocupaba era que pudiéramos conservar nuestra libertad de acción para tomar en cualquier oportunidad la decisión que mejor convenga sin sentirnos coartados por ninguna regla fija. Y, sin embargo, hubo ocasiones, tales como las que se refieren a citar a otros analistas en sus trabajos, en que no podría aplicarse esta explicación. Mientras que en sus trabajos neurológicos las citas bibliográficas de Freud habían sido escrupulosamente exactas y limpias, ya no puede decirse lo mismo en lo referente a sus trabajos analíticos. En cierta oportunidad Rank comentó, en tono de broma, que Freud distribuía las citas referentes a los trabajos de los demás analistas del mismo modo que el Emperador distribuía condecoraciones, es decir, según el estado de ánimo y el capricho de cada momento. No sólo eso, sino que incluso las redistribuía. Recuerdo el caso en que una importante conclusión mía, contenida en un libro que había leído, fue atribuida al que hizo la reseña del libro. Lo que ocurría es que en ese momento yo no gozaba de todo su favor y sí la otra persona.

Parte de esta arbitrariedad provenía de un aspecto realmente inesperado en la personalidad de Freud: su manera de juzgar a la gente en forma absolutamente terminante en uno u otro sentido. Y decimos inesperado, porque nadie mejor que Freud

conocía la complicada mezcla de buenas y malas cualidades de que se compone el ser humano. Sin embargo, conscientemente, y más aún, indudablemente, en su inconsciente, las personas se dividían principalmente en buenas y malas —o más precisamente, tal vez, en personas que agradan o desagradan— y poco o nada quedaba fuera de esta clasificación. Y una misma persona podía, de tanto en tanto, pasar de una a otra categoría. Más extraño aún resulta en el caso de un tan gran psicólogo el hecho de que, como todos lo hemos creído sin excepción, era muy pobre «conocedor de hombres». Quizá no deba considerarse tan extraño esto, dado que las dos características van unidas.

He leído varias veces que Freud era pesimista, arrogante y tan desagradable que siempre terminaba por reñir con sus amigos. Hay mucho que decir acerca de tales cargos y los he de ir considerando en su orden. La pregunta que más veces se me ha planteado es ésta: ¿Cómo era Freud para trabajar con él? Es una pregunta fácil de contestar. Siempre me resultó cómodo y agradable trabajar con él y estoy seguro que otro tanto habría dicho cualquier otra persona en igual situación. Era un compañero sumamente jovial, agradable y divertido, y difícilmente hacía mayores críticas a cualquier plan que se le propusiera. Ciertamente es que de vez en cuando se topaba uno con alguno de sus prejuicios y a veces se mostraba tan inflexible en tales ocasiones que no quedaba otro recurso que buscar una solución por algún nuevo camino.

Veamos ahora lo que se refiere a su supuesto pesimismo. Era sin duda una persona jovial, de modo que lo único que podría decirse de él, en el peor de

los casos, es que se trataría quizá de uno de esos «pesimistas joviales» que tan a menudo encontramos en la vida. Él mismo usó más de una vez esta expresión para definirse a sí mismo. Pero no sería del todo justo. Lo más apropiado sería decir de él que era un «realista», una persona liberada de excesivas ilusiones. Se puede tener una actitud pesimista acerca de la vida misma o acerca de la gente. Lo primero significa que, dado que uno no disfruta de la vida, ésta tiene poco valor. Esto seguramente no podría decirse de Freud, que tenía una ingente capacidad de goce. Es cierto que en su opinión la vida era en esencia más bien dura que fácil, tal como su propia experiencia le había enseñado. Era una cosa, que, en primer término, había que saber soportar. Si se tenía éxito en esto había muchas cosas que disfrutar y la vida muy bien valía la pena ser vivida. Bastaría referirse a su breve ensayo sobre *Lo transitorio*, en el que calificó de cosa absolutamente sin sentido la idea de que las cosas buenas de la vida pierden su valor por su carácter poco duradero. Así duraran un solo minuto, ya podían ser buenas.

Freud vivía el presente. A pesar de la fascinación que sobre él ejercía el pasado, tanto en lo que concierne al individuo como en lo referente a la especie humana en general, y de su creencia de que sólo a través del estudio del pasado podría aprenderse algo valioso y útil, parecía haber perdido todo interés en su propio pasado, del que no hablaba nunca. Lo único que personalmente le interesaba era el presente, incluyendo, naturalmente, todo plan referente al mundo inmediato. En cuanto al futuro en general, no creo que le dedicara gran parte de su pensamiento. Tan convencido estaba de la enorme compleji-

dad, tanto de las circunstancias materiales como de las motivaciones psicológicas, que le parecía una pérdida de tiempo el dedicarse a especular sobre una cosa tan impredecible como es el futuro. No tenía, sin embargo, razones para ser pesimista al respecto de él. En una carta a Reik escribía: «Si bien estoy de acuerdo con usted acerca del mundo, y de la especie humana actual, ya sabe usted que no puedo considerar justificado su pesimista rechazo de la idea de un futuro mejor.»

Freud había mostrado su apoyo a toda reforma social razonable, pero no estaba seguro de que, a la larga, esto habría de engendrar una civilización realmente satisfactoria. Se necesitaba algo más radical.

El epíteto de arrogante es realmente absurdo si se quiere aplicar a Freud. Cabría hablar, en todo caso, de obstinación para referirse a la tenacidad con que sostenía sus convicciones, alcanzadas a costa de tan arduos esfuerzos, pero este mismo término ya no sería correcto si con ello quisiera darse a entender que estas convicciones eran en él inmovibles y cerradas a toda revisión. Los tanteos de Freud en su marcha incesante hacia lo desconocido y los cambios que la experiencia fue imprimiendo a sus conclusiones son ya hechos históricos. Frente a la vastedad de lo desconocido la actitud de Freud no podía ser otra que la de Newton, con sus «granitos de arena frente al mar inmenso de la ciencia». Sabía que había «iniciado algunas cosas» y abierto algunos nuevos senderos, pero en cuanto a donde podrían conducir éstos no podía juzgarlo ni trató de hacerlo.

No era bastante filósofo como para imaginarse que tenía la capacidad de construir un sistema acabado de pensamiento. El haber «iniciado algu-

nas cosas», como él decía, es algo bien distinto de esto.

Dudo mucho de que alguna vez Freud pensara de sí mismo que era un gran hombre, o que se le hubiera ocurrido jamás la idea de compararse con aquellos que él consideraba grandes: Goethe, Kant, Voltaire, Darwin, Schopenhauer, Nietzsche. En cierta ocasión le dijo Marie Bonaparte que a su juicio él era una mezcla de Pasteur y Kant. A lo que replicó: «Esto es muy gentil, pero yo no puedo compartir su opinión. No porque yo sea modesto, de ningún modo. Tengo una elevada opinión de las cosas que he descubierto, pero no de mí mismo. Ser un gran descubridor no implica necesariamente ser un gran hombre. ¿Quién cambió el mundo más de lo que lo hizo Colón? ¿Y qué fue Colón? Un aventurero. Poseía carácter, es cierto, pero no era un gran hombre. De modo que, como usted ve, se puede hallar grandes cosas, sin que ello signifique que uno sea realmente grande.» Una cosa había de la que estaba convencido respecto de sí mismo: que tenía una reducida capacidad intelectual. Había demasiadas cosas en matemáticas o en física, por ejemplo, que él sabía que nunca llegaría a entender, en tanto que para otros esto era cosa fácil.

Sea cualquiera la fuente de ello —y Freud mismo se hallaba constantemente intrigado precisamente por este problema— había en él una actitud moral tan profundamente arraigada que daba da impresión de ser parte de su fondo natural y primitivo. Nunca tuvo duda alguna acerca de cuál era el camino recto a seguir en cada caso. Todo resultaba tan evidente que había hecho suyo y citaba con predilección un dicho de F. T. Vischer: «Lo moral es evidente por sí mismo.» Sólo en un período avanzado

de su vida estuvo Freud en condiciones de proyectar alguna luz sobre el origen del sentimiento moral.

Su correspondencia con Putnam era sumamente reveladora en cuanto a su actitud frente a la moral. En 1915 Freud leyó la obra que acababa de publicar Putnam con el título de *Human Motives*. He aquí la carta que escribió a Putnam sobre el libro.

Por fin me ha llegado su libro, mucho tiempo después de haber sido anunciado. Todavía no he terminado de leerlo, pero he leído lo que para mí constituye la parte más importante del libro, lo que se refiere a religión y a psicoanálisis, y cedo al impulso de escribirle acerca de ello.

Seguramente usted no busca elogio y reconocimiento de mi parte. Resulta grato pensar que su libro impresionará a sus compatriotas, y que en muchos de ellos tendrá el efecto de doblegar su hondamente arraigada resistencia. En la página 20 encuentro un párrafo que debo considerar como el más aplicable a mí mismo: «El habituarnos al estudio de la inmadurez y la infancia antes de proceder al estudio de la madurez y la edad adulta significa a menudo habituarnos a una indeseable limitación de nuestra visión en cuanto al alcance de la empresa en que nos embarcamos».

Reconozco que éste es mi caso. Soy seguramente incompetente para juzgar el otro aspecto de la cuestión. Debo haber utilizado esta unilateralidad para poder ver lo oculto, es decir, aquello mismo de que otras personas han sabido apartarse. Ésta es la justificación de mi reacción defensiva. La unilateralidad ha demostrado tener, después de todo, su utilidad.

Por otra parte, no se puede inferir gran cosa del hecho de que no me impresionan mayormente los argumentos referentes a la existencia real de nuestros ideales. No veo modo de pasar del hecho de que nuestras ideas de perfección tienen una realidad psíquica a la

creencia en su existencia objetiva. Usted no ignora por supuesto, cuán poco cabe esperar de las argumentaciones. Agregaré además que no tengo temor alguno al Todopoderoso.¹ Si alguna vez llegáramos a enfrentarnos yo tendría más reproches que hacerle a él, de los que él podría hacerme a mí. Yo le preguntaría por qué no me dio una capacidad intelectual mayor de la que poseo, y Él no podría quejarse de que yo no haya aprovechado al máximo mi supuesto libre albedrío. (Puede decirle, de paso, que no ignoro que cada uno de nosotros representa un fragmento de energía vital, pero no sé cuál es la energía que tiene que ver con el libre albedrío, es decir, con la ausencia de factores condicionantes).

Porque debo decirle que yo me he sentido siempre insatisfecho con los dones que poseo y que sé precisamente en qué aspectos son deficientes, pero en cambio me considero una persona muy moral, que puede suscribir la excelente sentencia de Th. Vischer: «Lo moral es evidente por sí mismo». Considero que en lo que se refiere al sentido de justicia y de consideración hacia los demás y en cuanto a disgustarme el hacer sufrir a los demás o aprovecharme de ellos puedo compararme con la mejor gente que haya conocido. Nunca he hecho nada mezquino o malicioso ni podría recordar tampoco tentación alguna de hacerlo, de modo que no tengo motivo alguno para sentirme orgulloso de ello. Tomo la idea de moral de que aquí hablamos, en su sentido social, no en el sentido sexual. La moral sexual, tal como la define la sociedad —y como ejemplo extremo, la sociedad norteamericana— parece ser muy despreciable. Yo propugno una vida sexual incomparablemente más libre, si bien por mi parte he hecho muy poco uso de tal libertad; solamente en la medida en que a mí mismo me pareció lícito.

La publicidad que se da a las exigencias de carácter

1. *Der liebe Gott.*

moral me ha impresionado a menudo desagradablemente. Lo que he podido ver acerca de conversiones ético-religiosas no ha sido muy edificante. (Aquí viene una referencia expresa a Jung.)

Una cosa hay, sin embargo, en la que estoy de acuerdo con usted. Cuando me pregunto por qué me he conducido siempre honorablemente, dispuesto a considerar a los demás y a ser bondadoso todas las veces que me fuera posible y por qué no he dejado de actuar así aun cuando he visto que de esta manera uno se perjudica y se transforma en víctima de todos, porque los demás son brutales y desleales, cierto es que no sé qué contestarle. Ha sido, por cierto, una conducta sensata. No he sentido nunca en mi juventud ninguna clase de aspiraciones éticas especiales ni noto que evoque en mí satisfacción alguna, visible, la conclusión de ser más bueno que la mayor parte de la gente. Es usted probablemente la primera persona a quien confieso todo esto. De manera que se podría citar precisamente mi caso en apoyo de su concepto de que un impulso hacia el ideal constituye una parte esencial de nuestra naturaleza. ¡Ah, si pudiera ver en los demás esa misma valiosa naturaleza! Abrigo secretamente la creencia de que si tuviéramos la manera de estudiar las sublimaciones de los instintos tan minuciosamente como las represiones de los mismos, podríamos encontrarnos con explicaciones psicológicas completamente naturales, que harían innecesarias sus filantrópicas hipótesis. Pero, como ya dije, no sé nada acerca de esto. Me resulta una cosa completamente incomprensible porque yo —y casualmente, además, mis seis hijos, todos adultos— tenemos que ser seres humanos tan absolutamente decentes.

Freud solía decir que en sus relaciones con otros hombres se daba fácilmente el caso de alternar el amor con el odio, y no hay duda de que alguna que otra vez fue así. Esta molesta ambivalencia no llegó

a afectar nunca, en cambio, su relación con las mujeres, con quienes su actitud fue mucho más coherente. Juzgada al margen de otros factores, su conducta hacia las mujeres probablemente merecería el calificativo de anticuada. Cualesquiera hayan sido sus opiniones intelectuales en la materia, son numerosos los indicios existentes, tanto en sus obras como en su correspondencia, acerca de su actitud emocional. Sería ciertamente excesivo afirmar que consideraba al sexo masculino como los señores de la Creación, ya que no había en su carácter tinte alguno de arrogancia o de superioridad, pero quizá sería justo suponer que en su opinión la función capital de la mujer, a su modo de ver, era la de un ser angelical que debía atender a las necesidades del hombre y hacerle más cómoda la vida. Tanto sus cartas como su elección amorosa ponen de manifiesto que para él no había más que un objeto sexual posible: una mujer dulce y femenina. Por más que pertenecieran al sexo más débil, él las consideraba como más puras y éticamente más nobles que los hombres. Existen indicios de que deseaba absorber de ellas algunas de estas cualidades.

Caben pocas dudas de que para Freud la psicología de la mujer era más enigmática que la del hombre. Cierta vez dijo a Marie Bonaparte: «La gran pregunta que nunca ha obtenido respuesta y que hasta ahora no he sido capaz de contestar, a pesar de mis treinta años de investigación del alma femenina, es ésta: «¿Qué es lo que desea la mujer?»¹.

A Freud le interesaba también otro tipo de mujer, de un cuño más intelectual y quizá masculino.

1. *Was will das Weib?*

Mujeres de estas características, desempeñaron, repetidas veces, cierto papel en su vida, accesorio del que correspondió a sus amistades masculinas —si bien de índole más refinada—, pero ninguna de ellas ejerció sobre él una atracción erótica. Las figuras más importantes fueron su cuñada Mina Bernays, en primer lugar, y luego, por orden cronológico: Emma Eckstein, Loe Kann, Lou Andreas-Salomé, Joan Riviere y Marie Bonaparte. Freud sentía una especial admiración por la distinguida personalidad y los ideales éticos de Lou Andreas-Salomé, que en su sentir superaban en mucho a los suyos propios.

Freud fue monógamo, y lo fue de un modo muy singular. Son pocos los hombres de quienes pueda decirse que en el transcurso de toda su vida no se hayan sentido incitados eróticamente de una manera más o menos seria por alguna mujer que no fuera la única mujer elegida. Con todo, es esto lo que parece haber ocurrido en el caso de Freud. Los hombres que así viven y sienten este problema son ciertamente felices si todo ha marchado bien en cuanto a la gran elección, como es el caso de Freud, pero si han de ser considerados o no verdaderos exponentes de la normalidad masculina es cosa que sólo podrá contestar la antropología social o la psicología.

Freud ejercía, a no dudar, una notable atracción sobre personas de uno y otro sexo, cosa que con toda seguridad no puede atribuirse exclusivamente al encanto de su trato o a la cortesía. Las mujeres, así sean las que apenas lo conocían e incluso las que de ningún modo lo habían conocido personalmente, encontraban a menudo irresistible esa su peculiar combinación de confiada fuerza e invariable consideración y ternura. Éste tenía que ser un hombre en

quien se podía confiar. Quedaban impresionadas a la vez por el evidente interés que demostraba por conocer su personalidad. También los hombres, por regla general, sentía el impacto de su actitud de aplomada autoridad —característica de una verdadera figura paterna— y de sus profundos conocimientos y su bondadosa tolerancia. Era sencillamente una persona a quien podían respetar y acaso tomar como modelo de imitación.

La mayor parte de quienes han estudiado a Freud se han visto impresionados por lo que se ha dado en llamar su pertinaz dualismo. A través de toda su obra se advierte lo que Heinz Hartmann ha llamado «un pensamiento dialéctico de índole muy característica, que tiende a fundar sus teorías en la interacción de dos fuerzas opuestas». Donde se ve resaltar más esto es, naturalmente, en sus clasificaciones básicas: amor-hambre, yo-sexualidad, autoerotismo-heteroerotismo, Eros-Tanatos, vida-muerte, y así sucesivamente. Es como si Freud hubiera tenido dificultad en enfocar tema alguno sino dividiéndolo en dos conceptos opuestos y nunca más de dos.

Me propongo realizar aquí el ambicioso intento de aproximarme tanto como me sea posible, al secreto del genio de Freud. Propósito audaz, por cierto, y en el cual seguramente no me espera el éxito.

Cuando conocí por primera vez a Freud, no puede dejar de observar cualidades tan manifiestas como su derecho sin reservas, su absoluta sinceridad, su tolerancia, la facilidad de aproximarse a él y su esencial bondad. Pero bien pronto observé también otro rasgo que le era más peculiar. Era su actitud acerca de la posibilidad de ser influido por las opiniones de los demás. Las escuchaba con cortesía,

mostraba interés en ellas y a menudo hacía penetrantes comentarios al respecto, pero siempre se traslucía de algún modo que no afectaba para nada las suyas propias. Era algo así como interesarse por algo que se contempla pero que en realidad no le afecta a uno personalmente.

No sería realmente aplicable aquí el calificativo de «obstinado», ya que éste se refiere específicamente a deseos activos, a una insistencia en hacer o lograr algo, cosa que difícilmente podía decirse de Freud. Lo característico en él era una voluntad desusadamente vigorosa, pero que se manifestaba en actitudes de resistencia negativa. Una vez que estaba decidido en un determinado sentido no era posible empujarlo, ni siquiera guiarlo en ninguna dirección especial. Era hombre capaz de infundir una gran energía a la palabra «no». En su vejez solía repetir las palabras *nein, nein, nein*, acompañándolas de un vigoroso movimiento de cabeza que me hacía pensar en cuánto vigor este hombre debió haberse resistido a ciertas manipulaciones en su primera infancia.

Freud tenía una mentalidad plástica y móvil, inclinada a las más libres especulaciones y abierta a ideas nuevas, aun cuando fueran sumamente improbables. Pero esto sólo ocurría si esas ideas provenían de él mismo. Cuando venían de otra parte bien podía suceder que encontraran en él una gran resistencia y muy pocas posibilidades en cuanto a hacerle cambiar de parecer.

Comencé por sentirme intrigado ante esa resistencia a la opinión ajena, hasta que dí con lo que considero la explicación de la misma, y para lo cual lo que acabo de exponer podría servir de ejemplo ilustrativo. Una intuición, que pronto fue confirma-

da, me hizo ver que junto a esa gran independencia de espíritu de Freud y a su crítica escéptica de las ideas había también una veta oculta de contenido enteramente antagónico y que su resistencia era una defensa contra el peligro de ser demasiado rápidamente influido por los demás. En cierto caso que él había tratado antes de la guerra, y cuya historia yo conocía íntimamente, pude comprobar como Freud le creyó una serie de informaciones que yo sabía que eran inexactas, así como se oponía a creer en la verdad de otras que indudablemente eran ciertas. Joan Riviere ha relatado un extraordinario caso de combinación como ésta de incredulidad y porfía. Una mañana mientras la analizaba, le habló muy disgustado en una paciente inglesa que acababa de ver y que se quejaba amargamente de haber sido sometida a un tratamiento monstruoso —que en realidad sólo existió en la fantasía de la enferma— de parte de un analista... nada menos que de Ipswich. El sereno juicio de la señora Riviere le hizo percibir inmediatamente que se trataba de una historia absurda, pero se conformó con observar que no había habido nunca un analista del nombre que él mencionaba, y que, por otra parte, tampoco hubo nunca un analista en Ipswich ni en realidad en parte alguna de Inglaterra aparte de Londres. Esto no impresionó a Freud, quien siguió despachándose contra aquella conducta escandalosa. Pero poco después recibió una carta de Abraham en la que éste le decía que le había recomendado a una señora inglesa para consultarlo, que ella era una desatada paranoica con especial inclinación a inventar historias increíbles sobre médicos. De manera que el malvado analista de Ipswich había sido... ¡el pobre Abraham!

Existen pruebas indudables de esta credulidad,

contra la cual Freud debió haber tenido que luchar duramente. Asombra leer ahora cómo en cierta época —en la última década del siglo pasado— aceptaba íntegramente las desconcertantes fantasías numerológicas de su amigo Fliess e incluso no estoy seguro de si no habría vuelto más tarde en alguno que otro momento, a creer en ellas. La amarga experiencia le había enseñado, pues, en qué medida extraordinaria su pensamiento podía verse influido por todo aquel que fuera capaz de conmover su afecto.

Menos asombrosa quizá, pero sin duda más perjudicial, fue su crédula aceptación de los relatos que le hacían sus pacientes acerca de episodios de seducción paterna y que él narró en sus primeras publicaciones sobre psicopatología. Cuando le comenté a mi amigo James Strachey esto de la credulidad de Freud me replicó muy sabiamente: «Fue una suerte para nosotros que haya sido así.» Lo que la mayor parte de los investigadores habría hecho sería negar todo crédito a los relatos de los pacientes, alegando su inherente improbabilidad —por lo menos en tan gran escala— desechando todo el asunto como un ejemplo más de la poca confianza que merecen los históricos. Freud tomó esos relatos en serio y creyó al comienzo literalmente en su contenido, y sólo después de algunos años de reflexión hizo el descubrimiento de que representaban fantasías altamente significativas. Esto señaló el comienzo de la valoración de la importancia de las vivencias fantásticas en el inconsciente y del descubrimiento de la existencia del erotismo infantil reprimido.

Tenemos que llegar, por lo tanto, a la conclusión de que esta curiosa modalidad del carácter de Freud, lejos de significar una desdichada debilidad o una

falla, constituía una parte esencial de su genio. Estaba dispuesto a creer en lo improbable y lo inesperado, la única manera de descubrir nuevas verdades, tal como ya lo había destacado Heráclito muchos siglos atrás. Claro está que se trata de un arma de doble filo. Por momentos condujo a Freud a cometer serios errores, posiblemente incluso errores ridículos, pero también lo colocó en condiciones de enfrentarse intrépidamente con lo desconocido.

No deja de ser interesante la acotación de que este rasgo podría ser muy probablemente una característica corriente del genio científico.

Una imagen de Freud que nos lo presentará como un investigador tediosamente paciente e invariablemente devoto de los hechos sería bastante imperfecta, pues, por lo que acabamos de ver. El demonio de la especulación creadora, que había mantenido implacablemente a raya en los primeros años de su labor científica, cuando se quedaba pegado al microscopio todo el día, nunca estuvo acallado, en era- lidad, por mucho tiempo. El autoanálisis le hizo alcanzar un equilibrio que le permitió marchar con seguridad entre los laberintos del nuevo territorio por él descubierto y traernos siempre de esas expediciones, a lo largo de un período de cuarenta años, el relato invaluable de sus hallazgos. Y en los últimos veinte años de su vida, como luego hemos de ver, aflojó las riendas de su demonio especulativo en una forma tal como no lo había hecho jamás, con los asombrosos resultados que aún hoy estamos lejos de haber valorado debidamente.

Esta capacidad de adivinar la verdad implica un deseo de hacerlo, de una intensidad nada común. Freud no sólo poseía evidentemente ese deseo sino que, me aventuraría a suponerlo, se trataba aquí de

una de las fuerzas más profundas y poderosas que animaron su vida, y el que lo condujo a la realización de toda su obra de pionero. Ahora bien, ¿de qué verdad se trataba? ¿Y por qué fue en él tan poderoso ese deseo? en su estudio sobre Leonardo Freud sostuvo que el deseo de conocimientos de parte del niño se alimenta de poderosos motivos provenientes de su curiosidad infantil acerca de los hechos primarios de la vida, del significado del nacimiento y de las causas que conducen a él. Esta curiosidad es exacerbada, por lo común, por el hecho de la aparición de un pequeño rival que lo reemplaza en la atención de la madre y en parte también le arrebatara su amor. Sabemos que el pequeño Julius desempeñó ese papel en la infancia de Freud y que éste nunca dejó de reprocharse el haber sido responsable, con sus deseos hostiles, de la temprana muerte del intruso. Conocemos también la inmensa capacidad de celos que demostró durante su compromiso con Marta Bernays y su exagerada exigencia de exclusiva posesión del ser amado. Tenía, como se ve, poderosas razones para querer saber cómo ocurrían esas cosas, de qué modo se hacía posible la aparición de intrusos y quién era el causante de ellos. No puede ser, después de todo, pura casualidad que después de haberse distraído tantos años en otros campos de investigación haya sido finalmente en el terreno de la vida sexual donde hizo sus descubrimientos el casto y puritano Freud.

Sólo en el conocimiento de la verdad podría haber seguridad, aquella seguridad que la posesión de su madre pudo haberle procurado. Pero para abatir las barreras prohibitivas que lo separaban de su objetivo le hacía falta no solamente decisión sino también el supremo coraje de enfrentarse con los fan-

tasmas del inconsciente. Este impávido coraje constituía la más alta cualidad de Freud y su don más precioso. ¿Y de dónde podría haberlo obtenido sino de su suprema confianza en el amor de su madre?

A partir de esto estaremos en condiciones de aproximarnos más a la comprensión de otros rasgos prominentes en el carácter de Freud. Para alcanzar el éxito de esta gran empresa de indagar la verdad eran requisitos esenciales una absoluta sinceridad y una completa integridad. Esto es evidente. Pero, ¿por qué habría de realizar la búsqueda con tan completa independencia? No sólo tenía que realizarla por sí solo sino que rechazaba toda clase de influencias ajenas, por útiles que pudieran parecer, como si se tratara de obstáculos que sólo podrían servir para distraerlo de su empeño o que incluso habrían sido colocados allí para desviarlo. Esto concuerda con la tendencia a la desconfianza que hemos señalado en él. En última instancia sólo podía confiar en sí mismo para la realización de la vital tarea emprendida. Pero si esto es así, ¿cómo podremos explicarnos la actitud opuesta, que, como hemos visto, se manifestaba también de vez en cuando en él? Se daba en él una tendencia a creer en las cosas que le relataban otras personas, personas que al parecer tendrían más poder que él para descubrir secretos. ¿Qué había ocurrido con la desconfianza de Freud en ocasiones como éstas? Debe haber abrigado la creencia de que alguna otra persona conocía la respuesta a los enigmas que inconscientemente lo mantenían perplejo. Pero, ¿le dirían realmente la verdad? ¿Con cuánta frecuencia, avanzada ya su vida, Freud se quejó de aquellos tiempos en que había sido «traicionado», para usar su propia expresión, por sus amigos? Breuer, Fliess, Adler, Jung, uno

tras otro, le habían prometido ayudarlo e incluso inspirarlo en esa su gran búsqueda, para abandonarlo luego. Creo que tenemos derecho, en este caso, a reemplazar la palabra «traicionado» por «decepcionado». Y así, finalmente tendría que descubrirlo todo por sí solo.

INDICE

I. El fin del aislamiento (1901-1906)	7
II. El comienzo del reconocimiento internacional (1906-1909)	26
III. La asociación psicoanalítica internacional (1910-1914)	65
IV. Los adversarios del psicoanálisis	110
V. Disensiones	133
VI. El «Comité»	165
VII. Los años de la guerra	179
VIII. Hábitos de vida y de trabajo	216
IX. Carácter y personalidad	243

TÍTULOS PUBLICADOS
EDICIONES DE BOLSILLO

1. *Historia de cronopios y de famas*, Julio Cortázar (E.D. H.A.S.A.)
2. *Teoría de las ideologías*, Eugenio Trias (Ed. Península)
3. *Los cachorros*, Mario Vargas Llosa (Ed. Lumen)
4. *Arte y Sociedad*, Herbert Read (Ed. Península)
5. *Justine*, Lawrence Durrell (E.D. H.A.S.A.)
6. *Exilados*, James Joyce (Barral Editores)
7. *Historia social del movimiento obrero europeo*, Wolfgang Abendroth (Ed. Estela).
8. *Realismo y utopía en la Revolución Francesa*, Babeuf (Ed. Península)
9. *Guerra del tiempo*, Alejo Carpentier (Barral Editores)
10. *Vida y obra de Sigmund Freud*, tomo I, Ernest Jones (Editorial Anagrama)
11. *Parábolas para una pedagogía popular*, C. Freinet (Ed. Estela)
12. *Las palmeras salvajes*, William Faulkner (E.D. H.A.S.A.)
13. *De los espartaquistas al nazismo: la república de Weimar*, Claude Klein (Ed. Península)
14. *Autopista*, Jaime Perich (Ed. Estela)
15. *Una teoría científica de la cultura*, B. Malinowski (E.D. H.A.S.A.)
16. *La arquitectura modernista*, Oriol Bohigas (Ed. Lumen)
17. *La canción de Rachel*, Miguel Barnet (Ed. Estela)
18. *Otras voces otros ámbitos*, Truman Capote (E.D. H.A.S.A.)
19. *Diccionario para ociosos*, Joan Fuster (Ed. Península)
20. *Versión Celeste*, Juan Larrea (Barral Editores)
21. *Tener y no tener*, Ernest Hemingway (E.D. H.A.S.A.)
22. *Los orígenes de la Europa moderna: el mercantilismo*, Pierre Deyon (Ed. Península)
23. *Poetas ingleses metafísicos*, Maurice y Blanca Molho (Barral Editores)
24. *Contra la medicina liberal*, Comités d'Action Santé (Editorial Estela)
25. *Sobre literatura rusa*, Angelo Maria Ripellino (Barral Editores)
26. *Los vagabundos eficaces*, P. Deligny (Ed. Estela)
27. *Ferdinand*, Louis Zukofsky (Barral Editores)
28. *Historia del primero de Mayo*, Maurice Dommanget (Editorial Estela)